LA NOVELA DE LAS NAVAS DE TOLOSA Y EL REGRESO
DE LAS CAMPANAS A SANTIAGO DE COMPOSTELA

ISABEL
SAN SEBASTIÁN

LA VENGANZA DEL APÓSTOL



PLAZA JANÉS



ISABEL
SAN SEBASTIÁN

LA VENGANZA DEL APÓSTOL

PLAZA JANÉS

A Benja, mi compañero de camino

Nota de la autora

Los protagonistas de esta novela son personajes de ficción, que responden no obstante de manera fidedigna a lo que la historia nos ha transmitido sobre la personalidad, valores, creencias y costumbres de los hombres y mujeres que vivieron en la España del siglo XIII. Hombres y mujeres como los reyes Alfonso VIII y Fernando III de Castilla, el Miramamolín o la reina Berenguela, que junto a otros muchos nombres históricos conviven en estas páginas con los miembros de la familia López de Cazorla, continuadora de la saga imaginaria que comenzó con Alana de Coaña en *La visigoda* y me acompaña desde entonces en todas mis obras, avanzando en la Reconquista.

Entre los años 1211 y 1236 la península ibérica fue escenario de acontecimientos decisivos en el devenir de nuestra nación, que se recogen aquí siguiendo el relato de los cronistas de la época. De ahí que puedan chocar ciertas expresiones como «cubil diabólico» en referencia a la mezquita de Córdoba, denominación literal utilizada con el fin de reflejar la mentalidad imperante en aquel tiempo. Por el mismo motivo, las citas del Corán relativas a las mujeres o la guerra son textuales. En todas mis novelas me he esforzado siempre por huir del presentismo políticamente correcto, que tergiversa el fondo

de los hechos relatados e impide comprender el contexto en el que se produjeron.

La batalla de las Navas de Tolosa se conoció en su momento y durante décadas como batalla de Úbeda, pero he mantenido la terminología actual en aras de evitar confusiones y agilizar la lectura. También es poco probable que en 1235 Rui Pérez de Avilés, marino que existió y llevó a cabo la gesta que se le atribuye, hubiera ideado la forma de burlar las defensas almohades que protegían Sevilla, aunque la táctica descrita al reproducir sus cavilaciones es la que permitió su conquista en el año 1248. En cuanto a las campanas de Santiago y su viaje de regreso a Compostela, Lucas de Tuy (1160-1249), autor de la *Crónica de España*, plasmó de este modo en su obra la pista que he seguido yo para recrear esa prodigiosa aventura: «El católico rey Fernando hizo que las campanas fuesen llevadas de vuelta a la iglesia de Santiago a hombros de sarracenos».



1

La mano nefasta

En la frontera de Jerez.
Primavera del año 1231 de Nuestro Señor

Lo primero que vio Beltrán al abrir los ojos fue un resplandor deslumbrante que lo llenó de regocijo. Aquello no podía ser sino la luz de Dios. El premio reservado a los soldados de Cristo caídos en defensa de la fe. En otras palabras, el paraíso.

Su mente, embotada por el golpe, evocó el choque con el jinete sarraceno. Todo estaba envuelto en una suerte de bruma irreal, que alteraba las formas de las figuras además de enmudecer sus voces, pese a lo cual fue recordando, poco a poco, lo sucedido en ese campo de batalla inmediatamente antes de que el Señor lo llamase a su seno…

* * *

Nunca hasta ese momento se le había permitido participar en una cabalgada propiamente dicha. Llevaba toda su vida adiestrándose para el oficio de guerrero, con poco aprovechamiento a decir de sus maestros, pero suplía su torpeza natural con un entusiasmo ilimitado. De ahí que, al cumplir los dieciséis años, su padre, don Pedro López de Cazorla, diera al fin su consentimiento a que se enrolara, junto con su hermano mayor, Fadrique, en la hueste enviada por el rey Fernando, alférez del apóstol Santiago, a saquear la tierra de moros próxima a Sevilla y Jerez.

Comandaba la expedición el mismísimo Álvar Pérez de Castro, poderoso capitán castellano por quien el muchacho sentía auténtica veneración. Se decía que, en el pasado, sus parientes habían tenido ciertas desavenencias con otro soberano cristiano, hasta el extremo de verse obligados a exiliarse y ponerse al servicio de los sarracenos, aunque Beltrán no quería dar crédito a tales infundios. ¿Cómo iban a luchar junto a los infieles los portadores de la misma sangre que corría por la venas de ese hombre excepcional? Era la mano derecha del Rey en la guerra, el caudillo mayor de la frontera, el espejo en el que se miraba él mientras, desde el amanecer hasta el ocaso, se entrenaba con armas de fuste en el patio de su casa, así lloviera, nevara o apretara la canícula, con el empeño indoblegable de convertirse en caballero.

Álvar Pérez de Castro era su héroe, su modelo y su referente, solo un paso por detrás de su padre, protagonista de una gesta en la batalla de las Navas de Tolosa que él jamás podría emular, por mucho empeño que pusiera en parecérsele. Mientras preparaba armas y bagaje en la víspera de su partida, únicamente pensaba en llegar a conocer a Álvar y hacerse merecedor del cariño de don

Pedro, en cuya mirada buscaba desesperadamente aprobación y solo encontraba desprecio.

Para cuando se incorporó a la tropa partida desde Zamora, en compañía de su hermano Fadrique y el escudero de este, García, ya se habían sumado a ella contingentes procedentes de Salamanca y Toledo, así como freires de diversas órdenes militares y pequeños señores fronterizos semejantes a ellos, asentados en alguna de las tenencias que jalonaban la vasta región abrupta situada en las estribaciones de la Sierra Morena, en permanente disputa entre cristianos y musulmanes.

Un ejército de tal magnitud producía una impresión abrumadora, máxime cuando corrió la voz de que junto a los soldados marchaba nada menos que el príncipe Alfonso, primogénito de don Fernando, enviado a foguearse en combate a pesar de su corta edad. La ocasión escogida para su bautismo de fuego no iba a enfrentar a los castellanos con los almohades, que vivían horas bajas tras la derrota sufrida en las Navas a manos de los tres reyes cristianos, las disputas internas sobrevenidas tras la muerte de su emir y la consiguiente descomposición del califato. El enemigo de la Cruz a cuyo encuentro marchaban Beltrán y sus compañeros era otro, a la sazón más poderoso que los temibles guerreros del desierto. Lo llamaban Ibn Hud.

En los últimos tiempos, al-Ándalus se había convertido en un hervidero de protestas, división y conspiraciones, que don Fernando había sabido aprovechar para consolidar sus conquistas y cobrar onerosas parias a los gobernantes africanos. Claro que no era el único beneficiario de ese declive. Un caudillo musulmán originario de Murcia, el misterioso Ibn Hud, había logrado abrirse camino en ese

mundo convulso y arrastrar consigo a una gran parte del pueblo andalusí, harto del intolerable dominio extranjero, de su rigorismo extremo, de su ferocidad al imponer un islam implacable, que les resultaba ajeno a su tradición y costumbres.

En cuestión de meses, el murciano se había hecho con el control de Almería, Málaga, Granada, Jaén, Córdoba, Badajoz e incluso Sevilla. Su poder crecía a un ritmo alarmante, lo que aconsejaba frenarlo en seco con un golpe tan letal como despiadado se había mostrado él en su ascenso. Infligirle ese castigo ejemplar constituía el propósito de la expedición, cuyas órdenes eran devastar toda la región sometida a su puño de hierro.

Al principio no encontraron resistencia. Para desesperación de Beltrán, impaciente por demostrar su coraje y sus habilidades, la columna de jinetes y peones rodeó sin dificultad Córdoba y entró en Palma del Río, cuya población fue pasada a cuchillo, antes de bordear Sevilla y llegar a Jerez, sembrando el terror en su avance y haciendo gran cantidad de prisioneros. Al alcanzar las llanuras próximas al océano, no obstante, les salió al paso el caudillo, al frente de una multitud de combatientes acudidos desde todos los rincones de al-Ándalus.

Dios había escuchado sus plegarias.

* * *

En los instantes previos a la batalla, mientras ayudado por García se enfundaba la sencilla loriga metálica carente de manoplas y de almófar, se ceñía directamente sobre la cofia el yelmo heredado de su padre, demasiado grande para su cabeza, montaba con dificultad

su caballo, mejor dotado que él para soportar el peso de la armadura, y encomendaba su alma al Altísimo, Beltrán no sintió miedo, sino euforia. Ni una brizna de temor se asomó a su corazón.

El pequeño de los López de Cazorla estaba a punto de cumplir un sueño anhelado con ardor desde que tenía memoria, y nada ni nadie habría sido capaz de enturbiar ese momento. Ni siquiera los alaridos proferidos por los quinientos moros cautivos que traía el infante en retaguardia, a medida que eran descabezados, uno a uno, cumpliendo órdenes de Pérez de Castro. El macabro ritual fue ejecutado a conciencia siguiendo la costumbre asentada en largos siglos de enfrentamiento, con el empeño de inflamar los ánimos y quebrar la moral del contrario. No existía arenga mejor ni método más eficaz de infundir terror al adversario.

* * *

Acabada la degollina, el capitán castellano mandó que caballeros e infantes formasen tropel para enfrentarse a los de Ibn Hud, que los superaban ampliamente en número, y así lo hicieron los cristianos sin la menor vacilación.

Fadrique, cuyo cuerpo era una mole de elevada estatura, músculo compacto, extremidades hercúleas y rostro esculpido en piedra, se adelantó unos pasos a lomos de su gigantesca montura de guerra lorigada, empuñando en la diestra una lanza y en la izquierda un inmenso escudo ovalado, ribeteado de hierro, que manejaba con la soltura de quien sostiene una pluma. Algo retrasado con respecto a él se alineó su hermano, tan distinto en su constitución que se habría dicho hijo de padre o madre diferentes. Compartían, eso sí, la

forma y el color de los ojos, redondeados, oscuros, semejantes a los de un ave rapaz, si bien los del mayor carecían de expresión mientras que los del pequeño desprendían fuego.

Alto también, aunque fibroso, Beltrán suplía su escasa fuerza con agilidad y velocidad, si bien nunca había logrado aproximarse siquiera a la destreza del primogénito de la familia, quien además disponía de armas y equipo de mayor calidad. Siempre le habían dicho que su torpeza traía causa de su obstinación en servirse de la mano izquierda para realizar las tareas importantes, en lugar de emplear la derecha, siguiendo el orden natural de las cosas.

Durante largos años sus progenitores e instructores le habían obligado a utilizar cubiertos, copas, espada y demás objetos cotidianos de la manera considerada adecuada, sin conseguir más resultado que acrecentar su incompetencia. Al final, unos y otros habían terminado por claudicar, permitiéndole dar rienda suelta a esa zurdera que, aun avergonzándole, no había conseguido superar, a pesar del enorme esfuerzo desplegado en el empeño.

Con la adarga en esa diestra perezosa y el venablo en la izquierda, el aspirante a caballero ocupó su lugar en la formación, decidido a honrar su sangre demostrando su valor. Varias filas más adelante, don Álvar enardecía los ánimos con una diatriba encendida, si bien desde donde estaba Beltrán resultaba imposible entender sus palabras, dado el ruido ensordecedor de los tambores sarracenos, golpeados a un ritmo creciente bajo la cortina de estandartes negros enarbolada por los de Ibn Hud.

—¡A la carga! —sonó de pronto una orden, repetida por mil gargantas.

Beltrán murmuró una oración silenciosa y obedeció a ciegas. Ni siquiera vio venir al jinete que lo derribó.

A su alrededor todo era confusión, polvo, gritos, estruendo. Al caer del caballo perdió el yelmo protector y se golpeó la cabeza. Notó la herida, el desgarro, la sangre caliente fluyendo desde la nuca hacia el cuello. Por instinto levantó un brazo a fin de cubrirse el rostro, cuando sintió que un peligro grave amenazaba su vida, y algo punzante se le clavó en la carne hasta el hueso. Un filo desgarrador, causante de un dolor intenso. Entonces se oyó a sí mismo proferir un aullido inhumano a la vez que un líquido cálido escapaba de su entrepierna. Habría deseado morir con hombría, aureolado de gloria, pero lo hacía gritando y orinándose encima, a semejanza de un animal conducido al matadero.

La losa de esa certeza cayó sobre él como una lápida.

* * *

—¡Maldito alfeñique enclenque! —rugió el vozarrón de Fadrique—. En mala hora accedí a cargar con semejante rémora.

Revestido todavía de su cota de malla larga y sus brafoneras de acero sujetas al cinturón mediante correas de cuero, cubierto de sangre enemiga de la cabeza a los pies, permanecía erguido junto al cuerpo de su hermano, malhumorado, profiriendo denuestos más propios de un mozo de cuadra que del noble llamado a heredar los dominios familiares. Se había despojado del casco y del almófar, que colgaba sobre su espalda como la capucha de un fraile. Su rostro barbudo no mostraba pena o preocupación, sino pura rabia.

A su lado, de rodillas, García, el escudero de Fadrique, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho del herido y pegaba la oreja a sus costillas para comprobar si aún respiraba. No se atrevió a replicar, pese a desearlo ardientemente, porque temía la reacción del infanzón si osaba salir en defensa del muchacho tendido a sus pies, cuya vida, a la vista estaba, pendía de un hilo frágil. Si se rompía, perdería a un compañero leal y un aliado insustituible en la casa donde intentaba labrarse un futuro a pesar de su origen humilde.

—No te rindas, Beltrán —le susurró al oído tratando de sonar animoso—. Sigue luchando.

Concluida la batalla con la derrota total de los sarracenos y la huida de su caudillo, el campamento celebraba el triunfo. Corría el vino por doquier, se entonaban cánticos de alabanza a Dios y más de un soldado juraba haber visto en la refriega al mismísimo apóstol Santiago, montado en un caballo tordo y rodeado de una legión de ángeles. Luchaba con bravura junto a los freires de su orden y los calatravos desplegados en el terreno, o eso al menos afirmaban, convencidos, todos cuantos presumían de haber presenciado el milagro.

Era precisamente esto último lo que más encabritaba al hijo mayor de don Pedro López, persuadido de haberse perdido la contemplación del prodigio por tener su atención puesta en el hermano caído.

—¡Ojalá no me hubieras buscado cuando lo viste en el suelo! —escupió sin el menor pudor dirigiéndose a García.

—¿Y qué debía hacer? —La pregunta era un reproche en sí misma.

—¡Nada! Dejar que de una maldita vez se lo llevaran los demonios.

A medida que pasaba el tiempo sin que Beltrán reaccionara o terminara de morirse, el enfado de su primogénito iba en aumento. De ahí que estuviera a punto de golpear a su escudero cuando este encontró el coraje de espetarle lo que pensaba:

—Él tuvo peor suerte que vos.

—¿Qué tiene que ver la fortuna en esto? ¿Por qué hablas sin saber, pedazo de botarate? Sostenerse sobre la montura no es cuestión de suerte, sino de dominio. Y en ello nos va la vida cuando llevamos encima este armatoste —se agarró la cota de malla—. Beltrán debería saberlo. Se lo repetimos a diario desde hace años.

—Nadie cae por voluntad propia —volvió a salir en su defensa García, haciendo gala de un gran valor al desafiar por segunda vez la ira de su señor.

—Pues si caes, has de saber alzarte y pelear de pie, o estás muerto —replicó con desprecio el gigante, a quien resultaba fácil imaginarse de esa guisa, repartiendo mandobles feroces a enemigos a caballo—. Fíjate en Diego Pérez de Vargas. Hace un rato lo he visto con mis propios ojos convertir una rama de olmo en garrote y llevarse por delante a un buen número de sarracenos.

—He oído que lo llaman Machuca, sí —confirmó el escudero.

—Un apodo bien ganado, toda vez que, a falta de espada, ha herido a diestro y siniestro sin más arma que esa estaca, y ninguno de los alcanzados ha vuelto a levantarse.

—Roguemos al cielo porque vuestro hermano sí lo consiga.

—Yo prefiero confiar en que abandone este mundo antes de causar más deshonra a la familia.

—¡Tened cuidado con lo que deseáis, señor, no vaya a ser que el Juez Supremo escuche vuestra plegaria!

—¡Que lo haga! —Fadrique estaba decidido a sostener su porfía a riesgo de asemejarse al mismísimo Caín—. Es demasiado débil para llegar a ser jamás un buen guerrero y, por si eso no bastara, esa mano nefasta con la que empuña las armas ofende todo lo sagrado. Por algo está escrito que Dios sienta a sus elegidos a su derecha y no a su izquierda. Si esta vez llega a salvar el pellejo, será únicamente porque lo dieron por muerto. Ten por seguro que nuestro padre, glorioso combatiente en las Navas, sentirá una profunda vergüenza cuando le contemos lo ocurrido.

Beltrán recobró la consciencia justo a tiempo para oír la última afirmación de su hermano, y el filo de esas palabras se le clavó en el pecho causándole más sufrimiento que la lanza de su enemigo.

A costa de un gran esfuerzo se llevó la mano nefasta a la nuca, que todavía sangraba. También su brazo derecho estaba herido, aunque la hemorragia había sido contenida mediante un torniquete fuertemente anudado a la altura del codo. No podía moverlo. Su cuerpo era un amasijo de carne lacerada y dolor. Pero lo peor, lo más desgarrador de todo, fue comprender que el fulgor cuyo brillo lo había cegado no procedía de Dios, sino del sol.

Estaba vivo. Vivo y vencido, ultrajado, fracasado, insoportablemente encadenado a esa nueva humillación.



2

Más duelen las heridas del alma

Entre Jerez y Cazorla.
Primavera del año 1231 de Nuestro Señor

Habría deseado convertirse en polvo allí mismo para no tener que hacer frente al desprecio de Fadrique, pero se obligó a gemir a fin de darle a conocer que seguía en este mundo. Además, lo devoraba la sed. La garganta le quemaba y la lengua, un estropajo, se le pegaba al paladar hasta el punto de dificultarle el habla.

—Agua… —suplicó en un susurro.

—¡Has regresado de entre los muertos! —exclamó jubiloso García, agachándose para darle de beber vino aguado de un pellejo—. Vaya susto nos has dado.

—Sigues aquí —gruñó su hermano con sorna—. Nuestro Señor no ha tenido a bien otorgarte la corona de mártir, aunque desde luego tampoco te ha llevado a ganar honor.

En lugar de contestar, Beltrán trató de incorporarse agarrándose al escudero, quien lo asió por las axilas con fuerza, comprobando al mismo tiempo el torniquete para cerciorarse de que aguantaba.

—Te alegrará saber que vencimos, aunque no fuera precisamente gracias a tu contribución —prosiguió Fadrique, hurgando en la herida del caído—. Ni siquiera llegaste a entrar en combate. ¡Qué desperdicio de caballo, de armamento y de armadura!

Con el propósito de zanjar el calvario de su amigo, el escudero rompió el instante de silencio resultante de ese comentario con una pregunta práctica:

—¿Me dais permiso para ir en busca de un barbero sangrador? Conozco a uno hábil con la aguja, que debería coser esas heridas antes de que la carne se pudra.

—Ve a por él —concedió el hidalgo a regañadientes—. Cuanto antes lo remienden, mejor. No podemos quedarnos aquí una vez que se haya marchado el ejército.

No tardó en regresar García acompañado de un hombre grueso, de cabeza afeitada en contraste con un rostro cubierto de barba cerrada y cejas negras como la noche, piernas cortas, brazos desproporcionadamente largos y uñas crecidas repletas de mugre. Tras él trotaba un muchacho que no tendría más de diez años, seguramente su aprendiz, cargando a la espalda una bolsa de cuero de apariencia pesada y portando con ambas manos un cubo lleno de agua no demasiado clara.

—A la paz de Dios —saludó, escueto, sin alterar la fórmula habitual a pesar de hallarse en un campo de batalla.

—Él os guarde —contestó Beltrán, ante el mutismo hosco de su hermano.

—¿Dónde está el roto? —inquirió el recién llegado que, a diferencia de sus compañeros de oficio, parecía ser hombre de pocas palabras.

A modo de respuesta, el herido se señaló el brazo inmovilizado y torció hasta donde pudo la cabeza, en aras de mostrar la brecha de la que ya no manaba sangre.

—¡Tomasico, lava y afeita! —ordenó el maestro de llagas a su discípulo, quien obedeció con presteza, restregando un trapo mojado por ambas laceraciones, para después rapar una buena cantidad de pelo a fin de despejar la piel y descubrir el alcance de las lanzadas.

—Esto os va a doler —anunció entonces el barbero a su paciente, sin rastro de misericordia.

—Adelante, aguantaré —replicó este sombrío—. Más duelen las heridas del alma y no sanan.

A partir del décimo punto, Beltrán dejó de contar las veces en que se le clavaba la aguja donde aquel carnicero barbudo había enhebrado un hilo de color parduzco, que se le antojaba ardiente. Cerró los ojos para no ver y ahogó los gritos que pugnaban por salir de su garganta, porque nada habría satisfecho más a Fadrique que oírle chillar. Cuando al fin cesó el suplicio, volvió a mirar y observó cómo el chico le aplicaba una gruesa capa de miel sobre la piel desgarrada recién cosida, antes de vendársela enrollándole sendos lienzos limpios en el brazo y la cabeza. Lo hacía con delicadeza, regalándole una sonrisa tímida que él recompensó con un sueldo de plata entregado bajo cuerda para evitar que acabase en la bolsa del sangrador.

Sacando fuerzas de flaqueza, agradeció la tortura:

—Dios premie vuestra labor otorgándoos una larga vida.

—Si queréis conservar la vuestra —repuso el hombretón, que a esas alturas sudaba profusamente por el esfuerzo realizado—, evitad que se abran las heridas y cambiad las vendas cada poco tiempo. La miel ayudará a sanarlas, pero yo no hago milagros. Esos se los dejo a Dios.

* * *

Era tiempo de partir.

La columna de guerreros cristianos se había adentrado mucho en territorio musulmán e, incluso teniendo en cuenta la derrota sufrida por los de Ibn Hud, su situación tan lejos de casa los hacía peligrosamente vulnerables. El caudillo vencido seguía vivo, probablemente reagrupando a su hueste, y los almohades, pese a sus disputas suicidas, conservaban plazas importantes desde las cuales podían atacar en cualquier momento. Tal como enseñaba la experiencia, toda prudencia era poca.

De camino hacia Jerez habían quemado sembrados, talado árboles frutales, arrancado de cuajo olivares, robado cuanto ganado encontraban a su paso, destruido mezquitas, saqueado alquerías, incendiado aldeas y apresado o dado muerte a millares de hombres, mujeres y niños. O sea, exactamente lo mismo que sufrían ellos y sus seres queridos a manos de los sarracenos cada vez que estos emprendían una aceifa en León o Castilla. En eso consistían las vidas de cuantos habían participado en esa cabalgada, sus padres, sus abuelos y todos sus antepasados hasta donde alcanzaba la memoria: entrar en tierra de moros con el empeño de evitar que ellos entraran en la suya. No concebían otra existencia.

La algara se había saldado con un éxito arrollador, pero el riesgo persistía.

Durante las siguientes jornadas el enemigo estaría al acecho, preparando celadas y sorpresas destinadas a intentar amargarles la victoria y recuperar el cuantioso botín que viajaba con ellos hacia el norte, en forma de oro, joyas, tejidos lujosos, bestias y cautivos, acarreados de igual modo hacia los mercados de ganado o de esclavos. En cualquier momento podrían sufrir una emboscada o un ataque relámpago en los flancos o la retaguardia. El menor descuido, la más mínima vacilación o flaqueza, los llevaría a contemplar cómo las cosas se daban la vuelta y la gloria conquistada se tornaba fracaso. Todos eran conscientes de ello, también Beltrán, cuyo desánimo prevalecía sobre el deseo de celebrar un triunfo al que no había contribuido. ¿Con qué derecho iba a reclamarlo como propio?

En su condición de segundón de un pequeño señor fronterizo titular de un dominio pobre, sin capacidad para alimentar frugalmente a más de una familia, que sería la de Fadrique, el muchacho tenía puestas todas sus esperanzas de futuro en la guerra. Al igual que García y otros muchos castellanos tan sobrados de valor como desprovistos de fortuna, había crecido sabiendo que el único modo de escapar a la estrechez y alcanzar las riquezas fabulosas que atesoraba al-Ándalus sería pelear por ellas. Luchar por recuperar la España perdida en el Guadalete y restaurar la verdadera fe suplantada por los musulmanes. A ese empeño se había entregado desde que tenía recuerdos, solo para cosechar una decepción tras otra, culminadas con la vergonzante actuación que ahora le afeaba su hermano.

—Dejadme aquí —le rogó en voz baja al escudero, mientras este recogía sus escasas pertenencias antes de ponerse en marcha.

—¿Estás loco? Tu padre me colgaría por ello.

—Ya has oído a Fadrique. —Beltrán hablaba en serio—. Mi padre se ahorraría sufrir otra humillación y podría jactarse de haber entregado un hijo a la causa de Dios.

—Debes de estar delirando —replicó García, preocupado ante el cariz que tomaba la conversación—. Tu padre te quiere, y tu madre, aún más. Si regresáramos sin ti, se morirían de pena.

—Eso es mentira. —El tono ahora era de reproche—. Hasta tú me ves demasiado endeble para decirme la verdad. Pero no soy un necio. ¡No lo soy! Torpe sí, a la vista está; estúpido, no.

Después se sumió en un silencio profundo, que mantuvo durante días, inasequible a las pullas constantes de su primogénito tanto como a las chanzas con las que el compañero de su infancia intentaba rescatarlo de esa tristeza infinita.

* * *

Los días transcurrieron a partir de ese momento monótonos, sin incidentes que alteraran la rutina cotidiana. Fadrique cabalgaba ufano, a la vanguardia de la tropa, compartiendo cuantos ratos podía con Álvar Pérez de Castro a fin de ganarse su confianza y aprecio. Beltrán en cambio iba rezagado, junto con García y otras gentes de condición inferior a la suya, rumiando su desventura a la vez que se odiaba a sí mismo por comportarse como un cobarde y albergar sentimientos tan viles.

En lo más profundo de su corazón envidiaba al escudero, por ser mucho más diestro que él en el manejo de las armas, noble de espíritu, incondicionalmente leal, generoso y valiente. Exactamente lo que a él le habría gustado ser. Idéntica emoción lo alejaba de su hermano, aunque a este no lo viera como un modelo a seguir. Demasiado vanidoso, demasiado arrogante, por completo ayuno de la caridad exigible a un buen cristiano y sin embargo favorito incuestionable de sus padres, que hallarían argumentos sobrados para confirmar esa preferencia en cuanto tuvieran conocimiento de lo acaecido en la batalla.

El temor a ese juicio implacable, sumado a la pérdida total de la confianza en sí mismo, fue lo que lo llevó a empezar a beber, al principio con moderación, enseguida sin medida. Vino agrio, licor, lo que fuese posible comprar a alguno de los despenseros encargados de la bodega, con tal de olvidar una realidad tan oscura.

Su cuerpo se recuperaba bien, gracias a los cuidados de García, la miel y la providencia, que habían mantenido a raya la temible corrupción de la carne lacerada, pero su alma iba de mal en peor. Estaba extraviado, desesperanzado, incapaz de encontrar una razón para abrir los ojos cada mañana. A los dieciséis años le parecía que su vida había terminado. Su orgullo estaba hecho pedazos. Su dignidad, maltrecha. Su honor, el bien más valioso que llegaba a poseer un caballero, pisoteado por un jinete sarraceno cuyo ultraje no dejaba de recordarle su hermano. A su modo de ver, carecía por completo de sentido conservar esa existencia miserable.

* * *

Acompañaba a la tropa un buen número de rameras, instaladas en carros situados en retaguardia junto a la impedimenta, las provisiones y los cautivos, que hacían su agosto ofreciendo sus servicios a los soldados a cambio de buenos dineros. Dado el cuantioso botín conquistado y la moral de victoria, no les faltaban clientes dispuestos a pagarlas bien y provistos de abundante plata. Beltrán se estrenó con una de ellas, seleccionada por García, quien habría hecho cualquier cosa con tal de sacarlo a flote. La experiencia solo consiguió hundirlo más en el pozo.

La chica tenía prisa por terminar cuanto antes y a él nadie le había explicado lo que tenía que hacer, por lo que el encuentro acabó casi antes de empezar, con un fogonazo fugaz. Un resultado similar al que obtenía sin necesidad de ayuda cuando daba rienda suelta a la lujuria, tal como le reprochaba a renglón seguido su confesor. De nuevo la sensación de haber vuelto a fracasar por no ser capaz de actuar como lo haría un verdadero hombre.

¿Existiría un lugar para él en este mundo? Cada vez se le antojaba más difícil encontrarlo.

Carente de fortuna y de méritos, las posibilidades de remediar su situación dando con una esposa rica, deseosa de desposar a un hombre de linaje ilustre, eran harto remotas. Si algo abundaba a su alrededor eran hidalgos arruinados en busca de una buena dote. La guerra no era lo suyo, a pesar de la insistencia con la que lo había intentado, y le faltaba vocación para servir a Dios en la Iglesia. Nunca había deseado otra cosa que entregar la vida para alcanzar honra y fama combatiendo a los sarracenos, pero incluso ese anhelo de sacrificio se había esfumado con la sanación de sus heridas.

Ese era el sombrío horizonte que se abría ante sus ojos cuando, tras largos días de marcha y una vez abandonado el grueso de la hueste, que proseguía viaje hacia el norte, divisó en la distancia la piedra del castillo familiar. Debería haber sentido alegría, aunque no halló en su interior ni rastro de esa emoción. Lo único que deseó fue que se lo tragara la tierra.



3

Un combate desigual

En la sierra de Cazorla.
Verano del año 1231 de Nuestro Señor

La fortaleza, ganada por don Pedro López combatiendo en las filas del difunto rey Alfonso de Castilla, estaba enclavada en el corazón mismo de la frontera, a los pies de la sierra de Cazorla. Se alzaba a pocas leguas de Jaén, todavía ocupada por los musulmanes tras varios asedios frustrados, y muy cerca de Baeza, en cuyos alrededores se había situado en su día la tenencia del bisabuelo, Lope, obtenida también por la espada y perdida después a manos de los almohades en el año 1157, de infausta memoria para los cristianos.

Ese antepasado ilustre, de quien don Pedro hablaba a menudo, procedía de un linaje humilde, aunque engrandecido por sus hechos. Huérfano de un simple caballero de frontera, caído con honor en la

heroica defensa del castillo de Mora, había sido encumbrado a lo más alto merced a su lucha junto al Emperador, don Alfonso, hijo de la reina Urraca, quien destacó por sus conquistas antes de que los guerreros venidos del desierto africano desembarcaran en España como una plaga de langostas para arrollarlo todo a su paso. El padre de Fadrique y Beltrán solía rememorar esos hechos, poniendo el acento en lo desigual que resultaba ser el combate entre los defensores de la Cruz y sus adversarios de la Media Luna.

—Asturias primero —subrayaba, doliente—. Después León, Aragón, Navarra y Castilla se han desangrado en esa lucha, enviando a morir a sus hijos con el afán de derrotar a los mahometanos y recobrar el dominio de la tierra que, antes de su llegada, invocaba el nombre de Cristo.

—al-Ándalus —apuntaba alguno de los chicos.

—Si se tratara únicamente de al-Ándalus, la habríamos recuperado hace tiempo. Pero cada vez que ellos se han visto en peligro, después de cada victoria nuestra, han llamado en su socorro a los feroces berberiscos, que han cruzado prestos el Estrecho dispuestos a la guerra santa. Nosotros, en cambio, siempre hemos estado solos.

* * *

Tras ser expulsado de sus tierras y salvar la vida de milagro, el bisabuelo, Lope Diéguez, fiel servidor del Emperador, regresó a Toledo junto a su soberano para desde allí seguir peleando, al igual que sus descendientes. Una historia parecida habría podido contar cualquiera de las familias hidalgas cuyas propiedades se ampliaban o

desaparecían al albur de la interminable disputa mantenida entre Dios y Alá.

Toledo, antigua capital del reino visigodo reconquistada siglo y medio atrás, era el refugio de los desterrados y, al mismo tiempo, la avanzada militar de la cristiandad frente al islam. Su principal baluarte. Cuatro veces había estado sitiada por los almorávides o los almohades y otras tantas resistió al amparo de sus murallas, refuerzo de sus formidables defensas naturales. Torre albarrana de Castilla, siempre estaba presta para la guerra, gobernada por los adalides más capaces del reino. Toledo era la orgullosa perla del Tajo. La joya de la corona.

En el interior de la ciudad la vida era dura, extremadamente austera, en ocasiones, bárbara. Los hombres que la habitaban se habían forjado en la amenaza permanente. Un peligro de tal magnitud que, para poder poblar el castillo de Oreja, situado a escasas leguas de la plaza, el soberano a cuyo flanco combatió siempre don Lope ofreció perdón y libertad a todos los criminales del reino, excepto los traidores. La traición constituía un delito tan execrable que ni siquiera la necesidad de resguardar la frontera justificaba librar de la horca a sus autores.

Los habitantes de Toledo, al igual que los de otras muchas villas fortificadas, estaban acostumbrados a sobreponerse a la calamidad. Don Pedro recordaba con especial viveza la terrible hambruna sobrevenida en 1207, todavía en vida de su padre, así como las partidas de caza que organizaban los chiquillos por la urbe en busca de gatos y perros que llevarse a la boca. Ningún hidalgo digno de ese nombre se habría rebajado hasta ese extremo, aunque sufrieran, como los demás, las consecuencias, a veces mortales, de la falta de

alimentos. Cuando venían mal dadas, se apretaban el cinturón que les ceñía la piel y los huesos.

Los caballeros toledanos, ya fueran nobles o villanos, se preparaban para la guerra manteniendo afiladas sus armas, entrenándose para el combate y adiestrando a sus monturas. Lo mismo hacían los de Ávila, Soria o cualquiera de las villas levantadas o repobladas con el único propósito de proteger a toda costa la marca. Se trataba de gentes rudas, hechas al sufrimiento.

De acuerdo con las leyes vigentes, tenían prohibido abandonar la ciudad y cruzar los montes sin dejar en su puesto a otro guerrero que vigilara por ellos y, llegado el caso, pudiese ocupar su lugar en el combate. Era el precio que pagaban por vivir en libertad y rezar al dios en cuya fe habían sido bautizados. Así se habían ganado el derecho a no ser propiedad de un señor y participar en las asambleas que decidían sobre sus asuntos, sin que ni el propio monarca pudiera privarlos de esa potestad. Ellos no eran más que él, pero tampoco menos.

De esa Toledo guerrera, sobria, indoblegable, había partido don Pedro hacía ya casi veinte años, camino de las Navas de Tolosa, para derramar su sangre en la batalla y con ella depositar su tributo en el altar del honor. Un tributo que, en su caso, había resultado ser terriblemente oneroso.

Desde entonces las cosas habían cambiado mucho, para bien, aunque la experiencia demostraba que resultaba harto imprudente cantar victoria ante los infieles, por fuerte que mostrase ser el empuje de la cristiandad.

¡Y vive Dios que lo era!

En aquel 1231 de Nuestro Señor ya no gobernaba el vencedor del Miramamolín en aquel choque brutal, sino su nieto, Fernando, tercer portador de ese nombre. Hijo de la reina Berenguela de Castilla y del soberano leonés Alfonso IX, Fernando reinaba desde hacía poco más de un año sobre el territorio unificado de los dominios que habían pertenecido a su difunto padre y a su madre, quien permanecía a su lado en calidad de leal consejera. Ella había desempeñado un papel crucial en la fusión de ambas coronas, conseguida sin apenas derramamiento de sangre gracias a su generosidad, pareja a su habilidad política. Merced al buen hacer de doña Berenguela y a su propia ambición conquistadora, don Fernando había engrandecido su reino, tanto en tamaño como en riqueza, hasta convertirlo en el mayor que jamás rigiera un monarca cristiano desde la era del godo Rodrigo.

Tras varios años de disputas intestinas, superadas con astucia, el valioso respaldo de su madre y la ayuda inestimable de varias milicias concejiles, entre las cuales destacaba la de Ávila, el rey había logrado desmantelar cuantas intrigas nobiliarias trataron de usurparle el poder y estaba al fin sólidamente instalado en el trono, decidido a proseguir la lucha secular de su estirpe y sus vasallos devotos de Cristo.

* * *

En las sucesivas derrotas sufridas por los moros, estos habían ido perdiendo castillos, abandonados por alcaides caídos en combate o huidos. Algunos, los menos, seguían vacíos. Otros muchos habían sido ocupados por castellanos destacados en su servicio al rey, quien

premiaba su fidelidad cediéndoles esos bienes, generalmente para siempre, a ellos y su descendencia.

En una de esas fortalezas, emplazada en un roquedal rodeado de monte áspero, se había instalado el caballero don Pedro López de Cazorla junto con su esposa, Catalina, sus dos hijos varones, el escudero, García, y un número reducido de pobladores venidos del norte, cuyas humildes chozas de paja y barro jalonaban el terreno que rodeaba la torre.

Ocupaban un espacio amplio, aunque poco fértil, que apenas bastaba para apacentar algún rebaño de ovejas, obtener madera de la abundante arboleda y plantar olivos. Era aquella una tierra dura, inaccesible al arado, que el heredero, Fadrique, se había propuesto ampliar, previa demostración de su valía militar extendiendo sus dominios por los campos de cereales que se abrían en el fértil valle situado a sus pies, todavía en manos musulmanas.

Esa región agreste, situada en la zona alta del Guadalquivir, había sido reconquistada algunos años atrás y entregada por el soberano al arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, encargado de su defensa. A fin de cumplir la misión, el prelado había nombrado a su vez un adelantado de su confianza, dotado de plenos poderes, cuyas tropas habían ido tomando uno tras otro los numerosos alcázares que jalonaban sus escarpaduras, hasta crear una muralla prácticamente infranqueable.

Entre esas torres fortificadas se encontraba el hogar de Beltrán, quien cruzó sus sólidas puertas prácticamente restablecido de sus heridas, aunque con el brazo todavía vendado y el cabello anormalmente corto a fin de disimular la calva causada por el afeitado previo al remiendo de su cabeza. Poca cosa en comparación

con lo maltrecho de su espíritu, hundido en un abismo de vergonzosa impotencia.

* * *

Grande fue el júbilo de don Pedro y doña Catalina al ver regresar a sus hijos sanos y salvos. Traían consigo su parte correspondiente del botín ganado en la batalla, lo que no hizo sino acrecentar la dicha de sus padres… hasta que Fadrique, incapaz de soportar ser equiparado a su hermano, dio cuenta pormenorizada de lo acontecido, cargando las tintas a fin de auparse sobre el fracaso del otro.

—Hemos de celebrar que el pequeño de la casa nos acompañe. —En su tono no había el menor cariño, sino un profundo sarcasmo—. Porque, de no ser por García y por mí, se habría quedado exangüe en ese campo polvoriento sin haber llegado a infligir ni un rasguño al enemigo.

La familia estaba reunida en la estancia principal, situada en la primera planta y dividida mediante gruesas cortinas que tapaban las ventanas en invierno y separaban la zona común del dormitorio de los amos, toda vez que los chicos pernoctaban abajo, junto a los hombres de armas. El mobiliario, muy austero, estaba compuesto por el amplio lecho, un par de arcones y el único lujo de la casa: una gran mesa de comedor rodeada de doce escaños de madera decorada, inexistentes en el edificio cuando lo habitaban sus anteriores moradores. Ellos preferían sentarse en el suelo, sobre cojines de lana o seda.

Un criado había depositado sobre la madera desnuda un caldero repleto de potaje, al que siguió una fuente de perdices guisadas,

pan recién amasado y horneado por la propia Catalina, queso de cabra e higos frescos, todo ello regado con abundante vino encontrado en la bodega, señal de que también los musulmanes, o al menos parte de ellos, apreciaban el caldo de la uva, a pesar de la prohibición establecida por su profeta.

El tiempo era templado, motivo por el cual los braseros de cobre diseminados por la estancia permanecían apagados. Tal vez esa circunstancia acrecentara la repentina frialdad que pareció invadir la sala cuando Fadrique lanzó su terrible acusación, como quien arroja una flecha emponzoñada. Eso quiso pensar la dueña, aferrándose a la esperanza de que su querido vástago no albergara malas intenciones al expresarse de aquel modo.

De haber estado presente el escudero, habría intentado salir en defensa de su amigo, hablar en su favor, mitigar la crudeza de ese relato demoledor, escupido con todo detalle sin un atisbo de piedad. Pero él no había sido invitado al convite y la crónica, con ser descarnada, respondía a la verdad.

El acusado, Beltrán, no podía agarrarse a nada para justificar su fracaso. Su hermano tenía razones sobradas para zaherirlo con crueldad, por lo que permaneció callado, agachando la cabeza mientras el héroe de la velada se explayaba narrando su propia hazaña en el combate y la de ese Goliat castellano, Diego Pérez de Vargas, conocido por los soldados como Machuca tras quebrar no pocas cabezas y descabalgar a más de un jinete moro sirviéndose de la rama de un olmo.

—Así se han fraguado los hombres libres de esta tierra —sentenció con solemnidad don Pedro, sin que fuese posible saber a quién se refería exactamente.

Era un hombre singular ese viejo luchador, cuya edad resultaba imposible de calcular. Sentado en un escaño mayor que los demás, mullido de almohadones, escuchaba atento cuanto se decía, supliendo con la enorme dignidad de su actitud las limitaciones de un cuerpo enjuto, encogido cual fruto secado al sol. Un tronco venido a menos, que parecía perdido en la saya de color oscuro, demasiado amplia para sus hechuras, y unas piernas muertas, descarnadas, pudorosamente cubiertas por unas calzas de lino incapaces de disimular su deformidad. Un cuerpo convertido en cárcel, en contraste con un rostro venerable, cargado de fuerza y bondad.

Sus rasgos recordaban mucho a los de su hijo mayor, aunque su cabello y barba se hubiesen teñido ya de blanco por completo. Mismos ojos oscuros, redondeados, parecida nariz carnosa, frente alta, reflejo de una voluntad de hierro, mandíbula poderosa. La cara de un auténtico guerrero, con una diferencia sustancial respecto a la de su primogénito. Los gestos del patriarca, y por tanto sus arrugas, reflejaban determinación. Los del chico, brutalidad.

Don Pedro había sido gravemente herido en las Navas y desde entonces no podía caminar. Lo llevaba a cuestas de un sitio a otro un coloso de nombre Umar, quien nunca se separaba de él y permanecía atento a cualquier señal suya. Se trataba de un cautivo musulmán, apresado en la misma batalla, cuyo odio hacia los almohades superaba de largo el que jamás le inspiraron los infieles.

Ese esclavo era el ejemplo vivo de la ferocidad con que los africanos habían impuesto su dominio en al-Ándalus. Toda su familia, oriunda del levante, había sido exterminada por esos hombres de piel oscura que se llamaban a sí mismos «unitarios» y servían a un

dios implacable. Padres, hermanos, tíos, todos los varones menos él fueron pasados a cuchillo en castigo por su lealtad a Muhammad ibn Mardanís, caudillo de la taifa murciana, a quien los cristianos llamaban rey Lobo. Las mujeres supervivientes lloraban su ausencia, abocadas a mendigar o venderse como prostitutas.

Dada su corta edad y formidable tamaño, a Umar le perdonaron la vida con el único propósito de obligarlo a luchar en sus filas. Nunca lo hizo. Llegado el momento de la verdad, intentó escapar de la refriega para regresar a su tierra y fue capturado por los cristianos, junto a otros muchos desertores enrolados en aquel ejército en contra de su voluntad.

Desde el principio se mostró manso y dispuesto a cumplir con la tarea de servir de montura a su nuevo amo, quien lo trató con justicia y magnanimidad. Trascurridas más de dos décadas, la relación entre ambos se había afianzado tanto que en ocasiones parecían formar una única persona. Se necesitaban, dependían el uno del otro y en ocasiones hasta se diría que los unía un sincero aprecio.

En el lado opuesto de la mesa, a la izquierda del anfitrión, se sentaba el caballero Alonso de Ávila, veterano miliciano concejil, antiguo compañero de armas y amigo incondicional. Alto de estatura, espigado, de espalda ligeramente curvada por el peso de los años y manos nervudas, destacaban en su semblante unos ojos muy abiertos, de un color azul celeste semejante al del cielo de Castilla. Don Alonso, siempre elegante con su pellote encordado, pasaba largas temporadas en el castillo, acompañando al antiguo soldado condenado a la inmovilidad.

—El tormento que padeces es una corona de gloria —solía decirle a menudo, buscando levantarle el ánimo—. El Señor sabrá compensártelo cuando te llame a su presencia.

—Debería haberlo hecho ya —rezongaba don Pedro, huraño—. A veces preferiría no haber vuelto de aquel campo.

—¡No digas eso, ingrato! —bromeaba el abulense—. De haber caído en las Navas no habrías conocido a Fadrique ni engendrado a Beltrán. Dios, en su misericordia, te privó del uso de las piernas, pero dejó intactos otros órganos.

Y los dos acababan riendo esa referencia a la hombría de don Pedro milagrosamente preservada.

* * *

Aquella noche, sin embargo, nadie salvo Fadrique parecía tener ganas de reír. Beltrán apenas había probado bocado y permanecía cabizbajo, masticando ofensas mientras su hermano se regodeaba restregándole lo sucedido y enfatizando con voz pastosa:

—Por la honra ha de darse la vida, pues mejor es la muerte que el deshonor y tú te deshonraste solo.

Lo que contaba de Beltrán constituía una enorme decepción para su padre, quien, pese a sus dificultades, había criado a sus vástagos esperanzado en verlos convertidos un día en guerreros. A la vista de lo acaecido con el de menor edad en su primera experiencia de combate, resultaba evidente su fracaso. ¿Qué haría con ese muchacho? ¿Hacia dónde lo encaminaría? Por amor al chico callaba, aunque su expresión sombría, de una profunda tristeza, resultaba más elocuente que las zafias palabras de Fadrique.

La cena, planteada como un acto de celebración festiva, estaba tomando un cariz que amenazaba con acabar a golpes si, harto de insultos, el pequeño salía de su letargo y se lanzaba contra su hermano. Una posibilidad que su madre no descartaba en absoluto, al observar cómo iba pasando lentamente de la vergüenza a la frustración y de esta a la ira.

Doña Catalina, hasta entonces dedicada a atender en silencio a los comensales y cerciorarse de que a ninguno le faltara nada, se fijó en que Beltrán apretaba la mandíbula imberbe y cerraba los puños bajo la mesa. Nadie lo conocía tan bien como ella. Le bastaba con mirarlo de soslayo para saber que estaba haciendo un esfuerzo ímprobo por tragarse las lágrimas que le humedecían los ojos y habrían elevado su humillación hasta lo insufrible. Se hallaba al límite. Era demasiado orgulloso para pedir ayuda, pero la necesitaba desesperadamente. ¿Y quién mejor que ella para acudir en su rescate?

Nada estaba saliendo como lo había planeado.

Esa noche se había engalanado a conciencia, con el propósito de paladear ese reencuentro tan anhelado y crear un ambiente propicio a la celebración de una fiesta. Vestía su mejor brial, que en tiempos había causado sensación en Toledo aunque ahora se viera deslucido por lo gastado del paño, y llevaba sobre el cabello recogido en un moño un gracioso capiello bordado de color verdoso. No podía permitirse otra cosa. Hacía una eternidad que no llamaba a la alfayate ni renovaba su vestuario, pues ella misma se remendaba la ropa, ensanchaba las cinturas e hilaba los copos con los que después tejía mantos y toquillas. La tenencia daba para lo que daba, que no era mucho. Pero evitar que sus hijos acabaran como Caín y

Abel no era cuestión de oro, sino de amor, y de eso ella andaba sobrada.

Era el momento de intervenir en la conversación, con el suficiente tacto como para no encrespar todavía más los ánimos. De ahí que cambiara hábilmente de tema lanzando un halago a Fadrique.

—De casta te viene ese ímpetu, hijo. Y del designio divino. No en vano fuiste a nacer el día dieciséis de julio del año 1212…

—… En que Nuestro Señor tuvo a bien concedernos la victoria en las Navas de Tolosa —terminó la frase el caballero don Alonso, engolando la voz sin darse cuenta, de pura satisfacción.

—¿Sabes dónde estaba tu padre cuando tú abriste los ojos? —añadió Catalina, emocionada, dirigiendo a su marido una mirada cargada de infinita admiración—. Cubriéndose de gloria en la batalla para traer inmensa honra a la familia.



4

Por el honor perdido en Alarcos

En Toledo.
Junio del año 1212 de Nuestro Señor

De haber tenido conocimiento de lo que les deparaba el destino, acaso no se hubieran puesto en marcha los integrantes del inmenso ejército que partió desde Toledo aquel 20 de junio de 1212 de Nuestro Señor, camino de la victoria o la muerte. Todos ellos eran conscientes del peligro al que se enfrentaban, aunque ninguno dudara de que Dios estaba de su parte. Además, nunca antes se había reunido una hueste de tal envergadura bajo los estandartes de la cristiandad, ni rey alguno se había atrevido a buscar la batalla contra los moros en campo abierto, como pretendía hacer don Alfonso VIII de Castilla al ir al encuentro del califa almohade, Muhammad al-Nasir, autoproclamado Amir al-Mu'minin o Príncipe de

los Creyentes. En la España que rezaba a Cristo se le conocía como Miramamolín.

—¿Y si fuéramos hacia una trampa? —había comentado la víspera el hidalgo Alonso de Ávila a un compañero de milicia—. La experiencia demuestra sobradamente que el resultado de un choque campal siempre es incierto. Ahí está, sin ir más lejos, lo sucedido en Alarcos hace diecisiete años.

—Cierto —replicó con parsimonia el otro abulense, un veterano conocedor de lo ocurrido en dicho lance por haber participado en él —. Estamos a merced del cielo y a las órdenes del Rey. La decisión no nos corresponde.

—Tengo un mal presentimiento —insistió el joven caballero—. Nadie ignora que el soberano necesita vengar la afrenta sufrida con esa derrota y temo que ese afán de desquite nos conduzca a otra calamidad. Dicen que los africanos son guerreros pavorosos.

—Pronto lo comprobarás por ti mismo —respondió el viejo, en un tono entre sombrío y misterioso que acrecentó todavía más la inquietud de su compañero—. Encomiéndate a la Providencia sin dejar de apretar la azcona. ¿Me entiendes? Nos envían a la guerra contra esos bárbaros y nuestro deber es obedecer. No hay más. Todos los hombres libres hemos de responder cuando se nos llama y esta vez nos han llamado a todos. Es mejor no hacer preguntas.

—¿Crees que estaríamos aquí, no para defender nuestra tierra, sino para atacar la suya, si los sarracenos no nos hubieran tomado la fortaleza de Salvatierra?

—Ni creo ni dejo de creer nada —zanjó el enjuto concejil, poco dado a la conversación—. Cada día tiene su afán, ya lo aprenderás.

Tú asegúrate de afilar las armas, procura que no te falten agua ni comida y cuida bien de tu caballo. De eso depende tu vida.

* * *

Tal como intuía Alonso, el desencadenante de la campaña no era otro que el asedio y posterior conquista del castillo de Salvatierra, propiedad de la orden de Calatrava, acaecido algunos meses atrás. Pese a la defensa heroica protagonizada por trescientos freires de la orden, que resistieron a un coste altísimo una acometida feroz prolongada durante todo el verano, ese baluarte cristiano había caído en poder de los sarracenos, colmando la ya mermada paciencia del rey Alfonso. Los ánimos de sus súbditos estaban inflamados por el sacrificio de esos monjes guerreros, mientras el suyo se debatía entre la ira y la preocupación. La pérdida de esa fortaleza dejaba expuesta a una incursión enemiga toda la vega del Tajo y en particular, Toledo, su más preciada posesión.

—Juro ante Dios que esta nuevo ultraje no ha de quedar sin castigo —proclamó ante sus nobles, furioso, al tener conocimiento de lo ocurrido en ese enclave avanzado. Y sin perder un instante empezó a planear la revancha.

Determinado a jugárselo todo a una carta, aun conociendo lo arriesgada que resultaba ser esa apuesta, el soberano castellano escribió a los reyes de Aragón y Navarra con el propósito de recabar su ayuda. También se dirigió al papa, Inocencio III, a quien comunicó lo sucedido, así como su determinación de enfrentarse en batalla campal con los infieles en la octava de Pentecostés del año siguiente, 1212 del Señor.

La decisión estaba tomada y nada ni nadie la habría frenado. Ni siquiera el peligro cierto de cabalgar hacia otro desastre, tal como barruntaba ese anónimo caballero villano integrado en la milicia de Ávila. Una tropa más entre las muchas movilizadas para el combate por otras ciudades y pueblos, de donde habían acudido tal cantidad de escuadrones dotados de caballos, armas, transportes, víveres y todo lo preciso para la guerra que no había entre ellos nadie que necesitara nada. Eran gentes no solo recias y avezadas en el manejo de las armas desde siempre, sino cubiertas de gloria militar, que sumarían sus fuerzas a las de la mesnada real y los magnates del reino.

Ninguno de ellos había faltado a la cita. En Toledo se habían reunido, prestos para dar su sangre, los miembros de la nobleza y el alto clero, junto con los hombres reclutados en sus señoríos, que comenzaron a llegar desde principios de febrero. Todas las casas nobiliarias de Castilla estaban representadas en ese inmenso ejército del Señor, con sus cabezas de linaje al frente. Gonzalo y Álvaro Núñez de Lara, alférez del rey y portador de su estandarte, Ruy Díaz de los Cameros y Gonzalo Ruiz de Girón, y sus hermanos, nobles de menor rango, como el joven Pedro López, además del fiel y valeroso Diego López de Haro, cuyos vastos dominios abarcaban el norte de Castilla, la Bureba, Soria, Nájera y la Rioja, además del Duranguesado. Suyo sería el honor de dirigir la vanguardia de esa poderosa hueste enviada a cumplir una misión sagrada: destruir de una vez por todas a los enemigos de la santa Cruz.

* * *

A pesar de sus desavenencias internas y de la escasa simpatía que despertaban entre los musulmanes hispanos, los almohades eran, a la sazón, los amos absolutos de al-Ándalus. Gobernaban con mano de hierro, merced al terror que infundían sus feroces berberiscos, y disponían de una fuerza muy superior en número a la de los cristianos, además de mejor pertrechada, que luchaba en su terreno y libraba una guerra santa en nombre de su dios, dispuesto a recompensar el sacrificio de sus devotos con una legión de vírgenes impacientes por colmarlos de placeres en el paraíso. De ahí que el papa Inocencio, empeñado en igualar la partida, respondiera a la carta de Alfonso otorgando a su empresa la condición de cruzada y garantizando a sus participantes la remisión de todos sus pecados si caían combatiendo al servicio de la verdadera fe. Un premio sumamente atractivo, que distaba de calmar la angustia de una dama de alta cuna, llamada Catalina, encinta de su primer hijo.

Tras pasar varios años al servicio de doña Berenguela, hija del soberano castellano y de su esposa, Leonor de Plantagenet, Catalina había contraído nupcias con el caballero Pedro López, procedente de una familia de abolengo, antaño rica, cuyos dominios habían sucumbido años atrás al avance arrollador de los africanos. Acogido al amparo de la ciudad del Tajo e integrado en la mesnada real, don Pedro se disponía a marchar rumbo al sur en compañía de sus hermanos de armas, pletórico de moral. Ni la duda, ni el temor, ni el avanzado estado de gestación de su esposa proyectaban la menor sombra sobre su ánimo eufórico. Ella, en cambio, sentía el miedo a parir un huérfano agarrársele a las entrañas, tan claramente como notaba los movimientos de esa criatura impaciente por venir al mundo.

—Vuelve a mí —le suplicó la mañana de la despedida, pugnando por tragarse el llanto en aras de honrar el pudor, su linaje y a su hombre.

—Regresaré antes de lo que esperas —repuso él en tono firme—. Veré nacer a nuestro hijo, asistiré a su bautizo y, Dios mediante, podré regalarle una victoria frente a los infieles.

—Rezaré para que así sea.

—Así será, te lo aseguro. No tienes más que contemplar la magnitud de la hueste reunida por el rey.

Don Pedro decía bien. En Toledo se habían concentrado ya a finales de mayo incontables soldados castellanos y aragoneses, así como contingentes procedentes de León y Portugal, a los que pronto iban a sumarse otros desde Navarra, milicias concejiles de las principales plazas del reino, caballeros calatravos, del Temple y de Santiago, francos acudidos en tropel respondiendo a la llamada del Pontífice… Los mejores guerreros de la cristiandad, juntos al fin con un propósito común: derrotar al Miramamolín, empeñado a su vez en arrollar a la cristiandad y abrevar a sus caballos en las fuentes de Roma.

—Albergo más fe en vosotros que en esos ultramontanos —frunció el ceño Catalina, evocando lo sucedido al poco de su llegada…

Toda Toledo se había hecho lenguas de la vil conducta exhibida por esos francos, cuyo número igualaba, en efecto, al de los hispanos, aunque su proceder resultara ser radicalmente distinto.

—Tú mismo hubiste de empuñar las armas para defender la judería —prosiguió la dama, reacia a fiar el éxito de la campaña al auxilio de esos extranjeros—. De no haber sido por ti y otros caballeros toledanos, que formasteis un escuadrón de jinetes frente

a la Puerta de los Judíos, además de sellar con vuestra presencia las otras entradas abiertas en el muro que rodea el barrio, lo habrían tomado al asalto para robar a sus habitantes antes de asesinarlos. Afortunadamente vuestra firmeza los obligó a desistir.

—Seamos comprensivos con ellos —terció don Pedro, sintiéndose obligado a dar la cara por sus compañeros—. Venían de combatir a los herejes cátaros en Occitania y no están familiarizados con nuestras costumbres castellanas.

—Querrás decir de matar a mujeres y niños inocentes en Occitania —corrigió su mujer, elevando ligeramente la voz—. Los relatos que he oído contar a algún noble aragonés son estremecedores.

—De todo habría. —También él había tenido conocimiento de esas mismas historias terribles, además de contemplar el modo en que intentaron irrumpir a sangre y fuego en el próspero gueto toledano, felizmente protegido por los hidalgos de Castilla—. En todo caso, eran herejes. Lo importante es que nuestros judíos ahora están a salvo, bajo la protección del rey, y nosotros contamos con una ayuda indispensable para vencer a los sarracenos.

—Ya veremos —profetizó ella, mostrando una prevención que el tiempo revelaría acertada—. De momento, dejan aquí a un gran número de mujeres, niños y enfermos que habremos de alimentar en su ausencia, como si no tuviéramos suficiente con aseguraros el sustento a vosotros.

—Dios proveerá, Catalina, no temas —trató de tranquilizarla su esposo.

—Vuelve a mí, ¿me oyes? —repitió ella, poniéndose de puntillas para besar a su esposo instantes antes de verlo marchar a lomos de su segundo mejor caballo.

—Tienes mi palabra —la tranquilizó don Pedro después de fundir sus labios con los de ella, siempre ardientes—. Regresaré victorioso, habiendo conquistado un dominio donde construir nuestro hogar. Te lo juro por mi honor.

—Más te vale cumplir ese juramento, porque si no lo hicieras…

Él detectó tanta tristeza en esa amenaza, tanto dolor, que se sintió obligado a consolarla abriéndole su corazón:

—Esta es la ocasión que me brinda Dios para merecer el nombre y la fama de mis antepasados, Catalina. Hasta ahora he vivido como un huésped, acogido a la hospitalidad del rey, pero la sangre me exige más. Mucho más. Don Alfonso me ha ennoblecido otorgándome un lugar a su lado en esta hueste, y no le defraudaré. Tampoco a ti.

Un beso largo, apasionado, selló a fuego ese compromiso.

* * *

En los días previos a la puesta en marcha de esa gigantesca tropa, la principal preocupación de don Alfonso y sus consejeros no habían sido el califa o sus guerreros, sino que no hubiera en todo el reino forraje suficiente para alimentar a tanta montura, sin mencionar la necesidad de abastecer y pagar a los hombres. El tamaño de la fuerza resultaba ser descomunal y requería de una organización impecable, nunca ensayada hasta entonces. Un despliegue de intendencia sin precedentes en la historia, al menos hasta donde alcanzaba la memoria de los presentes en los múltiples cónclaves convocados con el fin de tratar la cuestión.

Si los cálculos del monarca no andaban demasiado errados, se había reunido en los alrededores de Toledo un ejército de unos doce mil combatientes, de los cuales algo más de cuatro mil eran caballeros, y el resto, peones. Cada uno de los potentados llevaba consigo cuatro monturas: la de guerra, tratada con mayor mimo del que dispensaban a sus mujeres, el palafrén de viaje, el montado por su escudero, aunque algunos de estos fueran a pie, y la acémila o el asno cargado con los enseres de ambos, sus armas y la vitualla; es decir, la talega indispensable para desempeñar su tarea. Incluso sin contar con los soldados, habituados a soportar la escasez, un cálculo sencillo daba cuenta del inmenso reto inherente a mantener a esos animales.

Con el fin de conservar sus fuerzas y así rendir plenamente en el enfrentamiento, un caballo de batalla necesitaba diariamente más de una arroba de heno o de pasto y media de avena o cebada, además de dos cántaras de agua, como mínimo. Los destinados a faenas más humildes se conformaban con menos, aunque también necesitaban comer, al igual que las gentes de a pie, las mulas y los burros, mandados traer desde todos los rincones de Castilla para garantizar el transporte de tantísimos suministros. Era imposible calcular los miles de quintales implicados en la operación. ¿Cómo no iba a perder el sueño el soberano, devanándose los sesos para cumplir su compromiso de proveer por todos y cada uno de los cruzados a su cargo?

A la hora de marchar, los dos concejiles de Ávila que se habían encontrado a su llegada a Toledo volvieron a reunirse al ocupar sus puestos en la formación:

—¿Llevas el pellejo lleno, pan y tasajo abundantes? —inquirió el veterano al muchacho un tanto nervioso que se estrenaba en aquella empresa como caballero villano.

—Y tocino y queso —respondió Alonso, vestido con calzas, camisa corta y gonela de paño fino, a fin de combatir el calor.

—Cómetelos pronto o te los pudrirá el sol. Y, en cuanto entremos en tierra de moros, cíñete el yelmo a la testa y enfúndate la loriga.

—Me coceré como un lechón al horno —protestó el joven.

—Mejor cocido que muerto. Hazme caso o lo lamentarás.

Pese a ser los protagonistas de lo que estaba por acontecer, los jinetes e infantes alineados en una fila compacta, dispuesta a partir en cuanto el rey diera la orden, constituían una mínima parte de la columna llamada a avanzar, cual criatura monstruosa, hacia los puertos del sur.

De la cabeza a la retaguardia, la formación se extendía a lo largo de casi cinco leguas, dividida en tres contingentes. El primero estaba integrado por los ultramontanos, los portugueses y los voluntarios de León, al mando de Diego López de Haro. Inmediatamente detrás, los aragoneses, comandados por su soberano, don Pedro, y por último el grupo más numeroso: los castellanos del rey don Alfonso.

Tras los soldados marchaban los encargados de la intendencia, arrastrando incontables bestias de carga aplastadas por pesados fardos, cuya lenta procesión precedía a los carros repletos hasta los topes de armas, armaduras, tiendas de campaña, grano, pan, vino, carnes y pescados en salazón, aceite, cera, menaje de cocina, hornos de campaña y demás impedimenta necesaria para el éxito de la empresa. A su zaga iban las manadas de vacas y los rebaños de ovejas, conducidos por sus pastores, seguidos a cierta distancia por

las mujeres de mal vivir y los proxenetas que se lucraban con ellas, siempre prestos a sacar provecho de tal concentración de hombres.

Castilla había vaciado sus graneros, entregado buena parte de sus ganados y llamado a filas a todos sus hijos, así nobles como villanos, para permitir que su rey diera rienda suelta a su revancha.

* * *

El pueblo se echó a la calle, ávido por contemplar un despliegue de poderío como jamás se había visto. El grueso del ejército estaba agrupado en el exterior de las murallas, pero dentro permanecían Alfonso de Castilla y Pedro de Aragón, cuya figura gentil, de una estatura descomunal, destacaba sobre todas las demás. Junto a ellos se alineaban el obispo toledano, Rodrigo Jiménez de Rada, Diego López de Haro y otros notables destacados, que desfilarían por el interior, al son de tambores y clarines, con el propósito de infundir confianza a quienes quedaban atrás, sabedores de que su suerte dependería del éxito o fracaso de la expedición.

Antes de abandonar la ciudad hacia ese enfrentamiento a vida o muerte con el califa almohade, el rey de los castellanos se dirigió a los soldados presentes y a cuantos habían acudido a despedirlos con unas palabras que, una vez pronunciadas, corrieron de boca en boca:

—Amigos, todos somos españoles. Los moros entraron en nuestra tierra por la fuerza y nos la conquistaron, y fueron muy pocos cristianos a los que no se desarraigó y expulsó de ella. Y los pocos de los nuestros que quedaron en las montañas se volvieron sobre sí, matando a nuestros enemigos y muriendo ellos mismos, y fueron

venciendo a los moros, ganando siempre sus tierras, hasta que la situación ha llegado a donde hoy en día se encuentra.

Un rugido de aprobación procedente de la tropa y del pueblo hizo saber al monarca que su gente estaba con él, aunque se le volvería en contra si la batalla que iba a buscar acababa en derrota. Solo tendría una oportunidad de redimir el desastre de Alarcos. Si la desaprovechaba, más le valdría no regresar.



5

Calatrava

En la Cañada de las Merinas.
Julio del año 1212 de Nuestro Señor

A pesar de los ingentes esfuerzos desplegados por don Alfonso para garantizar el suministro de todo lo necesario a sus soldados, a los cinco días de iniciar la marcha, recién tomada al asalto la fortaleza de Malagón y masacrada su guarnición, surgieron los primeros problemas de abastecimiento, como aves de mal agüero revoloteando sobre la columna.

Bestias y hombres avanzaban por la planicie castellana bajo un sol abrasador, siguiendo un antiguo camino ganadero conocido como Cañada de las Merinas, con la sensación de que les hervían las seseras cubiertas de acero y el cuerpo se les derretía bajo el peso de los lorigones impuestos por los adalides en cuanto se adentraron en territorio enemigo. O sea, desde el principio.

Siguiendo la costumbre ancestral, al término de cada jornada se buscaba un asentamiento provisto de pasto, leña y sobre todo agua, elementos esenciales para hacer durar las reservas. Pero, en plena canícula veraniega y dada la aridez de esa tierra, tales bienes eran escasos. De ahí que muy pronto se decretara el racionamiento, se oyeran las primeras protestas y más de un guerrero norteño empezara a acusar la fatiga.

A fin de paliar en lo posible el hambre y la sed de los soldados, cada día se desgajaban de la hueste pequeños grupos de algareadores y forrajeadores, escoltados por contingentes armados, con la misión de saquear ganado, paja, hierba, cereal y cualquier otra clase de comida o bebida aptas para el consumo de hombres y monturas. Sabían que, mientras pudieran, deberían ser capaces de proveer a sus necesidades recurriendo a lo que hallaran sobre el terreno, porque llegaría el momento en que se agotarían sus provisiones y, a partir de entonces, resultaría prácticamente imposible mantener la disciplina.

Lo que nadie sospechaba era que ese punto de inflexión se hallara tan cercano en el tiempo.

En una de esas cabalgadas de abastecimiento se conocieron don Pedro López y el caballero Alonso de Ávila, enviados a supervisar una incursión de especial importancia en las proximidades de Calatrava, la población más importante situada entre Toledo y Córdoba, en una encrucijada de gran valor estratégico, a la sazón en manos musulmanas.

Acaso por tener una edad parecida y similar inexperiencia en combate, hicieron buenas migas desde el principio, a pesar de proceder de estamentos muy distintos. La conciencia del peligro

compartido constituía una argamasa poderosa, mezclada con la certeza de que sus sangres valdrían lo mismo una vez iniciada la refriega. Ambos ansiaban ardientemente poner a prueba su valor en el campo de batalla y ganar honor y fama derrotando a los sarracenos.

La guerra secular frente al moro hermanaba desde hacía siglos a gentes grandes y pequeñas.

* * *

Incluso a una distancia considerable, como la que los separaba de la urbe que tenían ante sí, Calatrava deslumbraba por su grandiosidad. La coronaba un alcázar gigantesco, situado en lo alto de un cerro, que dominaba toda la vega del Guadiana. A su alrededor había crecido la ciudad rodeada de campos labrados, arboledas y huertos feraces, regados por las aguas del caudaloso río.

—Desde ahí arriba deben de poder divisarse los puertos hacia los que avanzamos —comentó el caballero villano a su compañero de fortuna, sin haberse presentado previamente.

Poco acostumbrado a ese trato familiar, el noble replicó, un tanto altivo:

—Me llamo Pedro López, del linaje de los López de Baeza, y sirvo en la mesnada del rey don Alfonso. ¿Puedo saber a quién me dirijo?

—Alonso de Ávila —respondió el abulense, alzando el mentón con orgullo—. Miliciano de la ciudad más leal y más valiente de Castilla, dispuesto a demostraros, cuando os plazca, que no soy más que vuestra señoría, aunque tampoco he sido nunca menos.

Esa reacción espontánea, cargada de dignidad, rompió el hielo de inmediato y selló una amistad llamada a perdurar.

—¿Conocéis la historia de este enclave? —preguntó el toledano, ya en otro tono.

—Mi padre, caballero de frontera antes que yo, tuvo bastante con pagarme el equipo y la montura —justificó el villano su ignorancia—. No teníamos para latines.

—No os disculpéis, don Alonso. —Ese «don» manifestaba respeto, aprecio y cercanía—. Si yo sé algo de este lugar es porque mi familia participó en su primera conquista, en época del Emperador, con quien combatió mi abuelo.

—Otro rey Alfonso —apostilló el concejil.

—En efecto. El séptimo portador de ese nombre. Él cedió el castillo a los templarios, que lo abandonaron poco después ante la imposibilidad de defenderlo, y así nació la orden de Calatrava. La primera fundada en tierras hispanas, cuyos freires aceptaron el reto de ocupar el lugar abandonado por los caballeros del Temple.

—Me pierdo con tanto rey y tanto fraile, don Pedro. Lo que yo veo aquí es una alcazaba sarracena, mayor que cualquier castillo de los que yo haya conocido.

—Decís bien, amigo. La fortaleza fue levantada por los sarracenos, aunque después cayera en manos del Emperador, por poco tiempo, eso sí. Pese a su sacrificio y entrega, los hermanos calatravos fueron incapaces de resistir la embestida de los almohades y perdieron la plaza tras la derrota de Alarcos. Desde entonces, los musulmanes la han ampliado y reforzado hasta hacerla prácticamente inexpugnable.

Cualquier hijo de Dios se habría sentido muy pequeño ante semejante mole de piedra blanquecina. Cualquiera menos Alonso,

que respondió sin vacilar:

—Pues aquí estamos nosotros para hacerles ver que la han reforzado en vano. Ya le encontraremos una grieta.

La voz del concejil reflejaba una seguridad sin fisuras. Aupado a su caballo castaño, de menor alzada que el alazán montado por don Pedro, contemplaba la formidable estructura que se levantaba ante ellos con una confianza absoluta en lograr recuperarla para la causa de la Cruz. ¿Cómo? Dios proveería con la ayuda de hombres semejantes a él, decididos a dejar bien alto el pendón de su querida Ávila.

Dicho lo cual, y salvado el honor con ese alarde de fanfarronería, las proporciones de aquel alcázar superaban en verdad todo lo conocido, con sus muros altísimos jalonados de torres ciclópeas, el arco monumental que albergaba sus puertas y el Guadiana fluyendo a sus pies, semejante a un foso natural difícilmente salvable.

En esas reflexiones andaba sumido el abulense cuando vio llegar al galope a uno de los exploradores enviados en avanzadilla.

—Los moros han sembrado los pasos del río de abrojos —informó, con la rotundidad de un veterano habituado a lidiar con ellos—. Tendremos que retirarlos uno a uno antes de cruzarlo.

Esos cardos de hierro de cuatro puntas afiladas, dispersos por el suelo entre matorrales, se clavaban en los cascos de las monturas y los pies de los peones provocando graves heridas. Se trataba de un arma sencilla, aunque no por ello desdeñable.

—Os lo dije, Alonso —retomó la palabra don Pedro, casi con satisfacción—. Calatrava es inconquistable. Podremos rodearla y seguir nuestro camino, pero tomarla por la fuerza exigiría un coste demasiado alto.

—Esos sarracenos solo quieren retrasarnos y acrecentar nuestras penurias —escupió su compañero, furioso—. No les demos el gusto de vernos pasar de largo.

* * *

Mientras algunos de sus hombres hacían acopio de víveres, saqueando las viviendas y alquerías circundantes, desiertas desde hacía días, los reyes y sus capitanes celebraban consejo para decidir, precisamente, cómo proceder ante el desafío representado por aquella fortaleza y sus defensores. Las opiniones variaban, aunque el soberano castellano disponía de experiencia suficiente para tomar la mejor decisión en base a su conocimiento de lo que estaría ocurriendo en ese preciso instante tras los muros de la alcazaba que se alzaba ante ellos, retándolos con arrogancia.

Al ver venir al ejército cristiano, la población musulmana asentada allí desde antiguo había buscado refugio en el interior del recinto fortificado, hasta llenarlo de personas y animales hacinados en un espacio que, pese a su amplitud, tenía que haberse quedado pequeño para acoger a esa multitud. Don Alfonso podía imaginar su situación, por haberla padecido en más de una ocasión, y ese conocimiento le brindaba una considerable ventaja táctica.

Los refugiados tendrían abrigo, sí, pero ni agua ni alimentos suficientes, ni tampoco la esperanza de recibir socorro alguno. No resistirían un asedio largo, que tampoco el rey estaba dispuesto a asumir, pues le corría prisa encontrarse con la hueste del Miramamolín y medir sus fuerzas con las del califa en el campo de

batalla. Lo mejor sería, por tanto, ofrecer a los sitiados una rendición digna y continuar cuanto antes el avance de la columna hacia el sur.

—Haced saber al comandante de la plaza —sentenció, haciendo uso de la autoridad derivada de su condición de impulsor, financiador y principal protagonista de la expedición— que todos los refugiados en la alcazaba podrán salir sin sufrir daño, con lo que sean capaces de llevar a cuestas, y se proporcionará igualmente salvoconducto a los soldados que depongan las armas.

—Esos infieles no merecen vivir —replicó al punto el comandante de los ultramontanos, visiblemente molesto por ese anuncio—. Yo digo que los pasemos a cuchillo, pues no merecen piedad los enemigos de Cristo.

—Si rinden la plaza, vivirán —zanjó el asunto el monarca, secundado por el rey de Aragón y otros nobles de su séquito—. En cuanto al botín, perded cuidado. Os garantizo que será abundante y podréis repartíroslo a medias francos y aragoneses.

A pesar de ese gesto de generosidad, propio del soberano que había sufragado de su peculio buena parte de la empresa, aquella noche hubo disputa en la tienda del castellano, pues, al igual que sucediera en Toledo, la diferencia de opinión respecto de cómo actuar en Calatrava ponía nuevamente de manifiesto las profundas diferencias existentes entre la visión de los cristianos hispanos y la de los francos acudidos de allende los Pirineos. Los unos llevaban siglos conviviendo con los musulmanes sin dejar de combatirlos. Los otros no conocían otra forma de cruzada que no fuera el exterminio.

* * *

La fortaleza que había desafiado al ejército del Señor fue entregada sin lucha por su alcaide, Ibn Qadis, quien capituló el 1 de julio, aceptando las condiciones establecidas por don Alfonso. Evacuados los guardias sarracenos previamente desarmados y otorgado el correspondiente paso franco a los civiles acogidos a sus murallas, la expedición reanudó su camino, encabezada por los castellanos, dado que los de Aragón se entretuvieron toda una jornada distribuyendo entre los soldados el contenido de los tesoros hallados en su interior.

Dos días después el toledano Pedro López compartía rancho y vino con don Alonso de Ávila:

—Dicen que los ultramontanos se marchan —le informó, transmitiendo la grave noticia oída de labios del rey—. Alegan no soportar este calor y la escasez creciente de agua, además de quejarse porque el enemigo no presente batalla. Han comunicado al soberano que ellos venían a una batalla campal, no a tomar castillos.

—¡Mentira! —se indignó el caballero villano—. Su sed no es de agua, sino de sangre. Ansiaban degollar a toda la guarnición sarracena y saquear la fortaleza. Al no permitirlo el soberano, nos abandonan. ¡Desertores! Eso es lo que son esos malditos forasteros.

—Aplacad esa dureza, mi buen amigo. Nuestro señor tiene prisa por avanzar antes de que la falta de provisiones empiece a causar estragos, y acierta. No podemos perder el tiempo.

Don Pedro ponía más empeño en justificar la decisión de su señor que en juzgar la conducta de los extranjeros, mientras el caballero villano, mucho más vehemente, se mostraba cada vez más airado:

—Somos guerreros de la Cruz, no asesinos. Cuando el enemigo se rinde, el honor impone franquearle el paso con las pertenencias que

pueda acarrear consigo. Así se ha hecho siempre por ambas partes y así debe seguir haciéndose, mal que les pese a esos francos.

—Sosegaos, Alonso. El rey ha dejado a salvo el honor castellano al preferir verlos marchar antes de permitirles perpetrar una matanza.

—¡Tanta paz lleven como descanso dejan! —escupió Alonso su desprecio—. Más provisiones quedarán para nosotros.

—Y menos seremos en el combate… —apuntó con lógica el toledano—. Ellos constituían buena parte de nuestra hueste.

—Sabremos arreglárnoslas solos, como siempre hemos hecho. ¿O acaso estaban a nuestro lado en Alarcos, Uclés o Sagrajas?

—Todas ellas fueron derrotas —constató de nuevo don Pedro, con implacable sentido común.

—Pues esta vez cambiarán las tornas o moriremos en el empeño —zanjó Alonso aferrado a su fiero orgullo—. Castilla, Navarra y Aragón luchan, por una vez, juntas. Quiera Dios que con eso baste.

Al alba del día siguiente volvieron grupas los ultramontanos para regresar al norte, entre silbidos y abucheos de los soldados hispanos. Los nobles expresaban su desprecio en silencio, traspasando a los fugitivos con miradas gélidas, sin tratar de contener la furia de los peones, muchos de los cuales arrojaban desperdicios y salivazos a los jinetes e infantes que intentaban esquivarlos valiéndose de sus escudos.

De haber podido contemplar la escena, el califa de los mahometanos habría respirado tranquilo, adelantando una victoria aplastante.

—Más de un caballero franco debe de sentirse profundamente avergonzado —conjeturó don Pedro dirigiéndose a su hermano de

armas, quien a duras penas contenía su deseo de sumarse al linchamiento.

—¡Que se hubieran quedado, como han hecho el obispo de Narbona y su mesnada, leales vasallos del rey de Aragón! Ellos sí vinieron a combatir a los infieles, aunque su idea de la guerra sea muy diferente a la nuestra. Los otros, a la vista está, solo buscaban botín. Nunca marcharon por Cristo ni contra los enemigos de la Cruz, sino movidos por el odio, la brutalidad y la codicia.

No habían pasado dos semanas desde la partida de Toledo y, antes de empuñar la espada, su ejército había quedado reducido a la mitad.

Tampoco el avituallamiento estaba asegurado, en particular en lo referente al agua, dada la falta de pozos unida al calor agobiante. La moral de los jefes castellanos, empero, permanecía intacta, y lo mismo podía decirse de los contingentes navarro, aragonés, leonés y portugués, aunque los ánimos de la tropa empezaran a acusar las penurias del camino.

Acaso fuera ese cansancio, o simplemente su vileza, la razón por la cual un pequeño grupo de hombres abandonó en ese momento las filas para ir a postrarse a los pies del Miramamolín y ofrecerle, a cambio de oro, la valiosa información referida a esa defección masiva.



6

El pecado del rey

En las proximidades de Alarcos.
Verano del año 1212 de Nuestro Señor

Cuando los mandos de la expedición cristiana se percataron de la fuga, ya era tarde para dar caza a los traidores. Estos habían cabalgado sin descanso hasta los altos de Jaén, donde aguardaba acontecimientos al-Nasir, quien hasta entonces se había limitado a dificultar el avance de sus enemigos a fin de debilitarlos y eventualmente emboscarlos en algún punto estratégico de su recorrido, aprovechando una ocasión propicia. Las noticias llevadas por los renegados castellanos le hicieron alterar sus planes.

—¿Afirmáis que vuestro ejército ha quedado demediado, sufre las consecuencias de la carencia de agua y acusa síntomas de fatiga que podrían llegar a detener su marcha? —mandó traducir al

truchimán, un viejo esclavo cristiano—. Mirad que, si tratáis de engañarme, acabaréis como este desgraciado…

Su dedo señaló una pica clavada en el suelo de la tienda, en cuya punta descansaba la cabeza cercenada de un guerrero sarraceno.

—Este cobarde pensó que rindiéndose a vuestro rey lograría salvar la vida —añadió el Miramamolín, en referencia al comandante de la guarnición de Calatrava, ajusticiado nada más presentarse ante él para dar cuenta de lo sucedido—. Se equivocó. Un soldado de Alá combate hasta la muerte, no se entrega. Este es el destino que aguarda a quienes dan la espalda al Profeta.

—Cuanto os hemos relatado es la verdad —respondió uno de los desertores, en tono suplicante, con la frente pegada a la alfombra tendida bajo los cojines sobre los cuales descansaba el emir.

—Arriesgamos mucho viniendo —añadió otro, en cuyos ojos de rapaz brillaba el resplandor de la avaricia—. ¿Por qué habríamos de mentir? Sois el caudillo de al-Ándalus, estas tierras os pertenecen y se dice que sois generoso con quienes os sirven lealmente.

—Así es —zanjó el Comendador de los Creyentes—. Cuando mis hombres comprueben que vuestra información es fiable, la pagaré en lo que vale. Ahora salid de aquí, perros. Vuestro hedor emponzoña el aire.

* * *

La columna cristiana, entre tanto, seguía marchando hacia el sur, a pesar del hambre, el calor, las quemaduras del sol y el tormento implacable de la sed. El rey don Alfonso sabía que los almohades lo estaban esperando a la vuelta de cualquier recodo, conocedores de

su ruta y su delicada situación, pero no cejaba en su empeño de retarlos en campo abierto. Se lo demandaba el honor, gravemente herido años atrás en Alarcos, y le obligaba a ello la deuda contraída entonces con sus compañeros caídos.

En esa hora previa al definitivo desquite, el castillo testigo de su vergüenza pasada ya no era moro. Lo habían tomado al asalto sus tropas poco antes, aprovechando su abrumadora superioridad numérica. Lo mismo habían hecho con otras fortalezas menores como Caracuel, Benavente o Piedrabuena. Pero ese pequeño triunfo no bastaba para satisfacer los anhelos de venganza del monarca. Su recuerdo era aún demasiado vívido. Su sentimiento de culpa, imposible de acallar mientras no obtuviera la ansiada revancha aplastando al emir de los infieles.

* * *

Diecisiete años atrás, Alarcos había sido el escenario de su humillación.

La fortaleza, situada a tres leguas de Calatrava, se alzaba sobre un cerro aislado, que enseñoreaba una inmensa tierra casi plana, ayuna de vegetación, reseca. Una gran mancha polvorienta creada a la medida exacta de la célebre caballería ligera musulmana, cuya eficacia letal él no podía ni siquiera imaginar entonces.

Aquel infausto mes de julio de 1095 de Nuestro Señor, la imprudencia había llevado al joven rey castellano a cometer un error imperdonable que condujo a la muerte a sus mejores caballeros. Un pecado de juventud terrible para la cristiandad, cuyos tintes

sangrientos poblaban las pesadillas de don Alfonso noche tras noche, robándole el descanso, la paz y la salud.

Se hallaba a la sazón en Toledo, cuando llegaron a sus oídos noticias de un nuevo ataque africano. Una amenaza extremadamente grave, dada la naturaleza del enemigo, que lo llevó a tragarse el orgullo y pedir ayuda a sus vecinos cristianos, tras largos años de enfrentamientos fratricidas con ellos.

En esa ocasión, sin embargo, todos respondieron favorablemente, mostrándose dispuestos a socorrer al atacado. Navarra, Aragón, incluso León, su más enconado rival, enviaron contingentes armados en auxilio de Castilla…, mas todo fue en vano. Movido en parte por la soberbia, en parte por el temor a que los sarracenos cruzaran el límite de su reino, Alfonso partió hacia el sur sin esperar los refuerzos, decidido a enfrentarse él solo a esos feroces guerreros.

Transcurridos todos esos años, no lograba perdonárselo.

Al recorrer los mismos páramos, el mismo campo regado entonces con la sangre de sus soldados, el monarca revivió el horror de esa batalla, la debacle, la deshonra. ¿Cuándo le daría Dios la oportunidad de redimirse?

Era joven y arrogante. Era impaciente. Era estúpido. Sin conocer el número de efectivos de su enemigo ni sus planes de batalla, desplegó a su hueste para el combate en la explanada situada frente al castillo durante toda una jornada, bajo un sol de justicia, convencido de que los almohades renunciaban a luchar. Obligó a sus hombres a mantenerse firmes hora tras hora, sin apenas comida ni agua, mientras el Miramamolín los observaba desde la distancia, aguardando el momento más propicio para acometerlos.

Llegó la noche y allí seguían los castellanos, confiados en haber logrado eludir el enfrentamiento. Pero al amanecer del nuevo día la cruda realidad se abrió paso, al mostrar al pavoroso ejército sarraceno formado a poca distancia del lugar ocupado por ellos, descansado, fresco, presto a entrar en acción siguiendo la cadencia marcada por los tambores de guerra.

Hasta donde alcanzaba la vista, todo eran enemigos. Un enjambre de guerreros y estandartes inundando el paisaje chato, que causó tanto pavor como desconcierto en las filas cristianas, donde cundió el pánico al poco de comenzar la batalla. A partir de entonces todo fue desorden, movimientos acelerados, desorganización, desbandada.

En ese terreno llano, carente de obstáculos, las maniobras de tornafuye de los jinetes kurdos sarracenos, rapidísimas cargas envolventes seguidas de retiradas igual de veloces, se convirtieron en una inmensa guadaña dedicada a segar vidas sin piedad, ante la impotencia de los jinetes e infantes de Castilla, incapaces de hacerles frente. La derrota estaba cantada mucho antes de que el sol alcanzara su cenit.

La hueste cristiana fue destrozada. Cayeron juntos, unidos en muerte heroica, obispos, nobles, monjes calatravos, freires santiaguistas e innumerables peones. De cada cuatro caballeros concejiles, solo uno regresó a su casa. Hasta el gran maestre de Santiago, Sancho Fernández de Lemus, rindió el alma, espada en mano, mientras don Alfonso regresaba precipitadamente a Toledo con el cuerpo magullado y el alma en carne viva tras haber ordenado al capitán que mandaba su vanguardia, Diego López de

Haro, resistir en la alcazaba hasta negociar con los sarracenos una capitulación honrosa.

En Alarcos sucumbió todo el sistema defensivo organizado con enorme sacrificio por los monjes calatravos, al perderse múltiples fortalezas custodias de la frontera. La muralla levantada para proteger al reino se derrumbó por completo, hasta poner en peligro la supervivencia de Castilla. Porque, junto con las fortalezas, se esfumó también el respaldo de los aliados. León y Navarra, cuyo auxilio se reveló inútil por la precipitación suicida que mostró el monarca castellano, olieron su debilidad y decidieron aprovecharla para tratar de recuperar las tierras que él les había arrebatado en el pasado.

Después de Alarcos todo fue noche sombría. Miedo. Desánimo. Miseria. ¿Cómo no iba a murmurar el pueblo? Murmullos y maledicencia eran lo mínimo que cabía esperar de unos vasallos condenados a pagar el elevado precio de la insensata temeridad mostrada por su rey.

* * *

El tiempo transcurrido desde aquella fecha aciaga había conseguido restañar muchas heridas. Castilla volvía a ser fuerte y su soberano encabezaba una expedición integrada por lo más granado de la nobleza cristiana hispana, pese a lo cual Alfonso, el hombre llamado a llevar el peso de esa corona, regurgitaba esos recuerdos como si los acontecimientos evocados se hubiesen producido la víspera.

El pueblo había murmurado, sí. ¡Y cuánto le habían dolido a él esas habladurías! Las gentes sencillas no entendían de estrategias

militares, equivocaciones tácticas o errores de juicio en el enfrentamiento con un ejército tan poderoso como el africano. Los villanos padecían las consecuencias trágicas de su proceder y necesitaban encontrar un chivo expiatorio adecuado. Alguien sobre cuyas espaldas cargar la culpa de ese desastre. ¿Y quién mejor que Raquel?

Aunque el rostro hermoso de esa mujer se había ido desdibujando con el correr de los años, la memoria de su piel cálida permanecía intacta en algún lugar al que ninguna otra había conseguido llegar, hasta el extremo de seguir encendiendo el deseo del monarca, próximo ya a cumplir sesenta años.

Raquel había sido la primera propietaria de su corazón, su pasión más ardiente, el fuego de su juventud. En su regazo acogedor olvidaba sus múltiples preocupaciones, escapaba a la esclavitud del deber, gozaba junto a ella, sin reservas ni pudor, de cuantos placeres les brindaba a ambos la exploración de sus cuerpos hambrientos. Con ella atisbaba a ratos retazos de felicidad, aun sabiendo que se trataba de una felicidad prohibida. Porque Raquel era plebeya y él rey. Era soltera y él casado. Era judía y él cristiano. ¡Judía! Un agravio imperdonable a ojos de la mayoría.

Los hebreos eran, desde antiguo, las víctimas propiciatorias de la frustración cristiana. Aunque los caballeros toledanos habían defendido recientemente a los habitantes de la judería de los francos sedientos de violencia, los anales de la ciudad recogían los sucesos acaecidos allí un siglo atrás, a resultas de la rota de Uclés, cuando el vulgo asaltó el gueto y mató sin misericordia a hombres, mujeres y niños en la víspera de la Asunción de la Virgen. Otro tanto ocurrió en

Castrojeriz, Saldaña, Cea o Carrión, donde los hijos de Abraham sufrieron ataques, robos y asesinatos masivos.

Algunos fueros, como el de Cuenca, ordenaban que fuera quemada, junto a su amante, la mujer hallada en compañía de un judío o un moro. Dicha norma no era aplicable al rey, por supuesto, aunque habría debido alertarle sobre la irresponsabilidad inherente a su conducta, contemplada por sus súbditos como una grave ofensa al Creador. Pero entonces él era joven, era arrogante, era insensato, y no supo o no quiso ver el daño que esos arrebatos acabarían causando.

Tras el desastre de Alarcos el pueblo achacó la catástrofe a sus amoríos sacrílegos con la hebrea de Toledo. La acusación corrió de boca en boca por tabernas y prostíbulos, se propagó desde los púlpitos, se repitió en los cenáculos nobles y en los corrillos del mercado. Esa explicación satisfacía la necesidad de hallar un porqué a la debacle sufrida, dado que, de otro modo, resultaba incomprensible el abandono por parte de Dios en un trance semejante. Alarcos tenía que obedecer a una razón justificada y no existía ninguna de mayor peso que el castigo del Altísimo por ese grave pecado: solazarse con una judía en su lecho toledano mientras su legítima esposa, Leonor, permanecía alejada, en Burgos, junto con la hija de ambos, Berenguela.

Tanto se le acusó de haber motivado la catástrofe ayuntándose con esa mujer que él mismo acabó creyendo merecer tamaña penitencia, sin alcanzar a comprender, no obstante, que su falta recayera sobre tantos buenos soldados.

Ahora Raquel pertenecía al pasado y él llevaba lustros arrepintiéndose de su pecado y buscando la forma de repararlo del

único modo posible: ofreciendo a Cristo una victoria arrolladora frente a los mahometanos.

Alarcos constituía una afrenta imborrable. Una llaga sangrante imposible de cicatrizar. Desde aquel sombrío verano del año 1095, Alfonso vivía para vengarse del causante de su ignominia. Con ese pensamiento en mente cabalgaba durante el día al encuentro de al-Nasir y se retiraba a descansar cuando caía la noche, decidido a plantarle cara evitando, eso sí, repetir los graves errores cometidos en su mocedad.



7

La larga marcha

De camino a las Navas de Tolosa.
Comienzos de julio del año 1212 de Nuestro Señor

Cumplidas tres semanas desde su partida de Toledo, la expedición cristiana avanzaba lentamente hacia la batalla definitiva, arrastrando una cuerda de cautivos moros estrechamente vigilados por caballeros calatravos decididos a emplearlos, más pronto que tarde, en una tarea útil: reconstruir bajo el signo de la Cruz la fortaleza de la orden usurpada por los almohades, o bien edificar otra nueva, más inexpugnable aún.

—Ya que nos retrasan y se comen nuestro pan, levantarán la obra de Dios con su sudor —decretó el gran maestre, Díaz de Yanguas, al hacerse cargo de su custodia. Ninguno de los freires puso objeción alguna—. Antes, no obstante —ordenó—, nos aseguraremos de que no se pasen al enemigo cuando llegue el momento. He recibido esa

orden del mismísimo rey don Alfonso, a través de un caballero suyo que se presentó a mí como Pedro López de Cazorla, y tengo la firme intención de cumplirla.

—Perded cuidado, hermano Ruy, los mantendremos alejados junto a las mujeres y los carros. No les daremos la oportunidad de volver a empuñar un arma.

El inmenso ciempiés humano devoraba leguas paso a paso, atravesando campos yermos tras la cosecha apresurada del cereal o bien preñados de espigas aún sin segar, abandonados a toda prisa por sus aterrados pobladores al ver llegar a los cruzados. Estos rebuscaban en despensas y corrales, saqueaban cuanto podían y veían alzarse tras ellos llamas y columnas de humo, pues los soldados de retaguardia cumplían a rajatabla la orden de prender fuego al trigo restante.

A excepción de los batidores que marchaban en vanguardia, todos los demás hombres, incluidos reyes y obispos, iban masticando polvo, rojizo o amarillento, con los ojos irritados y la piel abrasada por el sol. Trataban de protegerse con pañuelos humedecidos atados alrededor de la nariz y la boca, pero no había barrera capaz de interponerse entre esa maldita arenilla y sus gargantas resecas.

En pleno verano mesetario la canícula apretaba con especial crueldad. El calor resultaba ser un tormento bajo las pesadas cotas de malla, por lo que más de un guerrero optaba por despojarse de esa protección, aun a riesgo de caer herido por una saeta sarracena. No era probable la presencia de moros ocultos en alguno de los escasos árboles dispersos en ese paisaje que poco a poco se iba ondulando, e incluso si algún ballestero enemigo hubiese decidido

inmolarse al disparar y así descubrir su escondite, una muerte rápida parecía preferible a la agonía de soportar esa vestidura ardiente.

Cada paso semejaba una estación de ese penoso calvario, únicamente atenuado por la certeza de ir acercándose a la imponente sierra que se alzaba ante ellos, último obstáculo en su larga marcha hacia el encuentro con al-Nasir.

* * *

La mayoría de los caballeros integrantes del ejército ocupaba una posición estable en la formación, que rara vez abandonaba. Otros, como don Pedro López, iban de aquí para allá desempeñando distintas funciones, una de las cuales, no menor, le había sido encomendada a él, entre otros hidalgos de renombre, en virtud de la confianza que le prodigaba el monarca: cada atardecer, al plantar las tiendas, acompañaba a alguno de los contadores y pesadores que recorrían el real para cerciorarse de que cumpliera fielmente su labor, pagara la cantidad debida a los soldados, a razón de veinte sueldos al día los jinetes y cinco los peones, y se asegurara de proporcionar ropa, montura o alimento a quien lo solicitara. Don Alfonso había empeñado su palabra en que nadie careciera de lo necesario ni dejara de recibir su soldada, y un soberano de Castilla nunca juraba en vano.

Como el cometido entrañaba sus riesgos, el toledano se hacía escoltar a menudo por su amigo, Alonso de Ávila, y juntos compartían rancho con gentes de a pie y de a caballo, hasta el punto de conocer a buena parte del campamento. Así habían ido trabando relaciones cordiales con más de un caballero leonés,

navarro, aragonés y portugués, además de tener entrada en el círculo de los freires. Pocos hombres se movían por los fuegos con su soltura o podían presumir de atesorar tanta información.

Esa noche tórrida de julio, animado por el vino, el joven mesnadero real se había enzarzado en una discusión airada con un noble mucho mayor, perteneciente al contingente leonés. Se comentaba la ausencia de su soberano, llamado Alfonso al igual que el de Castilla, quien se había negado a participar en la cruzada debido a las graves diferencias que mantenía con este. Estaba de mal humor don Pedro, a causa del bochorno, por lo que elevaba el tono más de lo habitual en él:

—Cada vez que castellanos y leoneses nos hemos enfrentado entre nosotros, ambos hemos perdido territorios a manos de los sarracenos. Esas luchas intestinas nos desangran. ¿Por qué diablos no aprendemos a unirnos para derrotarlos? Cuando nos juntamos, vencemos. Separados, nos masacran.

Como el caballero de León no respondiera a la provocación, el toledano volvió a la carga:

—¡En mala hora dividió el Emperador su reino entre sus dos vástagos, sin sospechar que el mayor, Fernando de León, buscaría ayuda entre los infieles para combatir a Castilla!

—Es cierto —replicó al fin el noble, ofendido por esa referencia crítica al padre de su señor—. No lo es menos, empero, que esa alianza se debió al ataque que sufríamos en esos días por parte de vuestros soldados, aliados a los portugueses, o que poco después fue Castilla la que nos dejó solos ante los africanos, al firmar vuestro monarca una tregua con al-Nasir, quien se lanzó contra nosotros causándonos un daño inmenso.

Amansado por esa reprimenda merecida, el toledano reculó:

—Quiera Dios que toda la cristiandad hispana vuelva a juntarse pronto en un mismo empeño sagrado, tal como nos exhorta a hacer el Papa, cargado de razón.

—Decís bien —se creció el leonés—. Respondiendo a esa petición del pontífice, precisamente, mi soberano don Alfonso olvidó los múltiples agravios sufridos a manos de Castilla y Aragón y escribió a vuestro rey ofreciéndose a participar en esta bendita cruzada. Solo puso una condición: que le fueran devueltos algunos castillos de su propiedad, ocupados sin derecho alguno. Nunca recibió respuesta.

—Aun así… —se atrevió a objetar don Pedro.

—Aun así —lo interrumpió el voluntario—, mi señor se mostró dispuesto a acudir a esta cruzada al frente de sus mesnadas, y lo habría hecho a buen seguro si las Cortes de León no le hubieran negado los fondos necesarios para sufragar tal gasto mientras Castilla no restituyera las plazas usurpadas.

Esa revelación cayó en el grupo como un proyectil de almajaneque. El monarca a quien unos y otros acusaban en voz baja de traidor parecía tener razones de peso para actuar como lo había hecho, por más que se echara en falta su corona en la magna empresa. Sin argumentos suficientes para rebatir a su interlocutor, don Pedro guardó un silencio prudente, hasta que el noble, satisfecho, concluyó su alocución:

—Pese a ello, como es un cristiano devoto, aquí estamos sus caballeros, dispuestos a morir, si así lo quiere Dios, en defensa de la verdadera fe.

En ese momento un aragonés, que había permanecido callado, optó por intervenir con el propósito de reivindicar a los suyos:

—Nuestro señor, don Pedro, lleva al menos dos años anunciando al Papa su intención de tomar las armas contra los mahometanos.

—¿Y por qué no lo ha hecho? —le pinchó el tocayo del aludido.

—Porque confiaba en lograr la unión que finalmente se ha conseguido: Castilla, Navarra y Aragón, de la mano en esta batalla.

—¡Olvidáis a León y Portugal! —Se levantó de su escabel de campaña el norteño, dispuesto a defender con la espada el honor manchado de su tierra.

—Os pido disculpas, señor —replicó con nobleza el de Aragón—. Lejos de mi intención el ofenderos. Aquí todos somos hispanos hermanados por la santa Cruz.

Algo separados del grupo se encontraban varios caballeros navarros, que bebían de un pellejo grande, pasado de unos a otros. De aspecto fiero y envergadura considerable, infundían respeto a simple vista. Don Pedro apenas había tenido trato con uno de ellos, al que se dirigió invitándolo a unirse a la conversación:

—¿Vos no tenéis nada que decir?

—Nadie nos ha dado vela en este entierro —repuso en tono huraño uno de sus compañeros, alto, de cabello claro, ojos azules y nariz prominente, cuya voz cascada era el testimonio indeleble de una vieja herida en la garganta.

—Honradnos con unas palabras —insistió el castellano tras echarse algún trago más al coleto.

—Nosotros llegamos tarde, pero con ganas —aseveró el interpelado, fanfarrón, secundado por las risotadas de sus paisanos —. Sancho tenía motivos sobrados para estar dolido con vuestro rey, quien acaba de arrebatarnos un buen pedazo del reino, y le costó decidirse…

—… Pero aquí se encuentra, por amor a Dios, acompañado de doscientos caballeros con sus escuderos y peones —concluyó la frase un tercero, en cuyo rostro destacaban las marcas de la viruela, tan profundas y abundantes que desafiaban a la oscuridad—. Y aquí estamos nosotros con él, decididos a demostrar lo que vale la sangre navarra.

* * *

Con el alba, aprovechando la breve tregua que daba a esa hora el calor, los hombres reanudaron la marcha, sin sospechar que iban derechos hacia la trampa tendida por el califa musulmán gracias a la información recibida de los renegados cristianos.

Conocedor de la ruta seguida por los cruzados y de su creciente debilidad, al-Nasir había adelantado a sus tropas desde Jaén hasta Baeza, destacando algunos contingentes hacia las Navas de Tolosa, con la misión de ganar posiciones en las alturas e impedirles subir el puerto. Su objetivo era primero inmovilizarlos para después obligarles a retroceder y destruirlos cuando se hallaran en una situación más vulnerable. Por eso había mandado establecer un campamento frente al desfiladero de Losa, paso obligado de la columna en su camino hacia el sur, no sin antes atravesar las escarpaduras de la Sierra Morena.

—El rey me otorga el honor de cabalgar junto a un destacamento de avanzadilla para tomar el castillo de Ferral —anunció exultante esa mañana don Pedro a su amigo Alonso.

—Será peligroso —apuntó el abulense con tino—. Quienes lo construyeron escogieron bien el emplazamiento para que guardara

el acceso al puerto del Muradal sin necesidad de una guarnición nutrida.

—Es la oportunidad que llevo tiempo esperando —replicó el joven toledano, ajeno a esos argumentos—. Al fin voy a tener ocasión de probarme en el combate.

—Quiera Dios que regreséis con bien, hermano. Os deseo buena suerte.

Partió colina arriba el grupo de caballeros castellanos, encomendándose a Santiago y también a la Virgen María. La conquista de ese nido de águilas requeriría sacrificios que ninguno de ellos tenía intención de escatimar. Estaba en juego no solo su honor, sino el éxito de la empresa que por una vez había unido a toda la cristiandad hispana. Por eso se habían conjurado para desalojar de esas alturas a los sarracenos, asegurar el lugar y proteger desde allí el avance de la expedición, a cualquier precio.

Cada paso hacia la cima fue una agonía, cada cuerda ganada pagó su tributo en sangre, pero al final de la jornada los cristianos eran dueños de la fortaleza del Ferral. Salvado ese obstáculo determinante, el grueso del ejército pudo culminar el ascenso hasta la cima del puerto, penúltima etapa de su camino hacia la gloria o la muerte.

Se celebraba en ese 13 de julio la festividad de san Enrique, cuya vida ejemplar recordaron los clérigos al celebrar la santa misa. Hombres y bestias llevaban veinticuatro días caminando sin descanso, con la fe puesta en ese momento. Habían recorrido más de sesenta leguas bajo un sol inclemente, comiendo poco, bebiendo menos y apelando al pundonor para salir con bien de los asaltos y

escaramuzas a los que hubieron de enfrentarse en territorio enemigo.

Desde el rey hasta el último peón, todos y cada uno acusaban los signos del cansancio. Por eso, y porque acuciaban las prisas, habían pasado de largo por Salvatierra, renunciando a recuperar la plaza cuya ocupación por los mahometanos había desencadenado esa gigantesca empresa. Estaban alcanzando el límite de su resistencia. Si el choque no se producía pronto, la mayoría acabaría sucumbiendo a las penalidades de la marcha sin tener la satisfacción de desenvainar la espada.

* * *

Tales eran los pensamientos que alimentaba el caballero de Ávila esa noche cuando recibió la visita inesperada de don Pedro, quien parecía haber perdido de golpe toda la dicha acumulada con la ocupación del Ferral.

—Traigo pésimas noticias. —Se dejó caer de bruces en el suelo, como si acabara de golpearlo un rayo—. Estamos atrapados en este páramo, sin escapatoria posible. Y ya empiezan a alzarse voces que abogan por volver grupas y regresar a Toledo.

—¡No podéis hablar en serio! —se escandalizó el villano—. ¿Después de lo que llevamos pasado?

—Los exploradores enviados a inspeccionar el terreno han vuelto con informes demoledores. Los sarracenos bloquean por completo el desfiladero de Losa, con soldados suficientes para defenderlo el tiempo que haga falta.

—¿Y si bajamos por la montaña?

—Imposible. A los pies del castillo se despeñan roquedales, torrenteras y barrancos cortados a pico. Por allí no pasarían ni siquiera los infantes llevando equipo ligero, y menos aún los caballos.

Alonso se puso a caminar de un lado a otro como una fiera enjaulada, rascándose nerviosamente la cabeza en busca de una solución. Su afligido compañero de armas no había terminado de hablar.

—La única fuente de agua cercana, un pequeño arroyo, está en manos de los sarracenos, y carecemos de pasto o forraje. Como os decía hace un momento, ya he oído a más de un noble de alto linaje instar al rey a renunciar, alegando que su honor quedaría a salvo por el ingente esfuerzo realizado para llegar hasta aquí.

—¡Cobardes! —le salió del alma al abulense—. Y ellos alardean de nobleza… No podemos rendirnos ahora.

—Sobre todo, porque sería un suicidio —apuntó el toledano, reproduciendo las palabras escuchadas al monarca—. Si tratáramos de retirarnos, cundiría el pánico en nuestras filas, se produciría una desbandada y seríamos un blanco fácil para los musulmanes apostados en las montañas que nos rodean.

—¿Está todo perdido entonces? —se desesperó don Alonso.

—Salvo que se produzca un milagro…

Y el milagro acaeció.

* * *

Ocurrió que un pastor del lugar, buen conocedor de esos parajes, se presentó esa tarde en el campamento, solicitando ser conducido

ante el rey cristiano. A pesar de ser musulmán, no debía de sentir gran simpatía por los almohades, al igual que la mayoría de sus hermanos andalusíes. Acaso por esa razón, o con la esperanza de ser recompensado, se ofreció a mostrar a los cruzados un camino secreto de bajada, carente de vigilancia y libre de obstáculos. Un sendero desconocido por los africanos, situado al oeste del desfiladero controlado por estos, que descendía haciendo una curva hasta la meseta conocida como Mesa del Rey, bordeando la peña de Malabrigo.

—Os llevaré hasta sus tiendas antes de que se den cuenta —se jactó, probablemente sin conocer el valor impagable de esa información.

De inmediato partieron un par de jinetes ligeros enviados a comprobar el itinerario. Regresaron a uña de caballo para confirmar que lo dicho era cierto.

Lo que parecía imposible se obraba merced a la intervención divina. ¿Quién iba a creer que tamaño prodigio se debiera a un simple cabrero? Enseguida se expandió el rumor de que aquel personaje era un ángel del cielo enviado por el Altísimo en auxilio de sus hijos, y esa certeza infundió nuevas fuerzas a los soldados exhaustos, que redoblaron las ganas de verse las caras con los sarracenos.

Recogidos los cuatro bártulos desperdigados por aquel pedregal inhóspito, los reyes de Castilla, Aragón y Navarra dieron la orden de partir sin perder un instante.

Mientras bajaban por la angosta pendiente que serpenteaba bordeando una pared rocosa situada a su derecha, el caballero don

Alonso volvió a coincidir con el veterano de la milicia a quien había conocido en Toledo y le comentó, jubiloso:

—Fuera ángel o pastor, ese rústico nos ha sacado de un buen aprieto.

Con la misma parsimonia de entonces, el viejo soldado masculló:

—La suerte está echada. Tú encomiéndate a la providencia y no dejes de apretar la lanza.



8

Miedo

En la Mesa del Rey.
Decimocuarto día de julio del año 1212 de Nuestro Señor

Instalaron el campamento en la Mesa del Rey, una explanada bastante amplia situada en lo alto de una colina, que dominaba desde el norte el espacio donde tendría lugar la batalla. También eran visibles al sur las tiendas del enemigo, que había escogido primero y en consecuencia ocupaba un lugar ventajoso, sobre un otero más elevado. Fue lo primero que comentaron los caballeros cristianos entre sí:

—Tendremos que luchar cuesta arriba.

—Lo haremos, con la ayuda de Dios. Al menos nos libraremos del tormento del sol en los ojos.

—A ellos tampoco los cegará y nos superan en número.

No era tanto una queja cuanto la constatación de una evidencia.

Ninguno de los presentes recordaba haber contemplado jamás un despliegue semejante. El ejército cruzado ocupaba toda la extensión de la meseta, cuya planicie albergaba en ese momento a una población superior a la de muchas ciudades cristianas. Un auténtico hervidero de hombres y bestias, dedicados a preparar el combate sin descuidar la defensa de esa posición temporal cuyo emplazamiento, en altura, facilitaba la tarea de la guardia dispuesta a tal efecto.

Aunque nadie manejaba cifras exactas, se hablaba de unos doce mil combatientes, entre caballeros de linaje pesadamente armados, integrantes de las milicias concejiles, peones y ballesteros. De ellos, la gran mayoría eran castellanos, aunque los aragoneses presumían de haber aportado mil setecientos jinetes célebres por su valentía, vistosos por su marcialidad y provistos de excelentes armas y monturas, mientras los navarros aseguraban que cada uno de sus doscientos valía al menos por dos. También estaban allí centenar y medio de freires de todas las órdenes, los mejores guerreros de la cristiandad, así como voluntarios de León y Portugal.

En el bando contrario la multitud parecía ser aún mayor. No resultaba sencillo calcular su número en la distancia, aunque parecían más del doble. Se veía el ir y venir de incontables jinetes y se oía perfectamente su bullicio, lo que bastaba para helar la sangre de los más aguerridos soldados.

Por encima del bosque de jaimas, en el punto más alto del llamado Cerro de los Olivares, que dominaba el lado sudeste del campo de batalla, se erguía la tienda color rojo carmesí ocupada por el califa al-Nasir, rodeada por una extraña muralla de objetos variopintos tales como carros y grandes cestos donde se habían transportado las flechas. Desde allí dirigiría él a su hueste, dado que,

a diferencia de los monarcas cristianos, no solía participar personalmente en los choques armados.

* * *

Tras dejar a su caballo pardo al cuidado de un peón, el concejero Alonso de Ávila fue en busca de don Pedro López, con la esperanza de encontrarlo antes de la refriega, pues no había tenido ocasión de cruzar ni una palabra con él desde la conversación mantenida inmediatamente antes de la aparición milagrosa del pastor enviado por Dios para señalarles el camino de bajada. Era sábado, 14 de julio, y posiblemente uno de los dos no viera amanecer el domingo.

Después de dar no pocas vueltas y preguntar aquí y allá, el abulense dio con su amigo a pocos pasos de la tienda del rey castellano, donde se celebraba un consejo de guerra.

—Al fin os encuentro —lo saludó jovial—. Parecía que os hubiese tragado la tierra.

—Intento enterarme de lo que se cuece ahí dentro. —El toledano señaló el pabellón, custodiado por un retén de soldados.

—¿Quiénes participan en la reunión?

—Los tres reyes, además de los obispos de Toledo y Narbona, don Diego López de Haro y tal vez algún otro noble que no haya visto entrar. Llevan un buen rato discutiendo.

—¿Habéis podido oír algo?

—Poca cosa.

—¡No estarán vacilando ahora!

—Perded cuidado, habrá batalla. La cuestión es decidir el mejor momento para plantearla y la forma de alinear a la tropa.

—¿Vos tenéis miedo?

La pregunta, lanzada a bocajarro, golpeó al noble toledano con la violencia de una lanzada. Sorprendido, incrédulo ante esa ofensa inesperada por parte del hombre con quien había trabado una relación de hermandad que él creía auténtica, alzó el mentón y endureció el tono antes de contestar, con voz gélida:

—No pienso consentiros esta afrenta gratuita a mi honor.

Solo entonces el abulense se dio cuenta del modo en que habían sonado sus palabras y reculó, abrumado.

—Os pido perdón, don Pedro. No era esa mi intención. Me he dejado llevar por mis propias emociones, porque os confieso que yo sí lo tengo. Me avergüenza profundamente haber cedido a este desahogo.

Dicho lo cual se giró para regresar cuanto antes al lugar donde acampaba la milicia de Ávila, maldiciéndose por esa muestra de debilidad imperdonable. La voz del noble lo frenó.

—¡Deteneos, Alonso, os lo ruego!

El caballero toledano se había apartado un poco de la tienda que espiaba y aguardaba a su compañero junto al tronco de un olivo joven, sembrado allí por el viento como un monumento a la vida extrañamente ajeno a su entorno. El villano dudó un instante antes de volver sobre sus pasos, pero acabó cediendo al deseo de justificar sus palabras.

—Quería decir…

—Tener miedo es natural —le interrumpió el mesnadero del rey—. Nadie puede reprochároslo. Todos lo sentimos en vísperas de un combate, como una garra afilada arañándonos las entrañas. También yo.

—¿Vos?

—Yo también, al igual que los demás. Dadlo por seguro y disculpad el arranque de soberbia que ha inspirado hace un instante mi respuesta. Confesión por confesión, yo pido al cielo ser capaz de dominar ese temor cuando llegue la hora de la verdad.

—Lo haréis, no tengo dudas. Quiera Dios otorgarme la misma merced a mí.

—Vuestro corazón es noble, mi buen Alonso, y os guiará en la batalla sin mancha para vuestro honor. Estoy seguro de que seréis el primero en empuñar la lanza. Tal es mi confianza en vos que aquí mismo os propongo un pacto que me comprometo a cumplir si vos empeñáis también vuestra palabra.

—¿Un pacto? —La extrañeza se dibujó en el rostro del abulense haciéndole arquear las cejas.

—Un pacto entre caballeros —precisó don Pedro, haciendo gala de su generosidad al elevar a su interlocutor a una posición igual a la suya.

—Me honráis solo con proponerlo. Huelga decir que acepto.

—¿Sin saber de qué se trata?

—Sin saberlo.

—Aun así, mi leal Alonso, esto es lo que os ofrezco: ser vuestro escudo en la batalla y que vos seáis el mío. Si caéis, ocupar vuestro lugar. Si caigo yo, que vos cubráis el mío.

Esa propuesta carecía de sentido práctico, dado que estaban llamados a combatir en lugares diferentes, distanciados entre sí, pero poseía un hondo significado simbólico. Constituía una muestra de aprecio gigantesca, que el abulense agradeció, emocionado,

tendiendo la mano al noble en aras de sellar el acuerdo con un gesto que acabó espontáneamente en abrazo.

Zanjada la espinosa cuestión de la cobardía de ese modo inesperado, nada menos que con la promesa de unir sus destinos en el campo del honor, Alonso apuntó, orgulloso:

—Se rumorea que nuestra milicia combatirá en la delantera.

—Es posible. Los concejiles de Ávila tienen bien ganada fama por su arrojo en el combate y su fiereza en la acometida.

—Todos caudillos de nuestras propias cabezas, solemos decir, aunque nos cueste cara esa libertad. Conozco a más de un veterano que se jacta de despreciar a la muerte y gozar más con la guerra que el amigo con el amigo.

—Es la vida que han conocido. Las ciudades fronterizas de León y Castilla llevan siglos luchando sin descanso. Muchos de sus pobladores no saben hacer otra cosa ni creo que lo deseen.

—Tal vez sea por mi edad —afirmó Alonso, con un deje de ironía —, pero a mí me gustaría disfrutar un poco más de la vida, el vino, las mujeres…, cosas sencillas. En todo caso, si llegara a caer en combate, sabed que me iré satisfecho de la amistad sellada a fuego con esta conversación.

—Tal vez sea yo el primero en sucumbir —replicó don Pedro, reacio a reconocer que su interlocutor correría un peligro mucho mayor en el choque.

—Eso nunca se sabe, desde luego, pero vos estaréis junto al rey, en retaguardia, como manda la tradición y recomienda la prudencia. Si todo sale mal, seréis la última línea y la última esperanza.

Estaba a punto de contestar el noble a su compañero, instándole a desechar esos pensamientos sombríos, cuando ambos oyeron la

alarma lanzada por los vigías. El campamento estaba siendo atacado. Era menester aprestarse a la defensa.

* * *

Los guardias situados en la parte del real orientada al sur recibieron una lluvia de flechas antes de ver llegar a los jinetes árabes y kurdos, lanzados colina arriba a galope tendido a lomos de sus monturas ligeras. Esos temibles guerreros tenían la habilidad de disparar sus arcos o ballestas sin dejar de cabalgar, pues manejaban a sus corceles como si el hombre y la bestia formaran un mismo ser. Los hispanos los conocían bien por haber sufrido a menudo esas cargas rapidísimas, devastadoras, letales.

—¡A los caballos! —ordenó un adalid franco encuadrado en la tropa de Arnaldo Amalrico, arzobispo de Narbona.

—¡No! —lo contradijo al instante Lope Díaz de Haro, hijo del conde castellano que se encontraba en ese momento reunido en la tienda del rey—. Eso es lo que pretenden. Evitemos caer en la provocación. Nuestros soldados saben de sobra cómo deben actuar.

La maniobra era en efecto un ardid destinado a conducir a los cristianos a una trampa. Un viejo truco con el cual pretendían arrastrarlos a la batalla antes de estar preparados. En el pasado había funcionado, trágicamente en Alarcos, pero ahora don Alfonso y sus hombres estaban curados de espanto.

Mientras los sarracenos multiplicaban sus gritos, sus arengas y el lanzamiento de lanzas y flechas, con la pretensión de sacar a los mejores caballeros cristianos de la Mesa del Rey, emprender una rápida huida y emboscarlos en su terreno, los capitanes cruzados

pasaron la voz de contener la sangre y abstenerse de contestar. Un grupo de arqueros cristianos se desplegó en un lugar estratégico a fin de repeler el asalto sin poner en riesgo a la caballería, lo que terminó de frustrar la maniobra de los de al-Nasir. El número de bajas fue escaso y el califa hubo de aceptar que no sería él quien escogiese la hora y el lugar de la batalla, sino los cristianos. Después de muchos errores, habían escarmentado.

* * *

Al poco de ponerse el sol finalizó el consejo de los soberanos y se anunció a los soldados la fecha escogida para el choque. Sería dos días más tarde, el lunes 16, festividad de la Virgen del Carmen. Eso permitiría observar los movimientos del enemigo en aras de articular la mejor estrategia. También brindaría algún tiempo para que los caballos recuperaran las fuerzas minadas durante la larga marcha y los hombres pudieran descansar, preparar adecuadamente sus equipos y ponerse a bien con Dios.

El domingo se celebraron varias misas solemnes, oficiadas por los obispos y arzobispos integrados en la tropa al frente de sus mesnadas, precedidas por multitudinarias ceremonias de penitencia colectiva en las que todos los presentes recibieron el perdón de sus pecados. Después, siguiendo una antigua costumbre, las milicias de Toledo, Ávila y Segovia pusieron rodilla en tierra y entonaron una oración dirigida al Redentor:

—¡Oh! Jesús Nazareno que por nosotros fuiste crucificado y por nosotros derramaste tu sangre, he aquí a los almohades y a los islamitas de España, enemigos tuyos y nuestros, reunidos contra

nosotros para perdernos; compadécete y sálvanos. ¡Oh! magna Virgen entre las vírgenes, intercede por nosotros cerca de tu hijo Nuestro Señor Jesucristo; si nos librases del peligro, de todo lo que nos diste o nos dieres daremos diezmos a la Iglesia. Santiago, apóstol de Cristo, defiéndenos en la batalla para que no perezcamos en el tremendo desafío de los sarracenos.

Concluida la plegaria, se alzaron todos a una animándose unos a otros. Eran hombres del común, acostumbrados a alternar la espada con el arado. Hombres valerosos, descendientes de quienes abandonaron la seguridad de sus terruños norteños para brindar a sus hijos un futuro más libre y próspero. Hombres conscientes de que sus vidas y las de sus seres queridos dependerían de su conducta ante el enemigo. Caballeros villanos llamados a demostrar, una vez más, que su nobleza no desmerecía la de los más altos linajes.

—Mañana a esta hora todo se habrá consumado —comentó esa noche Alonso a su hermano de armas, con quien compartía un vino excelente escanciado para la ocasión por orden de don Alfonso—. El temor se ha esfumado. Ya solo siento impaciencia.

—Mañana, cuando entréis en combate, recordad estas palabras —replicó don Pedro—: venceremos, porque Dios está con nosotros y la justicia también. Antes de que nos la arrebataran, esta tierra fue nuestra. Ha llegado la hora de recuperar el reino que perteneció a nuestros antepasados godos.



9

La batalla del desquite

En las Navas de Tolosa.
Decimosexto día de julio del año 1212 de Nuestro Señor

El rey de Castilla durmió poco esa noche. Su determinación era firme y su fe en el Altísimo inquebrantable, pese a lo cual era presa de un profundo desasosiego. En ese día se jugaba el todo por el todo. Se lo jugaban él y Castilla, por no decir la cristiandad hispana.

Si vencían, el destino del islam en la península quedaría sentenciado. En caso contrario, la hueste de al-Nasir tendría el campo libre para arrasar sus dominios, emulando los desmanes del terrible Almanzor, quien debía de yacer sepultado en los infiernos si las súplicas de sus víctimas habían sido escuchadas.

Tampoco don Pedro descansó gran cosa. Aquel iba a ser su auténtico bautismo de fuego, a pesar de la escaramuza librada en el castillo del Ferral, y no estaba seguro de saber honrar las hazañas

de su abuelo, Lope, armado caballero por el mismísimo Emperador y conquistador de las tierras que ahora él ansiaba recuperar para la familia. ¿Estaría a la altura de ese ser casi legendario? ¿Lucharía con el mismo valor y moriría dignamente, si así lo quería Dios?

No se quitó ese pensamiento de la cabeza ni un instante mientras su escudero le ayudaba a vestirse, tarea en absoluto sencilla cuando se trataba de ir al combate. Lo primero era colocarse bien sobre las calzas las brafoneras diseñadas para protegerle las piernas desde los pies hasta las ingles. Después había que enfundarse la pesada cota de malla sobre el gambesón acolchado y asegurarse de que tanto las manoplas de acero como el almófar estuvieran firmemente sujetos a las mangas y la espalda de la prenda, con el fin de poder ponerse unas y otro o quitárselos rápidamente según la necesidad del momento. La cabeza y el cuello ya estaban cubiertos para entonces con un bonete o cofia de algodón grueso que amortiguaría el roce tanto de la capucha metálica como del yelmo portado encima, en su caso en forma de cubo con una abertura para los ojos.

Él lucharía a caballo, sobre un destrero imponente lorigado al igual que el jinete, cuyo tamaño y potencia constituían un arma en sí mismos. Iría encajado en un arzón de zaguero vuelto, que abrazaría sus caderas y le ayudaría a soportar el choque contra el enemigo sin ser desarzonado. Con el mismo propósito se encargaría de cinchar personalmente a su montura y santiguar la silla de quince maravedís, consciente de que de ella dependería su seguridad una vez iniciada la refriega. Llevaría en una mano la lanza; en la otra, el escudo ovalado que había pertenecido a su padre, y sobre el pecho, la cruz, bordada por Catalina, en su sobrevesta a la altura del corazón.

Él era caballero, no peón. Por eso combatiría a lomos de su imponente animal. Pero si caía, si por desventura era derribado, la espada le brindaría una pequeña posibilidad de sobrevivir. De ahí que se hubiera adiestrado a conciencia en la lucha a pie, soportando el peso abrumador de ese equipo y acostumbrándose a los guanteletes tejidos con sólidas anillas metálicas entrelazadas y cuero en la palma. Tras muchas horas de entrenamiento, confiaba en haber conseguido dominar su acero, largo y ancho, con la suficiente destreza como para salir con bien de cualquier lance.

El resquicio de duda agazapado en un rincón de su mente era la piedra en el zapato que le había robado el sueño.

El hidalgo don Alonso, en cambio, descansó a pierna suelta, con la ayuda del excelente caldo abundantemente ingerido la víspera. Eso no le impidió despertarse fresco antes del alba, dar buena cuenta de las gachas servidas como desayuno y prepararse para el combate demostrando en ello gran agilidad.

Su equipo era similar al del toledano, con los matices propios de su diferente condición. Lorigón de escamas, notablemente más rígido que la cota de malla, pero igual de resistente, casco cilíndrico dotado de protector nasal, en lugar del yelmo compacto, calzas de cuero, al igual que los guantes, escudo cilíndrico más ligero y corcel de menor alzada, que montaría, eso sí, sobre una silla sólida, de alto fuste y estribos largos, muy parecida a la empleada por su amigo con el objetivo de mantenerse firmemente encajado en ella llegado el momento de cargar.

* * *

El sol aún no había asomado por el horizonte escarpado que se abría a su derecha cuando los pregoneros llamaron a los cristianos a pertrecharse para la batalla del Señor. Poco después el ejercito tomó posiciones en el llano situado a sus pies. Un campo relativamente estrecho, enmarcado a este y oeste por sendos cauces de agua encañonados, con una ligera pendiente favorable a los musulmanes.

Nunca tantas y tales armas de hierro se habían visto en las Españas.

La hueste venida desde Toledo estaba integrada por tres haces de caballeros acorazados, divididos en otros tantos cuerpos y situados en hileras compactas, formando varias líneas en profundidad cuya función sería atacar en sucesivas oleadas a medida que las primeras fueran siendo desbaratadas o acusaran el cansancio. Entre ellos se intercalaban peones, provistos de cuchillos o azconas, arqueros y ballesteros, llamados a combatir a pie. Cada cual sabía dónde situarse y qué papel desempeñar. Juntos formaban una máquina de guerra pavorosa, presidida por los estandartes de la Cruz y el rostro de la Santa Virgen.

A la vanguardia, en la columna central dirigida desde atrás por don Alfonso, se habían desplegado los voluntarios de León y Portugal, los francos del obispo Amalrico, algunos caballeros concejiles y las gentes de Diego López de Haro, señor de Vizcaya y merino mayor de Castilla, al mando del escuadrón. En el ala diestra, la navarra, alzaban orgullosos sus pendones los caballeros de Ávila, incluido Alonso, quien había conseguido abrirse paso hasta la primera línea y colocarse lo más cerca posible de ese reputado guerrero a quien llamaban Cabeza Brava, cuyas huellas pensaba seguir de cerca en cuanto empezara la carga. El lado izquierdo,

responsabilidad de Pedro de Aragón, estaba cubierto por las milicias de Carrión, Burgos, Cuéllar, Sepúlveda y Talavera, comandadas por García Romeu, alférez real del aragonés.

La medianera no le iba a la zaga en fortaleza o determinación. Ocupaban el haz central los caballeros de Santiago, Calatrava, Hospital y Temple, los mejor armados y más diestros luchadores cristianos, conducidos por sus respectivos maestres. A su lado formaba lo más granado de la caballería pesada castellana, reforzada con contingentes aportados por las milicias de Cuenca, Guadalajara, Soria, Almazán y Medinaceli. La costanera derecha estaba integrada por los caballeros acudidos con don Sancho de Navarra, secundados por los concejiles de Segovia y Medina del Campo. El flanco izquierdo lo sostendrían destacados nobles de Aragón, encabezados por Jimeno Cornel. Nadie había declinado pagar el tributo debido al honor.

La retaguardia, donde se cursaban las órdenes decisivas para la batalla, quedó reservada a los reyes y la clerecía, junto con sus respectivas mesnadas. Allí ocupaba su lugar el joven Pedro López, sudoroso bajo la armadura debido al calor asfixiante tanto como a la tensión acumulada, que empezaba a agarrotarle los músculos. Tenía la sensación de estar metido dentro de un horno, con la cabeza a punto de abrirse como la piel de un cochino asado. Su visión se limitaba a lo que estaba delante de sus ojos y cada respiración parecía ser más trabajosa que la anterior. A su lado permanecía su escudero, rezando en voz baja.

En el centro de la fila destacaba la figura de Alfonso de Castilla, ávido por vengar Alarcos, a quien flanqueaban su portaestandarte, Álvaro Núñez de Lara, y los arzobispos de Toledo y Narbona,

ligeramente adelantados con respecto a los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia, Ávila y Burgos, apoyados por milicianos de Valladolid y Toledo. El ala derecha estaba a las órdenes de Sancho VII de Navarra, apodado El Fuerte por su altura superior a los seis pies, sin igual en la hueste cruzada, acorde a la virulencia de su carácter y sus estocadas. Era un gigante tan temible como piadoso, que cabalgaba acompañado por el prior del monasterio de Santa María de Tudela. Tampoco era menudo el soberano aragonés, Pedro II, cuya apostura y galantería hacían estragos entre las mujeres. Él había demostrado desde el principio ser el más fiel aliado del castellano y cerraba la formación por la costanera izquierda, junto a su alférez, Miguel de Luesia, y los obispos de Barcelona y Tarazona.

Ante ellos se desplegaba el formidable ejército almohade, siguiendo su costumbre ancestral, muy distinta a la cristiana. Su fuerte era la caballería ligera, experta en realizar la maniobra consistente en atacar deprisa y fingir una retirada, con el empeño de envolver al enemigo en el contraataque. El terrible tornafuye que tantas vidas había segado durante el desastre acaecido en aquel infausto año 1195 del Señor.

Esos jinetes velocísimos, en su mayoría árabes y kurdos armados de arcos y azagayas, eran las alas de un cuerpo central compuesto por caballeros africanos y andalusíes, tan numerosos como las arenas del desierto e imponentes por sus monturas. Los precedían gentes de a pie, arqueros, ballesteros, honderos y lanzadores de jabalina, así como portadores de picas largas, letales para los corceles. A su espalda se situaban la caballería pesada, los formidables tambores y añafiles transportados en grandes corceles,

que los moros hacían sonar con el propósito de llenar de espanto a sus enemigos, y por último las banderas califales.

Tras los caballeros se divisaba una suerte de barrera levantada con carros, piedras, bestias de carga y todo tipo de objetos susceptibles de entorpecer el paso a eventuales perseguidores. Un muro de fortuna construido con el fin de brindar protección a los jinetes entre carga y carga, además de aislar al Príncipe de los Creyentes, quien había mandado instalar su pabellón rojo en lo alto de un cerro situado en el extremo sur.

Allí, en medio de un palenque improvisado con las aljabas utilizadas para guardar las flechas, estaba sentado al-Nasir sobre cojines de seda, vistiendo la capa negra que había pertenecido al fundador de la dinastía almohade, con la espada al alcance de la mano y rodeado de su guardia negra. Tanto los integrantes de ese cuerpo escogido como los infantes que guardaban el recinto, distribuidos en varios círculos concéntricos, habían sido atados por las piernas con cuerdas o cadenas para impedirles el recurso de la huida si las cosas se ponían feas.

Hombres menos avezados en el combate que los reunidos en ese campo abrupto habrían quedado paralizados por la visión de semejante despliegue, antes incluso de que el cielo se viera oscurecido por las flechas. Pero todos los allí presentes sabían lo que se esperaba de ellos y harían lo necesario para cumplir con su deber. Estaban en juego su honor, su fe, su pan y el de sus familias.

* * *

Era tal la concentración de caballos sobre el terreno que los peones notaban cómo la tierra temblaba bajo sus pies, aun estando los animales relativamente quietos. Hasta las filas cristianas, sumidas en el silencio tenso previo al enfrentamiento, llegaban los gritos de exaltación proferidos por los sarracenos, que ensalzaban a su dios antes de entrar en combate. Después comenzó el retumbar de los gigantescos tambores, ubicados junto a las banderas del califa en la zaga de la formación mora, cuya cadencia siniestra bastaba para helar la sangre. Un sonido ronco, repetido con deliberada lentitud a fin de infundir terror, que los almohades habían convertido en una seña de identidad tan reconocible como el color encarnado del pendón y la tienda de al-Nasir.

—¡Que la Virgen, san Millán y Santiago nos valgan en este día! —arengó don Diego López de Haro a su hueste, ante el ataque inminente llamado a producirse con las primeras luces.

A lo cual su hijo, Lope, alineado a su derecha a lomos de un destrero lorigado, embrazado a su escudo y lanza en ristre, respondió en tono desafiante:

—Padre, hacedlo de modo que no me llamen hijo de traidor.

Don Diego, quien mantenía levantada la visera de su yelmo, se volvió hacia él, lo traspasó con la mirada y le espetó, furioso:

—¡Os llamarán hijo de puta, pero no hijo de traidor!

Lo dijo con tal vehemencia que cuantos les rodeaban oyeron a la perfección esa réplica, a medio camino entre el despecho y la rabia, característica de su talante intempestivo.

Era de dominio público entre la nobleza castellana que el capitán de su vanguardia había sido abandonado poco tiempo atrás por su esposa, María Manrique de Lara, aunque ese era el tipo de noticias

que solo se comentaban en voz baja y jamás delante del cornudo. Él no veía motivos para ocultarla, y menos a su propio vástago, con edad suficiente para comprender y calibrar la gravedad de la afrenta que su madre había infligido al honor de la familia. Desde su punto de vista, la incalificable conducta de su mujer era si acaso un motivo más para demostrar su valor ante el mundo.

—¡A la carga! —rugió su voz de dragón.

No hizo falta repetirlo. Cientos de caballeros se pusieron en marcha al unísono, muy juntos unos de otros, a lomos de sus formidables bestias entrenadas para ese momento. Primero al paso, después al trote y enseguida a un galope imparable que hizo retumbar el suelo como si la mano de Dios lo sacudiera.

Toda la delantera cruzada arremetió contra los jinetes avanzados sarracenos, que retrocedieron sin presentar batalla, tratando de llevar a cabo su maniobra favorita: ese peligroso movimiento consistente en recular para a continuación volver grupas y sorprender a sus enemigos en el trance de darles caza. En Alarcos la táctica había cosechado un éxito arrollador, gracias a que en plena Mancha su caballería ligera disponía de un espacio amplio y llano, idóneo para envolver en su tenaza mortal a los cristianos. En las Navas, por el contrario, las características del terreno favorecían a los cruzados.

Aprovechando el hueco abierto por esa fuga simulada, los jinetes de la vanguardia comandada por López de Haro avanzaron deprisa, hasta llegar a un llano donde chocaron con las primeras líneas del ejército almohade. Cuando los centauros árabes y kurdos se dieron la vuelta e intentaron desplegar sus alas para aniquilar a sus adversarios ahogándolos en un abrazo mortal, se toparon con las

orillas embarrancadas de los ríos, lo que frustró su pretensión y los obligó a incorporarse de nuevo al cuerpo del ejército, no sin antes causar todo el daño posible. Habían arrollado o atravesado con sus aceros a muchos adversarios, pero su elevado número se había convertido en desventaja. En lugar de sumar fuerzas, se entorpecían unos a otros.

—¡Aguantad!

La consigna de Cabeza Brava, repetida de un extremo a otro de la fila por centenares de garantas, fue obedecida sin rechistar. Caballeros y peones sostuvieron fieramente la embestida, manteniendo el orden de combate y asegurándose de cerrar los huecos a medida que se producían, sin dejar de aumentar la presión con el empeño de abrir brecha en esa mole compacta que era la hueste califal.

Entre tanto, el sol iba recorriendo lentamente su camino e incrementando la temperatura que soportaban, vestidos de hierro, los llamados a perecer o alcanzar la gloria en ese infierno.

Pese a fracasar en su intento de aniquilar a la formación cristiana, esa primera salida de la caballería ligera sarracena resultó ser terrorífica. La tormenta de hierro desatada por los arqueros y saeteros cayó sobre las fuerzas cruzadas causando estragos, mientras la atmósfera se enrarecía por la densa polvareda que habían levantado los cascos de tantos corceles lanzados al galope sobre la tierra reseca del implacable verano andaluz. Los heridos, carentes de auxilio, empezaron a mezclar sus lamentos con los aullidos de los guerreros, ebrios de sangre y de odio. El hedor a muerte se expandió hasta imponerse a cualquier otro.

A esas alturas del choque don Alonso ya no pensaba. Se limitaba a sujetarse sobre la silla y agarrarse a la lanza con todas sus fuerzas, como le había recomendado el veterano abulense. Apenas veía nada con los ojos cegados por el polvo e imitaba los movimientos de quien cabalgaba a su izquierda, confiando en que fuera un mesnadero del reputado señor de Vizcaya y conociera su oficio. A punto de clavar su venablo en el cuerpo de un enemigo sin rostro, experimentó una sensación de euforia semejante al goce sexual y supo que, si vivía, lo haría para combatir.

* * *

Los primeros en caer o huir fueron los voluntarios musulmanes desplegados en las primeras filas como carne de cañón, precisamente con el propósito de absorber íntegramente ese golpe inicial. Muchos de ellos perecieron y otros tantos salieron corriendo, aunque no hicieron lo mismo los componentes del cuerpo central almohade, clavados al terreno.

El choque, aun siendo brutal, no bastó para desbaratarlos. Las sucesivas cargas de los cruzados se estrellaron contra los haces formados por los caballeros árabes y andalusíes, que aguantaban casi sin moverse las sucesivas acometidas y empezaban a rechazar el empuje de aquellos a quienes llamaban politeístas, obligados a subir por lugares arriscados, forzando la resistencia de sus monturas exhaustas. Miles de lanzas, hachas, espadas y picas quebraron, cortaron, pincharon, desgarraron y arrancaron carne humana hasta hacer perder la noción del tiempo a quienes las empuñaban, sin conseguir romper el equilibrio de fuerzas. El corazón de la hueste

agarena soportó a pie firme la acometida y se dispuso a contraatacar, atendiendo a la voz de los tambores, que era la del califa.

Tras constatar que su ejército conservaba prácticamente intacta su capacidad ofensiva, al-Nasir adelantó el haz central de la formación, decidido a dar el golpe de gracia a las tropas de López de Haro, que acusaban la fatiga de ese combate extenuante. Entraron en juego entonces los caballeros sarracenos, acompañados de lanceros, ballesteros y honderos expertos en desarzonar con sus golpes a los jinetes enemigos. Desde lejos estos auxiliares no parecían ser una amenaza demasiado seria, aunque los hechos iban a demostrar pronto el daño que eran capaces de hacer.

La batalla se aceleraba y entraba en la fase decisiva, entre arengas cada vez más salvajes, alaridos de dolor, entrechocar de aceros, maldiciones de los cristianos por tener que pelear cuesta arriba, contra un enemigo superior en número, e invocaciones de Alá aulladas a los cuatro vientos. Nadie había bebido ni comido desde hacía horas. Más de uno se había orinado o defecado encima, ante la imposibilidad de parar. La sed constituía un tormento. La confusión era total. Únicamente la disciplina interiorizada a base de entrenamiento y experiencia lograba mantener el orden de unos hombres llevados al límite cuando el rey Alfonso mandó cargar a la segunda línea.

Había llegado la hora de dar un relevo a la vanguardia exhausta, por más que muchos de sus integrantes, empezando por Alonso de Ávila, ansiaran seguir peleando, empujados por el fuego que ardía en su interior.

Entraron en liza templarios, calatravos, hospitalarios y freires santiaguistas, flanqueados por aragoneses, navarros y milicianos de Castilla. Una avalancha acorazada lanzada en tromba contra las fuerzas musulmanas, cuya cohesión se mantuvo, empero, prácticamente intacta. Agrupados en cuerpos cerrados, contenían sin romperse los envites de la caballería pesada cristiana y de la infantería que la acompañaba, formando un muro impenetrable. No cedían un palmo de terreno. La muerte se cobraba un tributo exorbitante, sin decantar la balanza de ese duelo despiadado.

Al ver que tampoco esa segunda oleada lograba hacer mella en los musulmanes, muchos cruzados empezaron a vacilar y algunos caballeros iniciaron la retirada. A esas alturas del choque habían caído, heridos o muertos, los maestres del Temple, Calatrava y Santiago, junto con un gran número de freires. La medianera se tambaleaba y algunos concejiles optaron por darse a la fuga. Eran pocos, aunque suficientes para desatar el pánico de los demás y provocar una desbandada si ese instante de desconcierto no se cortaba de inmediato.

En ese momento más de uno se preparó para lo peor.

* * *

Desde su altura, en una posición elevada de retaguardia, el rey de Castilla empezó a sentir en las entrañas el hormigueo del miedo. Hierático sobre su corcel, se limitaba a observar, silente, el desarrollo de los acontecimientos, aunque todos los presentes notaban cómo su preocupación iba en aumento. También el caballero toledano,

Pedro López, que aguardaba impaciente la oportunidad de hacer valer su coraje.

Don Alfonso evocaba en su mente el terrible fantasma de Alarcos, era evidente. Empezaba a plantearse la posibilidad de sufrir otra derrota como aquella, si bien estaba decidido a perecer antes de cubrirse otra vez de oprobio. De ahí que, dirigiéndose a don Rodrigo Jiménez de Rada, le invitara a compartir con él un mismo destino trágico:

—¡Arzobispo, vos y yo aquí muramos!

—Señor —replicó el prelado—, confiemos en Dios, que mejor será. Pues nosotros podremos más que nuestros enemigos y los venceremos hoy.

Ataviado para el combate como otro guerrero cualquiera, el primado de la Iglesia hispana conservaba intacta la esperanza en el Altísimo, cuya corte celestial, estaba seguro, pelearía a su lado si era preciso hasta derrotar a los infieles. Don Alfonso, en cambio, tenía prisa por sumergirse personalmente en la batalla, en un intento desesperado de impedir un nuevo desastre.

—Arzobispo, aquí muramos, pues morir en Cristo es una corona.

—Señor, si a Dios place coronarnos, lo hará con una victoria. Mas si dispusiese otra cosa, doy fe de que todos los aquí presentes estamos preparados para entregar la vida por Él.

El soberano de Castilla, bravo y resuelto como un león, sentía el ardiente deseo de morir luchando antes de someterse a otra terrible humillación

También en el bando almohade había surgido el recuerdo de la rota de Alarcos, en su caso alimentando la expectativa de un triunfo inminente.

Viendo la impotencia de los cruzados, incapaces de mover el frente, el califa mandó avanzar a sus tropas con el propósito de aplastarlos, a costa de romper la unidad de sus formaciones, hasta entonces cerradas a cal y canto. Un error fatal que los cristianos no podían desaprovechar, sin por ello caer en la trampa de precipitarse a su vez.

El sol había alcanzado su cénit y empezaba a descender sobre el campo, donde hombres y caballos chapoteaban sobre un barro espeso, formado por la mezcla pringosa de tierra, sangre y sudor.

* * *

De haber estado en posición de impartir alguna orden, el joven Pedro López de Toledo habría hecho exactamente lo mismo que su rey. Esto es, lanzar al ataque a todas sus fuerzas de reserva, encabezándolas él mismo. El soberano de Castilla no contenía ya la impaciencia. Consumido por la ansiedad, anhelaba poner fin de una vez a la bárbara contienda sostenida desde el alba y deshacer ese maldito empate. Por eso estaba dispuesto a cargar con todo lo que le quedaba.

Uno de sus adalides, no obstante, le aconsejó hacer otra cosa. En lugar de mandar avanzar a toda la retaguardia entera, ¿por qué no enviar únicamente a la mitad, a tumba abierta, decidida a vencer o morir? Después, con las fuerzas intactas, darían el mazazo definitivo, recurriendo a las tropas frescas que aguardaban su turno junto a sus respectivos señores, soberanos de Castilla, Aragón y Navarra.

Dicho y hecho.

Al fin llegaba la oportunidad tan largamente esperada por el caballero toledano. Desplegado en ese primer contingente encargado de quebrar la resistencia sarracena, el hidalgo se apretó las correas que le ceñían el yelmo, embrazó el escudo adornado con las armas de su familia, se aseguró de llevar bien sujeta la espada al cinto y enristró la lanza larga, antes de espolear a su destrero a través del campo sembrado de cadáveres que separaba la retaguardia del lugar donde cristianos y moros combatían en tumulto.

Con el nombre de Santiago en los labios, Pedro derribó al primer jinete con quien se cruzó y siguió adelante, embistiendo, hasta romper la lanza contra la coraza de un enemigo y verse obligado a desenvainar la espada. Su escudero había quedado atrás, no sabía si vivo o muerto. Una vez alcanzado el corazón de la refriega, el caballo y él debían empujar, sin desfallecer, abriéndose paso a estocadas. A partir de ese momento era difícil distinguir a unos combatientes de otros, pues los ropajes con que se cubrían chorreaban sangre del mismo color.

¿Cuánto tiempo pasó luchando hasta que esa maldita pica se le clavó en la espalda? Nunca llegó saberlo. A él le parecieron horas, aunque tal vez fueran instantes que su mente atesoró en la memoria impregnándolos de eternidad para permitirle sobrevivir a lo que sucedió después.

El golpe fatal no vino de un rival a caballo, de quien habría podido defenderse, sino de un infante invisible, emboscado entre las monturas, que manejaba su arma letal sorteando con destreza las patas de las bestias embarcadas en la refriega. Pedro sintió el hierro entrar por el costado izquierdo, a la altura de la cintura, e hincársele

hasta las entrañas. Aullando de dolor, se revolvió con fiereza para abatir desde arriba a su verdugo y lo alcanzó de lleno en el cuello, hasta el punto de separarle la cabeza del tronco antes de caer al suelo, inconsciente, con el asta de madera traspasándole de lado a lado.

La batalla había terminado para él, pero alcanzaba el punto culminante entre almohades y cruzados.

* * *

Sin dar tiempo a los cuerpos musulmanes a reaccionar y reorganizarse ante esa acometida feroz de la última línea cristiana, era preciso jugarse el todo por el todo poniendo en suerte a cuantos caballeros habían permanecido ociosos. No quedaba margen para hacer cálculos. Morirían o vencerían en esa embestida final. Era la hora de los monarcas, a lomos de sus monturas. La carga de los tres reyes, unidos por una vez bajo las mismas enseñas en nombre de la cristiandad hispana.

Alfonso de Castilla por el centro, Sancho de Navarra a su derecha y Pedro de Aragón en el flanco izquierdo encabezaron una hilera de guerreros como jamás se había visto ni se volvería a ver. Condes, freires, arzobispos, obispos, nobles, caballeros villanos, vástagos de grandes casas e hijos del común de la tierra luchando unidos, codo a codo, con la espada en una mano y en la pechera, la cruz.

Fue tal la potencia de esa última arremetida, tan incontenible su empuje, que el ejército sarraceno se deshizo, a semejanza de los terrones convertidos antes en polvo. Los primeros en desertar habían sido los voluntarios de la yihad, acudidos desde múltiples

lugares del mundo islámico a luchar por el Profeta en lo que unos llamaban al-Ándalus y otros «la patria de la guerra». Después huyeron la mayoría de los andalusíes, enemistados con los almohades, especialmente tras la ejecución del jefe de la guarnición de Calatrava, y escasamente motivados para inmolarse ante un ejército cuya victoria estaba cantada. Los últimos en darse por vencidos fueron los africanos, aunque también lo hicieron al ver que los monarcas cristianos alcanzaban en su galopada el Cerro de los Olivares en cuyo punto más alto se alzaba la tienda del califa.

Con un último golpe de espuelas, navarros y aragoneses azuzaron a sus caballos hasta coronar la colina y asaltar el palenque, para descubrir que el Miramamolín se les había escurrido de entre las manos. Él, que había mandado decapitar a Ibn Qadis por pactar la entrega de una fortaleza en lugar de pelear hasta el final, dejaba abandonados a sus hombres y escapaba como un cobarde a uña de caballo, protegido por algunos de sus guardias negros.

De ahí en adelante no se habló de retirada en las filas sarracenas, sino de desbandada. Desarbolados por las sucesivas cargas cristianas, perdida toda esperanza de victoria al percatarse de que su príncipe se había esfumado, los últimos guerreros almohades se retiraron en completo desorden, sin mirar atrás.

La batalla había terminado y, con ella, tocaba a su fin igualmente la era de al-Nasir y sus temibles berberiscos. El otrora todopoderoso imperio almohade estaba herido de muerte, aunque aún pudiera dar algún zarpazo antes de sucumbir.

Mientras algunos caballeros emprendían la persecución de los fugitivos, decididos a aniquilarlos, otros bajaron de sus monturas, se despojaron del yelmo, clavaron la espada en la tierra y, postrados

ante la cruz que formaban las empuñaduras, elevaron al cielo un Te Deum para dar gracias a Dios por concederles la victoria en ese día triunfal llamado a ser recordado por los siglos de los siglos.



10

Lágrimas

En las Navas de Tolosa.
Noche del 16 al 17 de julio del año 1212 de Nuestro Señor

Aprovechando la luz rojiza de ese atardecer glorioso, el caballero Alonso de Ávila recorría el campo de batalla en busca de su amigo, Pedro López de Toledo. No lo había visto desde el amanecer y le angustiaba la posibilidad de hallarlo entre los caídos, aunque lo más probable era que estuviese dando caza a los sarracenos huidos. Eso se decía a sí mismo el abulense mientras llevaba a cabo su macabro recorrido, no con el afán de robar, como tantos otros, sino para honrar el pacto sagrado sellado con su hermano de sangre.

La víspera, durante la misa, el arzobispo de Toledo había dado por segura la victoria y prohibido bajo pena de excomunión entregarse a la rapiña, pese a lo cual centenares de soldados deambulaban por aquel barrizal, provistos de sacos improvisados, haciendo acopio de

armas, lorigas, joyas, monedas, túnicas y turbantes de seda, o cualquier otro objeto valioso. La mayoría de los despojados eran cadáveres, aunque, si estaban todavía vivos, los saqueadores los remataban a cuchillo antes de arrancarles de las manos las espadas, desnudarlos sin miramientos o cortarles los dedos portadores de alguna alhaja.

La rabia de aquellos hombres era pareja a su codicia. Muchos habían combatido por la fe y el honor, la mayoría sencillamente porque estaban obligados a hacerlo y prácticamente todos ambicionando ganar fama y riqueza. ¿Por qué no adelantar el cobro de su merecida recompensa?

Según las reglas de la guerra, el botín correspondiente a cada combatiente debía ser proporcional a su aportación al ejército, así en armamento como en equipo, jinetes e infantes, de tal modo que los nobles a caballo y sus principales mesnaderos salían muy favorecidos con respecto a las gentes de a pie. Estas lo sabían bien y, sin esperar al reparto oficial, aprovechaban la ocasión de hacerse con cuanto pudieran antes de que aparecieran por allí los contadores del rey.

Se trataba sobre todo de peones, aunque también había entre aquella chusma integrantes de las milicias concejiles semejantes a Alonso, e incluso más de un caballero. La mayoría de los magnates había salido en persecución de los enemigos dispersos por los alrededores, a fin de acabar con ellos antes de que tuvieran tiempo de reagruparse y contraatacar.

La consigna era no hacer prisioneros. Aprovechando que los vencidos erraban por los montes cercanos como ovejas sin pastor, con la moral destrozada por la derrota sufrida, debían ser

exterminados, hasta devolver, golpe por golpe, la matanza y humillación infligidas por su califa a los castellanos en Alarcos.

—¡Matadlos a todos! —ordenó el obispo de Narbona a sus guerreros, repitiendo las mismas palabras que, según las habladurías, había pronunciado pocos años antes en Beziers, en referencia a los cátaros.

En esa ocasión no añadió que Dios reconocería a los suyos, porque, a diferencia de lo sucedido en la pequeña villa occitana, entre los fugitivos de aquellas Navas no había cristianos susceptibles de ser confundidos con infieles. Todos eran musulmanes, habían sido vencidos y cayeron, uno a uno, allá donde fueron hallados, en un radio de tres leguas. Tan grande fue la matanza que, según dijo después el rey a los suyos, sucumbieron más sarracenos durante esa persecución de los que murieron en combate a lo largo de todo el día. Los pocos que sobrevivieron lo hicieron al amparo de las sombras, cuando la oscuridad de la noche obligó a dar por terminada la batida.

* * *

En el escenario del enfrenamiento, entre tanto, Alonso seguía aguardando el regreso de su amigo, antorcha en mano, sin dejar de remover cuerpos y dando la vuelta a cuantos yacían boca abajo cuyo tamaño y sobreveste guardaban algún parecido con los del caballero toledano. También había aprovechado para adjudicarse un par de corceles árabes que deambulaban sin dueño por aquel inmenso cementerio, asiéndolos con fuerza por las riendas y arrastrándolos tras de sí en su frenética búsqueda.

Sabía que la Iglesia no aprobaba esa conducta, pero para algo se había pasado toda la jornada luchando. Se merecía ese premio. Además, no profanaba cadáveres ni faltaba al séptimo mandamiento. Mientras no fueran incorporados al erario real, esos bellos animales no pertenecían a nadie. ¿Quién le impedía quedárselos? Solo sus arreos valían una fortuna. Si le sonreía la suerte y lograba conservarlos, con lo que sacara por ellos podría cumplir su sueño de poner casa propia en Ávila.

Al tenue resplandor de una luna demasiado baja todavía para iluminar la noche, el campo estaba sumido en el silencio. Apenas se oían ya gritos de agonía o gemidos. Los sarracenos habían sido rematados y los cruzados estaban muertos o demasiado débiles para quejarse. Los buitres voladores tardarían aún en llegar y los humanos hacían su trabajo sin ruido. La muerte era, a esa hora, dueña y señora de esos pagos.

El cansancio empezaba a pesarle en las piernas cuando se tropezó con el asta de una lanza larga atravesada sobre el barro a la altura de sus rodillas. A punto de dar con sus narices en el fango antes de soltar sus valiosas presas, maldijo ese objeto del demonio y se aprestó a apartarlo de su camino propinándole una patada. Entonces vio que la pica estaba clavada en el cuerpo de un hombre tumbado de lado, atravesado por la cintura. Se trataba de un guerrero cristiano cuya mano asía una espada de empuñadura enjoyada, salvada milagrosamente del saqueo. Un acero toledano forjado para esa campaña que el abulense conocía bien. Pertenecía al caballero Pedro López, a quien reconoció con espanto al acercarle la tea al rostro.

Era él, no había duda. Y a juzgar por sus heridas, tenía que estar muerto. Pero esa evidencia de la razón chocaba de tal manera con los deseos de su corazón que Alonso elevó una súplica al cielo mientras se agachaba para comprobar si el caído aún alentaba. Si conservaba un hilo de vida.

En su plegaria muda ofreció cuanto poseía a cambio de que el Altísimo salvara a su compañero. Honraba así el pacto de sangre suscrito en vísperas de la batalla, implicando en él al Señor, testigo de su compromiso. Y Dios escuchó sus ruegos. El pecho del caballero se movió en busca de aire, de forma casi imperceptible.

—¡Don Pedro! ¿Podéis oírme? Soy yo, Alonso. Abrid los ojos o apretad mi mano y sabré que me escucháis.

Al cabo de una eternidad, medida en padrenuestros desganados con fervor creciente, el herido abrió los ojos. Parecía regresar de un largo viaje a un lugar oscuro. Su mirada reflejaba algo semejante al estupor. Con voz apenas audible, inquirió:

—¿Dónde estoy?

—En este mundo —respondió el abulense, lacónico—. Seguimos aquí vos y yo.

El concejil aprovechó ese instante de lucidez para darle de beber las últimas gotas de vino aguado que le quedaban en la bota, a costa de tragarse su propia sed. El caballero del rey castellano dio algunos sorbos con dificultad, y después volvió a sumirse en algo parecido a un sueño extrañamente plácido.

El grueso mango de la pica que lo atravesaba de parte a parte taponaba la llaga abierta por su punta y bloqueaba la hemorragia. No sangraba. Tampoco parecía sentir dolor. Descansaba sobre el costado izquierdo, ensartado en esa adarga, aferrado al estoque con

el que se había vengado de su atacante. El cadáver del piquero moro se hallaba a pocos pasos de él, entre muchos otros, con la cabeza colgando del tronco por una tira de piel, como un guiñapo siniestro. No muy lejos de allí aparecería después el del escudero de don Pedro, casi irreconocible, aplastado por los cascos de incontables monturas.

Mientras Alonso se devanaba los sesos cavilando el mejor modo de brindar a su compañero el socorro necesario, lo distrajo relatándole el feliz desenlace de la batalla, la huida del Miramamolín dejando atrás a los suyos y las perspectivas de botín que se presentaban a los vencedores:

—¡Vamos a regresar ricos! Vos obtendréis las tierras que os prometió el soberano y yo espero ir cargado con una bolsa bien repleta.

Aquella charla no aliviaba su angustia, aunque parecía tranquilizar al durmiente. Cada poco se cercioraba de que respirara, sin dejar de darle palique sobre la cantidad de vituallas, joyas, ornamentos, plata, oro, paños preciosos, tiendas, ganado, bestias de carga y caballos que se esperaba obtener de lo abandonado por los mahometanos, a lo que sería preciso sumar la parte del león: los cautivos.

—Veréis cómo, después de tomar cada uno lo que deseemos y dar a los reyes lo suyo, aún dejamos en estas Navas más de lo que nos llevemos.

Los dos corceles que había capturado él permanecían quietos a su lado, atados a los arreos de una cabalgadura sacrificada. Los había preservado con celo hasta ese momento, pero llegaba la hora de darles una utilidad distinta a la imaginada en un principio.

Todavía andaban por allí los cazadores de despojos, afanados en aprovechar el tiempo antes de que el nuevo día, que pronto asomaría por levante, pusiera fin a su tarea. En circunstancias distintas el miliciano habría defendido sus presas a cualquier precio. La necesidad de auxiliar a don Pedro, empero, le obligó a cambiar de planes.

Miró a su alrededor, tratando de alumbrar las tinieblas con la llama moribunda de su antorcha, en busca de una cara conocida. Ante la imposibilidad de encontrarla, decidió recurrir a los gritos:

—¿Algún concejero de Ávila puede oírme? ¡Valedme, hermanos, uno de los nuestros necesita ayuda!

Lo repitió un par de veces, a voz en cuello, hasta lograr que acudieran dos de quienes pudiera fiarse, máxime considerando que el herido era un noble de la mesnada real, sin vinculación alguna con la ciudad en cuya milicia servían ellos en calidad de caballeros villanos. Lo que iba a encomendarles era demasiado grave para dejarlo en manos extrañas.

—¿Qué tiene de particular este difunto? —inquirió el de mayor edad, evidentemente molesto al toparse con lo que parecía ser el cadáver de un soldado abatido de una lanzada—. ¿Para esto nos haces perder el tiempo?

—No está muerto —aclaró Alonso—. Aun alienta, aunque necesita ser asistido cuanto antes por un cirujano.

Su paisano lo miró con una mezcla de incredulidad y desprecio, antes de replicar:

—En todo caso, un sacerdote. ¿Es que no tienes ojos? Este hombre está condenado. Más vale que te despidas, si es que lo conoces de algo.

Era inútil discutir o tratar de explicar el vínculo existente entre don Pedro y él; ese pacto de caballeros en cuyo cumplimiento le iba la honra, además de la conciencia. Urgía actuar de inmediato. Ahorrar saliva e ir al grano.

—A quién llamar es cosa mía —endureció el tono—. Voy a ausentarme un rato. No quiero dejarlo solo, pero no voy a pediros que lo atendáis a cambio de nada. Estos animales que veis me pertenecen. Os ofrezco uno a cada uno si, cuando regrese, sigue con vida.

—¿Y si los tomamos sin más? —lo desafió el parlanchín.

—En tal caso os buscaré, aquí o en Ávila, cuando menos lo esperéis, para daros muerte con mis propias manos.

Lo dijo con tal frialdad que ninguno dudó de que lo haría.

* * *

El concejil Alonso de Ávila llevaba más horas despierto de las que era capaz de contar. Estaba agotado, sediento y hambriento. Se había desprendido de la loriga y el gambesón, bañados en sangre enemiga, incapaz de soportar su peso. Recurriendo a sus últimas fuerzas, subió a lomos de su caballo y lo espoleó hacia el campamento cristiano, determinado a recurrir al mismísimo soberano de Castilla.

A pesar de la fatiga acumulada, no eran muchos los que dormían en las inmediaciones de la tienda real. La euforia derivada del triunfo se unía a la necesidad de adoptar decisiones inaplazables concernientes a los movimientos del ejército en los siguientes días, que privaban del sueño al monarca. Además, se había entretenido

un buen rato escribiendo a su hija Berenguela, su más estrecha consejera, para darle cuenta de la victoria y pedirle que se encargara de esparcir la buena nueva a lo largo y ancho de sus dominios. Una vez despachado el mensajero con órdenes de darse prisa, llegaba la hora de resolver el dilema que lo torturaba: ¿Debía regresar a casa para celebrar la victoria o perseguir al califa almohade e intentar tomar Jaén?

La ciudad en la que a buen seguro se había refugiado al-Nasir era una plaza bien defendida. Un enclave estratégico desde el cual se dominaba el valle del Guadalquivir y se controlaban los pasos hacia la rica y feraz taifa de Granada, protegida por una sierra de picos altísimos que hacía las veces de muralla natural. Conquistar esa plaza supondría un éxito comparable al cosechado en esa jornada gloriosa, sí, pero ¿a qué precio?

Emplazada en el corazón de una tierra escarpada, erizada de torreones, Jaén estaba guardada por una alcazaba inexpugnable, anidada en lo alto de un risco de laderas afiladas. Una fortificación imposible de asaltar, so pena de perder en el empeño a buena parte de su hueste, agotada tras el combate extenuante librado con los almohades. ¿Merecía la pena correr semejante riesgo?

En esa disyuntiva se hallaba don Alfonso, reunido en consejo, cuando un guardia entró, muy apurado, asegurando que un caballero villano insistía en hablar con el alférez Álvaro Núñez de Lara a propósito de un asunto grave relacionado con un hombre llamado Pedro López de Toledo.

El rey levantó una ceja, pues conocía ese nombre. Era el de un joven combatiente de su mesnada, cuyos antepasados habían ganado merecida fama en la lucha contra los infieles. Recordaba

haberlo entrevisto alineado junto a los demás, inmediatamente antes de la carga definitiva. ¿Cómo podía traer noticias suyas un concejil desplegado en la delantera de la formación?

—Hazlo pasar —ordenó con autoridad.

Por lealtad al juramento hecho al toledano, Alonso venció la vergüenza de presentarse ante su rey casi desnudo y mugriento, cual mendigo pidiendo limosna. Don Alfonso tampoco vestía de gala, si bien se había lavado la cara y llevaba una gonela limpia, de lino fino. Viendo el aspecto del recién llegado, mandó que le trajeran vino y pan, pues dio por hecho que no habría probado bocado desde la víspera. Acto seguido, se dirigió a él en tono apremiante.

—¡Habla!

Tras beber con avidez el caldo y tender la copa en un gesto inequívoco de pedir más, Alonso desgranó su relato, desde el momento en que había encontrado a don Pedro atravesado por la lanza. Fue parco en palabras.

—Su vida pende de un hilo, señor. Hasta ahora lo ha mantenido el Altísimo, pero temo que, sin ayuda, no resista mucho más.

—¿Conoces el lugar exacto donde se encuentra?

—De allí vengo.

—Aguarda fuera. —El apremio se había convertido en gratitud, expresada mediante una palmada en la espalda—. Aprovecha para comer. En cuanto demos con un buen físico, lo conducirás hasta él.

Tras salir el abulense de la tienda, el rey preguntó a su alférez:

—¿Se cuenta entre los cautivos alguno de los galenos que acompañaban al califa?

—Lo desconozco, señor —respondió Núñez de Lara.

—Pues averígualo sin tardanza y confiemos en que al-Nasir dejara atrás a algún cirujano capaz de salvar a nuestro caballero.

Los galenos andalusíes, así mahometanos como judíos, eran célebres en toda España por lo avanzado de su ciencia y su habilidad para sanar dolencias complejas que en los reinos cristianos eran confiadas generalmente a la misericordia divina. Algunos desconfiaban de sus procedimientos, pues se decía que profanaban los cuerpos de los difuntos con el empeño de estudiar el emplazamiento de los órganos y movimiento de los humores, pese a lo cual quien tenía medios para procurarse sus servicios no dudaba en contratarlos. La experiencia demostraba que sus métodos funcionaban, especialmente cuando se trataba de heridas de guerra, pues se transmitían de unos a otros el conocimiento de los antiguos, acumulado durante siglos.

—¡Parece que ha habido suerte! —El enviado a cumplir el encargo del monarca regresó a la carrera al cabo de un tiempo corto, pletórico por haber conseguido ejecutarlo de la mejor manera posible.

—¿Diste con alguien? —inquirió don Alfonso

—Con el mejor, mi señor —asintió el soldado, rodilla en tierra.

—Álzate y explícate.

—Era el que atendía al califa. Lo cogieron en su tienda. Presume de ser discípulo de un tal Abulcasis, cuyos escritos dice haber estudiado como si al hacerlo hubiese adquirido algún poder sobrenatural. Cuando temió por su vida, él mismo nos hizo saber que valía una fortuna y su familia en Sevilla no dudaría en pagarla.

—¿Habla nuestra lengua?

—Algunas palabras.

—Pues llevaos a un truchimán y partid de inmediato. Os guiará el concejil que lo halló. Di al infiel que, si tiene éxito, será recompensado con largueza.

* * *

El sol del nuevo día, festividad de san Alejo, hacía que la visión del campo donde había tenido lugar la batalla resultara más estremecedora aún que la víspera. Atraídos por el hedor de los cadáveres en rápida descomposición a causa del calor sofocante, enjambres de moscas y otros insectos llenaban el aire con su zumbido, creando una atmósfera casi irreal. Los primeros buitres habían aparecido también, decididos a darse un banquete. Cualquier guerrero veterano temía a esos pájaros como a la peste, porque en su voracidad no distinguían a los vivos de los muertos.

—Debemos darnos prisa —urgió Alonso a sus acompañantes, el mesnadero de Núñez de Lara, el cirujano y el truchimán, ambos demasiados viejos para cabalgar con brío—. Cada instante que perdamos puede resultar fatal.

Sus palabras fueron traducidas, sin causar el menor efecto aparente en el galeno, quien daba brincos sobre la silla, incómodo, sujetando con fuerza una bolsa de cuero en la que llevaba el instrumental necesario para llevar a cabo su tarea.

—Será lo que Alá quiera que sea.

La respuesta fue mascullada entre dientes, de tal modo que el intérprete no la oyó, o no quiso oírla.

Al fin llegaron al lugar donde yacía el herido, custodiado por sus guardianes. Estos habían mantenido su palabra y seguían allí,

espantando a todo aquel que intentara acercarse, ya fuera humano, ave carroñera o insecto. En cuanto a don Pedro, estaba igual que lo había dejado el abulense: sin sentido y con la respiración cada vez más débil, pero vivo.

—Marchad en paz con los caballos —despidió Alonso a sus paisanos.

—Quedad con Dios —respondieron ellos, sorprendidos de obtener tan valiosa recompensa por algo tan carente de sentido a sus ojos.

Entre tanto, Talmir, que así se llamaba el cirujano, se había apeado de la montura, ayudado por el soldado, y estudiaba detenidamente a su paciente. Tras comprobar su pulso, toquetear aquí y allá, determinar el lugar por el que había entrado la lanza así como el punto exacto de salida y llevar a cabo otras pruebas, dictaminó, rotundo:

—Si extraemos la pica, morirá desangrado.

—Y si no lo hacemos, también —rebatió el abulense en tono bronco—. No busquéis excusas y haced vuestro trabajo.

—Os digo que morirá —tradujo el truchimán.

—Y yo os advierto que, si no hacéis algo de inmediato, antes que él moriréis vos.

Alonso había desenvainado su acero y amenazaba con él al musulmán, quien comprendió, por el gesto, que aquel caballero iba en serio.

—No diréis que no os advertí.

Formulada su protesta inútil, Talmir mandó hacer una fogata y traerle una sierra, un odre de agua clara, un cubo donde verterla, vinagre y paños limpios. Acto seguido rebuscó entre sus cosas hasta

hallar un pomo de cristal protegido por una carcasa metálica, del que vertió en una cuchara cierta cantidad de líquido ambarino.

—Levantadle la cabeza y abridle la boca —ordenó con autoridad.

—¿Qué es eso?

Don Alonso no terminaba de fiarse de ese moro, cuya actitud arrogante le resultaba cada vez más insufrible.

—Algo que lo mantendrá dormido y le evitará sentir dolor —respondió el interpelado con desdén—. No le hará daño.

—Si no despierta…

—Hay que quitarle la ropa moviéndolo lo menos posible —añadió el cirujano, haciendo caso omiso de la amenaza—. También vamos a necesitar a un hombre fuerte para sujetarlo y transportarlo después, en el improbable caso de que sobreviva.

—¡Más os vale que lo haga!

El jinete de Núñez de Lara partió al galope hacia el campamento en busca de cuanto se precisaba, mientras Alonso y Talmir desnudaban a don Pedro con sumo cuidado, recurriendo al cuchillo para cortar las ataduras de la loriga y el jubón acolchado que llevaba debajo. La insólita escena había atraído a varios curiosos, que formaban un círculo alrededor del caído preguntándose qué estaría haciendo ese infiel con el caballero alanceado.

No tardó en regresar el soldado, acompañado de un gigante joven, casi un niño, vestido a la usanza musulmana. Cabalgaba una mula de gran tamaño, cargada con los pertrechos solicitados.

—¿Servirá este? —le preguntó al maestro en llagas, señalando al muchacho. Después, dirigiéndose al caballero villano, añadió—: Lo pillamos intentando escapar antes incluso de comenzar la batalla. No

quería luchar. Creemos que odia a los almohades más que a nosotros. Parece dócil. No dará problemas.

—Servirá —sentenció el galeno.

El rostro de Talmir parecía haber menguado, contraído por la concentración. Su ceño fruncido reflejaba una extrema tensión. Nunca se había enfrentado a un desafío semejante e intuía que, si fracasaba, ese bárbaro politeísta cumpliría su amenaza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al cautivo en lengua árabe.

—Umar.

—Bien, Umar, haz exactamente lo que yo te diga. ¿De acuerdo? Obedéceme y tal vez salgamos de esta con bien.

Sobre la lumbre descansaban dos instrumentos de acero de tamaño similar, a la espera de que sus hojas alcanzaran el punto de calor requerido. Junto al herido, sobre un trozo de lino inmaculado, el cirujano había dispuesto su instrumental, compuesto por aguja, hilo, cuchillas y algunas redomas custodias de misteriosos ungüentos. Todo estaba listo para ejecutar la operación.

—Lo primero es serrar la punta de la lanza a fin de poder extraerla. ¿Lo haréis vos?

La pregunta, dirigida al concejil, tenía algo de provocación. Él no habría dudado en acceder, pero estaba al límite de sus fuerzas.

—Que lo haga el cautivo mejor. Yo sujetaré a don Pedro.

—Aseguraos de mantenerlo quieto. Y tú, chico, sé cuidadoso.

La fuerza de Umar era tal que el asta cedió en un visto y no visto, dejando libre de obstáculos el extremo que asomaba por el vientre del herido.

—Ahora llega el momento crucial —anunció el cirujano—. Todo ha de hacerse muy rápido, o, como he dicho, se desangrará.

Repartidos los papeles, Alonso se encargó de sostener firmemente el tronco de su amigo, dejando al mesnadero del alférez las piernas, mientras Umar arrancaba la adarga, desde la espalda, de un único tirón violento. Talmir sabía perfectamente lo que iba a ocurrir y se había preparado para ello. Explicó al truchimán cómo taponar con uno de los paños el chorro de sangre que manó al instante, antes de cauterizar la herida utilizando uno de los hierros candentes. A continuación hizo lo mismo con el orificio de salida, donde la hemorragia era menor.

Don Pedro no había proferido ni un lamento, lo que constituía una pésima señal.

—¡Lo habéis matado! —acusó Alonso al cirujano, presto a ejecutar su venganza.

—Al contrario. —El tono del mahometano relejaba serenidad, con un toque de sorpresa—. Creo que acabo de salvarle la vida.

Le llevó tiempo coser las heridas, lavarlas con vinagre e impregnarlas de las sustancias contenidas en los distintos recipientes, para después vendar al paciente con la ayuda del joven coloso, que lo manejaba como si su peso le resultara liviano.

—¿Vivirá entonces?

—Cuando despierte lo sabremos.

* * *

El caballero toledano fue llevado en parihuelas hasta su tienda en el real, donde Umar se encargó de cogerlo en brazos para acostarlo en su lecho de campaña. El abulense se tumbó a su lado en el suelo, exhausto, y al instante estaba profundamente dormido.

Lo despertó la voz débil de su amigo pidiendo agua. Era noche cerrada. El cautivo seguía allí, sentado a la usanza sarracena, con los ojos muy abiertos y el miedo dibujado en ellos.

—Ve a buscar al cirujano —lo apremió quien parecía ser su nuevo amo cristiano, alzándose de un brinco—. ¡Date prisa!

—Alonso —masculló don Pedro — ¿Sois vos?

—Yo soy, hermano. Aquí estoy. Enseguida llegará el galeno.

—¿Qué ha sucedido?

—Vencimos en la batalla, donde resultasteis herido.

—No puedo levantarme. —El tono era más firme, pero estaba impregnado de angustia.

—Sosegaos. Estáis en las mejores manos. Debéis descansar.

Talmir esperaba impaciente a ver el resultado de su obra, por lo que había permanecido en vela, elevando plegarias a Alá. Temía la ira de ese politeísta, más feroz incluso que los africanos a quienes despreciaba con todo su ser, pero sobre todo se preguntaba si en verdad habría conseguido llevar a cabo el prodigio de arrancar a la muerte una presa que ya llevaba en las fauces.

—La paz sea con vosotros —saludó al entrar, acompañado de su inseparable traductor. Y sin añadir palabra, empezó a revisar detenidamente a su paciente.

Después de palpar las heridas, levantar las vendas y realizar otras observaciones, extrajo de su bolsa una aguja con la que pinchó al herido en varios puntos de las piernas.

—¿Notáis mi toque?

—No.

—Tratad de mover los dedos de los pies.

—Los estoy moviendo.

Alonso sintió un escalofrío recorrerle la espalda de arriba abajo, porque los dedos de su amigo estaban quietos. Sus pies colgaban hacia los lados, como muertos. Él no podía verlos desde su posición horizontal, pero resultaba evidente que su voluntad había dejado de mandar sobre esas extremidades.

El galeno extendió una nueva capa de bálsamo sobre las llagas recién cosidas y cambió las vendas, antes de dictaminar:

—Vivirá, siempre que mantengáis la herida limpia, aunque no volverá a caminar.

Don Pedro profirió un grito que más parecía el aullido de un animal.

—¡No!

—Dad gracias a vuestro Dios de poder regresar a casa —le reprochó su salvador—. El campo en el que os encontraron está lleno de despojos.

—Salid de aquí. Lo empujó sin miramientos hacia la apertura de la tienda el caballero de Ávila—. ¡Salid todos!

El sentenciado se esforzaba inútilmente por abandonar el lecho, suplicando a su compañero que le pusiera un acero en la mano.

—Me daré muerte yo mismo —escupió con rabia, sin poder contener el llanto—. No quiero vivir así. He conocido guerreros obligados a soportar esta misma pena, postrados en una silla, dependientes de la caridad hasta para ir a la letrina…

—Todo mejorará con el tiempo, Pedro, aprenderéis a aceptarlo.

—¡Dadme un cuchillo, Alonso! Os lo suplico en nombre de nuestra amistad.

—Yo juré ocupar vuestro lugar en el combate, no ayudaros a cometer el más grave de los pecados.

—¿No comprendéis que la muerte es preferible a esta humillación perpetua?

—Peor sería el infierno —zanjó el concejil, decidido a no ceder, por más que comprendiera el tormento que afligía a su amigo.

El argumento resultaba ser inapelable, pese a no servir de consuelo al hombre que se enfrentaba a un futuro aterrador. No había más que decir. Todo estaba consumado.

Atrás quedaban los días de gloria, las cabalgadas en tierra de moros, las batallas campales, la conquista de nuevas tierras, la dicha. Si el rey se compadecía de él, tal vez le otorgara un dominio en el cual languidecer junto a la dama a quien amaba, condenada sin remedio a compartir esa suerte atroz. En caso contrario…, no se atrevió a imaginarlo.

La evocación de Catalina, a cuyos brazos había jurado regresar victorioso, elevó su dolor hasta hacerlo insoportable.

—Dadme un arma, os lo ruego, o bien rematadme vos. La mitad de mí ya está muerta.

—Vendrán tiempos mejores, don Pedro. No perdáis la esperanza. Dios estará a vuestro lado y ahí también estaré yo. No pienso abandonaros.

—Ella no merece esta carga.

Más que una respuesta, era una reflexión en voz alta, a la que siguió un llanto quedo, reflejo de una infinita tristeza.

* * *

Muy lejos de allí, en su casa de Toledo, Catalina también estaba llorando. Después de un alumbramiento largo, penoso, soportado

con gran entereza, sostenía en sus brazos a un varón, su primer hijo, fuerte y sano como un roble. Lloraba de felicidad, anticipando la alegría que ese niño regalaría a su esposo. Daba gracias al Señor por haber salido con bien del parto, el trance más peligroso al que se enfrentaban las mujeres a lo largo de sus vidas.

El destino, en su capricho, había unido sus lágrimas en una misma noche oscura, que ambos recordarían, al cumplirse cada aniversario, tiñendo de colores claros el día en que Fadrique decidió venir al mundo mientras una pica sarracena alejaba a su padre para siempre de la guerra.



11

Leyendas, hazañas, castigos

En la sierra de Cazorla.
Verano del año 1231 de Nuestro Señor

Agazapado en una esquina de la estancia donde había compartido cena y conversación la familia de don Pedro, Umar permanecía de pie, silencioso, como una pieza más del mobiliario, atento a cualquier señal de su amo. Procuraba hacerse invisible sin perderlo de vista un instante. Llevaba tanto tiempo sirviéndolo, trasladándolo de un sitio a otro, atendiendo todas sus necesidades y escuchando sus desahogos, que compartía con él una intimidad mayor que la de cualquier otra persona de la casa, sin dejar de ser su esclavo. Así lo había dispuesto el Clemente, el Misericordioso, al unir sus suertes una noche de verano semejante a esa, perdida en el pasado lejano, con el hilo indestructible de Su voluntad.

No podía quejarse. Su dueño lo trataba bien. Jamás lo había castigado con la vara ni le escatimaba la comida. Incluso en raras ocasiones se mostraba afectuoso con él o le agradecía expresamente una ayuda que nadie más habría sabido prestarle. Pese a ello, Umar se preguntaba a menudo si esa existencia de cautivo, privado de libertad y de esperanza, merecía la pena. Si no habría sido mejor caer en aquella batalla abatido por una saeta, cristiana o musulmana para disfrutar de la recompensa reservada a los guerreros de Alá. Entonces le había faltado el valor y ahora era demasiado tarde.

En sus largos ratos de aburrimiento, cuando más echaba en falta la compañía de una mujer con quien satisfacer sus ardientes deseos reprimidos, recordaba lo que prometían los alfaquíes a los mártires: las huríes de negras pupilas engalanadas con seda verde, mostrando senos y busto, dispuestas para acogerlos a las puertas del paraíso, enjugar su sangre y el polvo de sus rostros y ofrecerles copas del mejor elixir. Setenta y dos vírgenes con ojos de gacela. Una eternidad de goce, ajeno al terror del juicio final, puesto que la muerte en combate le habría allanado el camino a la salvación y el placer eterno.

¿Por qué no los había escuchado? Habría sido tan fácil morir, abrazar el martirio y encontrarse con esas hembras ansiosas por complacerlo. Tan fácil…

—Umar —lo llamó don Pedro—. Acércate, te necesito.

* * *

El anfitrión abandonó momentáneamente el salón para ir a aliviar la vejiga, momento que aprovechó Fadrique para zaherir nuevamente a

su hermano.

—¿Has oído? Atravesado por una lanza, padre aún tuvo fuerzas para descabezar a su enemigo. Tú ni siquiera llegaste a ver al que te derribó.

—No te envanezcas, hijo —lo regañó doña Catalina en tono severo —. Tu padre nunca lo ha hecho y el caballero que nos acompaña, tampoco.

—Yo solo cumplí con mi deber —terció don Alonso, que había disfrutado de lo lindo rememorando junto a su amigo lo sucedido en las Navas de Tolosa aquel 16 de julio del año 1212.

—Jamás podremos agradeceros lo que hicisteis por mi esposo —insistió la dama, emocionada—. Siempre estaremos en deuda con vos.

—Una gran verdad —convino el noble, que regresaba a la reunión en brazos del gigante musulmán—. De no haber sido por vos, yo no estaría hoy aquí para contarlo.

—Lo cual no quita un ápice de mérito a vuestra hazaña, padre —insistió Fadrique, henchido de admiración por don Pedro—. Demostrasteis tener unos reflejos envidiables. No como este torpe enclenque a quien tengo por hermano.

Doña Catalina, que había recurrido a la argucia de rememorar aquel choque con el empeño de evitar que su hijo mayor se regodeara humillando al pequeño, tuvo que acudir nuevamente en ayuda de este, elevando el tono para dirigirse al fanfarrón:

—¿Cuántas veces he de decirte que las disputas entre hermanos solo traen desgracias, Fadrique? ¿No te han servido de nada las enseñanzas de las Escrituras ni las de la historia de España? Piensa en Caín y Abel, o en los hijos del rey de León don Fernando,

atacándose unos a otros. Deberías avergonzarte de tratar así al benjamín.

Amaba con igual cariño a los dos, aunque a sus ojos Beltrán era el más débil, motivo por el cual siempre lo había protegido, a su manera, a menudo contraria a los deseos del chico. Ella tenía una idea clara de cuál era el camino idóneo para él, alejado de la espada. Su marido, en cambio, insistía en brindarle la oportunidad de convertirse en caballero, sin ocultar su preferencia por Fadrique, su primogénito, llamado a heredar sus dominios.

—Tu madre tiene razón —intervino el anfitrión en apoyo de su mujer—. Los lances de la guerra resultan imprevisibles. A veces nos acompaña la fortuna y otras nos abandona.

Mientras hablaba, leía en los ojos de Beltrán el mismo sentimiento de impotencia que lo había embargado a él al saber que no volvería a caminar. La misma congoja imposible de disimular.

Durante largo tiempo él había rogado a Dios que le quitara la vida. Ahora intuía que era su hijo quien deseaba morir, vencido por el fracaso. Le habría gustado ayudarle, abrirle su corazón y compartir ese secreto a fin de aliviar su pena, pero no era ni el momento ni el lugar. Por eso había recurrido al argumento de la fortuna. Siempre sería mejor echar la culpa al azar que contemplar cómo el muchacho se echaba a la espalda esa carga.

—No se trata de la fortuna, sino de Dios —le corrigió doña Catalina, cuya fe era tan inquebrantable como rígida—. Él fue quien os otorgó aquella victoria frente a los infieles.

—Decís verdad, mi señora —terció el concejil de Ávila, un tanto ofendido por ese baño helado de humildad—, aunque nadie puede negar que nosotros fuimos su instrumento. Desde el rey al último

peón, nos dejamos la piel en ese campo, donde yacen los huesos de muchos soldados cristianos que lucharon con honor.

—Jamás soberano alguno había infligido semejante derrota a los sarracenos —insistió Fadrique, en referencia al castellano.

—Si no se hubiera arrepentido antes de su pecado —replicó ella, decidida a no dar su brazo a torcer—, el Altísimo lo habría vuelto a castigar, como en Alarcos.

Se refería doña Catalina a los amoríos de don Alfonso con Raquel, la judía de Toledo, que ella juzgaba con especial dureza por encontrarse en aquel entonces al servicio de doña Berenguela, la hija del soberano, enviada junto con su madre, Leonor de Plantagenet, a Burgos, a fin de dejar vía libre al adúltero para solazarse con la hebrea. En su opinión, la conducta licenciosa de ese hombre constituía una mancha imperdonable que ningún logro militar, por grandioso que fuera, sería capaz de borrar. De ahí que ahondara en su implacable censura al añadir:

—Dios le brindó una victoria que él no supo aprovechar. Se dejó vencer por la soberbia y lo pagasteis todos muy caro.

—¡Basta ya, mujer! —La mandó callar su esposo en tono áspero —. Ni una palabra más.

Don Pedro la amaba profundamente, pero también profesaba una lealtad inquebrantable a su rey. Y su rey no era otro que Alfonso de Castilla, por más que yaciera sepultado en el Monasterio de las Huelgas y ahora reinara su nieto, Fernando, tercer portador de ese nombre. Pedirle al dueño de la casa que escogiera entre esos dos amores era exigirle demasiado.

Ella había aceptado con afecto y devoción las graves limitaciones que afligían a su hombre desde su regreso de las Navas, sin

formularle jamás un reproche. Su rencor se concentraba en el monarca a quien consideraba responsable de esas heridas, pues alguien debía asumir la culpa de esa desgracia. Había visto marchar de su hogar toledano a un joven fuerte, apuesto, pletórico de energía y de sueños, que regresó gravemente mermado, obligado a valerse de un cautivo para moverse y sumido en un abismo de tristeza del que le costó años rescatarlo. ¿Cómo no iba a necesitar un chivo expiatorio? Mejor un rey difunto que el marido a quien debía honrar, cuidar y obedecer hasta que la muerte los separara.

—No son mis palabras, Pedro, sino las del arzobispo de Toledo. Fue él quien las pronunció al volver de la campaña, cuando aseguró que el Señor había castigado a los cristianos por sus excesos con enfermedades que los aquejaron a ellos y a sus animales de tiro. Él denuncio su avaricia, sus delitos y sus robos.

—Una crítica a todas luces injusta —repuso su esposo, conteniéndose para no decir algo sobre Jiménez de Rada de lo que después tuviese que confesarse—. Mi campaña terminó el mismo día de la batalla, pero el rey tenía la obligación de avanzar en la reconquista de tierras. No podía desaprovechar la ocasión y cumplió con su deber hasta donde le fue posible.

—Estoy de acuerdo —lo secundó don Alonso, siempre dispuesto a auxiliarlo—. Yo seguí adelante con el ejército hasta el final y doy fe de la fatiga que acumulábamos cuando el flujo de vientre y otros males empezaron a causar estragos. Llevábamos treinta y cinco días marchando, combatiendo, bebiendo agua insalubre, alimentándonos de cualquier cosa o a menudo ayunando, soportando un calor infernal…

—Vanagloria y soberbia por atribuiros el mérito de la victoria, en lugar de otorgárselo a Dios —remachó el clavo doña Catalina, repitiendo las razones esgrimidas por el arzobispo para justificar las plagas que aquejaron a la hueste de don Alfonso poco después de vencer a los almohades en el corazón de la Sierra Morena.

—Aun así, tomamos Baeza, que hallamos vacía —continuó el abulense su relato, haciendo caso omiso de la interrupción—. Pusimos sitio a Úbeda, donde se había refugiado la población de los alrededores, y durante tres jornadas luchamos con bravura, hasta que los musulmanes se avinieron a pactar la capitulación.

—Me resisto a creer que Dios quisiera castigar semejante alarde de coraje —proclamó don Pedro, agradecido a su amigo.

—La verdad es que habíamos alcanzado el límite de nuestras fuerzas —concluyó don Alonso, único testigo presencial de lo ocurrido—. De haber tenido que hacer frente a un contraataque sarraceno, nos habríamos visto en un grave aprieto. Llevábamos botín abundante, gran parte del cual eran cautivos cuya custodia se hacía cada vez más trabajosa, y precisábamos descanso. Era hora de volver a casa.

* * *

Transcurridos tantos años desde aquel lance glorioso, las leyendas habían empezado a tomar la delantera sobre la realidad de lo ocurrido en el campo de batalla. Los juglares narraban el episodio en sus canciones de gesta, añadiendo colorido de su cosecha en aras de embellecer sus historias.

Poco a poco, el número de combatientes había ido creciendo en ambos bandos, hasta multiplicar el original y así magnificar la gesta de los cristianos. También se hablaba de la aparición del apóstol Santiago montado en su brioso corcel. El pastor cuya ayuda había resultado providencial para mostrar un camino alternativo de bajada desde el puerto del Muradal se había transformado a ojos de la mayoría en un ángel del cielo, enviado por el Altísimo a socorrer a sus hijos, y todos se hacían lenguas de la captura del pendón almohade, un paño de gran tamaño bordado en tonos rojizos, símbolo del califa vencido, huido y humillado por esa fuga. Nadie daba razón, empero, del emplazamiento de dicho trofeo, que Alonso no recordaba haber visto.

Ni el noble toledano ni el miliciano de Ávila habían presenciado tales acontecimientos, aunque estaban dispuestos a creer en su veracidad. Sobre todo en lo referente al cabrero, a quien también ellos atribuían sin lugar a dudas una naturaleza sobrenatural. Exagerar ligeramente las cifras de sarracenos derrotados no era más que repetir lo que siempre se había hecho, pues era el modo de conseguir que el pueblo llegara a entender la magnitud del triunfo alcanzado. Lo que les costaba aceptar era el relato que hacían correr el rey don Sancho y sus caballeros, en el cual se atribuían en exclusiva la conquista del palenque. Eso atentaba frontalmente contra su honor.

—En caso de que lo hicieran —apuntó don Alonso—, lo cual es mucho decir, sería porque se lanzaron al asalto de la tienda de al-Nasir mientras los concejiles que luchaban en su flanco izquierdo contenían a los jinetes pesados almohades y andalusíes que aún resistían a nuestro empuje.

—Fuera como fuese, la batalla ya estaba para entonces decantada —sentenció el anfitrión—. No seré yo quien reste mérito a los que expusieron el pecho a las terribles picas que empuñaban los esclavos del califa en ese último empuje, pero lo más difícil había sido llegar hasta allí.

—Decís bien, amigo. Y lo hicimos todos juntos. Si al final fueron los navarros quienes rompieron las cadenas que protegían la tienda del Miramamolín, bien está que las conservaran como ofrenda a la santa Virgen.

En ese punto Beltrán, que había crecido alimentado por los recuerdos de esa batalla, soñando con emular la gesta de sus protagonistas, preguntó a su padre:

—¿Es cierto que los guardias negros estaban enterrados hasta las rodillas para impedirles huir?

—No lo sé, hijo, aunque lo dudo. Nadie puede luchar de esa guisa y esos guerreros enormes, temibles solo por su aspecto, eran la última defensa del califa.

—Otros afirman que las cadenas de las que hablábamos no rodeaban el palenque, sino que ataban entre sí a esos esclavos a la altura de las rodillas —terció don Alonso, satisfecho de exhibir sus conocimientos.

—A ti no hizo falta enterrarte o atarte —intervino Fadrique, ya muy borracho, dirigiéndose a su hermano—. Demostraste ser un inútil tanto a pie como a caballo.

—¡Fadrique! —lo fulminó su madre levantando la voz—. ¿Cuántas veces debo repetírtelo? Esa soberbia acabará matándote, como mató al rey don Alfonso. Dios castigó su vanidad.

Esa afirmación impía era más de lo que don Pedro estaba dispuesto a soportar. Le parecía una blasfemia proferir semejante juicio temerario, y aún más que lo hiciera su esposa. Pocas veces le había pesado tanto no poder ponerse en pie para encararse con ella desde una posición ventajosa. Aun así, endureció el tono, habitualmente tranquilo, alzó el mentón orgulloso, que una poblada barba blanca revestía de dignidad, y levantó la mano derecha, con el puño cerrado y el índice apuntando al cielo, antes de propinar a Catalina la más dura reprimenda de sus largos años de matrimonio:

—¿Cómo os atrevéis a hablar de castigo? ¿Qué sabréis vos de los designios divinos? Cuando nuestro soberano fue llamado a comparecer ante su Creador, cumplidos cincuenta y ocho años de vida fecunda, rindió el alma un gran guerrero, agotado de tanto luchar. Toda su vida en cabalgadas, cercos, sitios y batallas, sin desfallecer jamás…

La dama, sus hijos, el caballero de Ávila, un extraño después de todo pese a sus visitas frecuentes, e incluso Umar, la sombra de su señor, jamás habían asistido a una escena semejante. Don Pedro parecía fuera de sí, hasta el extremo de faltar a la cortesía debida a su mujer en público. Ella había tocado un punto prohibido. El único capaz de sacar de sus casillas a un hombre tan templado como el noble toledano, quien todavía no había terminado de desgranar su panegírico.

—Ni Alarcos lo doblegó ni las Navas le permitieron envainar definitivamente la espada. No tuvo un día de sosiego. Fue sin lugar a dudas el mayor soldado de Cristo y falleció sabiendo que sus descendientes habrían de seguir peleando para completar su obra.

Dicho lo cual hizo un gesto al cautivo, quien se apresuró a responder a su llamada silenciosa para tomarlo en sus brazos y conducirlo a su alcoba.

* * *

La velada había concluido de la peor manera posible.

Sin decir palabra, doña Catalina siguió los pasos de Umar, aunque esa noche y las siguientes evitaría compartir el lecho con su esposo, ofendida en lo más hondo por su modo de tratarla. El invitado se retiró a continuación hacia el camastro que le habían preparado en un rincón de la estancia, tras dar las buenas noches sin saber muy bien a quién. Fadrique se sirvió otra copa de vino, acaso para olvidar lo que acababa de ver, y en cuanto a Beltrán…

Si hubiera debido señalar el momento exacto en que decidió dar un vuelco a su destino, habría escogido aquel. Porque fue esa noche, esa enésima burla de su hermano, la condescendencia de su madre, la infinita admiración de su padre hacia ese monarca guerrero, ducho en el combate e incansable en la conquista, el heroísmo de don Alonso, a quien consideraba un pariente cercano y querido, lo que impulsó definitivamente su determinación de partir.

Si dentro de aquellos muros nadie confiaba en él, tendría que buscar fuera de ellos la manera de ganarse el respeto que se le negaba.



12

Elogio de la clerecía

En la tenencia familiar de Cazorla.
Verano del año 1321 de Nuestro Señor

Don Pedro se despertó antes del alba, con el propósito de salir de caza junto a su inseparable Umar y su buen amigo Alonso. Ese era uno de los pocos placeres que conservaba pese a su herida de guerra, porque manejaba con destreza la ballesta desde lo alto de su yegua mansa, entrenada para llevarlo a cuestas evitando sobresaltos.

Utilizaba para montar una silla de borrenes altos, muy parecida a la que había empleado en la batalla, a la que se habían añadido unos correajes especiales destinados a sujetarle firmemente las piernas. Junto a él cabalgaban su cautivo y el abulense, atentos a cualquier imprevisto. Llevaban en las alforjas pan, alguna sobra de la

víspera, queso, tocino y vino abundante, porque planeaban regresar tarde o tal vez hacer noche en el monte.

El día había amanecido claro e inusualmente fresco para la época, como invitándolos a adentrarse en alguno de los tortuosos senderos trazados por los apicultores en las faldas de aquellas escarpaduras o seguir una trocha abierta por una piara de jabalíes entre zarzas y pinares. Tampoco desdeñarían perseguir a algún venado si los perros daban con su rastro. En esa estación la caza era abundante, además de indispensable en aras de acumular carne con vistas al duro invierno. La jornada prometía y el señor estaba decidido a disfrutarla, sin mostrar la menor prisa por regresar a casa para enfrentarse a los reproches de su esposa.

Doña Catalina había descansado poco y mal. La discusión de la víspera la había dejado tremendamente turbada, hasta el punto de desencajarle unas facciones habitualmente serenas, hermosas e impregnadas de dulzura. Dos surcos tan profundos como su preocupación hendían su frente sobre la nariz delicada. Sus ojos, color avellana, estaban enrojecidos por el llanto y la falta de sueño. La piel presentaba un tono amarillento y había perdido el brillo. Parecía haber envejecido de golpe a consecuencia de los disgustos. Se alegraba de no tener que soportar la presencia de su marido. En ese momento toda su preocupación estaba centrada en ese hijo tan vulnerable al que debía encauzar en la senda correcta, costara lo que costase.

Abajo, en la estancia dispuesta para albergar a los escasos hombres de armas al servicio de la familia, Fadrique dormía la borrachera con ronquidos estruendosos, García se preparaba para comenzar sus tareas cotidianas y Beltrán daba vueltas en el

camastro sin hallar reposo cuando un viejo sirviente vino a anunciarle que su madre lo mandaba llamar.

* * *

Catalina aguardaba a su hijo ya arreglada con la elegancia habitual, exenta de cualquier lujo. Sus medios no le permitían renovar el vestuario de su ajuar, un tanto ajado por el paso de los años, que conservaba, eso sí, la suficiente prestancia como para vestir con decoro a una dama de su condición. No en vano había sido cosido por las alfayates de la reina Berenguela utilizando los mejores tejidos disponibles en Castilla, lo cual era mucho decir.

Sus briales y su ropa interior estaban confeccionados con lana de excelente calidad, pieles bien curtidas, brocado elaborado por los más reputados tejedores del reino, terciopelo resistente sin por ello perder suavidad y batista de lino. Las prendas, primorosamente guardadas en dos arcones de roble tallado, habían conocido días mejores, aunque seguían cumpliendo su cometido sin desmerecer el porte señorial de su propietaria.

—¿Queríais verme, madre? —inquirió Beltrán, ojeroso, descalzo y apenas cubierto con una gonela bastante sucia, endosada a todo correr sobre la camisa corta.

—Vamos a desayunar y después voy a curarte —respondió ella, cariñosa, regalándole su mejor sonrisa—. Ven a sentarte a mi lado.

Sobre la mesa, donde la víspera se había dispuesto un banquete, descansaban dos cuencos de gachas, un cesto de pan, otro de uvas pasas y unos lienzos limpios. También un barreño de agua clara, así como un pequeño recipiente de cristal lleno de una pomada

pardusca elaborada por el barbero local a base de manteca, raíces y hierbas.

Comieron en silencio, sin demasiado apetito. Acto seguido, ella retiró el vendaje del brazo de su hijo para constatar que la herida estaba prácticamente cerrada, aunque había dejado una fea cicatriz blanquecina que iba desde el codo hasta la muñeca. Tras lavarla, cubrirla de ungüento y volver a taparla con tiras de tela inmaculada, abordó de forma indirecta la cuestión que le quemaba en los labios.

—Ese percance va a dejarte secuelas, Beltrán. No sé si podrás volver a empuñar una espada.

—¡Por supuesto que podré! —repuso él airado—. Peor era lo de la cabeza y ya veis que ha sanado bien.

—Hijo, escúchame sin alterarte, te lo ruego. ¿Has considerado hacer carrera en la Iglesia? Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que ese es el camino que te tiene reservado el Señor.

El muchacho recibió esas palabras como una puñalada a traición. La demostración de que también ella lo consideraba un fracasado, incapaz de acercarse siquiera a los logros alcanzados por su padre, cuyo honor estaba intacto porque había demostrado su coraje en el campo de batalla, pese a quedar tullido en el lance. Su hermano iba tras sus pasos y demostraba ser un gran soldado, llamado a ser armado caballero muy pronto. ¿Qué salida quedaba para él? Unirse al clero y profesar votos. A eso intentaba empujarle su madre. La rabia le encendió las mejillas y a punto estuvo de hacerle gritar, aunque se contuvo a duras penas.

—No —se limitó a responder, con gesto de chiquillo testarudo.

—Ser clérigo te granjearía respeto y prestigio, además de riqueza. —Ella no pensaba darse por vencida tan fácilmente—. La Iglesia

posee tierras fértiles, cobra diezmos y primicias, recibe cuantiosas donaciones, goza del favor real…

—He dicho que no —se cerró en banda él, rozando la impertinencia.

—Te he pedido que me escuches y me escucharás —subió el tono ella a fin de mostrar su autoridad—. La carrera eclesiástica te brindaría educación, cultura, influencia…, todo lo que nosotros no podemos darte. Serías más poderoso que los magnates a quienes aconsejaras. Eres despierto, inteligente. Podrías llegar a donde te propusieras.

—Mi vocación no es esa, madre. Yo nací para ser guerrero. No deseo bienes ni poder, sino honra. Es lo único que he deseado siempre.

—No hay mayor honra que servir a Dios. ¿Es que no lo ves? Consagrarte a Él no solo redundaría en tu beneficio, sino en el de toda la familia. Nos elevaría por encima de muchas otras.

—Beneficio, riqueza, rentas… Nada de eso me interesa. Nunca me ha preocupado.

—El afán de riqueza no es vergonzante, hijo. ¿Qué otra cosa buscan los soldados al pensar en el botín? La gloria no lleva pan a la mesa. Los sueños no compran caballos.

Aquel era un golpe bajo que el chico acusó callando mientras trataba de hallar el modo de expresar lo que quería decir. ¿A qué obedecía esa dificultad para hacerse entender? Por si no bastara con esa zurdera que entorpecía sus movimientos hasta el punto de justificar las burlas despiadadas de su hermano, también su mente parecía regirse por reglas distintas a las de los demás. Eso al menos sentía él, al ver cómo sus argumentos se estrellaban contra el muro

de pragmatismo levantado por su madre, ciega y sorda a sus razones.

—No se trata de la riqueza —alegó—, sino de la forma de conseguirla. Yo quiero ganar y poblar con la espada. Por algo nací hijodalgo.

—Tal vez no puedas, Beltrán —confesó finalmente Catalina su inquietud y su pena—. Tal vez esa aspiración esté fuera de tu alcance.

De nuevo esas palabras se clavaron en Beltrán causándole un dolor profundo. Cuando estaba con ella siempre había notado en su forma de tratarlo esa condescendencia humillante, pero era la primera vez que se la manifestaba abiertamente. Y odió a su madre por ello.

—Veo que tampoco vos confiáis en mí —la desafió sin arredrarse —. No me sorprende. Ahora tengo la certeza de estar solo.

Lo había dicho con el propósito de herir y su dardo alcanzó de lleno a Catalina, quien trató de recular.

—Claro que confío, Beltrán. Te veo alcanzar la mitra a poco que te lo propongas. Únicamente digo que tus talentos serían mejor aprovechados en la Iglesia, donde destacan los hombres astutos como tú. Allí sabrían domar esos arranques de furia que padeces y sacar el mayor provecho de tu inteligencia.

—Si se trata de domar la furia, ¿por qué no proponéis esto mismo a Fadrique?

De nuevo se revolvía como un animal herido, ofendido en lo más hondo por la pretensión de su madre.

—Él no es como tú. Tiene otras cualidades, otros talentos, otras carencias. —Era evidente que no quería concretar a qué se refería—.

En todo caso, por injusto que te parezca, será tu hermano quien herede nuestras propiedades y tú no tendrás nada. Es lo que he estado intentando transmitirte. Debes pensar en tu futuro.

—¿Ni siquiera la parte del alma? —inquirió él incrédulo—. ¿Padre piensa dejarme totalmente desamparado?

El hijo menor de don Pedro sabía que el dominio familiar pasaría a manos del primogénito, pese a lo cual esa revelación lo dejó helado. Sin ser rico, su padre poseía algunas cosas de gran valor, joyas y plata, sobre todo, procedentes del cuantioso botín obtenido en las Navas. ¿Qué motivos le había dado él para desheredarle? ¿A qué obedecía esa decisión?

—El quinto de la herencia que habría podido corresponderte será donada a la Iglesia por la remisión de sus pecados. Así me lo anunció hace poco. Eso intentaba decirte al hablarte de la riqueza que podrías alcanzar optando por la clerecía. Eres todavía joven y soltero. No es demasiado tarde, aunque no podemos perder el tiempo.

—También se obtiene riqueza combatiendo. —El disgusto inicial había dado paso a una determinación redoblada—. Es la única forma honorable de lograrla.

—Te equivocas, hijo. La Iglesia acumula un gran patrimonio en tierras, rentas y otros bienes, sin derramar una gota de sangre. Su ejército intercede por nosotros ante Dios con sus oraciones y nosotros, a cambio, garantizamos su bienestar. ¿Qué hay de deshonroso en ello?

Beltrán hizo caso omiso de esa respuesta. No cuestionaba la fe de su madre, en la que había sido educado, y cumplía con los preceptos establecidos. Habría dado su vida por Cristo luchando contra los

infieles. Pero de ahí a tonsurarse o pronunciar votos distaba un largo trecho. A sus ojos, todo varón reacio a empuñar una espada era un ser despreciable, ya fuera sacerdote, monje, comerciante, campesino, siervo de la gleba o por supuesto judío, el eslabón más bajo de esa cadena vil.

—El rey Fernando está expulsando a los moros de las plazas reconquistadas y hay mucha tierra por repoblar —afirmó, rotundo, no tanto dirigiéndose a ella cuanto tratando de convencerse a sí mismo—. Sabré ganarme una tenencia o moriré en el empeño.

—¡No digas eso! —Catalina se llevó las manos a la cara en un gesto instintivo de protección—. Estuve a punto de perder a un marido en la guerra. ¿No basta con ese sacrificio? ¿He de perderte también a ti?

Se le había quebrado la voz, pero Beltrán estaba demasiado enfadado, demasiado sumido en su propio dolor como para apiadarse del sufrimiento reflejado en esas lágrimas. Solo le quedaba su orgullo y a él se aferraba, como el soldado atacado a su escudo.

—Tal vez no me defienda este brazo, madre —levantó el miembro recién vendado—, pero me defiende mi vergüenza. La que me convertirá en caballero, con vuestra bendición o sin ella.

Aun duró un rato más la conversación, pese a estar abocada al fracaso desde el principio. Era un diálogo de sordos.

Con la perspectiva que le daban sus más de cuatro décadas de vida, Catalina pensaba en el largo plazo e imaginaba a su hijo imitando las hazañas de don Rodrigo Jiménez de Rada, a quien profesaba auténtica devoción. Hasta llegó a invocar su nombre, junto con el de otros mitrados, destacando su papel determinante en

la batalla de las Navas de Tolosa a los flancos del rey castellano. Fue en vano.

Beltrán no quería esperar tanto. A los dieciséis años sentía que el tiempo transcurría con una lentitud exasperante, como si arrastrara los pies, y aquello le resultaba frustrante hasta lo insufrible. Él estaba impaciente por demostrar su valía. Tenía prisa por comerse el mundo. No se veía celebrando misas ni mucho menos tomando los hábitos y encerrándose en un monasterio. Sus inclinaciones eran muy distintas. Opuestas. De ahí que aprovechara el último intento de su madre por llevarle a su terreno para dar la vuelta al argumento y tratar de convertirla en su cómplice.

—Tu padre podría hablar de ti al obispo, y yo a la reina, mi señora, o incluso al rey don Fernando —acababa de sugerir ella—. Lo tuve en mis brazos el día de su nacimiento.

Catalina se refería a impulsar su ascenso rápido en la carrera eclesiástica, aunque él vio de pronto el cielo abierto:

—¿Pediríais a doña Berenguela que intercediera por mí?

—Si tú quisieras…

—¿Para entrar en la mesnada real y llegar a ser caballero?

En ese momento sonaron los pasos de Fadrique, semejantes al galope de un percherón, subiendo de dos en dos los peldaños de la angosta escalera de caracol que comunicaba la planta baja de la fortaleza con la zona noble situada en el primer piso, donde tenía lugar la charla entre la dueña y Beltrán.

—¿He oído bien, madre? —rugió su voz resacosa en tono triunfal —. Ser armado caballero por el soberano, bajo los auspicios de la reina, nada menos… Ya era hora de que hicierais valer vuestra influencia en la corte.



13

Berenguela, reina y madre

En Burgos.
Año 1196 de Nuestro Señor

Once años tenía Catalina cuando entró al servicio de la infanta Berenguela, quien a la sazón contaba dieciséis y residía en Burgos junto a su madre, Leonor de Plantagenet. En toda Castilla resonaban con fuerza los ecos de la terrible derrota sufrida por el rey en Alarcos a manos de los almohades y se dejaba sentir el miedo a las aceifas de los sarracenos, crecidos en su moral a raíz de esa afrenta infligida a los cristianos. También se hablaba en voz baja de la ofensa cometida por el soberano contra Dios al enamorarse de una judía llamada Raquel, a quien el vulgo culpaba de haberlo hechizado con sus encantos hasta inducirlo a pecar y enemistarlo con el Altísimo, arrastrándolos a todos en el feroz castigo impuesto como penitencia por ese pecado.

La esposa legítima del monarca apenas tenía trato con él, pues eran de dominio público sus profundas desavenencias. De ahí que viviesen separados. El principal nexo de unión entre ambos era Berenguela, hija única y heredera al trono hasta el nacimiento de su hermano, Enrique, acaecido tiempo después, en 1204, coincidiendo prácticamente con el momento de su partida a León tras celebrarse su boda con el soberano de aquellas tierras.

Durante largos años, antes y después de esa fecha, ella fue la mensajera encargada de llevar recados entre sus padres, suavizar en lo posible las consecuencias de sus disputas, escuchar los reproches que se hacían el uno al otro e intentar que esas diferencias afectaran lo menos posible al buen gobierno del reino.

Esta tarea extenuante marcó su juventud, dejando en ella cicatrices muy profundas. Tantas y tan hondas que, llegado el tiempo de educar a su propio heredero, puso el mayor empeño en apartarlo de las malas mujeres, asegurándose de buscarle esposas adecuadas, acordes a sus gustos y necesidades. Se había pasado la infancia oyendo hablar de los estragos que causa la tentación carnal en la virtud de los hombres, pues era un tema de conversación recurrente en las charlas mantenidas entre su madre, la reina Leonor, y sus damas. ¿Cómo no iba a llevar en el alma las huellas de esa obsesión?

Siendo muy niña, las maniobras de su abuela materna hicieron que Berenguela fuera prometida en matrimonio con un príncipe alemán, aunque los vaivenes de la política acabaron frustrando el enlace. Cuando Catalina fue conducida a su presencia permanecía por tanto soltera y era, a buen seguro, la mano más apetecida de la España que rezaba a Cristo. Una prenda codiciada por cualquier

corte europea, aunque el grave revés militar sufrido por Alfonso VIII hubiese mermado el valor que tenía antes de Alarcos.

En aquel entonces se rumoreaba que su padre pensaba en ella como prenda de paz destinada a zanjar sus disputas con el reino de León, tan enconadas que habían llegado al extremo de provocar alianzas entre ambos reyes cristianos y los infieles africanos. Claro que la jovencísima Catalina carecía aún de los conocimientos necesarios para comprender esas intrigas. Educada para comportarse como una digna representante de la nobleza castellana, bordaba, cosía, sonreía, leía, escuchaba hablar a las personas mayores y, cuando era requerida para ello, entonaba alguna de las canciones aprendidas de su abuela navarra, que interpretaba con gracia y una voz angelical.

Ese gran talento musical, unido al parentesco de su familia con una de las acompañantes de la reina, eran las razones que explicaban su presencia precoz en ese círculo exclusivo de mujeres poderosas al que no resultaba sencillo acceder. Pese a su corta edad, cantaba admirablemente acompañándose de un salterio, cualidad que había conquistado el corazón de la soberana, doña Leonor, gran amante de juglares y juglaresas, como lo había sido su madre, la duquesa de Aquitania.

Quedaba tan lejano aquel tiempo… Hacía tanto que Catalina no tañía su instrumento, ni lo acompasaba a su voz, que se le habían olvidado la mayoría de las canciones del repertorio merced al cual se había abierto camino en el palacio burgalés. En su hogar actual, ubicado en plena sierra de Cazorla, el salterio le parecía algo tan fuera de lugar como la trova. Allí solo cantaban las aves, las cigarras y los frailes sus letanías. Los hombres de su vida preferían el sonido

del acero a cualquier otro y, poco a poco, habían ido apartándola de esa pasión infantil, considerada afeminada y molesta. La música se había perdido, pero los recuerdos perduraban en un lugar abrigado de su corazón, al igual que el afecto y la admiración que profesaba a doña Berenguela.

* * *

A finales del año 1197 de Nuestro Señor, se confirmaron las habladurías y la infanta castellana marchó a León para casarse con Alfonso IX, soberano de dicho reino. Ambos eran primos en tercer grado, bisnieto y tataranieta de la reina Urraca Alfónsez y descendientes directos, por tanto, de Alfonso el Emperador, pese a lo cual contrajeron matrimonio sin solicitar ni obtener la perentoria dispensa previa indispensable para validar su enlace ante los ojos de la Iglesia.

—Esta boda traerá desgracias —profetizó una vieja sirvienta de palacio que presumía de poseer dotes adivinatorias—. Sobre todo a la novia.

Catalina se tapó los oídos para no darse por enterada, pues se sabía abocada a marchar junto a su señora camino de su nueva patria. ¿Con qué fin amargarse el viaje pensando en augurios sombríos?

León acogió a su reina con los brazos abiertos, al igual que hizo su esposo. Él ya había estado desposado una vez, con Teresa de Portugal, de quien tenía dos hijas. Disuelto el matrimonio a instancias del papado, encontró en su segunda mujer no solo a una compañera leal y una soberana digna de enseñorear a sus súbditos,

sino al amor de su vida. Lo mismo le sucedió a ella. Fue conocerse y quererse, como si el cielo decidiese compensarla con ese marido fiel por todos los sinsabores sufridos al tener que mediar en las discordias entre sus padres.

Berenguela y Alfonso tuvieron la dicha de compartir mucho más que la corona. Se amaron tanto en el trono como lo hicieron en el lecho y tuvieron cinco vástagos, de los cuales vivieron cuatro. Si Roma no hubiese anulado su unión alegando consanguinidad, pese a las súplicas y alegaciones formuladas por los dos cónyuges, a buen seguro habrían engendrado una prole más numerosa, pues Catalina era testigo de cuánto disfrutaban haciéndolo. Lo expresaban ruidosamente cada vez que holgaban juntos.

Cuando nació el primogénito de los chicos, Fernando, en el verano de 1201, la dama acompañaba a su señora en uno de los múltiples desplazamientos que la llevaban a recorrer sus dominios. De ahí que el alumbramiento sorprendiese al séquito real en pleno campo, en un paraje desértico no muy lejano a Zamora.

—Manda detener el carruaje, Catalina —ordenó la soberana—. Estoy de parto.

A la muchacha le pareció que se le paraba el corazón.

—¿No será mejor seguir hasta llegar a una aldea donde dispongan de partera?

—Es mi tercer alumbramiento —replicó doña Berenguela, en tono severo, con el rostro contraído por el dolor—. Te digo que ya viene. Ayúdame a salir de aquí.

Estaban en un descampado carente incluso de sombra, por lo que fue preciso tender a la soberana sobre un manto dispuesto a ras de

suelo y ordenar a los hombres de la escolta que se alejasen a una distancia prudencial a fin de proporcionarle algo de intimidad.

Hacía un calor de justicia, pues el sol caía a plomo, pese a lo cual no salió una queja de su boca. Se limitó a pedir agua, morderse los labios y aguantar los gritos, hasta que vio asomar de entre sus piernas la cabecita de una criatura que enseguida empezó a llorar.

—¡Es un varón! —exclamó Catalina, entusiasmada de poder hacer ese anuncio y todavía incrédula ante la belleza salvaje del acontecimiento que acababa de presenciar—. ¿Qué hago con él?

—Dámelo.

Había otras dos damas más asistiendo al azaroso nacimiento, que se resolvió felizmente gracias a la ayuda de Dios. Nadie lo dudó un instante. Con tantas mujeres como morían en ese penoso trance, la mayoría de las veces muy jóvenes, resultaba casi milagroso que la reina lo hubiese superado con tanta facilidad, hasta el extremo de instruir ella misma a sus acompañantes sobre el modo de cortar el cordón, asegurarse de extraer toda la placenta y fajar al recién nacido, para lo cual utilizaron el velo más limpio de cuantos portaban.

—Vas a hacer grandes cosas —musitó su madre al abrazar al niño, henchida de cariño y de gratitud al Señor—. Grandes cosas. ¿Me oyes? Y yo las haré contigo.

Ese mismo día los lugareños empezaron a llamarlo el Montesino.

* * *

Aún disfrutaron los monarcas leoneses de otros tres años juntos, pese a estar excomulgados, antes de que Inocencio III disolviera

irrevocablemente su unión y los amenazara con extender el anatema al reino de Castilla y a su soberano, Alfonso VIII, si no cesaba su convivencia, declarada pecaminosa. A título de compensación otorgó legitimidad a sus hijos, tal vez por temer que, de no hacerlo, habría sido desobedecido.

El pueblo no comprendía que se rompiera por la fuerza un matrimonio tan bien avenido y las malas lenguas murmuraban que la sangre era lo de menos. Se hablaba de intereses espurios por parte del Pontífice, aunque nadie supiese dar razón de cuáles eran exactamente esos motivos. Los juglares cantaron la desdicha de los esposos obligados a separarse en contra de sus sentimientos, arrancando suspiros a su público. Hasta la propia Catalina compuso un romance melancólico dedicado a su señora, quien lloró lágrimas amargas cuando hubo de partir de León para regresar a Castilla, llevándose con ella a sus cuatro hijos pequeños.

Por aquel entonces, año 1104 del Señor, la joven dama Catalina estaba a punto de contraer nupcias con el marido que le habían escogido sus padres; un muchacho de buena familia afincado en las Asturias de Oviedo, cuya posición y fortuna se consideraban apropiados. Las condiciones del matrimonio habían sido acordadas tras una larga negociación, que se truncó al fallecer el novio repentinamente a consecuencia de una fiebres. De modo que Catalina quedó viuda antes de casarse, a punto de cumplir veinte años, edad ya de por sí tardía para abandonar la soltería. Puesta a quedarse para vestir santos, mejor hacerlo al servicio de una reina como Berenguela, por quien sentía una admiración creciente a medida que pasaban los años y se fortalecía el vínculo de confianza existente entre ellas.

Instalada en casa de su padre, en Burgos, la hija de Alfonso VIII dedicaba sus días a cuidar de sus pequeños y aprender de él los secretos del gobierno. En ausencia de hermanos varones se preparaba para sucederle en el trono, tarea para la cual la enseñanza más provechosa era sin lugar a dudas el ejemplo del monarca guerrero.

—Seréis una gran soberana —le dijo un día Catalina, no por adularla, sino convencida de que así sería.

—Le pido a Dios que aleje de mí ese cáliz —respondió al punto la infanta con total sinceridad.

—¿Cáliz? Es un inmenso honor ceñir la corona de Castilla.

—Un honor que no deseo, Catalina. Soy conocedora de lo que hubo de soportar la primera mujer que alcanzó esa condición: mi tatarabuela, Urraca Alfónsez, reina de León y emperatriz de España, durante los diecisiete años de un reinado que debieron de hacérsele eternos.

—Podría haber renunciado al trono —rebatió la dama, que también había oído hablar de esa reina castigada a cargar con el apodo de la Temeraria—. Cedérselo a su esposo o a su hijo. Si optó por ejercer su derecho sería porque lo deseaba.

—O por sentido del deber. ¿Quién sabe? A menudo he pensado en el alto precio que pagó por atreverse a empuñar las riendas de un destino envenenado. Las crónicas que he leído son implacables con ella.

—Si eso es lo que os preocupa, mi señora, tiene fácil arreglo —replicó Catalina, quien para entonces ya era ducha en el arte de intrigar—. Aseguraos de escoger vos a los cronistas encargados de

narrar vuestros hechos y cercioraos de supervisar directamente su trabajo.

—Y de pagarles generosamente…

—¡Exacto! Un cronista agradecido siempre es un admirador devoto.

—Confío en que no sea preciso recurrir a esa artimaña, aunque no te negaré que entra en mis planes mandar compilar una historia del reinado de mi padre.

—Le haréis con ello un gran servicio.

—Ese es el propósito que me mueve. Lo que no se conserva en papel o pergamino, no existe. Los libros son la memoria de los pueblos. El puente entre generaciones. Por eso es posible que también yo desempeñe algún papel en ese relato.

—Lo tenéis por derecho propio, señora. No solo sois su hija, sino su consejera. A todos nos consta en cuanta estima tiene él vuestra opinión.

—Mi deber es ayudarle en cuanto pueda. Son muchas sus preocupaciones y las amenazas a las que se enfrenta a menudo solo.

—Quiera Dios concederle una larga vida que os permita a vos gozar de los placeres que, según dicen, trae consigo la maternidad.

La forma en que había hecho ese último comentario, su tono afligido, puso en alerta a doña Berenguela, quien la tomó de la mano con ternura al preguntar:

—¿Echas tú de menos tener hijos?

—Cada día, mi señora. A pesar de lo mucho que os amo, llevo esa pena clavada en el corazón.

—Pues le pondremos remedio, mi querida Catalina. Te doy mi palabra de que encontraremos un marido digno de ti.

* * *

La reina cumplió su promesa, aunque la cosa llevó su tiempo. La educación de los príncipes, en especial Fernando, llenaba todos las horas que le dejaba libres el gobierno de Castilla, en el que ella se implicaba a fondo, con el beneplácito del soberano, hasta el extremo de tomar decisiones determinantes cuando este se encontraba guerreando contra moros o cristianos, lo que ocurría a menudo. Esa circunstancia dio pie a que también Catalina estableciera una estrecha relación con el pequeño Montesino, a quien había tenido en sus brazos el día de su nacimiento.

Tres años tenía el príncipe cuando abandonó la corte leonesa para trasladarse con su madre a la de Castilla, donde se criaría hasta cumplir los dieciséis. A dicha edad marcharía de regreso a León junto a su padre, el rey. Ese era el tiempo concedido a doña Berenguela para inculcar en su hijo los valores que a su juicio resultaban necesarios para desarrollar la gigantesca tarea que tenía ante sí. La humildad, el honor y el coraje indispensables en aras de gobernar el reino en paz y justicia.

Ella no lo desaprovechó.

Catalina recordaba esa época con añoranza, evocando paseos, lecturas, música y juegos con los infantes en las estancias que ocupaban en el castillo burgalés, de donde salían poco en invierno por temor a enfermar a causa del frío. Una plácida felicidad que se

mantuvo e incluso fue a más tras el nacimiento de un varón llamado a desplazar a doña Berenguela del trono.

Cuando la reina Leonor quedó nuevamente encinta, siendo abuela de cuatro nietos y madre de una mujer que había alcanzado el cuarto de siglo, rebrotó la esperanza en la corte. De todos era conocido que don Alfonso deseaba ardientemente tener por sucesor a un hijo capaz de emular sus hazañas guerreras, aunque después de nueve partos su legítima esposa solo había conseguido darle hembras o niños que vivieron poco. De ahí la alegría con la que fue recibido el infante don Enrique, por cuyo feliz venida al mundo fueron celebrados grandes fastos.

—El Señor ha escuchado mis ruegos —confesó tiempo después Berenguela a Catalina—. Mi hermano gobernará algún día en Castilla y mi hijo lo hará en León, quiera Dios que en armonía.

—Sigo pensando que vos habríais sido una gran reina —repuso la dama, decepcionada por ese inesperado giro del destino.

—Pues yo celebro que el Altísimo haya dispuesto otra cosa. En calidad de madre y hermana mayor podré tratar de guiar sus pasos, pero ellos serán quienes decidan a dónde quieren encaminarse.

—¿Y quién dice que su criterio será más acertado que el vuestro?

—La historia, la tradición, las penurias que hubo de sufrir mi pobre tatarabuela, la guerra secular contra el moro que obliga a que los reyes cristianos vivan aferrados a la espada.

—¿Acaso no se equivocan los hombres? —Catalina pensaba en Alarcos, aunque no se atrevió a mencionarlo.

—Claro que sí. Pero el juicio del pueblo siempre es más indulgente con ellos que con nosotras. Además, hazme caso; resulta mucho

más grato alumbrar vida que esparcir muerte en el campo de batalla. Lo cual me lleva a la cuestión de tus esponsales…

La cuestión se resumía en que no había sido posible hallar a un candidato adecuado y aún habría de transcurrir otro lustro hasta que al fin apareció.

* * *

Ya se había resignado Catalina a languidecer soltera junto a la reina apartada por la fuerza del marido al que siempre amaría y del poder que durante años había acariciado y temido cuando esta le comunicó, por sorpresa, que un mesnadero de su padre consideraba un alto honor desposarla.

—Se llama Pedro López —anunció, satisfecha de poder cumplir la promesa formulada tanto tiempo atrás—. Procede de una familia noble, desplazada de sus dominios tras las últimas acometidas de los africanos y carente por ello de fortuna.

—¿Es mucho mayor que yo? —inquirió la dama, aterrada, pues era consciente de que a su edad, más cercana a la vejez que a la lozanía, sus opciones eran limitadas.

—No. Según me han dicho, veintiséis años. Un caballero apuesto y gentil. En cuanto a la ausencia de recursos, tendrás una buena dote.

—¿Dónde está la trampa?

Doña Berenguela rio con ganas esa pregunta espontánea, pues comprendía los recelos de Catalina. Ambas tenían suficiente inteligencia y conocimiento de la realidad como para sospechar gato encerrado ante un arreglo tan ventajoso.

—No hay tal. Simplemente ha aparecido en el momento oportuno. ¿Acaso no confías en la misericordia divina?

La verdad descarnada era que había dejado de confiar, no en la bondad de Dios, sino en sus propios méritos. Era la fe en sus capacidades la que fallaba, hasta el extremo de culparse a sí misma de su fracaso en el empeño de casarse y tener hijos. De ahí que, antes incluso de contraer matrimonio y trasladarse a Cazorla, hubiese arrumbado el salterio a un arcón cerrado a cal y canto del que en raras ocasiones salía. El tiempo de la trova había quedado atrás. Ante ella se abría otra etapa repleta de interrogantes.

* * *

Durante los meses posteriores a su boda, Catalina residió en Toledo, en una pequeña casa situada cerca del alcázar que el rey cedió a su caballero a la espera de hallar para él un acomodo mejor. Don Alfonso pasaba allí la mayor parte del tiempo, pues ya rondaba en su cabeza la idea del desquite y empezaban los preparativos para la gran campaña que llevaría a su ejército hasta las Navas de Tolosa. La conquista del castillo de Salvatierra por parte de los almohades no hizo por tanto sino precipitar una decisión tomada.

Corría el año 1211 del Señor y la providencia había dispuesto que doña Berenguela y su dama siguieran viéndose con frecuencia.

Para entonces el infante don Fernando ya estaba en León, según lo acordado, y su madre, hija del rey castellano, paliaba el dolor de su ausencia ayudando a su padre en todo lo referente a la compleja intendencia necesaria para llevar a buen puerto la magna empresa que este se había propuesto al plantear su venganza contra el califa

al-Nasir. También empezaba a pergeñar los proyectos con los que ella misma pensaba trascender los siglos, que no solo pasaban por mandar redactar una crónica sobre el reinado de su progenitor y otros soberanos anteriores a él, sino que eran más ambiciosos. Su mente ya fantaseaba con ensalzar la obra de Dios erigiéndole una nueva catedral en Burgos, capital de Castilla, y otra en la ciudad del Tajo, su torre albarrana, merecedora de un templo digno de las gestas protagonizadas por sus gentes a lo largo de la historia.

Al partir las tropas cruzadas hacia lo desconocido, en el verano de 1212, las dos mujeres estrecharon todavía más sus lazos. Catalina se hallaba sola y embarazada en esa localidad fronteriza de costumbres bárbaras, brutal y a menudo hostil, sin parientes a los que acudir en busca de protección. Berenguela había quedado encargada de asegurar el gobierno del reino en ausencia del monarca, toda vez que su hermano, Enrique, contaba apenas ocho años de edad. Cuando sus múltiples tareas le brindaban un respiro, disfrutaba conversando con su antigua dama y compartiendo con ella el peso de la responsabilidad que la abrumaba.

A la tarea de gestionar los problemas del día a día se sumaba el desafío inherente a garantizar el suministro de cuantos bienes y pertrechos necesitaba el inmenso ejército que avanzaba hacia el sur, así como proveer de alimentos a la población toledana, cuyo número se había duplicado con la muchedumbre de allende los montes que los cruzados francos habían dejado atrás. Una carga de trabajo ingente, que ella afrontó sin vacilar. No en vano llevaba la sangre de Alfonso VIII de Castilla y Leonor de Plantagenet, hija de otra Leonor, grande entre las grandes damas, señora del poderoso ducado de Aquitania.

* * *

En esos meses terribles, de incertidumbre ante los peligros que se cernían sobre ellas, se tejió entre Catalina y doña Berenguela un vínculo muy especial. Una intimidad sagrada que la esposa de don Pedro siempre protegió y jamás habría aprovechado en beneficio de su familia, ni tampoco de sus intereses personales, por mucho que sus hijos le suplicaran hacerlo. Y ello no solo por lealtad a su reina y sentido del honor, que también, sino pensando en el bien de los chicos.

Fadrique, el mayor, sucedería algún día a su padre al frente de la tenencia, a los pies de la cual se extendía un inmenso valle todavía por conquistar. Su madre lo sabía capaz de ampliar su legado con la espada en busca de gloria y fortuna propias e intuía que, privado de ese propósito, echaría a perder su vida en pendencias que acabarían con él. No lo veía dedicado a otro quehacer distinto a la guerra. En cuanto al pequeño, el obstáculo era justo el contrario. Si seguía adelante con su proyecto descabellado de ser armado caballero, no tardaría en hacerse matar. Estaba segura de ello y no tenía intención alguna de contribuir a su muerte.

¡Qué difícil resultaba ser madre!, se decía a menudo Catalina, torturada por la preocupación.

A medida que los hijos crecían, los problemas se complicaban, sin que su implicación en ellos mermara lo más mínimo. Debería dejarlos volar, se repetía una y otra vez. Aceptar sus decisiones incluso si eran erróneas y los conducían a tropezar. ¿De qué otro modo aprenderían, si no era equivocándose? Esa era la opinión de su marido, quien veía en los chicos a dos hombres hechos y

derechos. Ella en cambio seguía experimentando emociones similares a las que le inspiraban cuando eran niños y sentía la necesidad de protegerlos y cuidarlos, aun a riesgo de enfrentarse a sus reproches, sumados a los de su esposo.

Otro precio más a pagar por haber nacido hembra.



14

Una encrucijada endiablada

En Cazorla.
Verano del año 1231 de Nuestro Señor

La irrupción ruidosa de su primogénito en la sala noble de la casa, donde Catalina mantenía una conversación con Beltrán, había desatado una catarata de recuerdos que la mantuvo como ausente durante unos instantes. No tardó en recuperarse, empero, para replicar con firmeza a las exigencias de sus hijos:

—Olvidaos los dos de la locura que ronda por vuestras cabezas. No pienso importunar a la reina con vuestras demandas insensatas. Bastante tiene la pobre con todo lo que lleva encima y lo que ha tenido que luchar para unificar el reino.

Fadrique miró a su madre, a su hermano y de nuevo a ella, con expresión desconcertada. Debió de atar cabos hasta llegar a una

conclusión inconcebible a su modo de ver, porque estalló en una sonora carcajada antes de contestar:

—No me digáis que lo que he oído al entrar sobre ser armado caballero se refería a este inútil —hablaba de Beltrán como si no estuviera presente.

—Se trata de tu hermano —replicó Catalina, más herida que enfadada—. Los dos sois iguales ante mis ojos y ante los de Dios también.

—Será porque el amor es ciego…

Fadrique jugaba abiertamente a la provocación, todavía rabioso por haber tenido que cargar con su hermano herido desde Jerez. Beltrán iba a batirse en retirada, decidido a eludir el enfrentamiento y llevar a cabo los planes concebidos la víspera, pero su madre lo detuvo, empleando un tono tierno para dirigirse a él.

—Quédate, hijo. Es tu hermano el que se marcha. Debe lavarse la boca antes de desayunar.

Cuando estuvieron solos, volvió a la carga.

—Escúchame bien, Beltrán. Doña Berenguela tiene incontables preocupaciones. Ahora mismo, sin ir más lejos, acaba de librar una batalla terrible con Teresa de Portugal, la primera esposa de su marido, por la sucesión en el trono de León. El rey había expresado en varias ocasiones su deseo de que, a su muerte, el reino fuese dividido entre sus dos hijas, lo que privaba de la corona a don Fernando.

—¡Qué disparate! —replicó el chico, ceñudo—. Fallecido Alfonso, el rey de León no podía ser otro que su único hijo varón.

—Te equivocas. La cosa no estaba en absoluto clara y la lucha entre esas dos mujeres ha sido a muerte, aunque incruenta. A las

madres no suele gustarnos que se derrame la sangre de nuestros hijos. Por eso, después de mucho negociar, se ha acordado en Benavente que gobierne el reino don Fernando, a cambio de generosas compensaciones económicas y territoriales para las hijas de doña Teresa, Sancha y Dulce, que lo superaban en edad y habían sido nombradas herederas por su padre, acogiéndose a los fueros y a la tradición leonesa.

—¿Dónde se ha visto que reine una mujer? —rebatió el chico con desprecio, teñido de incredulidad.

—Se ha visto precisamente aquí, en los reinos de León y de Castilla. Lo sabrías si dedicaras algo más de tiempo a instruirte y menos a embestir contra ese estafermo del patio que siempre acaba venciéndote.

El muchacho acusó el golpe guardando silencio, pues era consciente de que su madre atesoraba muchos más conocimientos históricos que él e incluso que don Pedro, gracias a su prolongada estancia en la corte.

—Hace ya más de un siglo —continuó diciendo ella—, ciñó la corona leonesa doña Urraca Alfónsez, quien defendió con bravura sus dominios durante diez y siete años, pues la legítima heredera de su padre, el rey Alfonso VI, era ella.

Catalina se abstuvo de entrar en detalles sobre quienes habían sido los principales adversarios de esa reina; a saber, su esposo, el monarca aragonés apodado Batallador, y los tutores de su hijo, Alfonso el Emperador, consciente de que esa revelación solo habría contribuido a incrementar la confusión de su vástago. Prefirió dejarle creer que su lucha la había enfrentado a los sarracenos, lo cual

tampoco era incierto. Si algo había tenido Urraca, conocida como la Temeraria, eran enemigos empeñados en expulsarla del trono.

Beltrán, por su parte, no daba su brazo a torcer.

—De eso hace mucho tiempo.

—Acerquémonos al presente entonces —contraatacó su madre, deseosa de apuntalar su argumento antes de abordar la cuestión a la que deseaba llegar—. Poco antes de tu nacimiento, estuvo a punto de ser coronada mi señora, doña Berenguela…

—Quien demostró ser mujer sensata renunciando en favor de su hijo —concluyó la frase él.

Era evidente que el chico se había criado entre soldados, desde su padre a su hermano, pasando por García, el escudero con quien pasaba las horas hasta el extremo de considerarlo su mejor amigo. A sus ojos el gobierno era inconcebible si no iba asociado a las armas y las armas eran cosa de hombres. Un territorio vedado a las hijas de Eva, incapaces de ejercerlo en razón de su naturaleza frágil, caprichosa y voluble. Tal era su visión del mundo.

—Es posible —concedió su madre, sabedora de que el choque frontal solo habría conseguido que su hijo se cerrara en banda—. Probablemente esa renuncia fuera fruto de la sensatez, aunque, conociéndola, me inclino a pensar que hubo más.

—¿Qué más pudo haber?

—Para empezar, amor, semejante al que yo siento por ti. Pero además la certeza de que la influencia de quien aconseja es tan valiosa en términos de poder como la capacidad de quien decide, si no más.

* * *

Catalina estaba convencida de cuanto afirmaba, pues ella misma imponía a menudo su voluntad en el gobierno de su casa, cuidando de que no se notara. Esa era la condición ineludible. No creía que su hijo, un varón, llegara a comprender el significado último de ese arreglo, aunque consideraba su deber intentarlo, pues estaba empeñada en conducirlo por el camino de la clerecía, de algún modo semejante al recorrido por tantas mujeres desde tiempos inmemoriales. El único susceptible de colmar sus ambiciones sin poner en peligro su vida. Ella había aprendido de su propia experiencia, así como de la historia, maestra infalible para quien tuviera la sabiduría de interpretar correctamente sus lecciones.

La historia del reino y de Berenguela constituían a ese respecto una enseñanza impagable.

* * *

En el año 1217, el infortunio se cebó con Castilla al arrebatarle al heredero al trono en la flor de la vida, de la manera más absurda. Tres años antes habían fallecido los soberanos don Alfonso y doña Leonor, con pocas semanas de diferencia, dejando al pequeño Enrique, de diez, bajo la tutela de su hermana, que a la sazón contaba veintinueve. El niño fue proclamado rey, si bien ella asumió la regencia. El destino no iba a tardar en colocarla ante una encrucijada endiablada.

Al morir de forma repentina el infante, tras caerle accidentalmente una teja en la cabeza mientras jugaba con otros chiquillos en Palencia, Berenguela se vio abocada a tomar las riendas del reino, como había hecho en su día Urraca. Su hijo, Fernando, era todavía

menor de edad, y además no pocos nobles lo consideraban ilegítimo al haber sido disuelto el matrimonio de sus padres por consanguinidad. ¿Qué debía hacer ella enfrentada a semejante dilema? ¿Ejercer su derecho sagrado, siguiendo los pasos de su tatarabuela, a costa de granjearse un sinfín de enemigos, o bien optar por una retirada táctica y mantener a raya el orgullo supeditándolo a la astucia?

Catalina ya no estaba a su lado cuando se produjeron esos acontecimientos, pues se había trasladado a la tenencia de Cazorla otorgada por Alfonso VIII a su marido. Ello no obstante, había seguido de cerca lo acontecido en el reino y sospechaba la naturaleza de los motivos que habían llevado a la reina a actuar con lo que Beltrán calificaba de «sensatez». Formaban parte de su ser, de su carácter resuelto sin dejar de ser prudente, de su inteligencia superior a la de cualquier otra persona que ella hubiese conocido.

La división era, a la sazón, un rasgo característico de la conducta exhibida por los nobles castellanos. Lo había sido siempre en toda España, en realidad, y la dama sospechaba que siempre lo sería. Esa tendencia natural al enfrentamiento fratricida explicaba buena parte de las guerras desatadas entre cristianos, en detrimento de su lucha común contra los sarracenos, y también las libradas por los musulmanes entre sí, para bien de la cristiandad, que sabía sacarles provecho. La sucesión al trono real no constituía una excepción.

Al frente del bando contrario a que Berenguela fuese coronada estaban los convencidos de que una mujer carecía de las dotes necesarias para reinar. Una mayoría amplia de la población, ya se tratase del pueblo llano o de la nobleza y el clero. Empeñarse en empuñar el cetro y ceñirse la corona a pesar de ese recelo no solo

habría puesto a todos esos súbditos en su contra, sino que habría perjudicado gravemente a su hijo, quien no solo debía competir en esa carrera contra su madre, sino contra los partidarios de sus primos, hijos de doña Blanca, casada con el rey de Francia. ¿Por qué? Porque ese matrimonio nunca había sido cuestionado por el papado, lo cual otorgaba a esos príncipes una legitimidad de la que carecía Fernando.

A falta de respaldo suficiente entre los grandes magnates y buena parte de la Iglesia, Berenguela buscó el apoyo de las ciudades, cuyos concejos habían adquirido a esas alturas un papel determinante en razón de su aportación decisiva a la lucha contra los infieles. A fin de obtener su favor, hubo de apartarse voluntariamente y reconocer que, siendo mujer, no podría tolerar el peso del gobierno del reino que por derecho era suyo.

Su antigua dama imaginaba cuánto le habría costado aceptar ese sacrificio, teñido de humillación. A pesar de los muchos años transcurridos desde entonces, conservaba una memoria clara de las veladas compartidas con la entonces princesa y su madre, Leonor de Plantagenet, en las gélidas estancias del castillo burgalés donde residían, alejadas de su padre y esposo. Recordaba las conversaciones sobre lo divino y lo humano mantenidas entre esas damas exquisitamente educadas, su gusto por las artes y las ciencias, su opinión fundada sobre los asuntos de Estado, su interés hacia todas la cuestiones relativas al bienestar de sus súbditos. ¿A qué peso se referían quienes les negaban fuerza y entereza suficientes para llevar con dignidad esa carga?

Berenguela era, en opinión de Catalina, excepcional en todos los sentidos. Gran reina, esposa devota, madre entregada, mujer

discreta, que no sometida. La admiraba de todo corazón. Nadie sabía tan bien como ella cuánto había sufrido en esta vida sin proferir una queja. A diferencia de su madre y su abuela, entregadas a hombres que nunca sintieron por ellas el menor afecto, tuvo la fortuna de desposar a un rey con quien compartió lazos sinceros de amor y a quien dio cinco hijos, antes de que la Iglesia los obligara a separarse bajo amenaza de excomunión. Pese a la crueldad de esa sentencia, la acataron y nunca se perdieron el cariño, ni mucho menos el respeto, lo cual facilitó la crianza de su primogénito, Fernando, llamado a unificar los tronos de Castilla y León, con Galicia y Badajoz, una vez que el monarca leonés fue llamado a la presencia del Señor.

Poco más de un año había transcurrido desde el óbito de ese soberano, acaecido en la aldea de Sarria mientras peregrinaba a Compostela para postrarse a los pies del Apóstol. Merced a una feliz concatenación de azares, en los que Catalina veía claramente la mano del Creador llamando a su seno a quien convenía apartar de este mundo, ese Montesino a quien ella había visto nacer en un descampado zamorano se había convertido en el todopoderoso rey de León y Castilla, después de volver a juntar lo que durante siglos había permanecido unido y nunca debió separarse. Lo que la reina Urraca había entregado intacto a su hijo y este, el Emperador, rompió caprichosamente con el propósito de repartir ese legado entre sus dos vástagos.

Solo Dios y sus más íntimos confidentes sabían cuánto había influido el buen juicio de Berenguela en el feliz desenlace de lo que pudo ser otra guerra abierta entre Castilla y León y quedó en alguna escaramuza rápidamente zanjada. Gracias a su mediación certera, a

su sabiduría y a su dolorosa renuncia, Fernando encabezaba un reino ante el cual temblaban sus enemigos. Y a su lado en las tareas de gobierno, o bien ocupando su lugar cuando él marchaba al combate contra los moros, esa reina sin igual seguía demostrando día a día su valía, ahora con la ayuda de la nuera que ella misma había escogido para casar a su hijo recién cumplidos los dieciocho: Beatriz de Suabia, una princesa de veintidós, muy bella, muy noble y de costumbres muy honestas, que aseguraba el futuro de la dinastía fortaleciendo el linaje hispano con los de Alemania y Bizancio.

* * *

Todas esas reflexiones se habían agolpado en la mente de Catalina al escuchar a su hijo afirmar con tanta ligereza que la conducta de Berenguela obedecía simplemente a la sensatez de saberse incapaz de reinar por no ser hombre. Tal simpleza de juicio cuestionaba su buena opinión sobre el intelecto de Beltrán y sus posibilidades de abrirse camino en el tortuoso terreno eclesiástico, aunque, una vez empezado su razonamiento, no tenía más remedio que acabarlo.

—Se dijo que había renunciado al trono movida por el pudor —siguió explicándole, pese a albergar dudas de que él quisiera o pudiera comprenderla—. Yo sé bien que no fue así. La empujó a ello el miedo de las gentes a ser gobernadas por una mujer y su propio temor a sufrir los tormentos padecidos por la reina doña Urraca, a quien nunca perdonaron que desafiara los prejuicios de sus súbditos. Obró con arreglo a la prudencia e hizo lo que pudo con las armas de las que disponía. Cambió poder por influencia.

—Pues hizo muy bien —convino Beltrán, por motivos opuestos a los que habían llevado a su madre a esa conclusión.

—¡Exacto! —exclamó ella, creyendo haber alcanzado un principio de acuerdo con su hijo—. Berenguela no cedió a don Fernando la corona porque se considerara incapaz de llevarla con dignidad, sino por amor a él y a Castilla, sabiendo que desde la sombra podría conseguir mucho más que azuzando la discordia. ¿Comprendes lo que intento decirte?

—Lo que sé es que nuestro rey es don Fernando, alférez del apóstol Santiago, y que yo quiero combatir a su lado. ¿Pediréis a la reina que me ayude a conseguir ese empeño?

El semblante de la dama se ensombreció, al constatar que toda su argumentación acababa de naufragar en la obstinación de su hijo, sordo a cualquier razón.

—Me duele hablarte con esta crudeza —endureció el tono—. Pero no me dejas más salida. Nunca serás un guerrero. Acéptalo.

—Lo seré, con vuestra ayuda o sin ella —gritó el chico, herido en lo más hondo.

—Dios te ha llamado por otros caminos, Beltrán. Si importuno a la reina con una petición, será para que te otorgue una canonjía. Tu única posibilidad de medrar es la Iglesia.

—Pues ahorraos la molestia —zanjó él, furioso, tirando la silla con estruendo al levantarse—. Os lo dije ayer y os lo repito hoy con mayor motivo. Ahora sé que estoy solo y solo habré de cumplir mi sueño o perecer en el intento. Olvidaos de mí para siempre.



15

Aves de incierto agüero

En Cazorla.
Verano del año 1231 de Nuestro Señor

Beltrán abandonó la estancia furioso, con la sensación de haberse tragado un cubo entero de hiel. No se había atrevido a esperar que su madre apoyara sus pretensiones sin cuestionarlas, pero ese rechazo frontal a considerarlas siquiera, la crueldad con la que había despachado su petición, conminándole a aceptar que nunca cumpliría sus sueños, superaba sus peores augurios.

Ya nada ni nadie lo retenía en esa casa.

Al amparo de la noche robó un caballo del establo, decidido a marchar en busca de su suerte. Iba provisto de loriga, yelmo, lanza, acero y adarga, que sustrajo de la armería familiar. Antes de partir quiso entrevistarse con la última persona en la que tal vez hallara el

respaldo que tanto anhelaba e incluso, si la fortuna estaba de su parte, un compañero de aventuras.

Encontró a García en el patio, intentando reparar una de las espadas de fuste que había roto Fadrique en su entrenamiento mañanero.

—Ya puedes tirarla al fuego —dijo a guisa de saludo, consciente de que el empeño era inútil—. Más te vale ir encargando una nueva al carpintero.

—Buenos días nos dé Dios —respondió el escudero sonriente—, aunque el sol se haya puesto hace rato.

—Empezaron mal y no tenían visos de ir a mejorar. Por eso me voy.

Ante el tono sombrío empleado por su amigo, a juego con su semblante, García dejó lo que estaba haciendo y fue en busca de una bota, que tendió a Beltrán sin ceremonia, invitándolo a sentarse con él en el suelo, bajo una techumbre de paja que cubría el abrevadero de piedra utilizado por las monturas.

—Echa un trago, te hace falta.

—Lo que me hace falta es huir de aquí.

—O sea que ha llegado el día…

Ese comentario dejó tan sorprendido al hidalgo que le costó un rato reaccionar. En alguna ocasión había compartido con García sus sueños y frustraciones. De hecho, él era su único confidente en la tenencia. Pero de ahí a la certeza absoluta que denotaba esa afirmación distaba un trecho desconcertante.

—¿Cómo sabías tú que iba a irme?

—Tu madre me mandaría azotar si se enterara, pero desde que regresamos de Jerez he consultado dos veces el vuelo de las aves y

las dos he obtenido la misma respuesta.

—Eso son supercherías carentes de fundamento, García —afirmó Beltrán con desdén—. Cuentos de viejas. Parece mentira que me vengas con esas en un momento así.

—¿Cuentos de viejas? —replicó el escudero, ofendido—. Dicen que don Ruy Díaz, el Cid, no daba un paso si esos agüeros resultaban ser desfavorables. ¿Era una vieja el héroe de Castilla cuyas gestas cantan los juglares?

—Él no, pero su cantar tal vez sí. En todo caso no veo cómo puede anticiparse el destino de alguien observando a un gorrión o una golondrina.

—Créete lo que te digo o no te lo creas, tanto da. —El tono molesto había dado paso a una cierta suficiencia—. Hay quien cata en agua, cristal o metal. Quien lo hace en la palma de un niño o en una mujer virgen. A mí me enseñó mi padre a catar en la forma de volar de los pájaros y sus auspicios rara vez me han fallado.

—Bien callado te lo tenías… —Ahora Beltrán había pasado a la burla.

—Nunca me diste ocasión de contártelo.

La cosa se estaba poniendo tensa, pese a lo cual el hijo de don Pedro no aflojó. Venía caliente de la discusión con doña Catalina y no estaba dispuesto a dejarse derrotar otra vez, aunque fuese en una justa librada con su único amigo.

—¿Te alertaron las aves de que me iba a descabalgar un jinete sarraceno nada más comenzar la batalla? —desafió al escudero.

—No les pregunté —contestó él, sin arredrarse, revestido de dignidad y de una convicción absoluta en la veracidad de cuanto afirmaba—. Las consulté, al igual que otros muchos hombres, sobre

el desenlace de la campaña, y su respuesta fue que venceríamos a Ibn Hud. Acertaron.

—Muy bien —concedió Beltrán, desconcertado por ese aplomo y picado en la curiosidad—. Aceptemos que los agüeros de las aves son fiables. ¿Qué dicen de mi futuro?

Ese fue el momento en que García vaciló por vez primera, reacio a revelar a su amigo lo que él había conocido a través de sus observaciones. Este notó su zozobra y se tensó al inquirir.

—¿Presagian mi muerte? ¿Eso es lo que has visto mirando al cielo?

—¡No! De ser así, no te dejaría marchar.

—¡Trata de impedírmelo! —De nuevo el chico intentaba vencer su temor impostando altanería.

—Lo cierto es que no sé si soy capaz de interpretar lo que se me ha mostrado.

—Déjate de rodeos y ve al grano.

—He visto que conseguirás fortuna y gloria, aunque será por un camino tortuoso. Cuánto de tortuoso y en qué modo, no sabría decirte. Las señales a veces son claras y otras no tanto. El destino a menudo se muestra esquivo con quien pretende desentrañarlo.

—Si intentas advertirme de que tendré que afrontar peligros, ahórrate la saliva. Para eso llevo preparándome toda la vida. No ansío nada distinto.

* * *

La idea de peligro que tenía Beltrán era muy distinta a la de su escudero. Uno se había criado al calor de una familia pudiente, de la

pequeña nobleza fronteriza y con el lastre de un padre lisiado, pero aureolada de honor en razón de su actuación en las Navas de Tolosa y favorecida por la estrecha relación de doña Catalina con la reina. Ante los hijos de don Pedro se abría un horizonte de esperanza ilimitado, participando en las conquistas que iba acumulando el rey Fernando a costa de los musulmanes. En sus manos, provistas de las mejores armas, estaba la posibilidad de engrandecer su legado. García se enfrentaba a un futuro más incierto.

Hijo de campesinos libres aunque pobres, emigrados desde el norte en busca de oportunidades, el muchacho había entrado al servicio de los López antes de cumplir diez años. Dejaba atrás media docena de hermanos pequeños, una madre envejecida prematuramente por los partos y el trabajo extenuante de un padre que se deslomaba de sol a sol para dar de comer a su prole apacentando un rebaño de cabras además de labrar un par de fanegas chicas.

A García lo habían admitido en esa casa del caballero para que empezara allí su formación como soldado, no sin antes desempeñar todas las tareas que tuvieran a bien encomendarle sus amos. Por eso se levantaba antes del alba y era el último en acostarse. Eran responsabilidad suya los equipos de Fadrique y Beltrán, así como sus monturas, cuyo alto valor las hacía merecedoras de cuidados esmerados. También se ocupaba de proporcionar comida y bebida a los hermanos, dado que estos hacían vida con los hombres de armas de la casa y el servicio era escaso. Había aprendido a lavar ropa o remendarla, así como a cocinar lo básico. Ninguna tarea le era ajena.

A la hora de entrenar para el combate, los dos hijos de la casa recurrían de igual modo a él, pues demostraba una notable habilidad en el manejo de cualquier arma, incluida la maza, difícil de utilizar debido a su considerable peso. A Fadrique le gustaba rivalizar con su escudero para probar su fuerza empleando ese instrumento letal, que únicamente García conseguía domeñar con eficacia semejante a la de su señor. Ambos eran fornidos, a diferencia de Beltrán, a quien Dios había dotado de un cuerpo alto, desgarbado y fibroso, que ni todo el ejercicio del mundo lograba muscular como los de su hermano o su sirviente.

García tenía a su favor su robustez y destreza naturales, su resistencia a la fatiga y su determinación inquebrantable de alcanzar por méritos de guerra la meta de convertirse en caballero. En su contra jugaban sus orígenes humildes y la escasa disposición de Fadrique a ayudarle en ese empeño. Beltrán tampoco podía contar con el auxilio de su hermano mayor ni de ningún otro pariente, según acababa de comprobar dolorosamente. Además de esa soledad, compartía con el escudero un mismo anhelo de superación. Por eso, una vez recuperado de la sorpresa causada por la revelación de ese augurio obtenido observando el vuelo de los pájaros, le lanzó al fin la propuesta que había querido plantearle desde el principio.

—Ven conmigo a ganar fortuna, aunque sea por un camino tortuoso. Únete a lo que las aves hayan dispuesto para mí.

Había intentado sonar convincente y firme, pero de su garganta salió una voz vacilante, como si ni él mismo terminara de creerse lo que estaba diciendo. De nuevo lo traicionaba su naturaleza aborrecida, empeñada en disociarse de su voluntad. García captó

ese titubeo. Olió el miedo que su compañero trataba de ocultar. Se dio cuenta de lo desvalido que estaba y sintió lástima. Aquello no era una invitación, sino una súplica, que estaba obligado a rechazar a riesgo de causar una herida añadida al muchacho.

—Sabes que no puedo, Beltrán.

—¿Por qué no? ¿Qué te lo impide?

—Mi pan y el de los míos está aquí. No quiero ni imaginar lo que les harían tu hermano y tus padres si yo me fuera contigo.

—¿No dicen que la amistad ha de pesar más que el pan y que la misma vida?

Las normas de la caballería establecían ese orden de prioridades, en efecto, del mismo modo que imponían al caballero derramar su sangre antes de perder la honra. Era un código de honor exigente, hecho a la medida de las gentes de alta cuna. No todos los aspirantes a convertirse en caballeros estaban en condiciones de atenerse a sus estrictas normas.

—Tú naciste hidalgo, Beltrán. Yo villano.

—Libre.

—Libre, sí, y pobre. Me has visto sudar sangre para alcanzar lo que he conseguido.

—Conmigo podrías conseguir mucho más.

—O perderlo todo y condenar a mi familia. ¿Te das cuenta de lo que me pides?

Como Beltrán no respondió, el escudero siguió vaciando su corazón del peso que suponía esa negativa, no por justificada menos dolorosa.

—Mi única posibilidad de llegar a ser un día caballero es seguir junto a Fadrique y servirle lo mejor posible. Ganarme mi propio

caballo y obtener botín suficiente para comprarme el equipo. Todo eso a ti te lo dieron. Yo no he tenido esa suerte. Si te va mal, tú siempre tendrás un hogar al que regresar, aunque sea con el rabo entre las piernas, como un perro apaleado. ¿Dónde iría yo?

—Tú vendrías conmigo. Te doy mi palabra.

—Lo siento en el alma, pero no me basta. A diferencia de ti, yo he conocido la miseria y no quiero volver a sufrirla. Aquí, junto a Fadrique, tengo garantizado el sustento y una posibilidad de progreso. Contigo no tengo nada.

—¿No decías que las aves me auguran fortuna y gloria? —le rebatió Beltrán, en un último y desesperado intento de convencerlo para que lo acompañara—. ¿Dónde se alcanza esa gloria sino en la guerra? Eso es lo que nos aguarda juntos. Tierras por conquistar, victorias, riqueza.

—Tal vez no se trate de una guerra como la que conocemos, amigo… No te lo tomes a mal, pero por tu bien espero que no lo sea.

Esas palabras le cayeron como una puñalada, porque se parecía demasiado a las pronunciadas por su madre. De ahí que reaccionara con ira:

—Lo que no haré nunca será atarme a unos votos o ser un siervo de Fadrique, te lo aseguro. Viviré libre con honor o moriré pronto.

—Quiera Dios hacer posible lo primero.

—Ambas opciones son más deseables que tomar los hábitos sin vocación o verme abocado a una vida de privaciones en esta tierra implacable donde llueve poco o demasiado, el hielo alterna con el calor abrasador y los campos son avaros a la hora de entregar su cosecha.

* * *

En la hora más oscura de la noche, que precede al amanecer, un caballo con los cascos cubiertos de trapos para no hacer ruido cruzó el portón de la tenencia, carente de vigilancia merced a la única ayuda que había obtenido Beltrán de García: asegurarse de emborrachar al guardia encargado de su custodia. Lo montaba un muchacho de dieciséis años larguirucho, con el pelo anormalmente corto, una cicatriz en la cabeza y el brazo derecho vendado, enojado con el mundo y decidido a demostrar que él tenía razón y todos los demás se equivocaban. Cabalgaba hacia el sur, ligero de equipaje, sin más compañía que sus temores, en busca de Álvar Pérez de Castro, leal vasallo del rey don Fernando y caudillo de la frontera.

Justo cuando el sol se alzó sobre las escarpaduras rocosas situadas a su izquierda, una bandada de pájaros voló en perfecto orden sobre su cabeza en dirección contraria a la que seguía él. Debían ser los rezagados de la migración que cada año pasaba por allí a finales de la primavera para anidar más al norte. García, entendido en la materia, le habría podido decir su nombre. Si realmente poseía el don de descifrar designios ocultos en su vuelo, acaso le hubiese revelado también el significado de sus movimientos. En ausencia del escudero, Beltrán vio solo aves. Criaturas tan pequeñas, vulnerables e insignificantes como se percibía a sí mismo, empeñadas, como él, en alcanzar el lugar al que las conducía su instinto.



16

Una proposición innoble

En el castillo de Martos.
Verano del año 1231 de Nuestro Señor

Unas sesenta leguas separaban la torre de los López de Cazorla de la localidad de Martos, reconquistada a los sarracenos algunos años atrás, que don Álvar Pérez de Castro había convertido en epicentro del vasto territorio administrado y defendido por los caballeros que él capitaneaba en nombre del rey don Fernando. Allí esperaba encontrar Beltrán a su héroe, arrojarse a sus pies y suplicarle que aceptara tomarlo a su servicio. Si le sonreía la fortuna, en menos de tres jornadas podría salvar esa distancia e incorporarse a los ejércitos cristianos desplegados en la frontera que separaba el reino de Castilla de al-Ándalus, a la sazón en disputa entre los almohades africanos y algunos caudillos locales.

Martos era uno de los lugares cuya evocación alimentaba los sueños del chico desde que tenía memoria. Tras su recuperación para la cristiandad a raíz de la batalla de las Navas de Tolosa, la expulsión de sus pobladores musulmanes y el aplastamiento de alguna revuelta fallida, la plaza fuerte y su alcazaba habían sido escenario de gestas épicas que los hombres de armas rememoraban en las hogueras de los campamentos. Hazañas motivadas por la necesidad de rechazar los frecuentes ataques llevados a cabo por los ismaelitas, entre las cuales destacaba la protagonizada por la condesa Aurembiaix de Urgel, esposa de don Álvar, a quien Beltrán profesaba una admiración semejante a la que le inspiraba su marido, apodado el Castellano.

Se contaba que en una ocasión Pérez de Castro había marchado a Toledo para sofocar los disturbios causados allí por el hambre, dejando en Martos a su mujer con medio centenar de caballeros y Tello Alfonso, su alférez. Salió este de cabalgada a saquear los alrededores, como era costumbre asentada entre las gentes de recia condición, momento que aprovechó el rey de Granada para atacar la ciudad, sabiéndola desprotegida. Mas no contaba el sarraceno con la determinación de la condesa, quien ordenó a sus damas destocarse, vestirse como guerreros y así ataviadas, con las armas en las manos, alinearse en el adarve dispuestas a defender la villa. Ellas fueron las primeras en resistir el embate. Después regresó don Tello, informado de lo sucedido, decidido a evitar la vergüenza que para él y sus hombres supondría la pérdida de la fortaleza, llave de toda aquella tierra, y más aún el cautiverio o muerte de la valerosa condesa.

Mientras azuzaba a su montura a través de ese paisaje abrupto, donde alquerías quemadas y algún torreón desmochado mostraban

las huellas de una guerra interminable, Beltrán se imaginaba a sí mismo formando parte de la hueste llamada a romper el cerco y liberar a las damas asediadas. ¡Cuánto habría dado por poder participar en esa jornada gloriosa en que un puñado de cristianos atravesaron en tropel las filas de los sitiadores hasta llegar al castillo y repeler la embestida! Habría entregado su vida feliz, pues como buen hidalgo educado por un héroe de las Navas llevaba grabada a fuego la idea de que el deber y el honor habían de prevalecer siempre sobre el temor a la muerte, de la que antes o después nadie escapaba.

Únicamente necesitaba una oportunidad para demostrar su valor. Tan solo eso pedía.

Pasó la noche al raso, acurrucado bajo una frondosa encina, y retomó la marcha antes del alba, impaciente por alcanzar su meta. Tanto Martos, a donde se dirigía, como la vecina Andújar y los terrenos circundantes habían sido siempre el punto de reunión de los ejércitos cristianos que combatían al sur de la Sierra Morena. Desde allí el Castellano y su mesnada realizaban frecuentes incursiones de devastación y saqueo, en las que el pequeño de los Pérez ansiaba participar a fin de ganar fama y riqueza.

La última vez que había visto a don Álvaro Pérez de Castro este cabalgaba de regreso hacia el norte, tras la batalla de Jerez, junto a su hermano Fadrique, quien no desaprovechaba ninguna ocasión para acercarse al caudillo y llenarle los oídos hablándole de sus propios méritos. Él, en cambio, marchaba muy atrás en la formación, dolorido y maltrecho, al cuidado de García. No había transcurrido demasiado tiempo desde entonces, por lo que esperaba encontrarlo

en su castillo y convencerlo de acceder a su demanda. ¿Dónde si no iba a estar el guardián de aquellas tierras?

—Ya andamos cerca, Rubio —le dijo a su caballo, nombrado de esa manera en razón de sus crines claras, en contraste con un manto oscuro—. Esta noche dormirás en un establo como Dios manda y tendrás forraje en abundancia.

* * *

El castillo de Martos se alzaba en lo alto de un promontorio, rodeado de colinas en cuyas laderas había crecido un pueblo que se agarraba a sus faldas como los niños a las de sus madres. Abandonadas por sus habitantes moros, muchas casas permanecían vacías, aunque las mejores habían sido ocupadas por los pobladores cristianos acudidos poco a poco a lo largo de los últimos años al reclamo de los campos feraces y la libertad ofrecida a los audaces dispuestos a luchar por ella. Siguiendo la senda angosta que conducía hasta la fortaleza, Beltrán alcanzó la reja, que permanecía abierta, custodiada por dos soldados.

—¿Quién vive? —inquirió uno de ellos, hosco.

—Beltrán López de Cazorla —respondió el chico, poniendo todo su empeño en impostar una voz más grave de la que salía naturalmente de su garganta.

El guardia revisó de arriba abajo a ese jinete solitario, sorprendido por su presencia y aspecto. No era habitual que un cristiano cabalgara solo en esa tierra hostil, y menos que lo hiciera un muchacho tan joven, de ascendencia evidentemente noble a tenor de sus vestiduras y la calidad de su montura. Su cabello,

anormalmente corto, resultaba extraño, pero nada en él parecía constituir un peligro, por lo cual le franqueó el paso con un gesto elocuente de la cabeza.

Una vez dentro del patio, Beltrán respiró aliviado antes de inquirir con el mismo engolamiento artificial.

—Vengo a ver a mi señor don Álvar.

—No está —contestó el soldado con sequedad.

—Traigo un mensaje importante —mintió el joven mientras notaba cómo la angustia de haber hecho ese viaje en balde le ascendía por las entrañas, desde el pubis hacia el pecho.

—Pues tendréis que esperar a su regreso.

—¡Anunciadle mi llegada!

Beltrán, desesperado, se aferraba a la incredulidad como defensa ante la decepción, lo que enervó al custodio del portón, bregado en el combate y harto de sus modales faltones.

—Ya os he dicho que el señor no está —gritó—. Si volvéis a dudar de mi palabra, dejaremos que hablen las manos.

Aquella réplica bajó los humos a Beltrán, quien hubo de optar por cambiar de estrategia.

—Anunciadme a la condesa entonces —pidió, ya con cierta amabilidad.

Alertado por la discusión, apareció en ese momento un caballero de edad avanzada, semejante a la de don Pedro, que a juzgar por su conducta debía ser el alcaide de la antigua alcazaba ganada para la causa cristiana.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió con autoridad—. ¿A qué vienen esos gritos?

—Este forastero se ha presentado de pronto con exigencias de gran señor —aclaró el mesnadero, señalando con el mentón a Beltrán, quien permanecía sobre la silla—, y no se quiere creer que don Álvar esté ausente.

—¿Quién sois vos para ofender a este hombre acusándole de faltar a la verdad?

El veterano se había encarado con el chico, desafiándolo con la mirada de un modo que habría intimidado al mismísimo Fadrique. Su adalid lo tranquilizó, recurriendo a esa reprimenda enérgica que Beltrán encajó como el enésimo golpe a su orgullo, tras lo cual se tomó un momento para observar al visitante.

Se trataba de un muchacho frágil en apariencia, de brazos y piernas demasiado largos en un cuerpo aún por hacer, cuya armadura de excelente calidad le venía demasiado grande. Por un instante se preguntó si la habría robado, aunque descartó la idea. Su actitud sobre a silla, su postura y sus modales reflejaban una buena crianza, aunque no pareciera soldado. Era evidente que le faltaban disciplina y experiencia, aunque el mero hecho de que estuviera allí y se hubiera enfrentado a su guardia denotaba cierto arrojo. Además, su mirada era inteligente. Estaba asustado, pero no parecía ser un necio. Tal vez le fuera de utilidad, ahora que una circunstancia desafortunada lo había colocado a él, y por ende a su señor, don Álvar, ante la necesidad de sustituir a una pieza importante de su despliegue militar en la marca.

Vencido en su torpe intento de aparentar una arrogancia semejante a la de su hermano, Beltrán desmontó con agilidad para inclinarse ante su anfitrión y presentarse formalmente:

—Me llamo Beltrán López de Cazorla, hijo de don Pedro López. Vengo para alistarme en la hueste de nuestro caudillo, el Castellano.

—¿Se trata del mismo Pedro López que combatió en las Navas de Tolosa junto al rey don Alfonso? —quiso saber el alcaide, como si lo conociera.

—El mismo. Allí derramó su sangre, aunque gracias a Dios aún vive.

—Yo soy Tello Rodríguez de Sigüenza. Tuve el honor de luchar junto a vuestro padre y le profeso un gran respeto. Venid conmigo. Tomaremos un refrigerio mientras me contáis vuestros propósitos.

—Os lo agradezco de corazón.

Ya empezaba a cantar victoria el aspirante a mesnadero, cuando don Tello cortó de cuajo sus ilusiones renacidas:

—Antes, sin embargo, disculpaos con este soldado que ha sido sincero con vos. Don Álvar Pérez de Castro lleva ausente desde que partió hacia Jerez para enfrentarse a Ibn Hud. Tras la derrota del sarraceno marchó hacia el norte junto al infante, don Alfonso, con el propósito de entregárselo sano y salvo a su padre, el rey, quien andaba a la sazón por Palencia. Es todo cuanto sabemos.

—Por favor, aceptad mis disculpas —juntó las manos el joven, volviéndose hacia el guardia, testigo de la conversación.

—Disculpas aceptadas —gruñó él de mala gana—. Pero no os deis tantos aires, al menos hasta que os crezca la barba.

* * *

Beltrán siguió a don Tello hasta la modesta estancia que ocupaba en la planta baja de la fortaleza, desnuda de todo lujo. Allí les sirvieron

sendas copas de vino aguado, pan, almendras y unas lonchas de jamón, que el chico devoró con apetito, pues llevaba tiempo sin probar bocado.

—Habladme de vos —lo animó con entusiasmo su anfitrión una vez que se hubo saciado—. ¿Sabe vuestro padre que estáis aquí?

—No exactamente.

—¿Lo sabe o no?

—Conoce mi deseo de servir, aunque no termina de aprobarlo…

Durante un buen rato el pequeño de los López de Cazorla desgranó un relato algo adornado de lo acaecido en los últimos meses, sin ocultar, no obstante, su deplorable actuación en la batalla de Jerez. La mentira no formaba parte de su código caballeresco.

—Mi hermano y su escudero achacan mi torpeza a mi mano nefasta, pero, por más que lo he intentado, no consigo usar la otra con destreza.

—Hay zurdos hábiles en el manejo de la espada —replicó el alcaide—. Pocos, pero los hay. Y no es esa la única habilidad necesaria en un ejército.

—Haré lo que sea —rebrotaron las esperanzas del chico—, cualquier cosa con tal de ganar honor y fama.

—El honor y la fama no van necesariamente unidos, hijo —el alcaide pasó al tuteo como muestra de cordialidad—. El primero se refiere al cumplimiento del deber que todos tenemos contraído con nosotros mismos y con Dios. El renombre apela a la vanidad y, como tal, es efímero.

—¿Pero qué caballero no aspira a conquistar gloria? —protestó Beltrán.

—Cualquiera que anteponga su virtud a su orgullo.

—No os comprendo.

—Eres joven, es natural. Ya lo harás cuando alcances mis años, si es que el Creador es misericordioso contigo. Por lo que me has contado, no lo conseguirás si te empeñas en seguir por el camino de la guerra en campo abierto.

—¿Acaso existe otro para quien carece de heredad?

—Desde luego. ¿No me has dicho que tu madre pretende hacer de ti un buen servidor de Dios?

—No os burléis, os lo ruego.

—¿Estás seguro de querer contribuir a la causa del rey y la cristiandad a cualquier precio, incluido el de tu vida?

—Lo estoy.

—Entonces tal vez pueda ofrecerte una vía, que requiere de un gran coraje.

—Valentía no me falta, señor. Os repito que haré cualquier cosa.

—¿Sabes lo que es un barrunte?

El corazón de Beltrán dio un vuelco. Esa palabra se pronunciaba siempre en voz baja, porque estaba rodeada de misterio y resultaba contradictoria en sí misma, al evocar una actividad tan necesaria como despreciable a ojos de no pocos caballeros. Los barruntes o escuchas eran los hombres que se infiltraban en las filas enemigas con la misión de averiguar sus planes, obtener toda la información posible y transmitírsela a los suyos. Eran espías, confidentes, gentes capaces de pasar desapercibidas a fin de escuchar y ver sin ser notadas, duchas en el arte de engañar. Miembros esenciales de cualquier ejército que aspirase a vencer, revestidos pese a ello de cierta condición vil. De ahí que el hijo de don Pedro López mostrara su estupefacción elevando el tono al preguntar:

—¿Me estáis proponiendo que acepte desempeñar una función tan infame?

—No hay infamia alguna en servir allá donde uno es más útil —rebatió don Tello, molesto, volviendo al trato formal—. ¿O es que os creéis superior a quienes arriesgan el pellejo cada día y a cada hora viviendo entre sarracenos a fin de conocer sus secretos?

—No quería decir eso…

—Pues no insultéis con vuestro desdén a los que hacen ese trabajo. Soldados y caballeros hay muchos. Personas astutas, resueltas, audaces y valerosas, muy pocas. Los escuchas no obtienen fama, pero resultan decisivos a la hora de ganar batallas y por esa razón participan del botín igual que los demás.

—Nunca me he imaginado…

—Me parece que os sobran tanta lengua y arrogancia como prudencia y experiencia os faltan.

El custodio del castillo de Martos en ausencia de Pérez de Castro había adoptado el papel de padre severo y militar veterano, aunque Beltrán no terminaba de convencerse. Aquella proposición iba en contra de todo lo que había soñado, lo que creía y lo que deseaba.

—Según he oído decir —argumentó en favor de sus pretensiones —, vuestra señora la condesa se vistió de hierro junto a sus damas y no dudó en empuñar las armas para defender esta fortaleza de un ataque moro. Mujeres en el adarve haciendo frente a los infieles, si lo que se cuenta es cierto. ¿Y a mí, que soy varón, me negáis el derecho a luchar?

—Yo no os niego nada, mozalbete pretencioso. Os hablo de la vida real. Tomad como ejemplo la rota de Alarcos. Si el rey Alfonso hubiese dispuesto de información precisa y fiable sobre las

intenciones del califa almohade, sus efectivos y sus planes, no se habría metido de lleno en una trampa mortal en la que perecieron tantos buenos guerreros. La información salva vidas, además de engrasar victorias. Negar valor a quienes la obtienen no solo denota soberbia por vuestra parte, sino una gran ignorancia.

Esa último dardo impactó en el corazón del muchacho, quien se vio obligado a reconsiderar de golpe todos los valores y convicciones en los que había sido educado para contemplar la guerra con otros ojos, totalmente distintos. Si lo que ese hombre decía resultaba ser cierto, tal vez él pudiera contribuir a su éxito con los talentos que siempre había ponderado su madre. ¿Pero a qué precio?

—Ya me has hecho perder mucho tiempo —cortó sus reflexiones don Tello, levantándose del taburete en el que estaba sentado—. En Córdoba tenemos desde hace tiempo un barrunte que precisa de un compañero dispuesto a entrar y salir. El que lo hacía ha tenido un… percance.

—¿Qué clase de percance? —lo interrumpió Beltrán, sintiendo el mordisco del miedo al detectar la vacilación mostrada por el alcaide para elegir la palabra adecuada.

—Un percance sin arreglo posible, propio del riesgo que entraña el puesto ahora vacante. Si lo quieres, es tuyo. Es cuanto puedo ofrecerte. En caso de que no lo quieras o no te atrevas a aceptarlo, ya puedes darte la vuelta y regresar por donde has venido.



17

Un disfraz, una misión, un juramento

En la fortaleza de Martos.
Verano del año 1231 de Nuestro Señor

No hizo falta que el viejo adalid desvelara los detalles del percance al que se había referido. Beltrán supo que se trataba de un contratiempo fatal y su imaginación hizo el resto. ¿Habría sido descubierto y ajusticiado rápidamente, o torturado con el propósito de que delatara a posibles cómplices? En ese supuesto, ¿qué clase de tormentos padecería el desdichado? ¿Hierro al rojo, amputaciones, el lento suplicio del hambre? ¿Cuánto soportaría antes de claudicar a fin de recibir la muerte como una liberación?

Apurado el segundo vaso de vino, ya de pie, don Tello perdió la paciencia.

—¡Largo de aquí! Está claro que me he equivocado contigo.

—Dadme un instante para pensármelo.

—¿Qué has de pensar? ¿No tenías tantas ganas de ganar gloria y fortuna? Eso es exactamente lo que te estoy ofreciendo.

Obligado a tomar una decisión en ese mismo momento, el hijo menor del héroe de las Navas puso en la balanza el temor a terminar decapitado, o tal vez algo peor, a manos de los sarracenos, y la vergüenza de regresar a su hogar nuevamente derrotado para enfrentarse a las burlas de su hermano, la mirada compasiva de su madre y el reproche silencioso de don Pedro. Tras una breve vacilación, respiró hondo antes de exclamar:

—¡Acepto!

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Decidme qué he de hacer y lo haré. No voy a defraudaros.

* * *

En ausencia de Álvar Pérez de Castro, Tello Rodríguez había tenido que enfrentarse solo al grave problema generado por la pérdida del hombre que se encargaba de introducir y sacar mensajes secretos de Córdoba, vitales para mantener informado al caudillo de la frontera de lo que se cocía en el interior de la antigua capital del califato andalusí. En esas circunstancias, la inesperada aparición de ese muchacho hambriento de aventuras constituía un regalo del cielo, pues no se le ocurría candidato mejor a desempeñar una función tan delicada.

Beltrán era lo suficientemente joven y enclenque como para no despertar excesivas sospechas al aparecer de repente en el mercado de dicha ciudad. Nadie habría pensado al verlo que se trataba de un

soldado disfrazado, por más que su condición de cristiano resultara imposible de disimular. Por otra parte, su motivación resultaba evidente y procedía de una familia de honor probado, que a buen seguro le habría inculcado los valores indispensables para cumplir su misión, así como la educación necesaria para hacerlo con eficacia: valentía, lealtad, capacidad para discernir lo importante de lo secundario, astucia y prudencia. Esto último era lo más dudoso, aunque no se podía aspirar a encontrar la perfección.

Ese chico reunía más requisitos que cualquiera de los demás aspirantes, que por otra parte no eran muchos. Su aparición repentina constituía algo semejante a un milagro.

A la espera de hallar a la persona adecuada, el veterano capitán había pensado en una cobertura plausible y razonablemente segura con la que proteger a su nuevo escucha. Viajaría hasta un puerto del norte, allí embarcaría en una nao de carga y fingiría ser un comerciante en pieles, a fin de tener entrada libre en Córdoba y Sevilla a través del Guadalquivir. La primera estaba empobrecida y debilitada, por lo que constituía una presa relativamente fácil para los ejércitos de don Fernando, siempre que hallaran el modo de evitar un asalto frontal, terriblemente costoso en vidas. Por el contrario, la ciudad que los almohades habían convertido en su plaza fuerte, objetivo prioritario del rey, disponía de unas defensas formidables, que era preciso conocer en aras de buscar la forma de sortearlas o neutralizarlas. Esa sería la misión de ese recluta providencial enviado por el Altísimo en auxilio de su hueste.

Cuando el alcaide expuso a grandes rasgos el plan a un Beltrán dispuesto a jugarse el pellejo, se sorprendió al chocar con una reticencia tan virulenta como inesperada:

—El comercio es algo propio de judíos y gentes viles. Ningún caballero merecedor de ese nombre se ha rebajado jamás a trabajar con las manos. Batanes, telares, tiendas y negocios no son oficios dignos de mí. Tampoco lo es el tráfico de mercancías, ya sea por tierra o por mar.

—Sería solo un disfraz —alegó don Tello, quien no había contado con un rechazo basado en esa pueril razón.

—Un disfraz humillante.

—¿Sabéis cuántos caballeros villanos sostienen con una mano la espada y con la otra el azadón? —replicó el capitán, viendo peligrar su proyecto e intentando con todas sus fuerzas contrarrestar los argumentos de ese nuevo recluta imprevisible—. ¿Sabéis cuántos labran sus campos antes o después de prestar el servicio de armas al rey? Tal vez no lo sepáis porque nunca hayáis salido de vuestro cómodo cascarón…

Ese último dardo se clavó profundamente en el orgullo del muchacho, que balbuceó:

—Eso es distinto. Ningún infanzón labra sus propios campos. Para eso están los campesinos. Mucho menos se rebaja dedicándose al comercio.

—Os repito que solo sería un disfraz.

—Si alguien llegara a enterarse —insistió Beltrán, pensando en ese preciado bien llamado reputación, irrenunciable para un hidalgo—, si se conociera mi dedicación a tan vil menester, nunca alcanzaría el honor de ser armado caballero.

—No lo haríais por dinero, sino para enaltecer a nuestro soberano, don Fernando.

—Buscad otra forma de hacerlo.

—No la hay. Ninguna que sea segura y os brinde la cobertura adecuada para obtener la información que precisamos.

—Pero la dignidad de un López de Cazorla no encaja con esa actividad sumamente degradante —se obstinó el chico, aferrado a su alta cuna como el náufrago a la tabla.

—Degrada la cobardía, no el atavío —redobló su provocación el alcaide.

—¡No soy un cobarde!

—¡Pues demostradlo ocupando el lugar que dejó vacante un hombre de honor con más arrojo que engreimiento! No os escudéis en esos escrúpulos si lo que os asusta es la muerte.

—Si lo hago —sucumbió Beltrán a la estocada—, juradme que nadie sabrá jamás que acepté actuar como un vulgar mercader. No soportaría la vergüenza.

—El trabajo de un escucha es el más secreto que hay —lo tranquilizó don Tello—. Únicamente vos, don Álvar y yo estaríamos al corriente…, además del rey, si tenéis éxito.

Esa mención del soberano tuvo el efecto esperado, pues fue el acicate definitivo para convencer a Beltrán. Si conseguía que su valerosa acción llegara a oídos del monarca, después de pasar por los de Pérez de Castro, cualquier sacrificio merecería la pena. El de su vida, por supuesto, y el de su vanidad también. El precio que se le pedía era alto, pues le repugnaba en lo más hondo adoptar el papel exigido, pero lo haría. Y pondría todo su empeño en culminar la tarea con bien.

De pronto le vino a la memoria el augurio de García basado en el vuelo de las aves. En su momento no le había concedido el menor crédito, pero ahora cobraba sentido. ¿Se referiría a esta labor de

espionaje la expresión «camino tortuoso» que había empleado el escudero? Sería ese sendero, en apariencia torcido, el que lo conduciría hasta la virtud, la riqueza y la gloria que siempre había anhelado? Tal vez. Era de todos sabido que la fortuna se divierte haciéndonos bailar al son de su capricho.

Pese a su corta edad, Beltrán era consciente del peligro al que iba a enfrentarse. Una cosa era luchar en campo abierto, rodeado de soldados dispuestos a morir con uno, y otra muy distinta meterse en la boca del lobo, que era exactamente lo que se disponía a hacer él. Lo haría amparado por una identidad falsa, cierto, lo cual no garantizaba ni mucho menos su seguridad. ¿Qué sabía él de ventas, compras, precios y regateos? ¿Cómo burlaría la vigilancia de los guardias sarracenos desplegados por las plazas moras donde recalaría su embarcación? ¿Cuánto tardaría alguien en detectar su inexperiencia y delatarlo?

Tal como habían llegado, esos pensamientos funestos fueron rechazados. Lo mismo sucedió con el recuerdo de las historias transmitidas de boca en boca por los pocos cristianos supervivientes de las persecuciones llevadas a cabo por los almorávides primero y los almohades después, que habían logrado abandonar Sevilla o Córdoba para instalarse en Castilla. Recogían las ordenanzas cada vez más severas dictadas contra ellos por los sucesivos cadíes, como por ejemplo la prohibición estricta de vestir como personas honorables o ser saludados con la fórmula habitual de «la paz sea contigo». Describían los signos visibles que debían llevar siempre en la ropa, a fin de ser reconocidos por la calle y humillados. Lamentaban la imposibilidad de hacer sonar las campanas, proscritas de todo al-Ándalus, adquirir libros de ciencia o tener

sirvientes musulmanes. Algunos se quejaban de padecer un trato similar al sufrido por los leprosos, víctimas de la repugnancia provocada por su enfermedad.

Beltrán se obligó a sí mismo a borrar esas imágenes de su mente, porque solo contribuían a atizar el fuego del miedo; una hoguera prendida en lo más profundo de su ser, que habría de tener a raya mientras durara su misión. Se repetía que sería lo que Dios quisiera que fuera, pues suya era la potestad de otorgar su favor o negarlo. ¿Para qué iba a martirizarse preguntándose cómo lograría camuflarse en un entorno del que apenas sabía nada, si la respuesta era obvia? Sus posibilidades de éxito eran remotas, lo sabía. Aun así, prefería adentrarse en ese territorio oscuro a reconocer un nuevo fracaso y asumir las consecuencias.

Lo sacó de sus cavilaciones don Tello, con una última exigencia:

—Antes de desvelaros vuestro destino inicial y los nombres de las personas a las que habréis de dirigiros durante el camino, voy a pediros que empeñéis vuestra palabra de caballero.

—Empeñada está —se ofendió Beltrán.

—Solemnemente, quiero decir.

—Así sea.

—Jurad que cumpliréis con lealtad vuestra misión, por las tres razones que dejaron dichas los Antiguos. La primera, porque seréis nuestros ojos y oídos en el campo enemigo; es decir, nuestra primera línea defensiva, y mal podría defendernos quien no supiera ser leal.

—Lo juro.

—La segunda, en aras de salvaguardar la honra de vuestro linaje, lo que resultaría imposible si no mostrarais esa lealtad.

—Lo juro.

—La tercera, para no cargar con el manto de la vergüenza, que a buen seguro caería sobre vuestras espaldas si leal no fueseis, condenándoos a un descrédito mayor que el ocasionado por cualquier otra causa.

—¡Lo juro!

Beltrán fue elevando la voz a medida que don Tello desgranaba la letanía aprendida de sus mayores, compendio del código de honor vigente entre las gentes libres de Castilla. Había crecido escuchando esas palabras en labios de su padre, hasta convertirlas en su santo y seña, su aspiración, su único anhelo. Lealtad, valentía, honra, honor. Estaba decidido a demostrar con hechos las dos primeras e incrementar con sus hazañas el honor de su familia, sostenido a través de los siglos por todos sus antepasados, ya fuesen hombres o mujeres, dado que también estas últimas habían derramado sangre defendiendo la frontera. De eso hacía ya mucho tiempo, aunque de vez en cuando su padre mencionaba a una mujer llamada Auriola, procedente de Navarra, que guardaba cierto parentesco con el bisabuelo Lope.

En el momento de tomar un camino llamado a determinar el rumbo de su vida, le pareció estar oyendo a don Pedro decir: «Ningún hombre puede amar ni honrar mejor, ni tener mayor caballería, que quien muere por su honra. Porque el caballero debe temer más ser vituperado que ser muerto. La vergüenza debe dar más pasión a su coraje que el hambre, la sed, el calor, el frío o cualquier otra pasión del trabajo o el cuerpo. Así como el yelmo de hierro defiende la cabeza, que es lo más alto y el miembro principal

entre todos los miembros del hombre, así la vergüenza defiende al caballero».

—Recordad —advirtió el adalid— que vuestra misión será secreta y nadie podrá conocerla nunca. Pase lo que pase, habréis de saber tener la lengua. De ello dependerá no solo vuestra vida, sino la de otras muchas personas.

—¿Quién querría presumir de haber sido comerciante? —respondió el chico con sorna.

—Esto no es una broma ni una chiquillería —endureció el tono don Tello—. No hagáis que me arrepienta de encomendaros una tarea tan delicada como necesitada de discreción, simplemente por respeto a vuestro padre. Si me falláis, le estaréis fallando a él por partida doble.

—Cumpliré con mi deber —zanjó el chico, definitivamente vencido en su resistencia por esa evocación de don Pedro taladrándolo con su mirada de reproche—. Y perded cuidado. Nadie oirá jamás de mi boca que viajé voluntariamente a un puerto del norte para embarcar en un navío cargado de pieles y pescado en salazón. Por mi propio bien y el de mi linaje, ese secreto morirá conmigo.



18

Hacia lo desconocido

De camino a las Asturias.
Verano del año 1231 de Nuestro Señor

Esa noche Beltrán compartió con los hombres de la guarnición del castillo un guiso que le supo a gloria, a pesar de estar aderezado con más nabos, cebollas, arvejos y habas secas que carne. En la escudilla le sirvieron una ración abundante, regada en salsa donde mojar pan, y se echó al coleto unos cuantos cubiletes de vino agrio, escuchando con deleite las chanzas subidas de tono de sus compañeros de mesa. ¿Qué más podía pedir? Eso era exactamente lo que había soñado siempre.

Animado por el caldo, insistió en ver a la condesa, aunque sus ruegos se estrellaron contra un muro impenetrable.

—¿Por qué razón recibiría ella a un don nadie como tú? —lo despachó con desprecio el guardia que vigilaba los aposentos de la

dama—. Vete antes de que mande prenderte y acabes en una mazmorra.

—Avisad entonces a don Tello —exigió él medio borracho.

Fue en vano. Acabó durmiendo la mona en el suelo del cuerpo de guardia, donde el grosor de las paredes amortiguaba el calor del verano jienense. Al día siguiente, ya despejado, agradeció que le impidieran ponerse en ridículo ante doña Aurembiaix, quien habría informado a su esposo de tan penoso incidente. El soldado que lo había frenado debió de apiadarse de él, porque ni siquiera el alcaide llegó a enterarse de lo ocurrido. En caso contrario, probablemente habría concluido que no era persona de fiar, frustrando con ello los planes acordados entre ambos la víspera.

A cambio de ese favor recibido de la Providencia a través de ese desconocido, Beltrán hizo el voto solemne de abstenerse de probar el vino, al menos mientras durara el trabajo que tenía entre manos. El dolor de cabeza con el que se había despertado le recordó los días aciagos de su regreso desde Jerez, cuando trataba de ahogar su derrota y su frustración en el licor barato que mandaba comprar a García a escondidas. Ese tiempo debía quedar definitivamente atrás. Además de jurárselo a Dios, se prometió a sí mismo no volver a las andadas. Eso facilitaría también su camuflaje entre los infieles en caso de que tuviese que hacerse pasar por uno de ellos, dado que su religión les prohibía beber el zumo de la vid. Todo sacrificio destinado a incrementar sus escasas posibilidades de éxito debía ser bienvenido. Toda renuncia era poca.

Don Tello fue a buscarlo a media tarde, con instrucciones concretas.

—Mañana al alba partiréis camino de Avilés en compañía de uno de mis mejores hombres, que os escoltará hasta allí. Llevaréis buenas monturas y provisiones para diez días, aunque espero que no tardéis tanto en salvar las ciento cincuenta leguas que os aguardan.

El chico nunca había oído hablar de dicha localidad, situada en las remotas Asturias. Tampoco era capaz de imaginarse una distancia tan larga. Suponía cruzar de sur a norte el territorio de la cristiandad hispana, atravesando varias sierras peligrosas. Diez días no parecían muchos, aunque trataría de recortar el plazo. Antes de salir, no obstante, hizo una petición madurada a lo largo de las últimas horas.

—Quisiera que devolvierais mi caballo a mi familia y me proporcionarais otro con el que emprender ese viaje. Vuestro hombre puede traerlo de regreso cuando yo embarque, junto al equipo militar que no necesitaré.

—Extraña demanda es esa —se sorprendió el adalid—. ¿Acaso lo habéis robado?

—No exactamente —respondió el chico con una media verdad—. Pero dado que probablemente no volverán a saber nada de mí, no quiero que me recuerden como a un ladrón que huyó de casa sin despedirse ni pedir permiso para llevarse ese animal.

—O sea, que lo robasteis.

—Rubio siempre fue mío, aunque lo comprara mi padre. Él es su legítimo propietario. Hacédselo llegar con la explicación que os parezca oportuna.

—¿Algo más?

—No. Eso bastará.

Ya completamente sobrio, le había dado muchas vueltas al asunto, hasta llegar a la conclusión de que nadie lo echaría de menos. Sonsacarían a García, quien terminaría por confesar haberlo visto marchar, y Fadrique celebraría perderlo definitivamente de vista. Don Pedro experimentaría algo parecido al orgullo, o al menos eso esperaba Beltrán, mientras que su madre sentiría pena y preocupación a partes iguales. Lo de siempre. Lo que reflejaban sus ojos cada vez que lo miraba, llenando su corazón de tristeza, humillación y rabia.

Odiaba esa lástima con todo su ser, por más que ella lo abrazara y tratara de mostrarle su cariño. Odiaba esa mano infausta que le impedía manejar la espada con la destreza requerida para ganarse el respeto de su hermano. Odiaba defraudar a su padre, a quien siempre había querido parecerse. Odiaba la vida que había llevado hasta entonces y prefería mil veces morir a seguir soportando el peso de esa existencia vacía.

* * *

Su compañero de aventura, Nuño, resultó ser hombre de pocas palabras, lo que brindó a Beltrán la oportunidad de reflexionar sobre el cometido de su misión durante las interminables jornadas a caballo que compartieron en silencio por senderos o calzadas, e incluso a veces campo a través, orientándose gracias al sol de día y las estrellas de noche, hasta poner seriamente a prueba la resistencia de sus cabalgaduras. Además de poseer una fortaleza física asombrosa, así como valor probado y habilidad en el manejo de cualquier arma, el soldado era ducho en esa tarea, que Beltrán

no tardó en aprender, pues intuía que en algún momento podría resultarle útil.

Según las instrucciones que le había proporcionado don Tello al detallarle el tipo de información que debía recabar y el mejor modo de conseguirla, su principal objetivo sería detectar los puntos más vulnerables de Sevilla, plaza fuerte de los almohades, que el rey don Fernando tenía el empeño de reconquistar en cuanto fuera posible. Beltrán debía entrar en la ciudad por el río Guadalquivir y hacer un estudio detallado de sus defensas, para lo cual viajaría a toda prisa hasta Avilés y allí se fabricaría una identidad falsa como comerciante en pieles o cualquier otro producto de cuantos eran objeto de mercadeo entre dicha ciudad portuaria y la capital de al-Ándalus. Después recalaría en Córdoba, donde establecería contacto con el barrunte a sueldo de don Álvar Pérez de Castro asentado allí, recibiría sus informes y se los trasladaría al caudillo castellano, previa resolución del problema consistente en hallar una forma segura de cruzar la frontera por tierra.

—¿Cuántas veces? —había preguntado el joven tratando de disimular su vértigo ante semejante encomienda.

—Las que sean necesarias y os veáis capaz de llevar a cabo.

De modo que allí estaba él, junto a ese mesnadero hosco cuya experiencia y apariencia fiera constituían su única garantía, aguantando la canícula, la sed, el miedo a la incertidumbre y el hambre, como antaño había hecho don Pedro. Demostrándoles a todos cuantos lo despreciaban que su coraje no desmerecía el del patriarca familiar. Aferrándose con todas sus fuerzas al amor propio para superar el impulso de dar marcha atrás y olvidarse para siempre de ese plan descabellado.

Si hubiese podido ver lo que sucedía en su hogar de Cazorla, habría comprobado que nada de lo que había imaginado era cierto, salvo tal vez lo referido a su hermano. Doña Catalina, desconsolada, no dejaba de llorar, culpándose a sí misma de esa fuga por su negativa a secundar las peticiones de ayuda de su hijo pequeño, mientras don Pedro había enviado a su amigo, Alonso de Ávila, tras los pasos del chico. No inmediatamente, pues en el fondo compartía la opinión de Fadrique, convencido de que regresaría a casa transcurridos dos o tres días agachando las orejas, pero sí al constatar que el tiempo pasaba y no volvía.

Para cuando reaccionó, tras la llegada a la tenencia de un jinete que sostenía las riendas de Rubio, ya era demasiado tarde. El hombre no sabía nada, o si algo sabía no soltó prenda, y el caballero abulense no halló rastro alguno de Beltrán, quien iba camino del norte sumido en un estado de ánimo extraño, a ratos eufórico y otros melancólico. Aun así, se atuvo a su promesa y rehusó probar el vino que le ofrecía de cuando en cuando su taciturno compañero.

* * *

Pese a ser el verano la temporada de la guerra y las aceifas, al principio su viaje resultó ser tranquilo. Los sarracenos andaban demasiado ocupados en resolver sus propias disputas internas como para adentrarse en territorio cristiano, máxime a sabiendas de la fuerza de la que disponía don Fernando una vez unificado su reino. No hallaron por ello ni rastro de guerreros musulmanes.

Allá donde la repoblación cristiana había devuelto la vida a los campos, los labradores segaban y recogían la cosecha de cereales

entre cánticos entonados por hombres, mujeres y niños, dedicados a distintas faenas; los arrieros acarreaban grandes tinajas de aceite de un sitio a otro, dando gracias al Señor por esa paz indispensable para su negocio, y tanto en las villas como en las aldeas se celebraba la abundancia con un derroche de comida, vino y jolgorio.

Aprovechando esas fiestas hacían su agosto juglares y equilibristas, los taberneros no daban abasto y en más de una población la multitud disfrutaba con una de sus diversiones favoritas, consistente en contemplar cómo unos cuantos ciegos distribuidos por la plaza, previamente cerrada, se acuchillaban entre sí en el empeño de herir a un puerco que corría entre ellos, enloquecido, para escapar a sus navajas. La recompensa para el ganador era el propio cochino, trofeo capaz de atraer a invidentes de todas partes, locos por saciar un hambre constante, ligada a su condición. La ceguera era, casi siempre, sinónimo de miseria, pues impedía a quien la sufría desempeñar trabajo alguno. Por eso era el castigo infligido a los culpables de faltas graves. Cegar a un hombre lo condenaba tanto a él como a su familia, obligada a cargar con él o abocarlo a la mendicidad.

Transcurridas cinco jornadas desde su partida, los jinetes hicieron parada y fonda en una villa llamada Madrid, situada más o menos a medio camino, en el valle de un río que a la sazón fluía casi seco. Los caballos necesitaban descanso y alguna herradura nueva. Ellos, una cena caliente, un jergón y en el caso de Nuño una buena cogorza.

En ese pequeño enclave amurallado, que crecía hacia abajo desde lo alto de un promontorio, fue donde Beltrán asistió por primera vez a un espectáculo al parecer muy antiguo y popular, en el que eran

lanceados toros excitados por perros de presa. El gentío expresaba a gritos su veneración por los protagonistas de ese combate singular, ya fueran bestias o personas. Se apostaba sobre quién saldría ganador y todos tenían fervientes partidarios. Ante sus ojos, una fiera descomunal de color negro azabache corneó a una montura demasiado lenta en el quiebro, descabalgando a su jinete. Este huyó, despavorido, aprovechando que la res se cebaba con el bruto, embistiéndolo una y otra vez hasta dejarlo exangüe en el suelo, con las tripas fuera y los ojos desorbitados.

—¿Habías visto alguna vez algo así? —preguntó el muchacho a su acompañante, quien observaba con atención.

—Alancear toros, sí —replicó él asqueado—. Esta carnicería, nunca.

* * *

La travesía de la sierra situada al norte de dicha localidad fue lo más complicado, aunque en ausencia de nieve la llevaron a cabo sin contratiempos, hasta que se dieron de bruces con un grupo de bandoleros cuya irrupción repentina erizó el vello de Beltrán, conocedor de la ferocidad característica de esas partidas.

—Ya tardaban en aparecer —escupió Nuño en tono desafiante, deteniendo a su montura en seco al tiempo que desenvainaba la espada—. Disponeos a pelear. Venderemos caro el pellejo.

Los cinco rufianes iban a pie, lo cual daba cierta ventaja a los caballistas, a pesar de su inferioridad numérica. Habían aparecido de repente desde detrás de un peñasco, en un paraje especialmente abrupto de la vía que había de seguir cualquiera que se dirigiera al

norte, ya fuese peregrino, mercader o novia al encuentro de su futuro esposo. Esas eran las presas habituales de esos salteadores, acostumbrados a despojar a sus víctimas de cualquier objeto de valor que llevaran, sin encontrar, las más de las veces, resistencia por su parte.

Asaltar a los viajeros constituía un delito grave que se castigaba con elevadas multas la primera vez y la horca en caso de reincidencia. Quebrantar la paz de un camino era atentar contra el rey, a quien era menester pagar cien maravedís, una fortuna, en concepto de compensación. Pero no había pena capaz de erradicar esa lacra. Cuanto más severa era la condena, más violentos los malhechores, a fin de no dejar testigos. Nuño y Beltrán, sin embargo, no iban a darles facilidades.

Durante un buen rato ellos dos y los criminales se miraron desde la escasa distancia que los separaba, midiéndose como lo hacen los lobos. Aquellos dos caballeros debían de ir provistos de buenas bolsas, pensaban los bandidos, aunque también de monturas y aceros habituados a desgarrar. Ellos sin embargo eran más, sabían usar el cuchillo y no tenían nada que perder.

—¿Qué hacemos? —inquirió el aspirante a barrunte con voz temblorosa.

—Esperar.



19

Ruy Pérez de Avilés

En el camino de las Asturias.
Agosto del año 1231 de Nuestro Señor

La espera pareció eternizarse en ese cara a cara a vida o muerte que había congelado el tiempo en un páramo perdido de aquella sierra sin nombre. Ninguno de los presentes estaba dispuesto a retroceder, pero tampoco avanzaba. Nadie daba el primer paso.

Nuño miraba fijamente a uno de los asaltantes, que vestía un sayo andrajoso y se cubría parcialmente el rostro con un sombrero de ala ancha, sin pestañear siquiera. Beltrán mantenía la concentración, presto a entrar en combate mientras notaba cómo el sudor le resbalaba por la espalda además de perlarle la frente. Cuando ya no aguantó más, desembuchó la pregunta que le quemaba en los labios:

—¿A qué estamos esperando?

—A ver si nos atacan o se marchan. Eso están calibrando mientras nos observan. El que va delante, su jefe, debe de estar preguntándose quién será el primero en caer.

—¿Y quién será?

—Él. Si dan un solo paso en nuestra dirección, yo me encargo de esa escoria y vos del que está a su izquierda. Después, Dios dirá.

No fue precisa la intervención del Altísimo, porque los ladrones optaron finalmente por la retirada. El aspecto de Nuño no invitaba a buscarle las vueltas y tampoco el otro, pese a su corta edad, parecía totalmente inocuo. Mejor dejarlos tranquilos y aguardar una oportunidad mejor. Antes o después caería en sus garras algún incauto desarmado a quien desplumar impunemente. Antes o después atraparían a alguna mujer a la que violar antes de asesinarla. No merecía la pena arriesgarse con dos hombres a caballo decididos a luchar.

* * *

Don Tello había dicho diez días, pero les llevó doce, contando el que se tomaron de asueto después de ese encontronazo. A finales de agosto alcanzaron al fin Avilés, donde el otoño parecía haberse adelantado. Caía una lluvia fina que empapaba los tabardos, el aire era fresco, en los prados las vacas pastaban hierba color esmeralda y el mar andaba revuelto.

—Ya estáis en las Asturias —anunció con desgana Nuño—. Yo me vuelvo a Martos. Aquí me duelen los huesos. Este tiempo no es para mí.

—Id con Dios —se despidió Beltrán, ocultando lo mejor posible su inquietud creciente ante la insensatez en la que se había metido él solo sin medir bien las consecuencias.

—Que sus ángeles os protejan. Lo vais a necesitar.

* * *

La villa de Avilés se asomaba a una ría que era su razón de ser, su principal fuente de riqueza y también su amenaza constante, dado que por ella habían penetrado en el pasado los terribles hombres del norte venidos a saquear, matar y sembrar el terror. Ese brazo de mar protector, libre de las furias del Cantábrico, era su puerta abierta al mundo, la vía por la que entraban y salían las mercancías hacia los puertos del Atlántico y el embarcadero donde era cargada la valiosa sal de su alfolí, cuyos beneficios alimentaban a buena parte de la población.

No era esta muy numerosa, unas trescientas almas a la sazón, cobijadas en el interior de una muralla cuya solidez sorprendió a Beltrán por compadecerse mal con el lugar que defendía. Debía de tratarse de un burgo muy rico o muy importante en términos estratégicos para justificar la edificación de semejante estructura, cuyo mantenimiento no resultaría barato. Seguramente por eso, caviló el chico, había sido el lugar escogido por don Tello como punto de partida hacia su misión, necesitada de una cobertura verosímil para poder alcanzar el éxito. Avilés era a buen seguro uno de los puertos más destacados de toda la España cristiana. De allí zarparían abundantes barcos mercantes donde él podría camuflarse sin demasiada dificultad.

Aparentando una seguridad que estaba lejos de sentir, se dirigió al primer hombre con el que se cruzó para preguntarle por el merino, en aras de recabar su ayuda indispensable.

—¿Cuál de los dos? —inquirió el paisano con amabilidad.

—¿Hay dos merinos aquí? —El tono del recién llegado reflejaba una incredulidad evidentemente despectiva, que causó malestar al avilesino.

—Sí, señor. —Alzó la cabeza, ufano, al tiempo que hinchaba el pecho—. Y los dos son vecinos de la villa, nombrados a satisfacción del consejo. Así lo dispone nuestro fuero, que nos exime de pagar portazgos y otros tributos. Aquí todos somos libres e iguales, ya sean infanzones, potestades, condes o simples pescadores como yo.

—Decidme entonces dónde puedo encontrar al de mayor edad —reculó el muchacho, avergonzado.

—Ese está enfermo. Id a ver a Odoario. Lo encontraréis en la casa grande de piedra situada junto a la iglesia de San Nicolás.

* * *

Beltrán era portador de una carta, firmada por la condesa con el sello de su esposo, Álvar Pérez de Castro, que le había entregado don Tello justo antes de su partida, junto con una bolsa bien provista de monedas de oro y plata acuñadas tanto en Castilla como en al-Ándalus. Armado de ese documento se presentó ante el oficial real, quien mandó leer el escrito a un diácono al que hizo venir a toda prisa del templo vecino. El pergamino surtió el efecto de un talismán, porque el merino se puso de inmediato a sus órdenes y le facilitó todos los trámites necesarios para embarcar en la primera

nao con rumbo al sur, que tenía previsto zarpar en cuanto la mar lo permitiera.

—Compartiréis travesía con uno de nuestros capitanes más respetados y queridos, Ruy Pérez, quien, como vos, desea poder entrar en Sevilla sin despertar sospechas.

Esa información inesperada desconcertó por completo a Beltrán, además de provocarle una ola de indignación que le encendió las mejillas. ¿Acaso no se fiaban de él y habían encomendado la misma misión a otro escucha? ¿En tan poca estima lo tenían?

—Eso no es posible —protestó airado.

—Él mismo os lo explicará —se justificó Odoario, temeroso de haber ofendido a una persona recomendada nada menos que por el poderoso caudillo de la frontera—. Tened la bondad de acompañarme.

Caminaron juntos hasta el puerto, a cuyo alrededor se arracimaban varias tabernas poco frecuentadas a esa hora. Frente a ellas, a ras de muelle, hombres y mujeres destripaban y salaban con pericia pescado recién salido de las redes para su traslado a las ciudades del interior. Otros se afanaban en empaquetar sal procedente del alfolí situado allí cerca en sacos de distintos tamaños, y los estibadores, gentes fornidas, los cargaban en la bodega del barco que pronto se haría a la mar, junto a voluminosos fardos de pieles y algún otro bulto menor.

—Ahí lo tenéis —dijo el oficial señalando a un hombre de complexión fuerte, moreno de piel, barba poblada y cabello oscuro, que rondaría los veinte años de edad. Estaba sentado en un taburete que parecía a punto de sucumbir a su peso, frente a una

mesa donde descansaban una botella de color verduzco y un cubilete ancho de madera.

Hechas las presentaciones, el merino se marchó con prisa, alegando un compromiso. No quería estar presente si asomaban los cuchillos, lo que, a la vista de la reacción mostrada instantes antes por ese joven de aspecto noble, no resultaba en absoluto descartable.

Fue Rui Pérez quien rompió el hielo, ofreciendo al forastero un culín de sidra que se encargó de escanciar, sin derramar demasiada, en el mismo vaso que estaba usando.

—Apuradla rápido o perderá su gracia —le invitó a echársela al coleto.

—No estoy para gracias —refunfuñó Beltrán, huraño.

—¿Me insultáis negándoos a beber conmigo?

—Nunca bebo con desconocidos —respondió el chico, intentando desesperadamente ocultar su rabia y su confusión.

—Ya nos han presentado. —Ruy parecía divertido, lo cual enfurecía todavía más a Beltrán—. Aunque no tengo inconveniente en repetir lo dicho por Odoario y añadir algo más de mi cosecha: me llamo Ruy Pérez, soy hijo de Pedro Pérez, navegante desde que aprendí a tenerme en pie, marino, avilesino y futuro capitán de una nao llamada a realizar grandes proezas.

—Yo soy Beltrán López de Cazorla —engoló la voz el joven—. Y sirvo al mismísimo Álvar Pérez de Castro.

—Lo sé.

—No deberíais.

—Solo sé lo que conviene a la causa de don Fernando, que resulta ser mi señor puesto que en la villa del rey solo hay vasallos suyos.

Ese alarde de arrogancia incrementó la tensión entre ambos, hasta el punto de hacerla palpable a simple vista. Tal vez habrían llegado a las manos de no ser porque en ese instante interrumpió la conversación el tabernero, quien se acercó hasta donde estaban llevando un caldero humeante repleto de unos extraños bichos negros que arrojó sobre la mesa sin demasiado cuidado, dejando caer algunos al suelo.

—¡Buen provecho!

—¿Quién se comería esta inmundicia? —exclamó Beltrán con gesto asqueado.

—Los llamamos percebes y os aseguro que son una verdadera delicia —replicó el de Avilés, hincando el diente al primero, previa extracción de su carne empleando con maestría la uña del dedo pulgar—. Pero si no queréis catarlos, allá vos.

—¿Por qué motivo viajáis a Sevilla en un navío mercante? —retomó su interrogatorio el sureño, decidido a esclarecer las cosas.

—Por el mismo que vos —repuso Ruy con la boca llena—. Y ahora hacedme caso, dad un mordisco al mar contenido en esta cosa tan fea. No habréis probado nada mejor.

—Dejaos de pamplinas y explicaos —impostó altanería Beltrán—. O habréis de hacerlo ante el merino, que conoce la autoridad de la que he sido revestido por el Castellano en persona.

Entre percebe y percebe, regados con abundante sidra, el marino asturiano relató el porqué de esa coincidencia que tanto había irritado al muchacho y tan poco le agradaba a él.

Lo último que deseaba Ruy Pérez era embarcarse en una travesía incierta, nada menos que hasta el río Guadalquivir, bordeando toda la costa atlántica en una nao de carga incómoda y desarmada, bajo

el mando de otro capitán. Él estaba acostumbrado a gobernar su propio barco, poco mayor que un ballenero, con el que más de una vez, no obstante, había hecho frente a los corsarios que infestaban las aguas del Cantábrico.

Pérez era un soldado, un luchador imbuido de espíritu guerrero, pero también un leal vasallo del rey. Por eso anteponía a sus deseos su deber de servirle, aunque no se hallara sitiado y en peligro evidente, tal como establecía el fuero que eximía a los vecinos de la villa del servicio de armas obligatorio para la inmensa mayoría de los hijos de Castilla. Él no actuaba por imposición, sino movido por el honor y respondiendo a la petición de su pariente, Ramón Bonifaz, ricohombre burgalés procedente de Briviesca.

Bonifaz, navegante al igual que Rui, pero, a diferencia de este, mercader enriquecido con el comercio marítimo, llevaba tiempo preparando un plan destinado a ofrecer a don Fernando en bandeja la capital almohade que tanto ansiaba reconquistar el soberano. La idea se hallaba todavía en fase embrionaria y para poder concretarse requería de una información que únicamente un marino experto, ducho en el combate naval, podía proporcionarle. Y ahí era donde intervenía ese sobrino lejano cuya reputación de bravo guerrero había llegado hasta sus oídos. El joven le prestaría sus ojos en esa etapa preparatoria, a cambio de lo cual ocuparía un lugar destacado cuando llegara la hora de poner en práctica la operación.

—El merino es buen amigo mío —espetó Ruy a su interlocutor, con más conmiseración que enfado—. Me ha revelado a grandes rasgos el motivo de vuestra presencia aquí y sería mejor para todos evitarle tener que tomar partido en una disputa en la que llevaríais todas las de perder, os lo aseguro.

—¿Qué vais a hacer a Sevilla y Córdoba? —insistió Beltrán, cada vez más furioso.

—A Córdoba, nada, eso os lo dejo a vos. En Sevilla debo tomar nota de la forma en que están dispuestas las defensas que guardan el río, con el fin de informar a alguien muy importante y cercano al monarca para que él, a su vez, pueda estudiar la mejor forma de neutralizarlas.

Dicho lo cual le habló extensamente de don Ramón de Bonifaz.

El chico se disponía pese a todo a protestar por esa usurpación de sus funciones, aunque renunció al constatar que Pérez se le adelantaba con argumentos inapelables:

—¿Habéis navegado alguna vez? Presumo que no. ¿Tenéis la menor idea de cómo se arma una flota? Tampoco. ¿Seríais capaz de detectar a simple vista qué lugares constituyen los puntos fuertes y débiles del acceso a la ciudad a través del Guadalquivir? La respuesta es la misma.

—Pero don Álvar…

—No hay peros que valgan, sed razonable. Trabajemos juntos en esto, todos saldremos ganando. Os ofrezco mi mano y, con ella, un pacto de lealtad entre nosotros.

Beltrán acabó cediendo, vencido por la contundencia de las razones expuestas y por el alivio íntimo que le produjo delegar en alguien mejor preparado que él una responsabilidad tan grave como la relativa a Sevilla. De ese modo podría centrarse en el cometido que le aguardaba en Córdoba. Su misión seguiría siendo extremadamente peligrosa, pero al menos no estaría solo. Además, le había sorprendido agradablemente saber que un hombre dedicado al comercio compatibilizaba esa actividad con el oficio de la guerra y

tenía trato directo con el rey. Tal vez no fuese tan vil, después de todo, el disfraz escogido por don Tello para darle una oportunidad de servir él también al monarca de esa manera tortuosa, según la expresión empleada por García al referirse al vuelo de las aves y su augurio.

Esa doble sensación de liberación disipó su enfado por completo y le abrió el apetito, lo que le permitió descubrir que, tal como le había asegurado Ruy, esos bichos de aspecto horrible eran en verdad muy sabrosos y combinaban bien con la sidra. La bebida, extraña para él, no podía compararse al vino, aunque también alegraba el espíritu sin obligarle a romper la promesa hecha al Altísimo en el castillo de Martos.



20

Mare ignotum, mare tenebrosum

A orillas de Cantábrico.
Verano del año 1231 de Nuestro Señor

La nao en la que los nuevos compañeros de armas debían navegar hasta Sevilla tendría unos sesenta pies de eslora y estaba impulsada por una gran vela cuadrada que sostenía un único palo situado en el centro de la cubierta. La popa y la proa parecían ser simétricas, el timón lateral se encontraba a estribor y las cabezas de los baos atravesaban el casco de tingladillo a fin de darle estabilidad. El conjunto le pareció bastante sólido a Beltrán, quien nada sabía de barcos y se había jurado a sí mismo fiarse de la pericia del hombre que lo gobernaba. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Cuando subieron a bordo, unas horas antes de zarpar con la marea, media decena de marineros se afanaba en atar o desatar cabos siguiendo órdenes del capitán mientras otros tres terminaban

de asegurar la carga estibada en la bodega: sal, pieles de marta por las que obtendrían un elevado precio en el sur, algunos barriles de pescado en salazón y cierta cantidad de oro procedente de las minas locales, cuyo valor se multiplicaría por tres o cuatro en al-Ándalus, al carecer ellos de dicho metal precioso y exportar el venido del norte a todo el mundo musulmán. También llevaban la correspondiente provisión de agua dulce, vino, sidra, bizcocho, tasajo, queso y nueces para alimentarse a bordo.

Entre esas mercancías, apiladas siguiendo el orden preciso para equilibrar su peso, se hicieron un hueco el de Cazorla y Ruy Pérez, junto a sus hatillos, acomodándose lo mejor posible a pesar de la escasez de espacio. Únicamente el timonel disponía de un pequeño alojamiento en alcázar de popa, previsto para darle cobijo durante las navegaciones de altura, que también servía de plataforma elevada en caso de entrar en combate. Los demás tripulantes dormían al raso o bajo cubierta, hacinados como sardinas en sus toneles.

Al principio, una vez superado el mareo inicial, la singladura resultó ser grata. El tiempo era agradable, lucía el sol en un cielo cuyo azul profundo se fundía con el del océano en el horizonte y un viento constante impulsaba la nave hacia el oeste a buen ritmo. Beltrán había oído hablar de las criaturas monstruosas pobladoras de los abismos marinos y no se acercaba a las bordas por miedo a caer al agua, pero los marineros lo reconfortaron haciéndole saber que nunca habían visto nada mayor o más aterrador que una ballena en la distancia. Además, navegarían bordeando la costa, sin adentrarse en lo desconocido, en aras de prevenir encuentros indeseados.

Esos días templados, de feliz holganza, Beltrán disfrutó charlando con Ruy y el capitán de la coca, buen conocedor de la tierra hacia la cual navegaban, quien tenía su propia opinión sobre esos sarracenos en quienes sus pasajeros veían a feroces enemigos:

—Ni los cordobeses ni los sevillanos son guerreros —aseguró rotundo en cuanto tuvo ocasión—. Son comerciantes, los conozco bien. Les interesa más el oro que el acero.

—Decídselo a mi padre, que perdió las piernas combatiéndolos en la batalla de las Navas de Tolosa —replicó Beltrán, ultrajado por esa afirmación a su juicio frívola y falaz.

—Los que lucharon allí fueron sobre todo africanos —repuso el marino sin alterarse—. He oído decir a más de un andalusí que muchos de ellos se retiraron a las primeras de cambio, lo que aceleró la derrota del ejército almohade.

—¡¿Restáis mérito al sacrificio heroico de los cristianos?!

Beltrán nunca había escuchado esa versión de los hechos acaecidos antes de que él naciera y no solo le parecía inverosímil, sino intolerable. La hueste comandada por el rey Alfonso, en cuyas filas había derramado su sangre don Pedro, no debía la victoria a la defección de ningún sarraceno, sino al coraje de sus integrantes, así como al favor de Dios. ¿Quién era ese marinero para cuestionar esa verdad sagrada?

—Ni quito ni pongo nada, muchacho. —El capitán acompañó sus palabras de una mirada desdeñosa—. Os digo lo que hay. Esa gente está dispuesta a reclutar mercenarios de todas partes y pagarles lo que haga falta para que defiendan su tierra, pero no a derramar su propia sangre. Por eso acabaremos ganando esta guerra.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —terció Ruy Pérez, atisbando en esa impresión fundada una revelación de suma importancia.

—Llevo años tratando con ellos. Como os digo, gente pacífica y laboriosa, que no rechaza un buen negocio ni tampoco un vaso de vino.

—¿No lo prohíbe su religión? —se extrañó el joven, sorprendido ante un retrato que contradecía en lo esencial todas sus expectativas.

—Solo cuando se emborrachan. Eso cree la mayoría. Son devotos de su dios, pero detestan a los africanos, sus imposiciones, sus castigos y el rigor extremo de su credo, más incluso que a nosotros.

—¿Por qué nos combaten entonces con tanto encono? —volvió a la carga Beltrán.

—Según su modo de ver, somos nosotros los que les combatimos a ellos. Todo es cuestión de perspectiva.

—¡Hispania fue nuestra antes que suya! —exclamó el muchacho, repitiendo el argumento tantas veces escuchado en labios de su padre.

—De eso hace mucho tiempo, chico. Nadie se acuerda.

* * *

La navegación transcurrió sin novedad hasta alcanzar el cabo de Finisterre, momento en el cual se desató el infierno. El ojo experto del capitán, siempre atento, detectó el muro de nubes negruzcas que se alzaba en la distancia cual ejército compacto dispuesto a lanzarse al ataque y anunció con autoridad:

—Se avecina una galerna de las gordas. Todo el que no tenga algo que hacer aquí, a la bodega. ¡Rápido!

La tripulación sabía exactamente cómo actuar, al igual que Ruy Pérez. Únicamente el forastero desconocía la furia de ese océano impredecible, del cual hasta ese momento solo había visto la cara amable.

Eso no iba a tardar en cambiar.

Mientras el timonel se ataba fuertemente a la barra, dispuesto a librar su particular duelo con las olas, los marineros que habían permanecido en cubierta arriaron la vela y aseguraron lo mejor posible cuantos objetos pudieran ser arrastrados por el agua, antes de bajar a hacer lo propio con la carga de la bodega. Si el zarandeo al que iba a ser sometida la nave lograba soltar las sogas, los fardos se tornarían en proyectiles cuyo movimiento descontrolado acabaría hundiéndola. Y aquello se iba a mover mucho más de lo deseable. Por esa razón fueron apagados con celeridad todos los candiles de a bordo, ya que, de volcarse alguno, podría provocar un incendio de consecuencias letales. El fuego en medio del mar era, de todas las posibles catástrofes, la más temible.

Acurrucado en su rincón oscuro, abandonado por el de Avilés, quien hacía gala de su veteranía ayudando a la marinería a capear la tormenta, Beltrán percibió el primer golpe fuerte de las olas en el casco como algo parecido a una lanzada. Un impacto brutal que hizo crujir las bordas y arrastró su cuerpo indefenso por el suelo empapado, hasta llevarlo a chocar dolorosamente contra un tonel. Entonces se dio cuenta de su impotencia e insignificancia. En ese momento era semejante a un insecto atrapado en un cascarón, al

albur de un piélago iracundo. Una criatura desvalida sujeta a la misericordia divina.

La lanzada se repitió una y otra vez, con brutalidad creciente. Los golpes del mar provocaban sacudidas aterradoras en todas las direcciones, levantando el barco como si un gigante jugara con él para dejarlo caer violentamente desde su altura, inclinándolo a un lado u otro hasta amenazar con vencerlo y barriendo la cubierta con auténticas montañas de agua que no tardaron en abrirse paso a chorros hasta el corazón del navío, donde trataban de guarecerse unos hombres que a esas alturas rezaban, entre embestida y embestida, encomendándose a Jesús y a toda su corte celestial.

También Beltrán, como el resto, elevaba su plegaria muda, convencido de estar a punto de comparecer ante el Creador. Había vomitado todo cuanto cabía en sus tripas y manifestado su espanto a gritos incontenibles. Por fin le había visto el rostro a la muerte para descubrir que no era una mano tendida hacia la gloria y la luz de Dios, sino una bestia hambrienta que lo rondaba sin prisa, lanzando zarpazos traicioneros con sus garras inaprensibles.

* * *

¿Cuánto duró el tormento? Podrían haber sido horas o días, porque en el mismo momento en que aceptó su destino y se entregó a la guadaña que lo arrastraba hacia el fondo helado, Beltrán perdió la esperanza y con ella la noción del tiempo. A partir de ese instante su mente se sumió en una suerte de trance sombrío, entretejido de terror, nostalgia, arrepentimiento y pena. Una sensación amarga

como la bilis verdosa que aún expulsaba su cuerpo entre espasmos incontrolables.

Durante esa eternidad doliente pensó mucho en su madre. En su delirio febril la imagen de doña Catalina se confundía con la de la santa Virgen, brindándole el consuelo de su ternura. Le confortaba con esa sonrisa comprensiva, piadosa, que tanto le había irritado a su regreso de Jerez y tanto agradecía ahora, enfrentado a un final inevitable. Se aferraba a ese amor incondicional y protector que él había confundido con desprecio. Buscaba ese puerto abrigado al que ya no regresaría.

Después de su primera y única batalla campal, mientras convalecía de sus heridas, había visto a los moribundos invocar a sus madres entre alaridos de dolor. Entonces esas llamadas le habían parecido pueriles, delirios propios de hombres privados de su cordura. Ahora comprendía el porqué de esa necesidad desesperada. Ellas representaban el último asidero a la vida que se escapaba. Sus rostros, sus ojos, el olor de su piel cálida constituían el primer recuerdo atesorado en sus memorias y el que deseaban llevarse consigo en ese trance aterrador que era el tránsito de la morada conocida a la que aguardaba en el cielo.

—Perdóname —se oyó musitar entre dientes, como si la voz perteneciese a otro.

Junto a Catalina vino a visitarle también el espíritu de don Pedro, revestido de severidad y censura. ¿O era su propia conciencia la fuente de esos reproches? Fuese quien fuese, le echaba en cara con dureza haber abandonado su hogar sin despedirse de sus progenitores, escuchar sus consejos u honrarlos con la conducta que se esperaba de él. Ahora era demasiado tarde. Pronto desaparecería,

tragado por ese inmenso océano, sin dejar el menor rastro que ellos pudieran seguir ni una tumba en la que recordarle. Su paso por este mundo habría sido tan efímero como carente de un propósito.

Tiempo perdido.

* * *

—¡Beltrán, muchacho, espabilad, ya pasó lo peor!

Ruy Pérez sacudió con fuerza a su compañero, que yacía inmóvil en el pantoque medio inundado, hecho un ovillo, entre vómitos. Desprendía un fuerte olor que se mezclaba con el hedor de las pieles mojadas.

—No os avergoncéis y subid a lavaros. A todos nos ha ocurrido alguna vez.

Era posible que así fuera, lo cual no terminó de tranquilizar al joven, que se debatía entre el alivio de haber sobrevivido al desastre y el bochorno de haberse comportado como una criatura de pecho. ¿Dónde quedaba su honor? ¿Qué había sido de su dignidad?

—No sois el primero ni seréis el último que devuelve hasta la primera papilla—insistió Pérez, leyendo la conmoción que mostraba ese rostro angustiado, teñido de un color verdoso reflejo de su malestar físico—. Es natural, al menos con la primera tormenta. Y vuestro bautismo ha sido duro. Ya os acostumbraréis.

Si de algo estaba seguro en ese instante el de Cazorla era de que jamás se habituaría a ese horror ni se pondría en situación de volver a sufrir algo parecido. Él era de tierra adentro, ahora lo veía claro, y no tenía intención alguna de tentar nuevamente a la suerte.

—¿Cuántos hombres se han perdido? —inquirió, persuadido de que serían muchos.

—Gracias a Dios, ninguno. La mar nos ha puesto a prueba, pero el barco ha resistido, al igual que la tripulación. Ahora toca achicar agua, para lo cual nos faltan manos. Recomponeos, cambiaos de ropa y haceos con un recipiente adecuado para la tarea.

No necesitó repetírselo. Imbuido de nuevos bríos, producto de ese renacer que no había osado esperar, el pequeño de los López se armó de un caldero de cobre con el que trabajó como el que más.

Después de la experiencia sufrida se sentía diferente. Más sabio, reconciliado consigo mismo y con la vida e incluso más valiente. Una vez conocido el terror en su manifestación más cruda, pocas cosas podrían llegar a asustarlo… o al menos eso creía él.



21

Sevilla, capital de al-Ándalus

En el puerto de Sevilla.
Septiembre del año 1231 de Nuestro Señor

A pesar del retraso sufrido a causa de la tempestad, a las dos semanas y media de partir de Avilés arribaron a la desembocadura del Guadalquivir y, al poco de seguir su cauce, dieron vista a Sevilla, cuya inmensidad contrastaba con el tamaño de cualquier población que hubiese contemplado antes Beltrán. No en vano había sido convertida por los almohades en su capital en al-Ándalus. Ellos habían impulsado importantes obras de ampliación, embellecimiento y, por encima de todo ello, refuerzo de sus defensas. Lo que percibió en una primera ojeada Ruy Pérez desde la distancia le hizo torcer el gesto, pues era evidente que iba a ser difícil hallar puntos vulnerables por donde atacarla.

—Don Fernando tendrá que emplearse a fondo —comentó para sus adentros.

Estaba impresionado ante la formidable malla de piedra, acero y madera desplegada por los sarracenos para salvaguardar su preciada plaza.

En ese 1231 del Señor, la grandiosa ciudad andalusí escogida por los africanos como sede de su poder les había sido arrebatada por Ibn Hud, aunque su nuevo dueño ponía idéntico empeño en preservarla de eventuales ataques. Algunos años atrás, aprovechando la ausencia del califa al Mamún, obligado a cruzar el estrecho para enfrentarse a su propio hermano, el astuto caudillo murciano se había hecho con el control de la valiosa urbe, consolidando con ello su dominio sobre prácticamente todo el territorio musulmán de la península ibérica. Pero las disputas con sus correligionarios no cesaban y el avance del rey cristiano parecía imparable, tal como había tenido ocasión de comprobar recientemente en los campos de Jerez. De ahí que se preocupara de mantener alta la guardia y cuidar ese enclave crucial como a la niña de sus ojos.

Situada en la margen izquierda del río, Sevilla estaba rodeada por una sólida muralla de reciente construcción, jalonada de altas torres guardianas de las puertas que daban acceso a su interior. Intentar el asalto por tierra supondría un altísimo coste en vidas, además de imponer la necesidad de un largo y costoso sitio previo destinado a debilitar la resistencia de sus habitantes. Un asedio tan difícil como de dudosa utilidad, dado que el río constituía una arteria capaz de garantizar un suministro constante de alimentos y otros bienes. Además, ante la posibilidad de que esa vía pudiese ser bloqueada de

algún modo, se había previsto la forma de abastecer al núcleo central de la población desde la ribera opuesta.

Los guerreros africanos conocían bien el valor del Guadalquivir, porque ellos mismos habían conquistado su bastión entrando por allí. Con el propósito de evitar que otros emplearan la misma táctica, se habían preocupado de fortificarlo cuidadosamente, mediante una doble barrera tremendamente difícil de salvar, por no decir inexpugnable.

—No, decididamente no va a ser fácil —repitió el marino asturiano, esta vez en voz alta.

* * *

En aras de optimizar su visión del conjunto, el de Avilés se había subido al castillo de popa habilitado para el timonel y desde allí observaba atentamente el cuadro desplegado ante sus ojos. Así, a medida que la nave remontaba muy despacio el cauce, vio cómo se iba destensando la gigantesca cadena tendida desde una torre redondeada de doce ángulos situada a estribor, recién construida a juzgar por su aspecto, hasta otra edificación semejante, algo más pequeña, levantada en la margen opuesta. Para cuando el barco, que navegaba muy despacio, alcanzó su altura, había desaparecido por completo bajo la superficie. Dedujo al instante que, mediante algún mecanismo ingenioso, los vigilantes del puerto levantaban o bajaban el artilugio en cuestión, facilitando o impidiendo el acceso de los navíos al puerto emplazado justo detrás.

—Lo tienen bien calculado —le dijo al viento, sin poder evitar sentir una admiración genuina hacia los creadores de ese obstáculo

movible cuyos eslabones debían presentar un grosor considerable—. Están dispuestos a defender su capital con uñas y dientes.

Pero aquello era solo el principio.

Tras la cadena se encontraban los muelles, con sus edificios anejos, y algo más al norte un segundo muro fluvial consistente en un puente flotante que atravesaba el río de orilla a orilla sobre una hilera de barcas amarradas entre sí mediante sogas, cubiertas de tablones dispuestos a modo de tarima y dotadas de barandillas que daban estabilidad al conjunto y comodidad a los transeúntes. Una vía de abastecimiento segura en caso de asedio de la ciudad, a la par que un escollo insalvable para cualquier embarcación enemiga.

Los extremos de esa formidable estructura estaban sujetos a su vez a sendas fortificaciones de piedra situadas a ambos lados del río con la misión de custodiarla. Si la que se alzaba en la ribera oriental parecía sólida, el castillo construido enfrente, con un muro de diez torres, foso y barbacana, resultaba inconquistable.

Sevilla, la joya que el rey Fernando ansiaba añadir a su corona, no iba a ser presa fácil. Harían falta coraje, astucia y audacia para superar la tupida red que la guardaba de ojos codiciosos.

* * *

Mientras los marineros descargaban el barco con la ayuda de estibadores locales, el capitán se dirigió a la aduana dejando a bordo a los insignes pasajeros que habían compartido con él la travesía. Cuanto menos lo vieran con ellos, mejor sería para su negocio y su seguridad personal.

Los dos supuestos comerciantes se habían engalanado antes de subir a la cubierta, pues se esperaba de ellos que vistieran de la manera apropiada al papel que representaban. De ahí que lucieran pellotes de ricas telas y colores vivos, cárdeno el de Avilés, bermejo Beltrán en razón de su juventud, calzaran zapatos nuevos, entallados y a cuerda, milagrosamente salvados del agua, y portaran capiellos vistosos, redondo y bordado el muchacho, de copa abollada en forma de boina su compañero. Pese a lo avanzado del verano, el calor seguía siendo agobiante, por lo que habían prescindido de la garnacha y el tabardo aguadero que tanto habían agradecido mientras navegaban por latitudes septentrionales más frías.

Ninguno de los dos bajó a tierra en un principio, aunque dedicaron los días siguientes a recorrer calles y mercados observando detenidamente cuanto habían venido a estudiar. Ruy Pérez tenía pensado regresar a Castilla cuanto antes, una vez cumplida su misión, mientras el hombre del Castellano cambiaría de embarcación a fin de viajar hasta Córdoba, junto a parte de la carga, en una barcaza de fondo plano más adecuada para la navegación fluvial.

Lo que sí hizo desde esa misma noche el navegante avilesino, incapaz de conciliar el sueño, fue empezar a pergeñar una estrategia de ataque; algo parecido a un plan con el cual poder presentarse ante su pariente, Ramón Bonifaz, quien esperaba de él no solo nuevas, sino propuestas.

Necesitado de compartir lo que bullía en su cabeza, le comentó el fruto de sus reflexiones al muchacho que yacía a su lado en la cubierta, librando su propio combate contra el insomnio provocado por la inquietud creciente ante su futuro inmediato, aliada a la tristeza que le mordía las entrañas. Ese 9 de septiembre había

cumplido diecisiete años sin una felicitación ni mucho menos un regalo. ¿Quién iba a hacer una cosa u otra si nadie le conocía lo suficiente como para saberlo? Estaba rodeado de extraños en un entorno terriblemente hostil. Únicamente se tenía a sí mismo y a ese compañero de fortuna que pronto regresaría a su tierra dejándolo allí solo, a merced de los sarracenos.

—¿Estáis despierto? —inquirió el avilesino, sabedor de que así era.

—Lo estoy —confirmó el chico, sin decir una palabra sobre la circunstancia que lo tenía sumido en ese estado de melancolía.

—¿Preparado para lo que os aguarda?

—Tanto como es posible estarlo, lo cual no es decir mucho.

—Habrá que partir esa cadena y después romper el puente de algún modo —le espetó entonces Ruy Pérez a bocajarro, sin molestarse en explicar previamente la naturaleza de sus pensamientos.

—¿Cómo decís? —contestó Beltrán sin comprender.

—Digo que para tomar Sevilla será necesario incomunicarla previamente de esa fortaleza donde va a morir el puente de barcas que tenemos ante nosotros, para lo cual será indispensable ingeniar una manera de llegar hasta él, quebrando la cadena que lo protege y, acto seguido, troncharlo.

—¿Se os ocurre alguna?

Beltrán no había dedicado un instante a tratar de resolver ese espinoso problema. Tal como le había advertido en su día el marino, su carencia total de conocimientos navales o experiencia de combate en el mar lo incapacitaban para ser de alguna utilidad en el desafío que representaba la capital de los almohades. Bastante tenía con sobrellevar sus preocupaciones, devanarse la sesera buscando la

forma de encontrar en Córdoba al escucha con quien debía reunirse, obtener de él la información de la que dispusiera y salir de allí sin ser descubierto para llevársela a su señor.

La parte sevillana de la misión se la había adjudicado el de Avilés, aparentemente con la aquiescencia de un notable ciudadano burgalés cercano al soberano. Suya sería la gloria, si es que alcanzaba el éxito, y suya también la responsabilidad en esa hora de zozobra en la que todo eran interrogantes.

—Una nave provista de algo parecido a una sierra en la proa.

—Me resulta inimaginable.

—Habrá que pulir los detalles, por supuesto, pero girará en torno a esa idea, por descabellada que parezca. Y también será preciso reforzar su casco en ese punto, además de lastrarla con piedras a fin de convertirla en algo parecido a un ariete.

Durante las horas que siguieron, hasta el alba, los dos castellanos estuvieron especulando sobre las posibilidades de destruir esa barrera acorazada acometiéndola con embarcaciones construidas a tal efecto como híbridos gigantescos de tenaza y martillo fluvial. ¿Cuántos harían falta, dos, tres, acaso más? ¿Qué cantidad de lastre deberían llevar y dónde para que causaran el mayor daño posible al estrellarse contra esa estructura? ¿Qué forma habrían de tener los recios serruchos de hierro forjados con el propósito de partir los eslabones de esa maldita cadena? ¿Y en qué dirección deberían navegar las naos armadas de tal manera para lanzar su embestida? ¿De sur a norte, aprovechando la marea ascendente y el viento de poniente, o a favor de la corriente cuando soplara del nordeste?

—Bonifaz hallará la solución más adecuada —zanjó Rui Pérez, vencido por el cansancio—. Antes o después capitaneará una

poderosa escuadra de la que yo formaré parte. La próxima vez que venga a Sevilla será en un barco de guerra, bajo el estandarte real y acompañado por un ejército comandado por don Fernando.

—Ojalá estéis en lo cierto…

—No lo dudéis un instante. Esta hermosa ciudad será cristiana y esa mezquita cuyo minarete impío sobresale a vuestra derecha, por encima de los tejados —señaló a levante, donde el cielo empezaba a teñirse de un color violeta que anunciaba el nuevo día—, se convertirá en catedral consagrada al Dios verdadero. ¡Os lo dice este asturiano!

El hijo de don Pedro y Catalina se dio la vuelta en su yacija poniendo fin a la conversación para intentar dormir un rato y soñar con algo agradable en esa primera noche de su decimoséptimo año de vida.

* * *

Bien entrado el mes se despidieron los dos barruntes, pues uno de ellos enfilaba el Guadalquivir hacia su desembocadura, a bordo del mismo navío en el que había llegado a Sevilla, mientras el otro embarcaba, aguas arriba del puente y la cadena, en otro más pequeño que remontaría el río hasta Córdoba. Con él viajaban dos sirvientes cristianos, a quienes no dirigió la palabra por temor a delatarse, así como parte de las mercancías destinadas a sus mercados, a lomos de varias mulas.

—La navegación por el río se complica a partir de aquí —informó a Beltrán el capitán de la barcaza, un musulmán al que había pagado

buenos dírhems de plata—, pero con la ayuda de Alá, el Clemente, el Misericordioso, llegaremos sanos y salvos a nuestro destino.

—Pensé que Córdoba, como antigua capital del califato, sería la principal urbe de al-Ándalus —le tiró de la lengua el escucha, dando con ello comienzo a su delicada misión—. ¿Cómo es posible que su puerto no esté a la altura del sevillano?

—Lo estuvo durante largo tiempo —se lamentó en tono compungido el navegante, quien debía de ser originario de la ciudad a la que se dirigían—. Ahora hemos de conformarnos con uno más modesto, aunque os aseguro que vuestros productos os dejarán buenas ganancias. No habréis hecho este largo viaje en vano.

—Entiendo que las cosas no han mejorado con ese caudillo murciano… ¿cómo lo llaman?

—Ibn Hud —respondió el musulmán, tensándose—. Que Alá lo bendiga y proteja.

El sarraceno no dijo más y respondió con evasivas a las preguntas que le lanzó el castellano. Culpó al propio río y su canal central, falto de limpieza, del tremendo declive sufrido por la antigua capital, sin adentrarse en los avatares políticos acaecidos allí ni mucho menos achacar a los almohades o al nuevo amo de al-Ándalus haber preferido Sevilla. La mera mención de los africanos lo turbaba profundamente. Lo mismo le había sucedido al pronunciar el nombre de Ibn Hud. Era evidente que unos y otro le producían un miedo cerval. Beltrán tomó buena nota de esa información valiosa, primer fruto de su labor como espía del rey Fernando.

A falta de un modo mejor de combatir la soledad que él mismo había escogido, decidió entregarse por completo a una misión de la cual sería difícil salir con vida.



22

Un descubrimiento aterrador

En Córdoba.
Otoño del año 1231 de Nuestro Señor

El modesto embarcadero que hacía las veces de puerto en Córdoba no podía compararse a su equivalente sevillano. La ciudad a la que abastecía, en cambio, nada tenía que envidiar a la nueva capital de al-Ándalus, al menos a ojos de un joven cristiano procedente de una tenencia escondida en lo más profundo de la sierra de Cazorla. El conjunto resultaba deslumbrante y al mismo tiempo desolador. ¿Cómo iban a conquistar los castellanos una plaza dotada de tan formidables defensas? Cualquier acometida frontal estaría abocada a un fracaso irremediable. De ahí que fuera indispensable hallar otro modo de entrar, labor para la cual había sido enviado él allí.

De pie, sobre la cubierta de la barcaza que lo había trasladado hasta la ciudad, remontando el río a golpe de remo, Beltrán

contempló boquiabierto un puente de piedra de tamaño gigantesco, que se alzaba majestuoso ante él y atravesaba el Guadalquivir de norte a sur para ir a morir frente a una puerta de proporciones semejantes, abierta en la formidable muralla que rodeaba la urbe: una coraza almenada de unas seis varas de altura, rematada por merlones escalonados dispuestos muy juntos unos de otros. En la ribera opuesta, el último de los dieciséis arcos sobre los que se asentaba la impresionante construcción se fundía con la fábrica de una gran torre cuadrada, maciza, que pese a su envergadura parecía pequeña en comparación con la pasarela.

—Esa la levantaron los almohades tras expulsar de aquí a los velados —informó el capitán de la embarcación, sin muchas ganas, en respuesta a las preguntas de su pasajero.

—¿Los velados?

—Los bereberes de los ribats. Vosotros los llamáis almorávides.

Resultaba imposible hacer un cálculo, siquiera aproximado, de los habitantes acogidos a una población tan enorme, aunque debían de ser muchos. Incontables. Bastaba con observar la cantidad y magnitud de los molinos de agua que jalonaban los márgenes del rio a lo largo de su recorrido, suficientes para surtir de harina a una multitud de almas hambrientas. Y lo mismo indicaba el trasiego de hombres y animales que iban y venían de una orilla a otra por el puente, transitado igualmente por patrullas de soldados. Córdoba era inmensa, rica, desafiante, peligrosa. Una pieza de caza mayor a la altura de un rey como Fernando de Castilla.

Tras armarse de valor aferrándose a la idea de que Dios estaba de su lado, Beltrán desembarcó sonriente, ataviado con sus mejores galas, acompañado por los sirvientes encargados de acarrear a las

mulas donde viajaban, en grandes serones de esparto, las pieles, el oro y la sal llamados a servirle de sustento y tapadera mientras durara la misión que le había sido encomendada.

El día era templado y soplaba una brisa fresca que hacía algo más llevadera la pesada tela del pellote, pese a lo cual resultaba evidente lo inadecuado de ese atavío para el otoño cordobés. Otra razón más para sentirse profundamente incómodo y verse obligado a fingir una soltura despreocupada muy alejada de su verdadero estado de ánimo. Afortunadamente para él, llevaba toda una vida acostumbrado a disimular y tragarse las emociones, aprendizaje que iba a resultarle de gran utilidad a partir de ese momento.

Cumplidos los trámites administrativos, hechas las oportunas comprobaciones y pagadas las gabelas de rigor, el falso comerciante cruzó por fin el umbral del portón conocido como del Puente, tragando saliva, con la sensación de meterse en la boca de un dragón impaciente por engullirlo.

Una vez dentro, sin embargo, las tripas del monstruo, lejos de producirle pavor, le parecieron fascinantes por su belleza y grandiosidad desde el primer vistazo anonadado que lanzó en derredor. Si deslumbrante resultaba ser la urbe desde fuera, otro tanto podía decirse de la amplia explanada que se abrió ante sus ojos, rodeada de edificios a cuál más imponente y presidida por uno mucho mayor de lo que él hubiese contemplado jamás, que ocupaba todo el ancho de la plaza.

—La mezquita aljama —exclamó ufano el barquero, señalándola con ambas manos, las palmas mirando al cielo—. Nuestro orgullo y la gloria de Alá, bendito sea su nombre.

A Beltrán le costó entender las palabras del musulmán, porque el estruendo imperante apenas dejaba oír. Al bullicio de las gentes se sumaba el ruido ensordecedor de la enorme albolafia, así la llamaban los cordobeses, situada justo al otro lado de la muralla, cuya rueda mordía el río produciendo un ronquido sordo, evocador de la bestia en cuyas entrañas le parecía encontrarse. Todos sus sentidos estaban alerta. Miraba a su alrededor, confuso, tratando en vano de orientarse en el laberinto de callejuelas que confluían en ese punto, hasta que uno de los muleros, conocedor del lugar, le indicó el camino a seguir.

—Por aquí, señor —dijo guiándolo hacia un pasadizo angosto situado a su derecha—. Iremos en fila, yo el primero. Como veis, no hay espacio para más.

Dejaron a sus espaldas el templo dedicado al falso dios de los musulmanes, así como el alcázar contiguo en cuyas mazmorras languidecían los cautivos cristianos que aún conservaban la vida, para adentrarse en el corazón de la populosa ciudad.

Llegaba al fin para el barrunte la hora de la verdad.

* * *

Beltrán había partido de Martos con dos nombres en la cabeza, desvelados por don Tello en el último momento y grabados a fuego en su memoria a base de repetírselos una y otra vez a lo largo de todo el viaje. El primero correspondía a la persona con la que debía encontrarse en un mercado de la Axarquía, suerte de enorme barrial separado del resto de la ciudad por un muro, de acuerdo con la descripción facilitada por el alcaide. El segundo era el del funduq en

el que solía alojarse su predecesor durante sus estancias en Córdoba. Un establecimiento donde, además de encontrar cama limpia y pitanza, era posible almacenar la mercancía con seguridad e incluso cerrar tratos comerciales en un ambiente propicio. El propietario del local era al parecer un hombre discreto, que no hacía preguntas ni tampoco distingos entre el dinero musulmán y el cristiano, cosa harto conveniente dadas las circunstancias.

Tras unos quince minutos de marcha lenta por una callejuela angosta, que apenas dejaba ver una cinta estrecha de azul y obligaba a los viandantes a pegarse a las paredes para dejar paso a los animales cargados, llegaron a la posada, después de atravesar por el correspondiente acceso vigilado la muralla interior almenada que se alzaba de norte a sur dividiendo la ciudad en dos mitades de tamaño parecido.

—Estos cordobeses son precavidos —comentó en voz alta Beltrán, sorprendido ante ese nuevo obstáculo a las pretensiones cristianas.

—La plaza está bien guardada, sí —contestó su guía—. Los habitantes de la Medina que ha quedado atrás, la parte noble y rica de la villa, se han preocupado de blindarse ante una posible conquista de la Axarquía, donde acabamos de entrar. Eso al menos dicen los soldados que sueltan prenda cuando les das palique, aunque hay quien piensa que son los de aquí los más interesados en protegerse de lo que pueda pasar allí.

El escucha puso esa información a buen recaudo en su cabeza, con vistas a referírsela a don Tello en cuanto tuviera ocasión. Aunque este ya lo supiera o lo sospechara, las palabras del arriero confirmaban la finalidad defensiva perseguida por los constructores

de esa doble coraza pétrea que abrazaba a la antigua capital del califato como el esposo celoso a la esposa.

No iba a ser tarea fácil deshacer ese lazo hermético.

* * *

El funduq del Carnero, así se llamaba la posada, se encontraba situado al sur de la ciudad, a escasa distancia de la fortificación exterior y cerca del río, junto a varios establecimientos dedicados al mismo propósito. En esa parte del arrabal se concentraban las hospederías, tan abundantes como los viajeros que recalaban en Córdoba en busca de mercaderías raras y valiosas que solo allí podían encontrarse. Cosas tales como libros, cuyas proveedoras solían ser viudas empobrecidas que los habían heredado de sus esposos y los vendían en pequeños lotes a fin de sobrevivir.

También se ubicaban en aquellos alrededores las casas de mala reputación, que en al-Ándalus no eran mancebías propiamente dichas, sino tabernas amenizadas por cantoras o bailarinas dispuestas a prestar otro tipo de servicios negociados por sus rufianes a cambio de plata u oro, dependiendo de la mujer. Claro que esto Beltrán no lo supo de inmediato, sino cuando sus ojos se acostumbraron a distinguir a unas gentes de otras y aprendió a descifrar el lenguaje de ese mundo hostil para él. Una tarea que iba a llevarle mucho más tiempo del esperado.

La fonda recomendada por su mentor tenía precios más elevados que otras vecinas, porque su calidad era superior. Además, entre su clientela se contaban proveedores habituales del alcázar, lo que le garantizaba un trato favorable por parte de las autoridades locales,

muy ventajoso a efectos de la invisibilidad buscada por el barrunte. Por eso le habían proporcionado medios para poder alojarse allí.

Organizada en torno a un patio central rectangular empedrado, provisto de pozo y fuente, la hostería contaba con cuadras, almacenes, cocina y un amplio comedor colectivo situados en la planta baja. En el piso superior, asomadas a ese espacio común cubierto por grandes toldos, estaban las habitaciones, individuales o a compartir según lo que cada cual pudiera permitirse pagar. Beltrán acordó alojarse en una solo para él, modesta pero limpia, abonando por adelantado el importe correspondiente a un mes.

Tras asegurarse de poner a buen recaudo la mercancía antes de despedir a los arrieros, ordenó a su capataz.

—Mañana por la mañana me conduciréis al mercado de los curtidores. Después os abonaré lo acordado y seréis libres de partir.

Aquella noche le costó dormirse. Estaba extenuado por el cansancio y los nervios, pese a lo cual no conseguía dejarse vencer por el sueño. Daba vueltas y más vueltas en el pequeño camastro, carcomido por la tensión y por un mal presentimiento. Su colchón era de lana recién batida, mullido y fresco, pero a él le producía el mismo efecto que si hubiera estado infestado de chinches: una desazón profunda, incompatible con el descanso.

Con las primeras luces del alba saltó del lecho y bajó a desayunar: pan recién horneado, almendras, queso, higos secos y una infusión muy caliente de hierbabuena endulzada con miel que consiguió levantarle el ánimo. Tras dar cuenta del banquete y reunirse con el mulero que había dormido en el establo, ambos se dirigieron al zoco donde el barrunte debía encontrarse con el contacto andalusí

identificado por don Tello, a fin de recibir de sus labios los informes que esperaba el Castellano con urgencia.

El mercado era un recinto parecido a la posada, aunque de mayor tamaño. Un atrio porticado, cerrado y entoldado, dispuesto alrededor de una suerte de plaza en la que se abrían pequeñas tiendas semiocultas tras las arcadas que formaban sendas galerías superpuestas en dos alturas.

—El bazar de Tariq, el hombre a quien estáis buscando, es el tercero contando desde la izquierda en la parte de abajo —informó el arriero—. No habrá abierto todavía, aunque no creo que tarde en hacerlo. Yo me despido aquí.

—¡Con Dios! —lo saludó Beltrán, afable, pugnando por ocultar su miedo a quedarse solo.

—Que él os guarde —había algo parecido a la compasión en su tono—. Cuando volváis a necesitarme, hacédselo saber al barquero y él me dará el recado.

* * *

La espera empezó a hacerse insoportable a partir del momento en que no quedó una puerta cerrada, salvo la del negocio que regentaba el tal Tariq. Entonces fue cuando Beltrán comenzó a perder el control sobre sus nervios, tensos como cuerdas de rabel. Llevaba allí mucho tiempo, dando vueltas como una fiera enjaulada y llamando la atención de los parroquianos con sus vestiduras extrañas, cuando al fin uno de los mercaderes se dirigió a él con amabilidad, empleando la lengua de Castilla.

—¿Puedo ayudaros, señor? No es habitual ver por aquí a forasteros como vos.

—Estoy esperando a Tariq —contestó él a la defensiva—. Vengo de las Asturias con un cargamento de pieles de marta que, según me han dicho, son su especialidad.

—Tal vez podríais mostrármelas a mí —replicó el tendero con interés, invitando a Beltrán a sentarse en su barato, repleto de hermosas piezas de cuero repujado, para reconfortarse con otra taza de ese brebaje ardiente servido en un delicado recipiente de cristal —. Me temo que Tariq no vendrá.

—¿Cómo así? —inquirió el barrunte alzando la voz y sin lograr esconder su desazón ante esa noticia imprevista.

—Llevamos semanas sin verlo —respondió el musulmán en tono neutro, con una mirada elocuente que invitaba a ponerse en lo peor —. Vinieron a buscarlo una mañana los guardias, se lo llevaron y no hemos vuelto a saber de él.

Beltrán supo en ese instante que la sangre había huido de su rostro. Una ola de terror le inundó las entrañas, subiendo con violencia desde el escroto hasta el pecho, y se alegró de estar sentado, porque en caso contrario le habrían fallado las piernas.

Mientras luchaba por recuperar el control sobre su cuerpo, su mente se puso a urdir elucubraciones, a cual más funesta, respecto de la suerte corrida por el desdichado curtidor. Era evidente que el anterior escucha habría sido prendido y atormentado para que revelara la identidad de sus cómplices, empezando por la de la persona que le suministraba información desde el interior de la ciudad. No cabía otra explicación. En eso consistiría el «percance» mencionado por don Tello al ofrecerle ocupar el puesto que había

quedado vacante. Y ahora él estaba allí, frente al tenducho del traidor, expuesto a ser descubierto y acabar de igual manera. ¿Seguiría abierta la investigación? ¿Estarían vigilándolo en ese preciso momento? ¿Terminaría su misión de la manera más horrible antes incluso de haber empezado?

El compañero del desparecido Tariq había seguido hablando con su suave acento andalusí, sin que Beltrán oyera ni una palabra de cuanto decía.

—¿Estáis bien, señor?

—Sí, ha sido solo un mareo, debido seguramente a este calor. Este es mi primer viaje a Córdoba, procedo del norte y no estoy acostumbrado a vuestro clima.

—¿Puedo ofreceros agua?

—En otra ocasión tal vez —se esforzó por sonar natural—. Ahora debo atender otros negocios. Consideraré vuestra oferta y me pondré en contacto con vos.

Con un supremo esfuerzo de la voluntad se puso en pie, esbozó algo parecido a una inclinación y salió caminando despacio, con la cabeza bien alta, suplicando al Señor que no estuviera esperándolo una patrulla a la salida del zoco para capturarlo. Si el Altísimo atendía ese ruego, saldría huyendo de esa trampa en el primer barco.

* * *

Contra todo pronóstico llegó a la fonda del Carnero sin novedad, aguantando a duras penas las ganas de correr. Se refugió en su alcoba, donde echó el cerrojo, para tratar de controlar el pánico y

pensar en cómo actuar. El peligro era evidente. El instinto lo impulsaba a escapar y poner tierra de por medio cuanto antes. La honra le obligaba a vencer el miedo, buscar alternativas y cumplir con su deber, fuese cual fuese el precio a pagar por ello. ¿Para qué se había enrolado si no? ¿Iba a rendirse ante el primer obstáculo?

Esa noche no cenó. Tampoco había almorzado. Se hallaba inmerso en una batalla campal entre los dos impulsos que pugnaban por guiar sus pasos, sin que fuera posible declarar un vencedor indiscutible. Cada vez que parecía decidido a abandonar, el honor golpeaba su conciencia con violencia. Cuando el coraje tomaba la delantera y lo alentaba a continuar, el miedo se le agarraba a las tripas y le obligaba a vaciarlas en el orinal dispuesto a tal efecto.

El combate no se decantó hasta bien entrada la mañana siguiente, cuando el hambre se alió al orgullo y lo empujó a salir de su madriguera para enfrentarse al mundo. Superada la tentación de huir, se propuso seguir adelante hasta cumplir satisfactoriamente el encargo de don Tello. Si Dios quería que saliera con bien del trance, saldría. En caso contrario, moriría con honor. En cuanto al dolor… Solo esperaba que no superara el límite de lo soportable sin perder la dignidad.

Reconfortado por la firmeza de su determinación, Beltrán invitó al propietario del establecimiento a compartir mesa con él, en aras de recabar su ayuda para encontrar compradores a sus productos. Así empezó a trenzarse una relación de relativa confianza, en la que ninguno de los dos terminaba de bajar la guardia. Uno era perro viejo en el trato con mercaderes duchos en el arte del engaño, y el otro, un escucha inexperto, obligado a vivir dentro de una mentira

sin que se le notase. Ambos tenían motivos para recelar de cualquiera.

Las primeras jornadas fueron aterradoras. Las noches, peores aún. Pero con el correr de los días Beltrán empezó a recuperar la seguridad perdida, al darse cuenta de que nadie seguía sus pasos ni parecía especialmente interesado en sus idas y venidas. Entonces regresó al zoco llevando unas muestras, vendió sus pieles a muy buen precio al curtidor que había mostrado interés por ellas, llamado Abdel, y comenzó a labrarse una próspera carrera como comerciante, mostrando para ello un talento que incluso a él mismo le sorprendía y llegó a deplorar, pues esa actividad no había dejado de parecerle vil e impropia de un caballero.

De manera natural, aunque obligado por las circunstancias, fue construyendo su personaje hasta identificarse plenamente con él. Se presentaba como Beltrán Pérez de Bonifaz, hijo de un mercader burgalés cuyo hermano mayor capitaneaba una nave dedicada al comercio marítimo. De algo le habían servido sus largas conversaciones con el navegante avilesino. Llegó a fundir en una sola las historias de Ruy Pérez y Ramón de Bonifaz para confeccionarse una piel confortable a cuyo amparo transitar por mercados y tabernas. Y así fue tejiendo una tupida red de contactos, al principio puramente comerciales, que el tiempo iría ampliando.

Utilizó las ganancias obtenidas de ese primer cargamento para mostrarse generoso, en aras de comprar amistades interesantes. Empezó a aprender la lengua árabe, con la ayuda de un profesor proporcionado por el posadero, a quien solicitó ayuda argumentando que en el trato directo con los compradores mejorarían sus

posibilidades de negocio, y demostró tanta facilidad que a los pocos meses ya la chapurreaba bastante bien y comprendía mejor.

Ponderando la comodidad de las prendas de vestir locales, cambió sus sayas y pellotes por aljubas holgadas de tela ligera, más confortables, aunque al llegar el invierno agradeció la gruesa garnacha traída del norte, pues el frío era parecido al de su Cazorla natal. Al amparo de ese disfraz dedicó largas horas a pasear aparentemente sin rumbo, con el empeño de inspeccionar murallas, puertas y portillos, conocer turnos de vigilancia y localizar los puntos débiles de esa monumental fortaleza.

Cuando, transcurrido más de un año desde su llegada a Córdoba, halló el modo de salir por una de las portañolas abiertas en el lado oriental de la muralla, después de sobornar al guardia con una fortuna en plata, los informes que llevaba para don Tello no procedían de ningún agente local, sino de su propia cosecha. Y eran informes sumamente interesantes.



23

Punzadas de nostalgia

En el castillo de Martos.
Otoño del año 1232 de Nuestro Señor

Al ver aparecer al barrunte, del que nada había sabido desde que le fuera comunicada su llegada a Córdoba sin novedad, don Tello no pudo evitar abrazarlo. Aunque el chico había madurado y lucía una barba oscura que le hacía parecer mayor, seguía siendo un muchacho larguirucho de apariencia frágil, cuyo aspecto invitaba a brindarle protección. Pero allí estaba, bien plantado y de una pieza, después de arreglárselas para abandonar la ciudad sarracena sin levantar sospechas y recorrer veinte leguas en solitario a fin de llegar hasta Martos.

—No me equivoqué con vos —se felicitó al darle la bienvenida—, aunque os confieso que temí por vuestra vida.

Beltrán hizo un relato escueto de su peripecia entre los moros, después de lo cual preguntó por Álvar Pérez de Castro.

—Me gustaría rendirle cuentas a él personalmente. —No era tanto una petición cuanto una exigencia—. Creo habérmelo ganado.

—Mala suerte, soldado —replicó el alcaide—. Nuestro señor no está aquí. Debe de andar cerca de Úbeda, junto al rey, que ha decidido ponerle sitio. Tendréis que confiar en mí.

Al oír mencionar esa localidad, no muy lejana a la tenencia de don Pedro, su hijo sintió una punzada de nostalgia recordando las historias que solía contar su padre sobre los dominios que la familia había poseído en dichas tierras en tiempos del Emperador.

Claro que de aquello hacía una eternidad. Por mucho que cayera esa plaza, y a buen seguro acabaría cayendo, ahora las cosas eran distintas y él había roto los puentes con todos los de su sangre. Era un huérfano abocado a labrarse su propio destino en un mundo peligroso y hostil donde había dejado de ser Beltrán López de Cazorla. Por eso se mordió la lengua, aferrado a un fiero orgullo, en lugar de pedir a don Tello nuevas de sus seres queridos. Por eso se tragó las ganas de saber si habían preguntado por él, si todavía lo recordaban. Y por eso el viejo guardián del castillo de Martos se abstuvo de comentar las muchas veces que Fadrique se había acercado hasta allí, enviado por doña Catalina, en busca de noticias sobre su hermano pequeño, o la angustia con la que el caballero Alonso de Ávila seguía recorriendo aldeas y fortalezas con la esperanza de encontrar alguna huella del desaparecido. Ese conocimiento solo habría traído dolor al barrunte, que necesitaba todas sus fuerzas para culminar con éxito su misión.

* * *

Decepcionado por la imposibilidad de entrevistarse con su admirado Castellano, Beltrán se resignó a ponerse en manos del que había sido desde el principio su interlocutor, a quien debía informar y también solicitar ayuda para seguir manteniendo la posición conseguida en Córdoba. Porque lo cierto era que le había cogido gusto. No solo le agradaba su modo de vida allí, sin grandes lujos aunque con mayores comodidades de las que hubiera disfrutado jamás, sino que gozaba con el peligro inherente a desempeñar su papel de escucha. Esa amenaza constante y permanente, esa incertidumbre con respecto al mañana, que al principio le provocaba un pánico incontrolable, era ahora la motivación que le hacía levantarse cada día y disfrutar arriesgándose cada vez un poco más. Una suerte de veneno que le corría por las venas incitándole a buscar el peligro a fin de sentirse vivo.

La información suministrada por el barrunte corroboró lo que ya sospechaba la mano derecha del Castellano y aportó nuevas revelaciones de suma importancia con vistas al futuro. La primera y principal, que la ciudad no era impenetrable, toda vez que Beltrán había podido salir después de sobornar a un guardia. Si la cosa funcionaba de dentro a afuera, tal vez pudiera hacerse también en sentido inverso. Y aquello no era todo. Según los datos recabados por el eficiente espía, la Axarquía no contaba, ni de lejos, con unas defensas comparables a las de la Medina. Antes, al contrario, sus puertas y portillos ofrecían numerosos flancos vulnerables que merecía la pena seguir estudiando.

—Para lo cual necesitaré oro y plata en abundancia —precisó, por si don Tello pensaba que su trabajo carecía de coste—, o un cargamento semejante al que llevé la primera vez. Su venta resultó ser altamente lucrativa.

—Veo que ya no hacéis ascos al comercio que tanto despreciabais —apuntó este con cierta sorna—. Hasta diría que os complace.

—Es un medio ciertamente vil destinado a alcanzar un fin superior —se enrocó el joven, convencido en su fuero interno de que el alcaide daba en el clavo.

—Arreglaremos las cosas para que viajéis al norte y embarquéis de nuevo en Avilés, siempre que los frutos compensen el gasto.

La condición era puramente retórica, dado que resultaba innegable el éxito de la operación llevada a cabo hasta la fecha por Beltrán con la más absoluta discreción. No solo se había labrado una identidad idónea para obtener información sin despertar sospechas y detectado el punto más débil de la ciudad que se le había asignado, sino que, merced a su habilidad con la lengua árabe y su don de gentes, estaba en condiciones de certificar el malestar creciente de la población cordobesa con Ibn Hud. Un hartazgo constatado en múltiples conversaciones mantenidas con comerciantes, artesanos y otras gentes laboriosas, debido principalmente a las brutales subidas de impuestos decretadas a raíz de los acuerdos suscritos entre el caudillo murciano y el rey de Castilla.

—La gente ya no murmura, sino que se queja en voz alta —relató el barrunte—. Le reprochan no ser capaz de vencer a los cristianos y optar por arrodillarse ante ellos a costa de faltar a los mandatos del islam sometiendo al pueblo a exacciones crecientes.

—De algún lugar habrá de sacar los mil dinares diarios que acordó pagar a don Fernando a cambio de la última tregua —ató cabos el alcaide, incapaz de ocultar la satisfacción que le producía escuchar esas palabras—. Cuanto más apriete a su gente, menos dispuestos a luchar estarán.

—Hace tiempo me dijo un capitán de barco que los andalusíes no eran como nosotros. Que no amaban la guerra ni combatirían por voluntad propia. Ahora que los conozco mejor, puedo confirmar que es así. Lo suyo son los negocios y la vida plácida, no las armas.

—Mejor que mejor entonces.

—No cantéis victoria aún —advirtió Beltrán, que empezaba a desentrañar la complejidad de esa sociedad compuesta por gentes de procedencia muy diversa, sin más vínculo común que la religión —. Los almohades no han dicho su última palabra y hay otros caudillos locales pugnando por hacerse con el poder. Córdoba es mucha Córdoba. Es cierto que se ha empobrecido y acusa la falta de orden, pero conserva su orgullo.

—Otras plazas orgullosas han caído en estos años a manos del soberano o de las órdenes militares, cuyo avance es imparable. Dejaos pues de sentimientos y habladme de las murallas. Es lo que nos interesa.

—En eso os equivocáis, don Tello. No hay muralla que resista cuando quien debe guardarla no encuentra una razón suficientemente poderosa como para empeñar su vida en ello.

—El día que alcancen ese punto, quiero ser el primero en saberlo —zanjó el veterano—. Volved a la ciudad, mantened bien abiertos ojos y oídos, y dad buen uso a cada maravedí. Por mucho que pague

Ibn Hud, la hacienda real siempre anda escasa de fondos. La guerra cuesta muy cara, incluso cuando se gana.

Decidido a cumplir el encargo a cualquier precio, Beltrán enfiló el camino de regreso a esa urbe majestuosa que ya no le parecía un monstruo, sino la torre en el tablero de ese juego fascinante que le había enseñado el propietario de su posada. Una pieza fundamental para quien quisiera alzarse con la victoria en la partida.



24

La alcahueta

Entre Córdoba y Martos.
Año 1234 de Nuestro Señor

Transcurridos casi cinco años desde su llegada a la antigua capital del califato, Beltrán podía pasar por cordobés sin despertar el menor recelo. Seguía alojado en el mismo funduq del Carnero, situado al sureste del arrabal, cuya observación constituía su prioridad, en parte para aprovechar las comodidades que ofrecía el establecimiento, en parte por tratarse del lugar ideal para pulsar el estado de ánimo de cuantos viajeros recalaban allí. Aquel era un excelente escaparate, además de un escondite perfecto gracias a la amistad trabada con el posadero, Alí, quien nada sabía de su verdadera actividad y le ayudaba en sus negocios a cambio de un pequeño porcentaje de las ganancias.

También compartían interminables partidas de ajedrez, juego de estrategia a medio camino entre la política y la guerra, que el barrunte encontró tremendamente útil como metáfora de la vida a la que se sentía llamado. Alí resultó ser un maestro tan eficaz que muy pronto su pupilo empezó a derrotarlo en el tablero. Lo que no podía imaginar era que esos triunfos se trasladarían no tardando mucho al terreno de la realidad.

Con el propósito de proporcionarse a sí mismo una coartada plausible para ausentarse durante varios días a fin de ir a informar a don Tello, Beltrán hizo correr la voz de que tenía negocios en Sevilla, a donde viajaba de cuando en cuando en aras de mantener su tapadera. También regresó en una ocasión a las Asturias, faltando a su juramento de no volver a desafiar las furias de la mar Océana, porque necesitaba productos con los que seguir comerciando mientras pulsaba el sentir de esa población que empezaba a considerar también suya. Fuera por las muchas plegarias elevadas al Altísimo o porque escogió el principio del verano para aventurarse a la travesía, lo cierto es que esa segunda vez el mar se mostró misericordioso y él regresó sin novedad, cargado de pieles preciosas y sal en cantidades muy superiores a las de su primera experiencia. Ahora conocía el mercado y dominaba el arte de vender obteniendo pingües beneficios.

* * *

Recién cumplidos veintidós años pletóricos de salud, Beltrán sentía la llamada de la carne con una intensidad creciente. Durante sus breves estancias en Martos había tenido algún escarceo que otro con

las mancebas de allí, pero la abstinencia en Córdoba le resultaba penosa. Además, habría resultado sospechosa una estancia tan prolongada sin el solaz de una mujer. De ahí que, aprovechando la confianza alcanzada con Alí, le pidiera consejo sobre la mejor taberna donde hallar bailarinas expertas en satisfacer a un hombre, dispuestas a atender a un cristiano. Es decir, a un infiel politeísta, según su punto de vista.

—No va a ser fácil —advirtió el posadero, anticipando la oportunidad de cobrar una buena cantidad de plata por su intermediación.

—Pero tampoco imposible, ¿verdad?

—Necesitaréis intimidad y abundantes dinares, eso seguro. Si alguna mujer se presta a holgar con vos, no querrá que nadie se entere. Podría costarle la vida si llegara a oídos de un alfaquí.

—¿Estáis en condiciones de arreglarlo o debo buscar en otro sitio?

—Dejadlo en mis manos. Conozco a la persona idónea para esta clase de negocio…

Alí no hablaba a humo de pajas. Entre los servicios extraordinarios solicitados por sus clientes habituales ocupaban un lugar destacado las esclavas sexuales requeridas para unas pocas noches mientras los demandantes se encontraban lejos de casa. Estos en general eran hombres acomodados, que disfrutaban en sus hogares de esposas y concubinas suficientes para colmar sus caprichos más inconfesables y mantenían la costumbre cuando viajaban a otros lugares. Proporcionarles esa clase de mujeres no constituía un problema. Pero el caso de Beltrán era distinto, porque el mismo islam que bendecía la utilización de las hembras como objetos destinados a dar placer de los varones les prohibía tajantemente el

trato carnal con un infiel. De ahí que fuese preciso recurrir a la figura de una tercera, experta en arreglar en silencio toda clase de asuntos de alcoba.

En Córdoba abundaban las alcahuetas dedicadas a ese tráfico clandestino, a menudo oculto bajo el manto de una actividad respetable consistente en poner en contacto a los mozos que buscaban esposa con alguna de las muchas solteras o divorciadas que aguardaban su oportunidad ocultas tras las celosías. Se dedicaban a ese turbio menester numerosas curanderas, aplicadoras de ventosas, plañideras, peinadoras, masajistas, echadoras de cartas, maestras de canto, mandaderas, vendedoras ambulantes, hilanderas, tejedoras y otras representantes de oficios con acceso libre a los harenes donde languidecían las muchachas casaderas, u otras deseosas de solazarse con sus amantes sin esperar al matrimonio. Pero las más eficaces en su tarea, y también las que gozaban de mejor reputación, eran las viudas entradas en años de apariencia pobre y actitud piadosa. El vivo retrato de Bashira, a quien Alí confiaba los arreglos más delicados.

Beltrán la había visto alguna vez en la posada, aunque no se fijó en ella hasta que su amigo le confesó que estaba ocupándose de gestionar su petición. De no ser así, jamás se habría dignado a dirigir mirada a esa vieja menuda, encorvada, vestida prácticamente de harapos y apoyada en un humilde báculo que dejaba caer cuando se sentaba para sacar su rosario y entonar plegarias mientras desgranaba sus cuentas. Parecía una beata en busca de limosna, cuando en realdad era famosa en toda Córdoba por su habilidad para conseguir lo que se propusiera. Famosa, respetada, admirada

por sus clientes y temida por las mujeres honradas, que se guardaban de ella dondequiera que se la encontraran.

Una vez comprobada la celeridad con la que puso a su disposición un amplio elenco de jóvenes tan hermosas como bien dispuestas, el modo en que se las vendió y la absoluta sumisión con la que ellas fueron entregándosele en el transcurso de los meses que siguieron, el barrunte se sumó a su corte de admiradores, diciéndose, al mismo tiempo, que de haber tenido una hermana jamás habría consentido que se acercara a esa mujer astuta como una víbora y, a semejanza de esta, venenosa.

—¿Estás satisfecho, sidi? —le preguntó una mañana Alí tras ver partir a la muchacha con quien Beltrán había compartido su lecho.

Si hubiese sido sincero, este le habría contestado que en realidad se sentía vacío, como siempre que pagaba por esos desahogos fugaces. Le habría hablado de la frustración y la soledad que dejaban en su corazón esos encuentros con los que Bashira acrecentaba el peso de su bolsa, incluso después de ajustar cuentas con el posadero. Pero la sinceridad era un lujo que no podía permitirse. Él allí no era un hombre de honor guiado por el código de conducta propio de un caballero cristiano, sino un vulgar comerciante con dinero suficiente para darse esos caprichos. Por eso se tragó la verdad y respondió, lacónico.

—No ha estado mal.

* * *

¿Cuándo dejó de sentir el hormigueo, mezcla de excitación y curiosidad, que le hacía encarar cada jornada con entusiasmo? ¿En

qué momento empezó a aburrirse de esa rutina carente de gloria? No fue algo repentino, sino progresivo. Mas una vez abierta esa herida en su alma, la gangrena comenzó a extenderse con sorprendente rapidez.

Para entonces Beltrán podía recorrer con los ojos cerrados cada pulgada de la muralla que rodeaba la ciudad y también del muro interior levantado entre la Axarquía y la Medina. Conocía el emplazamiento exacto de cada puerta y portillo, así como el número de soldados que las custodiaban y en algunos casos incluso sus nombres. Más de uno había recibido generosos óbolos de su mano a cambio de hacer la vista gorda a sus entradas y salidas por el este, hacia Martos, a veces desde el sur y otras desde accesos situados más al norte, frente al viejo cementerio o el hospital de dementes, que ellos llamaban «maristán», ubicados ambos extramuros de la urbe.

A falta de otro quehacer, el barrunte había deambulado sin rumbo por las callejuelas cordobesas, pasado horas frente a la cárcel donde languidecían sus hermanos de fe en las mazmorras del alcázar, e incluso osado asomarse a la mezquita mayor, vestido a la usanza árabe, para experimentar una mezcla de temor a lo prohibido y deslumbramiento ante la belleza impía de ese recinto sagrado semejante a un inmenso bosque de piedra labrada. No hallaba palabras para describir ese lugar, pero albergaba la convicción de tener que preservarlo a toda costa de la destrucción, lo que haría saber al rey Fernando cuando llegara la hora de la conquista, que a su entender estaba próxima.

Su misión no daba más de sí. Era tiempo de pasar a los hechos, empuñar las armas y demostrar que su labor silenciosa había servido

de algo.

Con el propósito de entregar ese último y definitivo informe, Beltrán partió de Córdoba una noche sin luna en lo más crudo del invierno. Salió por el portillo acostumbrado, el de Martos, cuyo guardia era un viejo conocido habituado a cerrar la boca a cambio de abundante plata. A cierta distancia de las defensas le esperaba otro hombre pagado para proporcionarle una montura, a lomos de la cual cabalgó hasta el castillo de su señor, don Álvar Pérez de Castro, que por una vez estaba allí para recibirlo, felicitarlo por su trabajo y escuchar lo que tenía que decir. Pero la sorpresa inicial se tornó decepción amarga cuando el Castellano cortó en seco su propuesta de acelerar el ataque a la ciudad.

—El soberano tiene ahora otras ocupaciones que requieren su atención.

—¿Acaso hay algo más importante que la guerra contra el infiel?

—Don Fernando debe gobernar un reino, lo cual no es tarea fácil —respondió Pérez de Castro con cierta condescendencia.

—¿Y cuál es esa ocupación más urgente que aprovechar la ocasión que os estoy describiendo para conquistar la joya de al-Ándalus? —inquirió Beltrán, rozando la impertinencia.

—No es asunto de vuestra incumbencia —endureció el tono el caudillo de Castilla—, aunque voy a responderos por deferencia al coraje que habéis demostrado asumiendo la tarea que os ocupa. El rey está concertando la boda de su hijo, el infante don Alfonso, con una princesa navarra.

Beltrán guardó un silencio respetuoso, sin compartir el criterio del noble en materia de prioridades. A su juicio nada pasaba por delante

de la guerra y menos que nada un matrimonio. Claro que nadie le había pedido su opinión ni parecía necesitarla.

—Las operaciones militares quedan suspendidas hasta nueva orden —le hizo saber don Álvar, a punto de dar por terminada la conversación—. Regresad a vuestro puesto y manteneos alerta. Seguid observando e informando de cuanto sea de utilidad.

* * *

Así lo había despachado, echando un jarro de agua helada sobre sus expectativas. No había más remedio que volver a Córdoba y aguantar el tiempo que hiciera falta, procurando no ser descubierto.

Al igual que había hecho otras veces antes, Beltrán cabalgó de noche y dejó su caballo atado a un árbol previamente convenido, de donde sería recogido por su cómplice antes de que despuntara el alba. Caminó la última media legua a buen paso, dirigiéndose a una suerte de gatera situada entre la puerta de Martos y la de Andújar, que había descubierto por casualidad algunos meses atrás. Se trataba de un pequeño hueco abierto en las defensas, a escasa distancia de un molino, que algunos contrabandistas aprovechaban para introducir en la ciudad ciertos artículos de lujo, como el perfume, sin pagar el correspondiente impuesto sobre dicha mercancía. Constituía una vía de acceso perfecta para un hombre espigado como él, pues otro de mayor envergadura no habría cabido. No era conveniente abusar de los sobornos, so pena de llamar la atención, y de algo debía servirle ese cuerpo delgaducho que tanto había maldecido.

Al amparo de las tinieblas, el barrunte metió la cabeza en esa abertura angosta, a fin de salvar reptando las casi dos varas de espesor que tenía la muralla en ese punto. Sabía que al final del pasadizo hallaría un carro cargado de paja, estratégicamente colocado para ocultar el hueco, y le bastaría empujarlo un poco para salir. Una vez dentro de la ciudad, en menos de diez minutos ganaría la fonda, donde su amigo Alí lo recibiría sin hacer preguntas. Para algo le pagaba por adelantado una alcoba y un almacén que rara vez ocupaba. La experiencia le había demostrado que el oro y la plata en esa ciudad eran más poderosos que el acero, abrían más puertas y tapaban más bocas.

Córdoba entera dormía en esa hora oscura que precede al amanecer. El frío levantaba, con cada respiración, nubes de vapor que podían cortarse. Ni un ruido turbaba la paz de las calles desiertas, irreconocibles sin el bullicio habitual en ellas. Nada presagiaba lo que estaba a punto de ocurrir y cambiar para siempre a Beltrán López de Cazorla. Lo que le aguardaba al otro lado de ese agujero.



25

Primera muerte, primer amor

En Córdoba.
Invierno del año 1235 de Nuestro Señor

Cuando el centinela que hacía su ronda, somnoliento, vio moverse por sí solo el pesado remolque adosado a la pared, sin que soplara una brizna de viento, se frotó los ojos pensando que el cansancio le jugaba una mala pasada. Después oyó claramente el chirrido del armatoste al desplazarse y estuvo a punto de salir corriendo por temor a que aquello fuese obra de algún demonio. Pese al miedo aguantó a pie firme, sin apartar la vista, hasta ver una cabeza peluda asomar por la grieta disimulada en la muralla. Entonces comprendió que lo ocurrido no era cosa de un espíritu maligno, sino de un mal musulmán deseoso de hurtar a la mezquita la limosna piadosa debida en concepto de alcabala.

—Alá te pedirá cuentas cuando te llegue la hora —masculló entre dientes escupiendo su desprecio.

El soldado se colocó justo delante de la abertura, con la lanza presta a herir, convencido de haber pillado in fraganti a un defraudador, aunque sin quitarse de la cabeza que aquello no era lo peor ni lo más importante. Lo más grave, de lejos, era la falla de seguridad detectada en las defensas de la ciudad, de la que debería dar cuenta a su oficial en cuanto le echara el guante al rufián. Porque si el intruso no era un simple bribón, sino un espía, él se ganaría una buena recompensa por capturarlo. Fuera lo que fuese, era preciso detenerlo y conducirlo al puesto de guardia más próximo a fin de que pudiese ser debidamente interrogado.

Beltrán vio las abarcas del hombre junto al mango de la adarga apoyado en el suelo y ató cabos. Lo estaban esperando fuera para prenderlo. ¿Quién lo habría delatado? ¿Qué clase de error fatal habría cometido él? El pánico se adueñó de su mente hasta el punto de paralizarlo, como aquella otra vez en el zoco mientras imaginaba los tormentos a los que sería sometido en las mazmorras que en tantas ocasiones había contemplado con una mezcla de piedad hacia sus moradores y alivio por no ser uno de ellos.

Tuvo la tentación de retroceder a toda prisa, pero la desechó. Eso solo serviría para empeorar las cosas, al forzar a quienquiera que estuviese aguardando a dar la alarma. Su única opción era salir e intentar el engaño, en su defecto el soborno, o si no…

Instintivamente palpó el cuchillo que llevaba prendido en el cinturón, en aras de infundirse ánimos antes de abandonar aquella madriguera obligándose a aparentar serenidad. Afortunadamente, había sido previsor al dejar sus ropas cristianas junto al caballo y

vestirse a la usanza mora para entrar en la ciudad. También tenía la ventaja de hablar ya el árabe como un nativo, condición sin la cual su suerte habrá estado irremediablemente echada.

—Hermano —se dirigió en tono implorante al guardia, de rodillas en el suelo—, ten piedad de mí. Soy un pobre pecador que intenta ganarse un mendrugo arrastrándose como las ratas por este agujero inmundo.

—¡Calla, perro, no agraves tu culpa con mentiras que manchan tu lengua y mis oídos!

—Te digo la verdad —suplicó el barrunte alzando los brazos, reconfortado al constatar que el soldado estaba solo y se mostraba confiado—. Regístrame, no llevo nada de valor, las monedas que me dio mi amo no han bastado para cumplir su mandato, pero son tuyas si te olvidas de este encuentro. Nadie tiene por qué enterarse.

El guardia se inclinó sobre él, probablemente pensando en quitarle la bolsa antes de conducirlo a la cárcel, en un movimiento suicida que Beltrán no desaprovechó. Sin darle tiempo a reaccionar, con la mano derecha lo agarró por el pelo y tiró con fuerza suficiente para desequilibrarlo y dejar al descubierto su cuello, que la izquierda rebanó de oreja a oreja utilizando una jambia adquirida en el mercado al poco de su llegada a Córdoba. Un acero de hoja curva y empuñadura de marfil, tan hermoso como letal, cuyo filo implacable segó la voz del desdichado antes de arrebatarle la vida. Sus ojos desorbitados quedaron muy abiertos, traspasando a su asesino con una mirada incrédula congelada en la eternidad. Una interrogación o un reproche que, lejos de incomodar al escucha, le infundieron una euforia mayor y más intensa de la que jamás hubiera sentido.

Enfrentado a la primera situación de peligro real, no le había temblado el pulso. No era un cobarde ni mucho menos un ser débil, como le repetía con saña su hermano Fadrique desde que ambos eran niños. Tampoco un torpe incurable a causa de su zurdera. Sirviéndose de esa mano había dado muerte a un hombre mayor y más corpulento que él, sin vacilar. Su valor había superado la prueba y salvado con ello su honra. Únicamente lamentaba no poder alardear de ello, toda vez que semejante temeridad habría dado al traste con su misión. Tal vez más adelante, en Martos, tendría ocasión de presumir ante don Tello y los soldados de la guarnición. Hasta entonces debería conformarse con haber sobrevivido, que no era poco.

Reconciliado consigo mismo, henchido de orgullo y decidido a ganarse el honor de abrir las puertas de Córdoba al rey, Beltrán arrastró el cadáver del soldado hasta un cañaveral cercano al río, donde lo ocultó lo mejor que pudo junto con sus prendas ensangrentadas. Después de lavarse en la orilla, colocó el carro en el lugar exacto donde estaba, sin la menor intención de volver a utilizar esa vía de entrada. Caminó hasta la posada medio desnudo, aterido de frío, pero con una sonrisa triunfal en los labios. Nadie lo vio entrar. Durmió profundamente como una criatura hasta la tarde del día siguiente.

* * *

Corría el mes de marzo del año 1235 de Nuestro Señor. La víspera había llegado un nuevo cargamento desde Avilés. Una gran cantidad de sal procedente del alfolí y algunos otros productos destinados al

mercado cordobés, que servirían a Beltrán para mantener algunos meses más su cobertura de comerciante y brindarle una existencia confortable. Una comodidad que ya no le proporcionaba la menor satisfacción, pues todo su ser anhelaba volver a empuñar un arma y luchar de la manera en que lo hacían los caballeros.

Desde su accidentado regreso del último viaje destinado a rendir cuentas estaba desilusionado con un papel que a su modo de ver resultaba inútil, toda vez que sus recomendaciones no eran tenidas en cuenta dado que el soberano estaba a otros menesteres, según le había comunicado don Álvar Pérez de Castro. Él, por su parte, empezaba a hartarse de su disfraz y exhibía un humor de perros, lo que provocó un arranque de furia en el momento preciso para ayudar al destino a tejer su trama misteriosa.

Había llevado su oro blanco al zoco central de la Axarquía, en uno de cuyos puestos solía hacer buenos negocios. El propietario era persona muy principal en la ciudad, con un comercio de especias abierto en la alcaicería situada al este de la mezquita aljama, donde se compraban y vendían los artículos de gran lujo. Se decía que su fortuna derivaba en gran parte de su maestría en el arte de regatear los precios hasta el último sueldo, tarea para la cual también había desarrollado una notable habilidad Beltrán. Y en ese tira y afloja estaban afanados ambos, entre sorbo y sorbo de infusión azucarada, cuando apareció el zabazoque exigiendo a voces comprobar la balanza en la que acababan de pesar la sal.

Amparado en su autoridad y en los guardias que lo acompañaban, el funcionario realizó las comprobaciones oportunas, sin tratar de ocultar su hostilidad hacia un musulmán dispuesto a hacer tratos con un infiel, por mucho que este hablara a la perfección la lengua

del Profeta. No era el único, desde luego, lo cual no lo eximía de ser contemplado con recelo por muchos de sus correligionarios. Casi tanto como el que pesaba sobre el escucha cuando no se molestaba en esconder su condición de cristiano.

Los hados se habían conjurado para hacerle saltar ese día, porque tras llevarse a cabo las oportunas mediciones y concluir la operación en curso, con el necesario beneplácito por parte del musulmán, Beltrán se dirigió al cambista, quien de nuevo puso en duda su honorabilidad al pretender pesar una a una sus doblas castellanas para asegurarse de que tuvieran la misma ley que las almohades y no hubieran sido recortadas. Aquella afrenta fue la gota que colmó el vaso de su paciencia, hasta el punto de hacerle exclamar a gritos:

—¡Por Santiago que no voy a consentir a este hombre volver a insultarme con sus sospechas!

Todos los presentes en el bazar callaron de golpe ante esas palabras escupidas en el romance de Castilla, inconcebibles en aquel lugar tanto por el fondo como por las formas. Se hizo al instante un silencio denso como la pez. Beltrán se percató del grave error cometido cuando ya era demasiado tarde para recular, aunque lo intentó, regresando al árabe para ensayar una torpe disculpa con el cambista:

—Hoy tengo un mal día, hermano. Pesad lo que os plazca. Comprobaréis que mi plata nada tiene que envidiar a la vuestra.

Mientras el banquero llevaba a cabo ese proceso con la meticulosidad debida, la normalidad regresó rápidamente al mercado, sumido en su habitual trasiego de gentes. Sin embargo, el barrunte seguía incómodo, oía los cuchicheos a su alrededor y sobre todo se sentía observado por alguien situado a pocos pasos de él, en

la diagonal de su hombro derecho. Alguien cuya mirada fija resultaba ser tan intensa como si lo estuviera tocando. Con un rápido giro se dio la vuelta, presto a toparse con el almotacén listo para prenderlo, pero lo que vio fue algo muy distinto y tan inesperado que lo dejó sin habla.

* * *

Fátima había acudido al zoco, como tantos otros días, sin un propósito determinado. Era uno de los pocos lugares a los que se le permitía ir sin compañía masculina, lo que bastaba para explicar que se encontrara allí, curioseando entre los puestos a pesar de no poder permitirse comprar nada. La muerte de su padre viudo, acaecida tres años atrás, la había privado de familia, de dote y por tanto de la posibilidad de concertar un matrimonio aceptable, condenándola a un destino cruel. Desde entonces vivía acogida a la caridad de unos tíos que le brindaban un techo, poca comida, menos cariño y un catre, a cambio de mucho trabajo y obediencia absoluta a un amo de mirada libidinosa y a una dueña que se vengaba de su propia decadencia haciéndole pagar a base de humillaciones el pecado de ser hermosa y apetecible para su marido.

En los pocos ratos libres que le dejaba su condición de criada, rayana en la esclavitud, escapaba de su prisión para acudir al mercado y recordar los tiempos en los que acompañaba a su padre al bazar de los curtidores, donde él vendía a muy buen precio los hermosos cordobanes que labraba con sus propias manos. Entonces aún moraba la alegría en su hogar, a pesar de estar integrado únicamente por ellos dos. El futuro era un lugar deseable. Ahora se

había vuelto tan sombrío como el cuartucho que ocupaba en la residencia de sus parientes, bajo la amenaza constante de convertirse en el juguete sexual de su benefactor.

Perdido el derecho a concebir sueños o esperanzas, solo le quedaban sus recuerdos. Y fueron precisamente estos, los más hondamente arraigados por tratarse de los más antiguos, los que afloraron de golpe, casi con violencia, al oír pronunciar ese nombre cargado de reminiscencias sagradas: Santiago. ¿Quién era el misterioso forastero que invocaba con tal desfachatez al discípulo de Jesús adorado por los cristianos? El apóstol no era ni mucho menos un desconocido para ella, pero cuando se había referido a él, siempre entre cuatro paredes seguras, lo había hecho en un susurro, con el alma sobrecogida de temor. ¿Por qué no le ocurría lo mismo a ese joven inconsciente que ponía en riesgo su vida al no saber tener la lengua?

El comerciante era evidentemente cristiano, a juzgar por su modo de vestir. Alto, desgarbado, moreno, de facciones pronunciadas y ojos de ave rapaz. Un hombre como cualquier otro, que no habría llamado su atención de no ser por la osadía con la que lanzó su porfía al aire. A partir de ese momento, muy a su pesar, ella se quedó atrapada en su rostro, como si alguna clase de embrujo le impidiera seguir su camino.

A él le ocurrió lo mismo.

La mujer que lo observaba con ese descaro indecoroso y al mismo tiempo inocente, cargado de perplejidad infantil, encendió en Beltrán un deseo ardiente y nuevo. El anhelo de conocerla, descubrirla, penetrar su misterio, poseerla. No era mucho lo que dejaba ver de su figura, aunque lo suficiente para alimentar la imaginación

vigorosa del escucha. Vestía ropas amplias de tela fina que permitían adivinar su cuerpo esbelto, de cintura estrecha, pechos turgentes, caderas generosas y piernas largas bien torneadas. Iba velada, como todas las féminas de la ciudad, aunque la gasa que le cubría el rostro no lograba ocultar por completo su largo cabello cobrizo, la forma ovalada de su cara o sus labios carnosos, por no mencionar esas pupilas semejantes a carbones ardientes, coronadas por largas pestañas oscuras. Sin faltar al rígido código impuesto por el Corán a las hijas de los creyentes, insinuaba sin enseñar lo que escondían esos tejidos livianos inmaculadamente limpios, como limpia era la mirada de quien se escondía tras ellos.

Durante un instante interminable los dos permanecieron cautivos de ese sortilegio. Mudos. Absortos el uno en el otro. Ajenos al bullicioso universo que los rodeaba. Fueron apenas unos segundos, suficientes para que Fátima se pusiera peligrosamente en evidencia y Beltrán quedara preso de esos ojos hasta convertirlos en una obsesión. Al cabo de una eternidad, ella encontró la fuerza de reaccionar y salió corriendo del zoco, decidida a huir de una situación que la desbordaba. Él olvidó la más elemental cordura y fue tras sus pasos, conteniendo a duras penas el impulso de interpelarla en plena calle.

Guardando la mínima distancia suficiente para salvar las formas, el barrunte siguió a la desconocida hasta la casa donde ella entró apresuradamente, sin mirar atrás. Era una vivienda propia de gente acomodada, situada al norte del arrabal donde él mismo se alojaba, aunque en el extremo opuesto.

Ahora sabía, gracias a las averiguaciones realizadas durante su estancia en Córdoba, que la Axarquía era un antiguo asentamiento

mozárabe, cuyo aislamiento merced a sus murallas internas lo había librado de los múltiples saqueos y revueltas sufridos por la ciudad vieja a manos de los bereberes. El barrio conservaba buena parte de su esplendor pasado, con plazas donde se alzaban fuentes hermosas y residencias rodeadas de amplios jardines. En una de ellas entró Fátima, para desesperación del cristiano, pues cuanto más rica fuese esa mujer, tanto más difícil le sería a él poder acceder a ella.

—Encontraré la forma de llegar a vos —dijo en voz alta, desafiando a los muchos obstáculos que se interponían entre ellos—. No soy de los que se rinden.

Una vez a salvo en su cuartucho, Fátima se despojó del velo para lavarse la cara con el agua fría de la jofaina en busca de sosiego. Notaba cómo le ardían las mejillas, no precisamente por el calor. Se sentía azorada, revuelta, fuera de sí misma. Era consciente de que el cristiano la había seguido hasta la misma puerta y se torturaba preguntándose quién sería y, sobre todo, qué querría de ella. ¿Había venido para añadir una nueva aflicción a su ya desdichada vida?

Estaba sola y desesperada.

Esa noche soñó con la muerte.



26

Un secreto inconfesable

En Córdoba.
Año 1235 de Nuestro Señor

Beltrán no perdió un segundo. Esa misma tarde se dirigió a la alcahueta a cuyos buenos oficios debía sus tratos fugaces con prostitutas y le encargó que transmitiera a la joven su deseo ardiente de conocerla.

—Su padre no lo consentirá —repuso la vieja, remisa a implicarse en semejante trato—. Vos sois cristiano, y ella, por lo que decís, de buena familia.

—Nadie tiene por qué enterarse… de momento —rebatió el escucha, esgrimiendo un puñado de monedas a guisa de argumento —. Os pagaré con generosidad por vuestros servicios y por vuestra casa, si os prestáis a cedérnosla para ese encuentro.

—Aunque yo accediera a vuestros ruegos, y no he accedido, la chica se negaría. Una buena musulmana no es una bailarina cualquiera.

—Ni yo tengo intención de tratarla como tal —elevó el tono el cliente, ofendido—. Decidle que soy el hombre con quien cruzó su mirada en el mercado y que solo deseo hablar con ella. Os doy mi palabra de que me comportaré como un caballero.

—No sé yo…

Beltrán añadió algunos dinares más, hasta completar una suma escandalosamente elevada. No se quitaba de la cabeza el cuerpo de esa doncella, sus ojos semejantes a una noche cálida de primavera o esa sonrisa entrevista a través del tul, capaz de iluminar la pena más negra. Habría dado cuanto poseía por poder escuchar su voz.

—Veré qué puedo hacer —accedió finalmente la hacedora, tras embolsarse la plata por anticipado—. No os prometo nada.

Bashira gozaba de excelente reputación en los bajos fondos de Córdoba por su aparente respetabilidad, fuera de toda sospecha. Su avanzada edad, unida a la piedad que manifestaba en cada gesto, le daban entrada a todos los harenes, salones y baños de la ciudad, gracias a lo cual nadie le hacía sombra a la hora de llevar y traer mensajes de amantes ávidos por comunicarse con las pobladoras de sus sueños. También había arreglado numerosos matrimonios que en principio parecían imposibles, empleando todo tipo de medios lícitos e ilícitos para doblegar la resistencia de las pretendidas. Sus clientes eran siempre varones provistos de fortuna, ya que sus tarifas estaban a la altura de sus logros. Merced a sus añagazas habían sido atravesados los velos más protectores, las cortinas más espesas, los gabinetes más reservados y los muros más sólidos. ¿Por

qué iba a resistírsele la jaula dorada donde, según el cristiano, se había introducido la misteriosa paloma con quien él anhelaba encontrarse?

Apoyada en el báculo de su respetable vejez, cubierta de un manto raído sobre el vestido encarnado, armada de su inseparable rosario y enarbolando la mejor de sus sonrisas, la alcahueta se presentó en casa de Fátima a la mañana siguiente, dispuesta a cumplir el encargo cuya feliz culminación la llevaría a recibir el doble de la cantidad ya cobrada. Llamó a la puerta y se sorprendió al constatar que quien la abría respondía exactamente a la descripción hecha por su contratante.

—La paz sea contigo —saludó la muchacha con dulzura.

—Contigo sea la paz —respondió la visitante, obsequiosa.

—¿Buscas a mi tía? Ahora no está. Ha ido a los baños. Tendrás que volver más tarde.

—En realidad es a ti a quien busco. ¿Puedo pasar?

Llevada por la curiosidad, Fátima franqueó el paso a esa anciana que llevaba su oficio tatuado en la apariencia. Lo hizo con desconfianza, pues toda mujer honrada recelaba de las alcahuetas y aprendía a identificarlas por el bien de su virtud. Pero ¿qué podía perder ella? Dado que nada esperaba, nada tenía que temer.

Con pocas palabras, desgranadas en tono melifluo, la hacedora le explicó que tenía una propuesta de matrimonio para ella y deseaba ponerla en contacto con la madre de su pretendiente. De haberle dicho la verdad, se habría topado con una negativa frontal, pues ninguna doncella casadera habría aceptado jamás reunirse a solas con un hombre. La mentira formaba parte de las herramientas de su oficio y quien pagaba era él, que, llegado el momento, ya se las

arreglaría para convencerla de escuchar lo que tuviera que decirle o perseguirla si salía corriendo. Su trabajo acabaría en cuanto consiguiera conducir a la chica hasta su casa, cuyas paredes eran custodias de incontables secretos semejantes al que se estaba fraguando.

Fátima supo al instante que la alcahueta mentía. Ninguna proposición seria se formulaba directamente a la interesada, sino que pasaba por sus parientes masculinos más próximos, y ella estaba segura de que su tío no tenía arte ni parte en ese asunto. ¿Quién estaría detrás de tan sorprendente visita? ¿Existiría en realidad un pretendiente?

La más elemental prudencia debería haberla llevado a declinar la invitación y echar a la calle a esa vieja embustera, pero el afán de desvelar el misterio pudo más en su corazón. Además, esa noche había soñado con la muerte, presagio infalible de boda, según decían las comadres en el hammam al que acudía de vez en cuando únicamente para bañarse, a falta de medios con los que darse el lujo de una depilación o un maquillaje con henna. ¿Por qué iba a cerrar la puerta a la posibilidad, aunque remota, de que en verdad hubiera cambiado su suerte?

Concertaron una cita tres días después, a primera hora de la mañana. Se verían en el mercado de la fruta e irían juntas a conocer a la posible futura suegra, en su domicilio ubicado al suroeste de la Axarquía, cerca de la muralla interior y no muy lejos de la Gran Mezquita. En realidad, la casa de la alcahueta.

A simple vista parecía una vivienda modesta, situada al fondo de un callejón: dos pisos estrechos, de poca altura, con una puerta y una ventana a la calle, cubierta por tupidas celosías; lo que cabía

esperar. Fátima accedió al interior con el alma en vilo, temiendo encontrarse a un viudo añoso y entrado en carnes deseoso de comprarse una esposa joven a precio de ganga, pero quien la aguardaba puesto en pie en aquella estancia umbría era el cristiano con quien se había topado días atrás en el zoco. El hombre que poblaba desde entonces sus fantasías más descabelladas.

* * *

Beltrán se había engalanado a conciencia para el encuentro, además de ensayar mil veces las palabras con las que intentaría vencer la natural resistencia de la mujer a la que había conducido a esa encerrona. La primera por la que sentía un interés auténtico.

Al verla entrar con la cabeza gacha, temerosa, mostrando la actitud sumisa propia de una buena musulmana, sintió una ola de ternura sobreponerse al deseo carnal que, aliado a la curiosidad, le había llevado a gastarse una fortuna en propiciar el encuentro. Ahora debía retenerla a toda costa. Impedir que volviera a escapar de él corriendo, como había hecho en el mercado.

—Dadme una oportunidad de hablar, os lo suplico —imploró en árabe a guisa de saludo—. No quiero haceros daño.

Fátima escupió su desprecio a la alcahueta sin necesidad de palabras, con una mirada acusadora, decidida a salir cuanto antes de esa trampa. Porque era evidente que de eso se trataba. ¿Qué podía pretender ese extraño de ella, aparte de ultrajarla ahora que la anciana se había marchado cerrando tras ella la puerta? Su virtud era su única posesión y no pensaba dejársela arrebatar sin lucha.

—Escuchadme, por favor —insistió él, alzando las palmas de las manos en un gesto universal de paz—. Juro por mi honor que no os tocaré. Tan solo deseo hablar.

La chica pensó en gritar, aunque nadie la habría oído. No tenía escapatoria. Con la sangre desbocada encendiéndole las mejillas y el miedo agarrado al vientre se quedó pegada a la pared, paralizada, muda.

—Os vi el otro día en el zoco —continuó él, desde el otro extremo de la habitación, sin moverse de su rincón para no asustarla más—. Y vos me visteis a mí, lo sé. Me mirasteis detenidamente. Necesito saber por qué.

Durante varias noches insomnes había revivido ese momento paso a paso, cada instante, hasta el mínimo detalle, sin hallar una respuesta satisfactoria a las dudas suscitadas por esa conducta a todas luces insólita. Incluso se había planteado la posibilidad de que ella hubiera descubierto de algún modo su verdadera identidad, aunque había desechado tal pensamiento por inverosímil. Claro que, a falta de otra explicación mejor, no podía descartarlo del todo, lo cual había reforzado su determinación de dar con ella.

Fátima se había hecho exactamente la misma pregunta. También ella ocultaba un secreto peligroso, que le habría costado la vida en caso de descubrirse. Un secreto terriblemente pesado, relacionado con el comportamiento al que hacía referencia ese hombre cuya actitud respetuosa no era la de un violador.

—¿Qué queréis de mí? —dijo ella al fin, con una voz infantil que recordaba a la de ciertos pájaros.

—Solo conoceros, saber vuestro nombre, quién sois y por qué me mirasteis como lo hicisteis.

—¿Para qué? —El tono había pasado del recelo al reproche—. ¿Por qué de este modo vil, con una mentira?

—Porque no hallé otro más adecuado y me habíais robado el sosiego.

—¿A través de una alcahueta? —Era una pregunta retórica, cargada de indignación—. ¿Por quién me habéis tomado? Dejadme marchar, os lo ruego. Si se enteran de esto mis tíos…

—No me habéis contestado.

—Vine aquí engañada por esa mujer, que me habló de una oferta matrimonial —eludió la cuestión, al borde de las lágrimas—. En caso contrario, jamás la habría seguido. Ahora dejadme ir, por favor.

—¿Os casaríais conmigo? —replico Beltrán con arrogancia, malinterpretando sus palabras al desconocer el ardid empleado por la hacedera—. Para eso tendríais que convertiros primero a la verdadera fe de Cristo.

Aquello fue más de lo que ella estaba dispuesta a soportar. Le pareció una burla, una ofensa deliberada a su honra y su religión, que le dio fuerzas para alzar la testa y contestar:

—No tengo nada que ofreceros. Soy huérfana y pobre, sin herencia ni dote, pero me queda el orgullo y no consentiré los insultos de un infiel. Dejadme salir o matadme, porque os denunciaré por esto.

Beltrán comprendió que había ido demasiado lejos y sintió el mordisco del temor en el pecho. Si ella cumplía su amenaza, se vendría abajo todo lo que llevaba años construyendo por el más endeble de los motivos. No podía consentirlo, aunque desde luego tampoco entraba en sus planes dar muerte a la criatura que se erguía ante él, desafiante, taladrándolo con sus ojos de fuego. Solo

cabía recular e implorar clemencia humillado. Por eso se puso de rodillas ante ella, como solo hacía ante Dios, para invocar su perdón.

—Juro por mi honor que no era mi intención ofenderos ni mucho menos deshonraros. Tan solo deseaba conoceros. Pienso en vos noche y día.

Ese movimiento desarmó a Fátima, quien quiso creer en sus intenciones. Tal vez el idioma le hubiera jugado una mala pasada. Al fin y al cabo no era el suyo y, por lo demás, su lenguaje silencioso, sus gestos, su comportamiento, decían lo contrario a lo que ella había entendido. ¿Y si resultaba ser sincero? ¿Merecía la pena dejar un resquicio abierto a la confianza?

—Os repito que no tengo nada que ofrecer. Vivo en casa de unos parientes de los que nada obtendréis por mí. Tal vez os haya engañado el aspecto de la casa, que perteneció a mis abuelos…

—¿Me visteis seguiros? —se sorprendió él, que creía haber pasado desapercibido.

En lugar de contestar a esa pregunta innecesaria, ella la aprovechó para sellar una tregua, respondiendo a la primera que le había formulado él.

—El barrio estuvo antiguamente habitado por cristianos como vos. Mis antepasados lo fueron. Su casa estaba situada cerca del templo que albergó las reliquias de los mártires Marcial y Fausto, aunque la devoción de la familia era, según contaba mi madre, para Tiago de Compostela, a quien consideraban un santo. Por eso llamó mi atención oíros invocar el nombre de Santiago en voz alta.

Esa revelación dejó a Beltrán boquiabierto. Era lo último que habría pensado. Zanjaba definitivamente su temor a haber sido descubierto y al mismo tiempo multiplicaba su interés por esa

muchacha extraordinaria, cuya belleza velada prometía un interior más cautivador aún.

—¿Puedo volver a veros mañana? —imploró, decidido a desentrañar el misterio de ese pasado—. Poned vos las condiciones. Haré cuanto me pidáis con tal de escuchar vuestra historia.



27

Tiago de Compostela

En Córdoba.
Año 1235 de Nuestro Señor

Se encontraron nuevamente en la misma habitación discreta al día siguiente y después otra vez y otra más, siempre que Fátima hallaba un pretexto para escapar a la vigilancia de sus tíos. La alcahueta se llenaba el bolsillo con el dinero del cristiano, convencida de que los amantes utilizaban su casa para dar rienda suelta a la pasión, como muchas otras parejas, pero lo que en realidad hacían Fátima y Beltrán era conversar. Holgar con esa doncella habría infligido una afrenta imborrable a su honor de caballero, al mancillar para siempre la virtud de la mujer y su honra. En modo alguno deseaba echarse a la espalda esa carga.

En el transcurso de esas charlas, que para Fátima suponían un oasis de felicidad en el desierto de su existencia, habló a Beltrán de

su madre, fallecida prematuramente en plena juventud a consecuencia de un parto malogrado, y de su padre, curtidor conocido por la calidad de sus cueros, cuya fortuna fue a parar a manos de su hermano cuando la parca vino a buscarlo antes de darle tiempo para asegurar el futuro de su única hija.

—Mi tío no me quiere y su esposa aún menos —le confesó, entre la tristeza y la vergüenza, sin atreverse a mencionar el modo en que la desnudaba con los ojos—. Soy la criada de la casa.

El hombre a quien confiaba sus más íntimos pensamientos pasó poco a poco de extraño a amigo mientras en su corazón nacía y crecía una emoción muy distinta, más intensa, más profunda, a la que se negaba a poner nombre por miedo a la decepción. Intuía que también él albergaba sentimientos parecidos, aunque ninguno de los dos osaba manifestarlos abiertamente. Entre ellos se alzaba, infranqueable, la barrera de la religión, sumada a las otras muchas que condenaban su relación a la clandestinidad. Hasta que ella decidió quebrar esa cadena invisible desvelándole el secreto más pesado de cuantos lastraban su alma. El que jamás había compartido con nadie.

No fue una confesión súbita, completa y total, sino más bien un relato paulatino de aconteceres, desgranado con la finalidad de hacerle comprender la verdad por sí mismo. La historia que tanto ansiaba conocer Beltrán desde el mismo instante en que sus ojos se habían encontrado con las negras pupilas de ella.

Comenzaba algunas décadas atrás, con la conversión forzosa de su familia al islam, so pena de ser deportada o pasada a cuchillo.

—¿Tus abuelos eran cristianos? —exclamó el barrunte al enterarse, estupefacto ante el alcance de esa revelación.

—Cristianos mozárabes, sí —asintió ella bajando la voz—. Eso contaba mi madre, cuya verdadera fe era la tuya, cuando estaba segura de que nadie salvo yo la oía. Supervivientes de la cruel persecución llevada a cabo por los almorávides, que prohibieron vuestro culto en toda al-Ándalus, quemaron las iglesias, borraron las huella de las viejas imágenes sagradas conservadas hasta entonces y mataron o desterraron a África a quienes rehusaron apostatar.

—¿Cómo se libraron ellos del castigo?

—Escondiéndose de los alfaquíes y practicando sus ritos con sumo sigilo, en el seno de una comunidad muy pequeña y muy antigua que veneraba a un hombre considerado santo. Ya te hablé de él. Se llamaba Tiago de Compostela y vivió en época de Almanzor. Fue uno de los cautivos condenados a cargar con una de las campanas tomadas como botín por el háyib en la ciudad del Apóstol al que invocaste el día que nos conocimos.

Beltrán escuchaba embelesado la narración que surgía de los labios de Fátima como una catarata liberadora. Para él todo era novedoso, desconocido, perdido en un tiempo remoto envuelto en bruma. Ella en cambio vaciaba su alma de recuerdos sepultados a base de temor y amenazas, que, al regresar a la luz, traían consigo la memoria bendita de su madre, su coraje, su bondad, la añoranza de sus caricias, su amor. A medida que hablaba y rescataba del olvido esas figuras, notaba cómo le infundían fuerza y valor renovados.

—Jamás oí mencionar a ese santo —comentó Beltrán, sorprendido de que su nombre no figurase en la lista interminable que barajaba su madre en sus plegarias.

—Es normal —sonrió ella, comprensiva—. Fue un simple herrero que prefirió el martirio antes de abjurar de su fe, a pesar de que le prometieron toda clase de riquezas y honores después de ver la habilidad con la que transformó esas campanas en algunas de las lámparas que hoy adornan la Gran Mezquita. Son realmente extraordinarias.

—¿Y decís que él rehusó?

—Así es. No quiso abjurar de su fe. Yo desciendo, por mi madre, del pequeño grupo de cristianos que asistieron a su martirio. Por eso su nombre era recordado con veneración en las reuniones clandestinas que celebraban.

—¿Y vuestro padre?

—Él también era de origen mozárabe, aunque perteneciente a otra comunidad.

—¿Cómo murió ese cautivo al que os habéis referido?

—En la cruz, al igual que Jesús. Y desde allí profetizó el horrible destino que aguardaba a los hijos de Almanzor, así como el fin de al-Ándalus.

La información contenida en ese relato era tanta y de tal calado que a Beltrán le costaba procesarla. ¿Un mártir anónimo venerado por los últimos cristianos de Córdoba? ¿Lámparas fabulosas fundidas a partir de campanas robadas a Santiago en su santuario gallego? Y sobre todo, por encima de todo, Fátima. A juzgar por el modo en que se refería a su madre y demás miembros de la comunidad a la que esta pertenecía, parecía que el cristianismo no le resultaba ajeno. Y si así fuera, si quedara en ella un resquicio de fe en el verdadero Dios, entonces… Ese pequeño atisbo de esperanza se abrió de par en par cuando ella concluyó, en tono de lamento:

—Aunque los hijos del háyib tuvieron finales atroces, tal como había augurado Tiago, la última parte de su augurio no se cumplió.

—Todavía no se ha cumplido —corrigió él, mordiéndose la lengua para no confesarle en ese mismo instante su amor y a continuación revelarle su verdadera identidad—. Pero se cumplirá, no tengáis duda.

—Vaticinó algo más —añadió ella, como si acabara de venirle a la mente—. Poco antes de expirar, anunció que las campanas regresarían a Compostela para devolver su voz al Apóstol. ¿Tenéis alguna idea de qué puede significar ese auspicio?

Con esa pregunta, necesitada de respuesta, empezó a fraguarse en la mente de Beltrán un anhelo llamado a convertirse en propósito y aventura, que aún tardaría un tiempo en materializarse, aunque a partir de ese instante no abandonó su cabeza. Un sueño ligado a su condición de soldado del rey Fernando, obligado a fingirse comerciante en aras de cumplir su misión.

Ese disfraz le resultaba ahora más abominable que nunca, no solo por su deseo creciente de combatir armado y de frente, sino por la sensación dolorosa de estar engañando a Fátima.

Mientras la escuchaba desgranar los tormentos padecidos por esos últimos cristianos andalusíes, entre quienes estaban los de su propia sangre, supo que no tardaría en corresponder a su sinceridad pagándole con la misma moneda, a riesgo de acabar denunciado, preso y ajusticiado. Claro que ella nunca haría tal cosa. ¿Cómo iba a traicionarle la mujer que se ponía en sus manos abriéndole su pecho en canal, además de mostrarle su rostro?

* * *

Esa tarde, para desconcierto del barrunte, Fátima se había despojado del velo. Lo había hecho despacio, con manos temblorosas, decidida a acompañar la verdad sobre su estirpe con la exposición de los rasgos ocultos tras esa prenda. Sus labios de granada madura, custodios de esa voz cantarina que envolvía sin pretenderlo. Su nariz pequeña y recta. Sus mejillas semejantes a melocotones en sazón. Su piel de seda. Él la había contemplado en silencio, esforzándose por contener el impulso de besar esa boca tentadora y después continuar hasta descubrir y colmar de caricias el último de sus rincones. Ella había pasado el trance aferrada a la necesidad de vaciar su alma del peso que soportaba, en solitario, desde hacía demasiado tiempo.

Sin atreverse a mirarle a los ojos, le contó que fueron sus abuelos quienes abrazaron formalmente la fe del Profeta, so pena de ser decapitados o vendidos como esclavos en África. Descubierta a raíz de una delación la existencia de su modesta iglesia, les dieron a elegir entre el islam y la muerte de toda su progenie, lo que los empujó a suscribir el credo oficial y demostrarlo renegando públicamente de Cristo, comiendo carne los viernes y acudiendo a la mezquita como fieles devotos.

Gobernaban ya para entonces en Córdoba los almohades venidos del desierto, crecidos en su fanatismo después de haber derrotado a los almorávides dueños de al-Ándalus antes que ellos y también a los castellanos vencidos en todos los frentes. Esos guerreros implacables habían reforzado las defensas de la ciudad y restablecido el orden, aunque para los cristianos, ya muy castigados, su llegada resultó ser fatal…

—Lo primero que hicieron fue cerrar el templo situado cerca de la casa que poseían en la Axarquía mis abuelos y prohibir terminantemente el culto cristiano —rememoró Fátima, emocionada, evocando los momentos de intimidad compartidos con su madre antes de perderla en ese mar de sangre y gritos que fue su último parto—. Después vino todo lo demás, hasta la amenaza definitiva que forzó la conversión.

—Un calvario, imagino —apostilló Beltrán, sinceramente conmovido.

—Un precio muy alto, sí —corroboró ella, quien, a pesar de no haber nacido todavía en esa época, atesoraba esos recuerdos transmitidos como los únicos puentes de unión con las personas que la habían amado—. Los musulmanes tenían prohibido trabajar para mi abuelo en el taller y a él se le impedía percibir por su trabajo los honorarios establecidos. Ni siquiera le estaba permitido saludar con las palabras tradicionales, porque su fe lo situaba en el bando de Satán.

—Lo sorprendente es que resistieran tanto.

—Según contaba mi madre, el cerco se fue estrechando de forma cada vez más asfixiante, aunque lo que precipitó su decisión fue lo sucedido al sacerdote que atendía a su comunidad.

En ese punto hizo una pausa, acaso por la crudeza de la imagen que acudía a su mente mientras él notaba cómo la sangre se le iba calentando hasta entrar en ebullición.

—Le exigieron hacerse circuncidar, según la costumbre musulmana. Él se negó y fue ejecutado en la plaza pública por el verdugo, que lo degolló ante sus fieles como un anuncio de lo que les aguardaba a ellos.

—¡Malnacidos!

—Ese hombre abrazó el martirio por amor a su dios —concluyó ella, sin decantarse por el suyo—. Mis abuelos debían de amar más a sus hijos y prefirieron convertirse.

El barrunte se abstuvo, por respeto, de preguntarle cuál era su verdadera fe, mientras ella seguía contando lo acontecido en esos días aciagos:

—También mi abuela hubo de formular un juramento solemne ante el cadí y dos testigos, en aras de formalizar su conversión. Después enseñó esa plegaria a mi madre, quien me obligó a memorizarla, siendo yo muy pequeña, para que pudiera recitarla sin vacilar en caso de que alguien me lo exigiera:

«¡Oh, Profeta! Cuando vienen a ti las creyentes te reconocen jurando que no asocian nada a Dios, que no robarán ni cometerán adulterio, ni maltratarán a sus hijos, ni traerán una calumnia a lo que hayan concebido entre sus manos y sus pies; jurarán que no te desobedecerán en lo establecido. Reconócelas y pide perdón por ellas a Dios. Dios es indulgente y misericordioso».

Había desgranado esa oración de corrido, en una suerte de trance que acreditaba hasta qué punto la llevaba impresa en la mente. Al terminar, añadió sombría:

—Alá es clemente y misericordioso, pero los almohades no lo fueron. Ahora ya no nos señalan por la calle, pero lo hicieron durante años.

Con dolor y también alivio por poder romper al fin el aislamiento en el que había vivido largos años de orfandad, Fátima describió el terror de sus padres ante la posibilidad de ser denunciados y ajusticiados o, peor aún, reducidos a cautiverio junto a su hija. Un

tormento constante de temor y culpa. Un deseo ardiente de rendir culto al Dios de sus antepasados, frenado por el pavor a sufrir las consecuencias.

—Ellos nunca buscaron el martirio —confesó—. Creo que estaban sinceramente confusos y lo mismo me sucede a mí. He crecido oyendo hablar de dos profetas, sin saber a cuál entregarme. ¿Por qué no puedo ser una musulmana devota como las demás? A veces odio a mis progenitores por sembrar en mí esas dudas y después me odio a mí misma por albergar tales pensamientos.

—¿Te educaron en nuestra fe? —inquirió Beltrán, de nuevo sorprendido y más esperanzado que nunca en la posibilidad de conducirla de nuevo al redil cristiano antes de convertirla en su esposa.

—Mi madre me hablaba de Jesús, de la virgen María y sobre todo de Tiago de Compostela. Me contaba lo que ella a su vez había escuchado relatar de niña sobre la muerte en la cruz de ese mártir, acaecida un domingo ante los pocos cristianos que se atrevieron a acompañarle. Su historia circulaba de boca en boca desde tiempos inmemoriales…

Él volvió a lamentar no haber oído mencionar nunca ese nombre, pero se abstuvo de interrumpirla.

—… Y se centraba, sobre todo, en sus profecías cumplidas: la lenta agonía de Almanzor, el atroz destino de sus hijos, la destrucción de su palacio, el saqueo de Córdoba y la venganza del apóstol al que había robado su voz al llevarse las campanas de su templo antes de prenderle fuego. Mi pobre madre falleció sin ver cumplido el anhelo de que también ese augurio legara a

materializarse. Sin conocer de qué manera se cobraría Santiago su venganza.

—¿Y tu padre? —volvió a inquirir él, haciéndose la misma pregunta respecto de la revancha debida.

—Él se había criado en otra comunidad mozárabe, recién convertida al islam. Era un hombre sabio, un maestro curtidor reputado. Creo que estaba perdido, como yo; atrapado entre dos dioses sin saber a cuál adorar. Iba a la mezquita, rezaba a las horas prescritas y practicaba la caridad, tal como ordena el Corán, aunque nunca supe si su corazón era cristiano o musulmán.

—El tuyo a buen seguro es cristiano —proclamó Beltrán con entusiasmo, dando el paso de tomar una de las manos de Fátima entre las suyas y llevársela a los labios para depositar en ella un beso más tierno que ardiente.

—Apenas sé nada de tu religión —replicó ella, azorada por ese gesto incompatible con el pudor—. Solo lo que contaba mi madre y lo que oí alguna vez en casa de unos vecinos donde vivía todavía un anciano que recordaba algunas páginas de vuestro libro sagrado.

—¿Las Escrituras?

—Tal vez. Yo era muy pequeña entonces. Él no sabía leer, pero las recitaba de memoria y decía que eran palabras de los hombres que acompañaron a Cristo. Después recordaban a Tiago y se animaban unos a otros repitiendo la profecía que anunciaba lo que llamaban su liberación.

—Ese día está cerca, te lo juro.

Y al jurarlo apretó los puños con rabia, empeñado en acortar la espera, costara lo que costase.

* * *

Nunca antes habían alcanzado tal grado de intimidad. Nunca ella había ido tan lejos ni él lamentado tanto no ser sincero con ella. Se propuso remediar esa mezquindad en el siguiente encuentro, descubriéndole su identidad y con ella su condición de hombre de honor, aunque fuese lo último que hiciera en este mundo.

Esa tarde ambos estaban profundamente emocionados, razón por la cual cometieron un error grave. Abandonada toda prudencia, salieron juntos de la casa, Beltrán vestido a la usanza musulmana, Fátima envuelta en el aroma del perfume que él le había regalado. Una auténtica temeridad. La esencia de jazmín penetró en el olfato del alfaquí que pasaba frente a la puerta, como un insulto al decoro, y en ese callejón estrecho, que la luz menguante del otoño oscurecía temprano, el juez implacable de las buenas costumbres les ordenó a gritos detenerse, con el fin de ajustar las cuentas a esa desvergonzada.



28

Misterios de la mezquita

En Córdoba.
Otoño del año 1235 de Nuestro Señor

Mujer ingrata, ligera, falta de juicio y de pudor! Acabarás en el infierno, poblado de hembras impuras como tú. Que Alá nos libre de sufrir el castigo de soportaros…

Todo en ese pájaro de mal agüero era afilado. Su voz, aguda y cortante. Su cuerpo enjuto, semejante a una percha donde hubieran colgado un sayo blanco. Su rostro huesudo. Su barba negra, puntiaguda, oscuro marco a una boca que parecía haber sido creada para escupir desprecio. Sus manos de sarmiento seco, capaces de arañar como garras. Todo en él era aterrador.

—El Mensajero de Dios —graznó—, que la paz y las bendiciones de Alá sean con él, dijo: cualquier mujer que se ponga perfume y

luego pase entre la gente para que huelan su fragancia es una adúltera.

Se había encarado con la pareja nada más pisar esta la calle, alertado por el agradable olor que desprendía el cuerpo de Fátima. Al darse cuenta de que su velo translúcido dejaba ver sus facciones, el enojo se tornó furia.

—¿Acaso no conoces las palabras que Alá, el Absolvedor, el Misericordioso, dictó al Profeta Mahoma? ¿No sabes que ordenó a las mujeres de los creyentes cubrir toda su belleza para no tentar a los hombres?

Pese a referirse a ella, el clérigo miraba a Beltrán, a quien debía de haber confundido con su esposo o su guardián. Los hombres de ley musulmanes nunca se dirigían directamente a las mujeres. Una vez más, su disfraz le había salvado al barrunte la vida, aunque no sostendría el engaño mucho tiempo. ¿Qué hacer? Si ese cadí descubría la verdad, los dos acabarán en manos del verdugo. Cualquier reacción por su parte resultaba muy peligrosa. Si se mantenía en silencio, acabaría despertando sospechas. Si hablaba, su acento lo delataría. Por bien que se expresara en la lengua árabe, un oído instruido, como el del ulema, detectaría algo extraño. ¿Debía fingirse mudo? No le habría costado mucho, porque estaba paralizado de miedo no tanto por él, cuanto por ella.

Instintivamente, agachó la cabeza en señal de humildad, como si no se atreviera siquiera a replicar. Lo mismo hizo Fátima mientras el alfaquí daba rienda suelta a su santa indignación contra quienes desafiaban de forma tan obscena los mandamientos de su dios.

—El profeta Mahoma, que la paz y las bendiciones de Alá sean con él, dijo: «Durante los últimos días de mi comunidad habrá mujeres

que irán vestidas y sin embargo desnudas, con algo en sus cabezas como las jorobas de los camellos. ¡Malditas! Porque ellas son malditas».

Habían tenido la desdicha de toparse con un almohade devoto, determinado a corregir una conducta escandalosa. La culpa era solo suya. Deberían haberlo previsto y evitado. ¿Cómo habían sido tan ciegos, tan insensatos? No solía ser habitual que esos personajes salieran de la medina y anduvieran por la Axarquía, aunque tampoco imposible. Ahora era demasiado tarde. A ojos de ese juez implacable, ambos resultaban ser pecadores que era preciso castigar. Como tantos otros andalusíes, habían relajado sus costumbres hasta pervertirlas, por lo que su obligación consistía en devolverlos al redil de la piedad.

—¿Estáis yendo a la mezquita? —inquirió, dando por hecho que a esa hora una mujer no tendría otro lugar al que acudir.

—Sí —respondieron los dos en voz baja, sin levantar la vista.

—Regresa entonces y lávate —ordenó en tono severo a Fátima—, porque está escrito que si una mujer sale hacia la mezquita y su fragancia sobrecoge a la gente, Alá no aceptará ninguna de sus oraciones hasta que vuelva a su casa y se lave.

Incapaz de reaccionar por el miedo, Fátima se quedó inmóvil, sin darse cuenta de que acababa de abrírsele una vía de escape inmejorable. Su actitud enfureció aún más al alfaquí, quien confundió su terror con desafío y levantó el bastón en el que se apoyaba para golpearla con él. Beltrán apretó los dientes, loco de rabia y frustración. Estaba a punto de sacar su jambia y rebanarle allí mismo la garganta, aun sabiendo que en ese lugar y todavía de día le sería prácticamente imposible esconder su crimen y salir

impune, como le había sucedido con el guardia. Con todo, si esa vara hubiera tocado la piel de la mujer que amaba, él habría degollado al ulema. Quiso el cielo, no obstante, que en el último momento el brazo que la sostenía se detuviera, quien sabe si por compasión o por temor a la reacción del joven que la acompañaba.

—Ve a lavarte y no salgas de casa —volvió a reprenderla con asco, como si su mera presencia ensuciara el aire—. No vuelvas a desviarte del camino recto. En cuanto a ti…

Beltrán seguía tenso, presto a saltar como un felino si no quedaba otro remedio. Y no quedaría otro remedio si el ulema le hacía alguna pregunta que le obligara a explayarse y dejar al descubierto su condición de forastero. A pesar del intenso frío, el sudor le caía a chorros por la espalda. Un sudor helado, como el acero del cuchillo que dormía junto a su cadera en el interior de su vaina. Pero el guardián de las buenas costumbres no quería oír excusas. Estaba harto de la permisividad generalizada que en su opinión imperaba en al-Ándalus, a pesar de los esfuerzos desplegados por los guerreros almohades para erradicar todas las prácticas corruptas contrarias al islam. El consumo de vino, el baile, el uso de instrumentos musicales, las mujeres perfumadas…

—¿Acaso no has leído el Corán? —le espetó indignado—. ¿No sabes que los hombres son los protectores y mantenedores de las mujeres porque Alá, ensalzado sea su nombre, ha hecho que uno de ellos sobresalga sobre el otro y porque gastan de sus posesiones para mantenerlas. De este modo las mujeres justas son obedientes. ¿Cómo consientes a la tuya deshonrarte con su conducta? Está escrito en el Libro: «En cuanto a las mujeres de las que temáis

rebelión, amonestadlas, y permaneced aparte de ellas en la cama, y golpeadlas».

Fátima temblaba como una hoja, conocedora de los castigos reservados a las adúlteras y fornicadoras. Había sido educada en la fe musulmana. Desde niña le habían inculcado que las mujeres solteras debían orar en sus hogares, en compañía exclusiva de otras féminas. Bajo ningún concepto debían acudir solas a la mezquita, donde despertarían la lujuria de los varones. Ellas eran las hijas de Hawa, fuente constante de tentación y pecado. Se decía que constituían la mayoría de las almas condenadas, en razón de su naturaleza tendente a sucumbir a las seducciones de la vida terrenal. Hasta ese momento la había protegido el error del alfaquí, convencido de que Beltrán debía de ser su marido, un pobre cornudo, y ella una engreída culpable de exhibir sus encantos con la aviesa intención de atraer la atención de los hombres. Mas si por cualquier motivo se deshacía el equívoco…

Armándose de valor, Beltrán la tomó del brazo con rudeza, como si se dispusiera a seguir la consigna de reprimir los excesos en los que había incurrido esa esposa rebelde. El ulema pareció darse por satisfecho con ese gesto y exclamó, victorioso:

—¡Alá es el más Grande!

—¡Alá es el más Grande! —repitió el cristiano, poniendo más cuidado que nunca en que la pronunciación fuera perfecta.

Acto seguido se dio la vuelta, arrastrando violentamente a Fátima con él, y ambos emprendieron el camino de regreso a casa de Bashira, elevando plegarias al cielo porque el cuervo blanco no se arrepintiera de dejarlos marchar sin más.

Los dos tenían el corazón desbocado, a punto de saltar del pecho. Habían sentido el aliento de la Dama Negra en la nuca y eran conscientes de que su refugio dejaba de ser un lugar seguro. En lo sucesivo habrían de buscarse otro y redoblar la cautela. Claro que Beltrán había tomado una decisión irrevocable, llamada a acelerar las cosas. Una resolución que cobró aún más peso cuando Fátima, con la voz quebrada, le confesó su desaliento:

—Esos ulemas son lobos con piel de cordero. Invocan la ley en su beneficio, aprovechándose de la ignorancia de la gente sencilla. Siempre se apoyan unos a otros y nadie se atreve a hacerles frente. Ni siquiera los hombres de armas. ¡Dios los confunda a todos!

Parecía tan triste, tan abatida, que él se vio en la obligación de animarla apelando al humor y trató de quitar hierro a lo sucedido, comentando:

—¿Pero no dicen los musulmanes que su premio en el paraíso es una legión de vírgenes dispuestas a complacerlos? Eso no se compadece con la inquina con la que ese clérigo se ha referido a vosotras.

—Esas son las huríes, que no son mujeres —replicó ella de inmediato, apelando a todo lo aprendido—. Son seres puros, eternamente jóvenes, eternamente vírgenes, dedicados a dar placer al varón.

Una vez a salvo en el interior de la vivienda, él la besó dulcemente en los labios, la conminó a esperar un buen rato antes de salir y se marchó deprisa, pues tenía algo urgente que hacer.

El susto había dado paso a un anhelo ardiente de venganza. Ese sarraceno había osado levantar la mano a Fátima y por Santiago que iba a pagarlo. Claro que, para ello, antes debía encontrarlo, a pesar

de la ventaja que le llevaba. Solo tenía una oportunidad de conseguirlo y se la jugó a que se dirigiera a la Medina por una de las dos puertas que se abrían al sur de la muralla interior, muy próximas la una de la otra y relativamente cercanas al lugar donde los había sorprendido.

Rogando por no equivocarse, hacia allá fue él también, evitando la calle principal. Ese era su arrabal, lo conocía palmo a palmo, gracias a lo cual tomó un atajo que le permitió llegar a una de ellas, el Arco del Portillo, justo a tiempo de ver cómo el alfaquí lo cruzaba, a buen paso, camino de la plaza a la que se asomaba de Gran Mezquita. ¿Por qué llevaba un bastón si no lo necesitaba? ¿Con la intención de inspirar respeto fingiéndose mayor de lo que era o para servirse de él como arma y golpear a muchachas indefensas?

—Yo te enseñaré a pegarles —masculló entre dientes, recordando la escena vivida y maldiciéndose a sí mismo por no haber hecho nada—. Probarás el sabor del palo, ya lo creo que lo probarás.

* * *

Hacía tiempo que Beltrán no iba por la Medina. Su misión lo había llevado a centrarse en la Axarquía, donde se sentía como en casa, y percibía esa zona noble como un lugar hostil. Ello no obstante, al amparo de la oscuridad que abrazaba ya por completo la ciudad, siguió al hombre hasta el templo y por vez primera se adentró en él, decidido a no perderlo.

Hasta ese momento, Beltrán nunca había pasado de los arcos que comunicaban el edificio en sí con el amplio patio situado en su lado norte, sembrado de naranjos y otras plantas aromáticas. En el centro

de ese espacio se hallaba la fuente de las abluciones, donde era perentorio purificarse antes de entrar a rezar, y a través de él se accedía al alminar desde el cual el almuédano llamaba a la oración. Una torre espigada que dominaba los cielos y proyectaba su voz hasta el último rincón de Córdoba. A esa explanada, a la sazón alumbrada mediante antorchas, se abrían también las puertas que daban acceso al recinto sagrado. Puertas que el cristiano nunca había terminado de cruzar, en parte por respeto, sobre todo por temor a ofender a su Dios visitando la casa de otro. Hasta entonces se había limitado a echar un vistazo al interior desde fuera, atisbando la grandiosidad de aquel lugar. En esa ocasión, no obstante, el deseo de revancha le dio la fuerza que precisaba para transgredir su propia norma sin temor a las consecuencias.

Tras completar los ritos de rigor, aprendidos como parte esencial de su camuflaje musulmán y practicados con repugnancia y una honda sensación de culpa, atravesó el umbral prohibido, convencido de estar cometiendo un pecado grave del que habría de confesarse en su momento. Cuando la plaza regresara a manos cristianas, todo pecado cometido en nombre del Señor quedaría perdonado y toda culpa, lavada. Al fin y al cabo, aunque secreto, su trabajo era indispensable para el éxito de la magna empresa que desde hacía siglos llevaban a cabo generaciones de hispanos cristianos. Gentes como él mismo, su padre y sus abuelos. Guerreros de la Cruz empeñados en recuperar para la verdadera fe la tierra de sus ancestros.

Armado de valor y fortalecido en esa convicción, se adentró en la mezquita como uno más, decidido a no perder de vista al ulema. Una vez dentro, no obstante, lo que vio lo dejó sin habla, sin

capacidad para apartar los ojos del espectáculo que se le ofrecía, sobrecogido ante la grandiosidad de ese recinto cuya belleza, contemplada en todo su esplendor, no podía ser descrita con palabras. ¿Cómo era posible que los infieles hubiesen levantado semejante monumento guiados por una creencia errada?

Aquello no era un edificio, sino una gigantesca arboleda de columnas de proporciones inauditas, ajenas a este mundo terrenal. Naves y naves separadas por troncos de piedra multicolor que sujetaban arcadas majestuosas, donde el rojo y el blanco se alternaban hasta crear la sensación de infinitud sin principio ni final. Muros labrados por ataurique expertos en transformar la escayola en una sucesión de joyeles destinados a ensalzar la grandeza de Alá. Un auténtico laberinto celestial digno de albergar al único Dios verdadero.

—Pronto serás purificado —le dijo al templo en sus pensamientos mientras fingía adorar a otra deidad, postrado de rodillas para tocar el suelo con la frente siguiendo la cadencia marcada por el imán—. Y cuando eso ocurra, brillarás aún más.

El ambiente estaba impregnado de un fuerte olor a cera y a incienso. A falta de luz diurna, las naves estaban iluminadas exclusivamente por cirios, velones y candiles de diferentes tamaños, entre los cuales destacaba la araña colgada de la cúpula de la maxura, en la nave principal y arriba de la hornacina o mihrab hacia donde se dirigía la plegaria. A su alrededor, otras cinco lámparas parecidas, también enormes, mostraban incontables mariposas o mechas que en ese momento estaban apagadas. Más de mil cada una, había oído decir. Las encendían solo en el mes del ayuno,

cuando la cantidad de aceite consumido era tal que superaba la quemada durante todo el resto del año.

A Beltrán le vino a la mente lo que le había relatado Fátima sobre el herrero Tiago, condenado a cargar con una de las campanas robadas por Almanzor a Santiago durante la brutal aceifa perpetrada contra Compostela y traída hasta Córdoba a hombros de cautivos cristianos para ser transformadas en lámparas. ¿Dónde estaban esos símbolos de la humillación infligida al santo Apóstol? ¿Qué había sido de su voz, arrebatada por el caudillo amirí al arrancar los bronces de su iglesia?

No le costó mucho dar con ellas. Eran dos, fácilmente distinguibles en esa misma nave central, suspendidas mediante gruesas cadenas a intervalos de unos cincuenta pasos. La estructura y textura de las campanas había sido modificada con el propósito de adaptarlas a su nueva función, aunque conservaban su forma cónica original, dispuesta boca abajo, en aras de resultar reconocibles como parte del botín obtenido en tierra cristiana. Al borde inferior se le había añadido una suerte de cubierta a guisa de tapa perforada con esmero para producir formas geométricas, de la que pendía una bonita pieza octogonal sin utilidad aparente, más allá de la decoración. La luz procedía de las velas colocadas en diminutos candelabros individuales de filigrana, unidos entre sí mediante argollas y ceñidos al medio y el pie de la antigua campana como si fuesen tres coronas superpuestas. Diademas regias.

El resultado era admirable. Quien hubiera hecho ese trabajo no parecía ser un simple forjador, sino un orfebre. Un auténtico maestro en el arte de soplar, cortar y soldar hasta insuflar vida propia al metal. No resultaba extraño que sus verdugos le hubieran ofrecido

convertirse al islam y dedicar ese talento a embellecer su capital. Lo sorprendente era que él hubiese rehusado la propuesta y abrazado el martirio por voluntad propia. ¿Quién había sido ese Tiago al que veneraban los abuelos de Fátima? ¿Para quién había creado esas luminarias divinas?

—Serás vengado —musitó, mezclando ese juramento con la última invocación de Alá—. Y rescataré tu memoria del olvido.

* * *

Concluida la oración, los fieles abandonaron la aljama en orden, intercambiando saludos y parabienes. Eran ya casi las diez; hora de recogerse en sus hogares, al resguardo del frío húmedo propio del noviembre cordobés.

Sin sospechar que lo seguían, el alfaquí se encaminó a su casa, sita muy cerca de allí, en las inmediaciones del Alcázar. A juzgar por la fachada y el barrio en el que se levantaba, se trataba de un inmueble propio de gente acomodada. Bajo esa falsa apariencia de humildad extrema, el implacable juez de la moral debía disfrutar de una existencia confortable, probablemente con varias esposas y acaso alguna concubina dedicadas a satisfacer hasta el último de sus deseos. Una existencia que terminaría, se dijo Beltrán, el día en que los cristianos entraran en la ciudad.

—Ahora sé dónde encontrarte —murmuró para sus adentros, firmemente decidido a ajustarle las cuentas llegado el momento.

* * *

De vuelta al funduq del Carnero halló a su amigo, el posadero, todavía despierto, terminando de despachar a los últimos rezagados. Era una buena noticia. Así podría pedirle el favor que necesitaba esa misma noche y no demorar la revelación que se había propuesto hacer a Fátima y le quemaba en los labios.

—Mañana recibiré a una mujer en mi habitación —anunció, del modo más natural posible—. Será de día. ¿Podrás asegurarte de que nadie nos moleste?

—Desde luego —repuso el dueño del local, sabedor de que ese servicio le valdría una buena propina.

—Entonces haz venir a la alcahueta a primera hora y avísame cuando esté aquí.

Bashira recibió unas cuantas monedas de plata junto al encargo de apostarse ante la residencia de Fátima y ponerse en contacto con ella en cuanto se quedara sola para urgirla a venir a verle. Era de suma importancia que lo hiciera sin tardanza, cubierta de arriba abajo con el paño más grueso que encontrara. Después se quedaría a esperarla y la acompañaría de regreso a su domicilio.

Aunque le costase una fortuna, Beltrán estaba decidido a hacer cuanto fuese necesario para mantenerla a salvo. Y si ella no lo rechazaba una vez que supiera la verdad…

Cada minuto de esa espera le pareció una eternidad



29

La confesión

En Córdoba.
Noviembre del año 1235 de Nuestro Señor

Fátima llegó a media mañana a la posada, azorada, envuelta en conjeturas siniestras sobre lo que iba a encontrarse. Le había costado seguir a esa vieja de la que nunca se había fiado. Únicamente cuando la casamentera le dijo que era cuestión de vida o muerte abandonó sus reticencias para echarse a la calle, temerosa de que a él le hubiera ocurrido algo grave.

Beltrán la aguardaba hecho un manojo de nervios. Había ensayado toda la noche el discurso que iba a dirigirle. No quería olvidar el menor detalle, por lo que nada más verla entrar abrió la espita de su confesión, decidido a apurarla hasta las heces. Antes de darle tiempo a despojarse del velo. Antes de contemplar su rostro y

dar marcha atrás ante el temor de perderla. Antes de arrepentirse de ese arranque de sinceridad.

—Estoy enamorado de ti —le espetó a bocajarro, llevándose la mano derecha de ella a los labios para depositar un beso apasionado en su palma—. Te amo desde el mismo instante en que te vi y deseo hacerte mi esposa. No hay nada que desee más. En eso no mentí a la alcahueta.

Fátima se quedó callada, aliviada de poder esconder su gesto de sorpresa tras la tupida tela de algodón que aún le cubría la cara. Intuía que sus sentimientos hacia él eran compartidos, pero de ahí a proponerle matrimonio, a pesar del muro que los separaba, distaba un largo trecho causante del desconcierto. ¿Acaso esa confesión escondía algún propósito turbio? La vida le había enseñado a mantener alta la guardia, por más que una fuerza desconocida la impulsara a echarse en sus brazos. A costa de un enorme esfuerzo de la voluntad permaneció inmóvil, muda, inescrutable; se convirtió en estatua de sal, pues ese había sido siempre su modo de defenderse. El único a su alcance.

Beltrán confundió ese silencio con rechazo, notó cómo sus planes se desvanecían y optó por jugarse el todo por el todo despojándose del disfraz que había vestido hasta entonces:

—No soy un vulgar comerciante en pieles, sino un caballero. Quien ansía desposarte es un hidalgo de Castilla. Un soldado al servicio del rey don Fernando que pone su honra y su hacienda a tus pies.

Si la declaración de amor la había turbado profundamente, esta otra revelación la dejó de piedra. ¿Un escucha castellano? ¿Un espía? ¡No era posible! Las gentes de armas eran impetuosas, groseras, zafias, brutales. Eso al menos se decía en al-Ándalus de

los guerreros cristianos, cuya mera mención causaba espanto, especialmente entre las mujeres. Él en cambio era cortés, atento, amable, incluso delicado. Ni siquiera su apariencia concordaba con lo que decía ser. No era precisamente un hombre corpulento, sino más bien lo contrario, y siempre vestía con pulcritud, ya fuera a la usanza árabe o a la de los norteños. Sus modales eran impecables. ¿Dónde estaba el aguerrido combatiente? ¿Y qué tenía de malo ser un próspero comerciante?

Al no saber qué decir, siguió sin reaccionar, lo que obligó a Beltrán a llenar ese vacío con una larga explicación sobre su verdadera identidad y la razón que lo había llevado hasta allí.

Sentado frente a ella en el suelo sobre sendos cojines, le contó todo lo acontecido desde el momento en que huyó de su casa en Cazorla. Le habló de su padre, don Pedro, de su sangre noble, de las intenciones del soberano con respecto a Córdoba y Sevilla y de su importante papel en esos planes. Nada dijo del centinela al que había rebanado el cuello, aunque fue lo único que se guardó para sí.

Durante un buen rato desgranó la historia de su verdadera actividad, sus entradas y salidas, los peligros afrontados… Se adornó cuanto pudo, pues a esas alturas anhelaba conquistarla a ella mucho más aún de lo que ambicionaba tener una participación determinante en la toma de su ciudad, lo cual era decir mucho. El corazón y la piel habían tomado la delantera sobre el honor y la gloria, con la virulencia propia de la primera vez. Y habría hecho cualquier cosa para convencerla de darle el sí. Cuando al fin terminó de exponer los pormenores de su arriesgada misión, ella se limitó a decir:

—Te habría aceptado igual si hubieras sido quien decías ser.

Se había quitado el velo y mostraba una sonrisa tímida, con un punto de pesadumbre por el tormento interior que, a tenor de sus palabras, debía haber padecido él. Tanto tiempo fingiendo, mintiendo, negando su fe, ocultándose entre las sombras alejado de sus seres queridos. Tanto dolor acumulado. Tanta soledad. El modo en que se había sincerado, hasta dejar su alma en carne viva, había despejado todas sus dudas, allanado todos los obstáculos. Fuera cual fuera el precio a pagar, ella sería el bálsamo llamado a curar sus heridas.

Se fundieron en un abrazo distinto a cualquiera que se hubieran dado antes, pues ya no eran dos, sino uno solo. Él le había dado palabra de matrimonio, lo que sellaba entre ellos un compromiso inquebrantable llamado a materializaría ante los ojos de Dios cuando ella abrazara la religión cristiana, paso previo sobreentendido, al menos a ojos de Beltrán. Fátima no lo había pensado. De momento se habían confesado el uno al otro su amor. Era más que suficiente.

Superada a duras penas la tentación de ir más allá de lo permitido a una mujer soltera y su futuro esposo, recobraron la compostura para seguir con la conversación, pues él tenía gran empeño en remarcar su hidalguía, incompatible con la persona que ella creía conocer.

—Aquí en al-Ándalus el comercio es considerado una actividad respetable —quiso aclarar el barrunte, en referencia a la afirmación de que ella le habría aceptado en cualquier caso—. Pero en Castilla no es así. Allí se considera vil trabajar con las manos para ganar dinero. Es algo que yo jamás habría hecho en otras circunstancias.

—¿Y de qué modo se ganan entonces el sustento los castellanos?

—¡Combatiendo! —rugió él, liberado de las ataduras que habían tenido cautiva su lengua—. El único oficio digno de un noble es la guerra.

Ella ensombreció el semblante, pues no quería enviudar antes de haberse casado. Ese espíritu belicoso chocaba frontalmente con el hombre del que se había enamorado. Lejos de constituir un atractivo, arrojaba un jarro de agua fría sobre sus ilusiones.

—En la guerra se ganan fama y fortuna —continuó ufanándose Beltrán—. Tierras, rentas, botín, títulos…

Fátima no terminaba de comprender a qué se refería el cristiano, porque nada de lo que decía formaba parte de su cultura, sus sueños, su modo de entender la vida. Ella solo quería formar un hogar con él, cuidarlo, amarlo, honrarlo con muchos hijos. Lo habría hecho dichosa junto al mercader de pieles. ¿Qué clase de futuro la aguardaba con el espía? Armándose de valor, preguntó:

—¿Premiará también tu rey lo que estás haciendo aquí?

—Eso me ha prometido su alférez, mi señor Álvar Pérez de Castro, y la palabra de un caballero es sagrada. Puedes estar segura de que cumplirá.

Beltrán omitió la parte referida a su juramento de no revelar jamás a nadie la naturaleza de su misión. ¿Con qué fin había de reconocer que nunca alcanzaría la gloria, dado que sus actos estaban abocados a permanecer secretos? Ella no necesitaba saber eso ahora. Le bastaba con la certeza de que no les faltaría de nada y sobre eso no existían dudas. Cuando Córdoba cayera, él sería recompensado. Generosamente, esperaba.

* * *

Era hora de marchar. La conversación se había prolongad más de lo razonable y ya estarían echándola de menos en casa, donde cada vez le resultaba más difícil hallar excusas para justificar sus salidas. Consciente de tener que dejarla ir, Beltrán se levantó de un brinco y le tendió una mano para ayudarla. Entonces, solo entonces, ella se percató de que era zurdo. Un detalle en el que hasta entonces no había reparado, probablemente porque él hacía todo lo posible por disimularlo.

—Eso también me gusta de ti —comentó, coqueta.

—¿A qué te refieres?

—A esa mano izquierda que utilizas con más destreza que la otra.

—Te equivocas —se apresuró a negarlo él, ruborizado—. Es solo que ha coincidido por el lugar en que estabas sentada…

—No te avergüences —lo interrumpió ella con dulzura—. No hay motivo. Veo que también entre los cristianos, al igual que entre los musulmanes, se considera que el izquierdo es el lado nefasto y se mira con malos ojos a quienes son como tú. Yo en cambio creo que esa rareza es un signo del favor de Dios.

—Jamás oí a nadie decir nada semejante —replicó Beltrán, tan emocionado como agradecido por la infinita comprensión contenida en esas palabras—. Yo he arrastrado siempre esta zurdera como una condena del cielo. La causa de una torpeza que me ha valido burlas y desprecio desde que fui capaz de sujetar una espada.

—Pues ya es hora de que la contemples de otro modo —acompañó su mandato con una caricia—, porque el herrero de quien te hablé compartía contigo esa bendición. Lo subrayaba mi abuela cada vez que nos hablaba de él.

—¿El portador de las campanas?

—Tiago de Compostela, sí. Cuando tengas ocasión de admirar lo que hizo con esos bronces…

—¡Lo he visto! —exclamó él jubiloso—. Unas lámparas maravillosas.

—Si él consiguió ganar fama transformando la voz del Apóstol en luz para alumbrar a Alá, sin renegar de su fe, tú lograrás hacer cualquier cosa que te propongas. Y yo te ayudaré.

* * *

A partir de ese día, Fátima prestó gustosa sus ojos y sus oídos al barrunte cristiano venido a derribar con sus informes las defensas de su ciudad, no porque compartiera su afán de conquista o su hambre de gloria, no porque sus antepasados hubiesen sido mozárabes perseguidos, tampoco porque al hacerlo confiara en poder escapar de ese tío rijoso de mirada libidinosa y esa tía que la odiaba y humillaba constantemente, sino porque estaba enamorada. ¿Qué otra cosa podía hacer salvo quererlo y respaldarlo en todo aquello que dependiera de ella?

Con el dinero que él le proporcionó, acudió a distintos baños de la ciudad en busca de información. En cada barrio había al menos un hammam y allí las mujeres hablaban libremente sobre sus problemas cotidianos mientras disfrutaban poniéndose en manos de otras mujeres expertas en depilar, lavar, ungir o masajear sus cuerpos y sus cabellos, antes de decorarlos con henna. Ese era el único placer que les estaba permitido y quienes disponían de recursos suficientes para pagar esos servicios no dudaban en entregarse a él, aunque su número menguara a ojos vista. Corrían malos tiempos en Córdoba.

Bastaba escuchar atentamente esas conversaciones para constatar hasta qué punto era profundo el malestar.

Las más quejosas eran las viudas, dependientes de limosnas cada vez más escasas que las obligaban a mendigar. Inmediatamente detrás se situaban las esposas de los mercaderes, sobre todo en la Axarquía, cuyos habitantes, gentes sencillas, soportaban la mayor parte de las cargas impuestas por Ibn Hud para hacer frente a las onerosas parias pactadas con el rey Fernando a cambio de paz. Cuatrocientos treinta mil maravedíes, nada menos, solo para cubrir ese año del Señor de 1235. Cuatrocientos treinta mil maravedíes obtenidos en buena medida esquilmando a los habitantes de la ciudad, hartos de pagar con el sudor de sus frentes la debilidad del cabecilla murciano.

Esos impuestos confiscatorios eran objeto de maldiciones sentidas, pues habían causado muchas ruinas y provocado la fuga de no pocos cordobeses a Sevilla o Granada, donde la presión era algo más soportable. En la intimidad de las piscinas, las hermanas, hijas o madres de los exiliados lamentaban amargamente su marcha, que achacaban a la voracidad de unos recaudadores insaciables, a menudo judíos, distinguibles por su vestimenta y objetos de un odio tan hondo como generalizado por parte de los ciudadanos víctimas de sus exacciones. Esa hostilidad enconada era el precio que pagaban por prestarse a llevar a cabo un trabajo sucio que nadie más quería hacer, a cambio de un porcentaje considerable sobre la cantidad recaudada. De ahí que fueran implacables al exprimir a los contribuyentes.

Cuando Fátima le comentó ese extremo a Beltrán, en uno de sus fugaces encuentros mantenidos en su aposento del funduq, él no se

sorprendió:

—En Castilla ocurre lo mismo y por el mismo motivo. En épocas de escasez el pueblo vuelca su ira contra los hebreos hasta el extremo de asaltar las juderías, que han de ser protegidas por los caballeros del rey.

—En todo caso —zanjó ella—, la Axarquía se vacía. Tú también lo habrás notado. Muchas familias se han ido y las que permanecen aquí no tienen plata que gastar. Los negocios van mal. El descontento es creciente y se palpa en las calles.

Él lo había notado, sí. Por doquier se desataban peleas por nimiedades y los zocos criaban telarañas. El malestar detectado por Fátima entre la población femenina no hacía sino corroborar lo que él mismo llevaba tiempo constatando. La fruta estaba madura. Era hora de pasar a la acción.

—Si don Fernando atacara ahora —le lanzó la pregunta sin preámbulos—, ¿crees que tus vecinos lucharían?

Ella no dudó un instante la respuesta:

—No. El pueblo no quiere guerra. Nadie tomará las armas para enfrentarse a los ejércitos de tu rey. Le tienen demasiado miedo, no son soldados y tampoco es mucho lo que les queda por salvar.

—Si no defienden lo suyo, lo tomaremos —exclamó Beltrán, incrédulo ante una afirmación tan opuesta a sus propias convicciones—. ¿Acaso no les importa? ¿No lucharán ni por su dios ni por su tierra?

—No se trata de eso, mi amor. Aquí todos confían en que las tropas harán su trabajo, porque así ha sido siempre. Córdoba, y en particular la Axarquía, es el hogar de artesanos y comerciantes, de curtidores, como lo era mi padre, carpinteros, yeseros…

—… De eunucos y de clérigos —escupió él su desprecio.

—También —concedió ella, otorgando a esas palabras una intención diferente de la que impregnaba las de él—. De mujeres, niños y ancianos. Los cordobeses piensan en sus negocios, en su vida, en sus placeres y dolores. Somos gente pacífica.

—Y débil —sentenció él—. En Castilla todos sabemos combatir, hasta las mujeres. Nos enseñan desde chicos, por la cuenta que nos trae. Cualquiera daría su vida por conservar la propiedad de una tierra ganada con sangre.

—Y por eso venceréis —auguró ella, sin que él fuese capaz de descifrar si lo decía con resignación o alegría—. Por eso triunfará la Cruz sobre los estandartes de Alá, aunque el Corán amenace con castigar severamente a quienes, sin estar impedidos, rechazan ir a la guerra.

—¿Eso hace?

—Los imanes lo repiten tanto que hasta yo conozco de memoria su regañina habitual: «¡Creyentes! ¿Qué os pasa? ¿Por qué cuando se os dice: id a la guerra por la causa de Dios, permanecéis clavados en la tierra? ¿Preferís la vida de acá a la otra?».

—Entonces podríamos haber tomado Córdoba hace tiempo —dedujo Beltrán esperanzado.

—No mientras gobernaron aquí los guerreros africanos —le corrigió Fátima—. Ellos estaban dispuestos a todo y no mostraban piedad. Los andalusíes somos distintos. A estas alturas deberías saberlo.

En realidad lo sabía dese el día de su llegada a Córdoba. Se lo había revelado el capitán del barco mercante que lo trajo desde Avilés, al afirmar que ni los cordobeses ni los sevillanos eran dados a

combatir; que preferían el oro al acero. Fátima y él compartían la misma impresión. Era tiempo de confirmar con hechos si estaban o no en lo cierto.

* * *

El barrunte preparó la salida con especial esmero, porque iba a ser la última. Ya no necesitaba poner a prueba la seguridad de las puertas y portillos, dado que se conocía al dedillo tanto los principales bastiones de esas defensas como sus fallas, por lo que decidió abandonar la ciudad como uno más de los muchos mercaderes que lo hacían a diario y regresar del mismo modo; es decir, cruzando la Puerta del Puente, tras comunicar a todos sus conocidos que se dirigía a Sevilla por negocios y advertir a Fátima que, en su ausencia, se mantuviera alerta. Una vez fuera, cabalgaría al amparo de la noche hasta la localidad de Andújar, algo más cercana que Martos, donde había oído decir que se concentraban las tropas fronterizas de don Álvar Pérez de Castro.

Con suerte, encontraría allí al caudillo y le podría comunicar la oportunidad irrepetible que ofrecía el desánimo imperante en la Axarquía, caldo de cultivo perfecto para una conquista rápida y prácticamente incruenta. También había dibujado para él un mapa detallado de los puntos más vulnerables de la muralla exterior, que llevaba oculto bajo la ropa. Ese papel, doblado hasta formar un pequeño cuadro, contenía el fruto de años de observación. Si por desventura se lo encontraban en el transcurso de un registro, iría derecho a una muerte aterradora. Pero el riesgo merecía la pena. Era el único modo de garantizar el valor práctico de su labor

silenciosa y dejar una constancia tangible de su paso por este mundo.

* * *

A principios de diciembre partió, armado de ese peligroso objeto, al encuentro del hombre llamado a dar sentido a su misión. Iba esperanzado e impaciente. Ansioso por rendir su informe y acabar de una vez por todas con la mentira en la que vivía desde hacía demasiado tiempo.

Cuando estuvo frente al caudillo, fue directo al grano:

—Ha llegado la hora —afirmó, rotundo, a la vez que le hacía entrega del documento en cuestión—. No tendremos ocasión mejor. Debéis atacar cuanto antes por uno de los lugares que os he señalado en el mapa. Apenas encontraréis resistencia.

—Es mal momento —respondió el Castellano, acompañado sus palabras del gesto de negar con la cabeza—. El rey acaba de perder a su esposa, la reina doña Beatriz, madre de sus diez hijos, a quien amaba profundamente. Está en el norte, sumido en una profunda tristeza.

—¡Pues razón de más para que se consuele en la guerra! —argumentó el barrunte, harto de la enésima excusa esgrimida por el noble para eludir la acometida—. Os digo que Córdoba es fruta madura. Solo hace falta tomarla.

La seguridad contenida en el ruego del espía era tal, su enfado tan patente, que indujo a don Álvar a inquirir:

—¿Bastarían unos pocos hombres?

—Si fueran decididos, bastaría. Yo prestaría mi auxilio desde dentro y nos haríamos con el control de la ciudad, o cuando menos de la Axarquía. Es ahora o nunca.

—Lo cierto es que aquí en Andújar hay no pocos almogávares deseosos de entra en acción…

—¡Dad la orden y Córdoba será nuestra antes de que acabe el año!

Al calor de un fuego bien cebado y un vino caliente especiado estudiaron juntos el plano trazado por Beltrán, donde había destacado el paño norte de la muralla externa del arrabal como el punto más vulnerable.

—Esas dos torres —las señaló— rara vez están vigiladas, especialmente ahora que arrecia el frío. De noche los guardias permanecen en el interior. Bastará colocar una escala en ese punto y subir con sigilo. Yo me encargaré de allanar el camino a quienes entren.

—¿Vos solo?

Asintió.

—Cuento con la ayuda necesaria —dejó caer, sin mencionar a Fátima—. Taparé algunas bocas con plata y otras recurriendo al cuchillo. Confiad en mí. Para cuando den la alarma, será demasiado tarde.

—Está bien —cedió al fin el Castellano—. Lo haremos en vísperas de la Natividad de Jesús o poco después, a fin de brindarle al Niño la conquista si es que finalmente se produce.

—¡Se producirá! —replicó Beltrán, ofendido por la duda—. Vos enviadme almogávares y adalides resueltos y yo me ocuparé del resto.

—Serán los mejores hombres de estos consejos fronterizos. Muchos de ellos hablan árabe e irán vestidos como vos, a la usanza de los moros, para moverse con libertad una vez que hayan entrado.

—Una cosa más, señor —apuntó el barrunte, esta vez con cierto pesar—. No reveléis por ahora a esos soldados mi identidad ni mi participación en la operación.

—Temo no comprenderos…

—Decidles que fueron unos desertores sarracenos, o unos cautivos, quienes proporcionaron la información sobre la desprotección del Arrabal y el mejor lugar donde iniciar el asalto.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa? —se sorprendió el noble, extrañado ante la petición de ese muchacho que tanto deseaba alcanzar gloria y fama.

—Porque esta misma noche yo regreso a mi vida de pacífico comerciante en Córdoba. Si, Dios no lo quiera, alguno de esos almogávares fuese prendido e interrogado antes de la fecha convenida, a buen seguro me delataría condenándome a un terrible final.

Era una razón de peso, suficiente para mantener a cal y canto el secreto únicamente entre ellos dos, al menos hasta que el asunto llegara a buen puerto. Ni siquiera el segoviano Domingo Muñoz, adalid de las tropas integradas en los consejos fronterizos, sería puesto al corriente. Para bien y para mal, nadie sabría nada de Beltrán Pérez de Cazorla, condenado al anonimato por su bien y el de la mujer que amaba.



30

Asalto a la axarquía

En la Axarquía cordobesa.
Diciembre del año 1235
y enero del año 1236 de Nuestro Señor

Beltrán estaba persuadido de que el hartazgo imperante en la población del Arrabal superaba lo tolerable. Así se lo había transmitido Fátima en numerosas ocasiones y lo mismo comentaban algunos de sus conocidos en el zoco cuando tenían la confianza suficiente para hablar sin excesivo miedo. Era el momento de averiguar si, tal como pensaba y esperaba, ese hastío se traducía en algo más concreto que murmuraciones de protesta.

Su mejor cliente y más estrecho socio en el comercio de las pieles era Abdel, el curtidor con quien había entablado relación tantos años atrás, en su primera visita al mercado, cuando descubrió, horrorizado, que su contacto en la ciudad había desaparecido sin

dejar rastro. Desde entonces se habían tomado juntos incontables tazas de infusión azucarada mientras discutían el precio de cada nueva remesa. También comentaban aspectos de la actualidad y la marcha del negocio, motivo por el cual el barrunte era sabedor de que el mercader estaba al borde de la ruina y culpaba de ello a los impuestos, la falta de autoridad y el declive imparable de la antigua capital de al-Ándalus. Era la voz cantante de su gremio, sumido en una profunda crisis, al igual que la mayoría de los oficios antaño prósperos. Nadie mejor que él para pulsar la situación.

Recién regresado a la ciudad, supuestamente desde Sevilla, fue a verlo al puesto donde languidecía cada día, decidido a revelarle parte de la verdad. Al hacerlo se exponía a ser denunciado, aunque era improbable que tal cosa sucediera. Para empezar, odiaba a sus propios gobernantes tanto o más de lo que lo hacía él, se había expuesto mucho criticándolos ante un cristiano y era persona honorable con la cual mantenía una relación muy parecida a la amistad. ¿Por qué iba a traicionarlo? Además, Beltrán no tenía alternativa. El concurso del cordobés resultaba ser indispensable para el éxito de la operación acordada con Pérez de Castro ya que, a falta de alguna colaboración interna, la iniciativa estaría probablemente abocada al fracaso. Era preciso pues apostar, a riesgo de perderlo todo.

El musulmán sabía que su interlocutor era cristiano, ya que bajo esa identidad se había presentado siempre ante él. Lo que ignoraba era que fuera un escucha. Sin desvelárselo, este se lo llevó al rincón más apartado de su tienda para susurrarle:

—Traigo una noticia de suma importancia de mi viaje. —No tuvo que fingir la excitación que le producía esa media verdad—. El rey

Fernando está de camino. Llegará cualquier día de estos para conquistar la ciudad. Por el aprecio que te tengo, quería avisarte con tiempo para que sepas a qué atenerte.

El curtidor no mostró reacción alguna. Estaba acostumbrado a disimular sus emociones, cualidad esencial en el mundo del comercio, y de ese modo ganaba tiempo. Beltrán volvió a la carga, envalentonado.

—Me lo ha dicho el capitán del barco, que tiene un hermano muy bien situado en el entorno del soberano. Lo saben apenas un puñado de personas. También me ha dado a entender que, si hallara alguna colaboración por parte vuestra, sabría recompensarla.

—¿A qué te refieres? —El tono del cordobés era de sumo recelo.

—A facilitar a sus tropas el acceso a la ciudad. De ese modo nadie saldría perjudicado, no correría la sangre y las propiedades de la buena gente como tú no sufrirían daños.

—¿Cómo puedes garantizar tal cosa? —Era evidente que el mercader empezaba a sospechar que algo no terminaba de cuadrar.

—Puedo —respondió el barrunte, seco—. Con eso debe bastarte. Pero si no te interesa, no he dicho nada.

—¡Espera!

Lo que acababa de revelarle Beltrán no pillaba de nuevas a Abdel. Era de dominio público que el rey de Castilla tenía sus ojos puestos en su ciudad y tampoco era un secreto la debilidad del caudillo Ibn Hud, cuyas tropas se hallaban fuera y no podían por tanto defenderla. ¿Qué perdía él con prestar oído a lo que tuviera que proponerle ese cristiano?

—Si accedo a lo que me pides —lo tanteó—, ¿tengo tu palabra de que serán respetados los negocios y haciendas de quienes os

ayudemos?

—La tienes —replicó de inmediato Beltrán, aun careciendo de autoridad para hacer semejante promesa. Ya buscaría el modo de honrarla.

—Dame unos días. Cuando haya consultado con mi gente, tendrás la respuesta.

* * *

Era una noche gélida y lluviosa, propia del invierno recién estrenado. Córdoba dormía, acurrucada bajo las mantas, y lo mismo hacían los centinelas encargados de vigilar la parte más septentrional de la muralla, que por la cara interior daba a un pequeño arroyo, campos desiertos y huertas a la sazón baldías. Nadie se aventuraba en esa época del año por esos pagos tras la caída del sol y un ataque nocturno del enemigo desde el exterior resultaba de todo punto impensable. ¿Para qué iban a congelarse escrutando en vano las tinieblas?

Tras largos años de paciente observación, Beltrán había escogido a conciencia el lugar indicado en el mapa entregado a Pérez de Castro. Aquel era sin duda el talón de Aquiles de la urbe. Su punto más vulnerable. Y allí fue donde, aprovechando la oscuridad, colocaron su escala los almogávares Álvaro Colodro y Benito de Baños, seguidos por algunos compañeros curtidos en decenas de asaltos a alcazabas y otras tantas misiones de alto riesgo tras las líneas enemigas. No en vano eran las tropas de élite de los ejércitos cristianos.

Sin hacer un ruido, los castellanos treparon con agilidad hasta alcanzar el adarve, se movieron por él con sumo sigilo, conocedores de qué dirección tomar gracias al dibujo trazado por Beltrán, y ganaron las escaleras de la torre en cuyo interior se hallaban los guardias. Las bajaron como gatos monteses, con las armas desenvainadas. No les dieron tiempo a dar la alarma. Antes de que el último de esos desdichados despertara, les habían rebanado el cuello y con él las cuerdas vocales. Murieron al instante, sin saber siquiera quiénes eran sus verdugos.

Tanto Colodro como De Baños y el resto de la tropilla iban vestidos a la usanza musulmana y hablaban correctamente la lengua árabe, al igual que Beltrán, quien los esperaba al otro lado de la puerta que daba acceso a la atalaya, dentro del recinto amurallado, en ese terreno desierto alejado de las primeras edificaciones. Él sabía por dónde avanzar sin ser vistos hacia la puerta de Martos, situada al sureste de la Axarquía, cómo neutralizar a los centinelas desplegados en los torreones levantados a intervalos regulares a lo largo de la muralla y de qué manera franquear el paso al grueso de la hueste cristiana que aguardaba en el exterior, presta a entrar en combate nada más cruzar ese umbral.

También la quinta columna había sido alertada. La encabezaba Abdel, conocedor de la fecha exacta en que se produciría el asalto. Él y otros cordobeses víctimas de los abusos de Ibn Hud habían decidido colaborar con los cristianos a cambio de recibir un trato de favor una vez que la ciudad cambiara de manos. Se encargarían de impedir el paso de eventuales refuerzos hasta la muralla y así facilitar la tarea de esa vanguardia llamada a neutralizar a sus

defensores. Estaba por ver si el rey de Castilla cumplía o no lo pactado.

La táctica seguida fue la misma en todos los puestos de guardia. Si los vigilantes dormían, eran degollados sin darles tiempo a despertar. Si alguno de ellos velaba, uno de los cristianos distraía su atención fingiendo ser un jefe de inspección o un oficial superior y los otros aprovechaban el instante de desconcierto para pasarlo a cuchillo junto al resto de sus compañeros. Únicamente un sarraceno puso en apuros a Colodro, al revolverse cual lagartija y clavarle su daga en un muslo, al tiempo que daba un grito rápidamente silenciado por la jambia de Beltrán. El resultado fue una herida superficial, que el soldado vendó con un trozo de su camisa a la espera de ser remendada por el barbero. Llevaba el cuerpo cosido a cicatrices; aquella sería una más.

Tras reducir a dos docenas de centinelas dispersos en distintos puestos, los almogávares y el barrunte llegaron a su destino antes incluso de lo previsto. Las guarniciones eran escasas y estaban integradas en su mayoría por muchachos jóvenes, carentes de experiencia guerrera, lo que facilitó su tarea. En un abrir y cerrar de ojos se encontraban en la ribera del Guadalquivir, frente al molino de Martos, a dos pasos de la puerta que abrieron, exultantes, a la caballería castellana impaciente por adueñarse de la plaza. La encabezaban el adalid Domingo Muñoz, Pedro Ruiz Tafur y Martín Ruiz de Argote.

Todo había transcurrido hasta entonces en riguroso silencio, aunque a partir de ese momento se desató la locura.

La mayoría de los habitantes de la Axarquía, sorprendidos en pleno sueño, optaron por encerrarse en sus casas y atrancar las

puertas, invocando la misericordia de Alá para lograr salir con bien de la enésima turbulencia acaecida en su ciudad. Otros muchos huyeron, despavoridos, hacia la Medina, confiando en que la muralla interior aguantara y fuera posible articular la contraofensiva desde allí. Los pocos que optaron por luchar, auxiliados por los soldados supervivientes de la masacre, se enfrentaron a sus propios vecinos traidores antes de toparse con las espadas de los castellanos, que no mostraron piedad.

Al alba del día siguiente, frío y gris como el anterior, la Axarquía estaba en manos cristianas.

Era el 9 de enero del año 1236 de Nuestro Señor.

Un día para la gloria.

* * *

Fátima recibió la noticia de labios de Beltrán, quien se presentó en el hogar de sus tíos bañado en sangre de la cabeza a los pies. La gran victoria cosechada le permitía al fin mostrarse tal como era, despojado del disfraz de pacífico comerciante.

—¡Córdoba es nuestra! —anunció, henchido de triunfo, ante los ojos horrorizados de los parientes de la muchacha.

—¿Toda? —inquirió ella, incrédula.

—De momento, el Arrabal. Pero el resto de la ciudad caerá pronto, confía en mí. Tomaremos la mezquita y descolgaremos esas lámparas que nunca debieron llegar hasta allí. Tiago será vengado.

Acto seguido se dirigió al dueño de la casa, que contemplaba atónito la escena, en el tono más amenazante que fue capaz de adoptar. Si Fátima sufría algún daño, le advirtió, si se atrevía a

levantarle la voz, lo pagaría con su vida. Ella estaba bajo su protección y más les valía a él y a su esposa brindarle un trato exquisito. En caso contrario, se las verían con él.

Por más que le pesara en la conciencia y el corazón, Beltrán no podía en ese momento permanecer junto a la mujer que amaba para garantizar su seguridad. Ella debería arreglárselas por tanto sola mientras él contribuía a culminar la empresa a la que había dedicado sus mejores años.

Con los escasos medios a su alcance y la fiera determinación de resistir, la pequeña tropa cristiana se hizo fuerte en la Axarquía, levantando barricadas en las calles cercanas a las puertas de acceso a la Medina a fin de impedir eventuales contraataques, poniendo obstáculos en otras vías secundarias y preparándose para luchar, hasta morir si hiciera falta.

Un emisario fue despachado a toda prisa hacia el norte para transmitir la buena nueva al Castellano, quien a su vez se la haría llegar al rey en León o Benavente, donde había pasado las fiestas de la Natividad llorando a su esposa fallecida prematuramente. Una vez que conociera los hechos acaecidos, auguraba el custodio de la frontera, don Fernando se pondría inmediatamente en camino para socorrer a sus hombres y culminar la conquista, si el tiempo estaba de su parte. Porque en el bando contrario, el de los sarracenos, Ibn Hud se hallaba a la sazón en Écija, a solo nueve leguas de Córdoba, al frente de un ejército capaz de aplastarlos como si fueran hormigas.

Solo cabía esperar a ver cuál de los dos llegaba primero.



31

La cabalgada del rey

Entre la Axarquía y Andújar.
Invierno del año 1236 de Nuestro Señor

Carcomido por la desazón sobrevenida tras culminar con un éxito rotundo su tarea de espionaje, Beltrán habría querido abandonar de inmediato la ciudad donde había vivido esa gigantesca mentira para incorporarse a la tropa cristiana encabezada por Pérez de Castro. Cada fibra de su naturaleza guerrera le impulsaba a dar ese paso. El corazón y la razón, en cambio, mandaban contener la sangre, pues era preciso velar por la seguridad de Fátima, expuesta a las represalias de sus tíos si por desventura cambiaban las tornas. Esa posibilidad, en absoluto descartable, solo podía evitarse afianzando las defensas de la muralla interior, a fin de impedir un contraataque temprano que a buen seguro habría sido letal para los castellanos. Ese era el cometido que le imponía el deber.

La guarnición cordobesa, reforzada por los soldados y civiles huidos de la Axarquía después de su caída en manos de los almogávares, habría derrotado con facilidad a la pequeña tropa encabezada por Muñoz. ¿Por qué no se lanzaba entonces a la reconquista de la plaza ocupada? ¿A qué esperaba? Los informes procedentes de la Medina eran escasos y contradictorios. Algunos hablaban de miedo y desconcierto de las autoridades ante la falta de certezas respecto de las fuerzas enemigas, tesis avalada por lo que podía percibirse a simple vista desde lo alto del muro interior; esto es, el levantamiento de barricadas destinadas a protegerse de eventuales ataques, muy similares a las construidas en el Arrabal por los soldados del Castellano y sus aliados. ¿Acaso eran más débiles esos sarracenos de lo que aparentaban ser y necesitaban el auxilio de Ibn Hud, o simplemente pretendían poner nerviosos a sus adversarios antes de caer sobre ellos?

Esas preguntas martilleaban de continuo la cabeza del barrunte los primeros días, mientras recorría los puestos de control establecidos en lugares estratégicos, visitaba a su amigo Abdel a fin de pulsar el sentir de los musulmanes que habían colaborado en la audaz operación o paseaba junto a Fátima por la calles ahora prácticamente desiertas.

—El miedo parece haber cambiado de bando —comentó ella, enigmática, una tarde especialmente sombría en que el mal tiempo y la ocupación habían vaciado de transeúntes el barrio, habitualmente bullicioso, próximo a la fonda donde aún se alojaba Beltrán.

—Eso parece, sí —rubricó él, evidentemente complacido—. En buena hora.

—¿Ves esa casa que hace esquina? —añadió Fátima, señalando un modesto edificio situado a la entrada del callejón de las Candelas.

—¿Qué tiene de particular?

—Ahora es una casa de comidas, aunque hoy permanezca cerrada.

—Lo sé —repuso él intrigado—. He almorzado en ella más de una vez. ¿A dónde quieres llegar?

—Allí era donde se reunía clandestinamente la comunidad mozárabe en tiempos de mis abuelos.

Lo había dicho en voz alta por vez primera en su vida, con la vista fija en esa fachada primorosamente encalada, como si experimentara un alivio infinito al poder compartir su secreto con alguien en quien confiar.

—En tiempos de los unitarios, participar en esas ceremonias suponía arriesgarse a una muerte horrible —añadió, rememorando los recuerdos transmitidos por su madre.

—¿Celebraban la santa misa en una fonda? —exclamó Beltrán, incrédulo.

—No —rio ella la ocurrencia—. Lo hacían en una habitación situada encima del local, a la sazón perteneciente a un falso converso como ellos. La constante entrada y salida de público les brindaba cierta protección ante eventuales denuncias. Así pasaban desapercibidos.

—Ese tiempo quedó definitivamente atrás —sentenció él, deteniéndose un momento para mirarla a los ojos—. Ya no tienes nada que temer. Córdoba entera será cristiana antes de la primavera.

—Por eso decía que el miedo ha cambiado de bando —repuso ella con cierta tristeza—. Ahora son los creyentes quienes se encomiendan al Profeta por terror a lo que les aguarda a ellos y a sus hijos a manos de tu rey. ¡Ojalá la creencia en un dios o en otro no obligara a escoger entre morir o vivir!

—Nadie morirá si se marcha o se convierte, te lo aseguro. Solo lo harán quienes se rebelen.

—Eso mismo decían ellos —concluyó Fátima, súbitamente nublada —. Y con palabras muy parecidas, según contaba mi madre.

* * *

Transcurridas un par de semanas desde la conquista del Arrabal, Beltrán decidió correr el riesgo de cabalgar hacia el norte en busca del Castellano. No tenía necesidad alguna de hacerlo, puesto que lo sabía informado de lo sucedido, pero necesitaba dar satisfacción a su curiosidad y respuesta a los interrogantes que le robaban el sueño. De modo que, una vez tomadas las disposiciones necesarias para garantizar que su futura esposa no sufriera daño alguno en su ausencia, partió en busca de Pérez de Castro con la esperanza de hallarlo al frente de un gran ejército en marcha hacia la ciudad.

Lo que divisó desde la distancia, una vez alcanzadas las inmediaciones de Andújar, no lo defraudó. Un auténtico mar de tiendas se alzaba en los alrededores de la localidad fronteriza, señal inequívoca de la presencia allí de numerosas mesnadas cristianas. Sin duda el alférez real había cumplido su parte del trato al prepararse para culminar la conquista definitiva de la antaño orgullosa capital del califato. Solo faltaba por saber qué pensaba al

respecto el propio rey, cuya participación en la empresa se le antojaba indispensable al barrunte condenado a silenciar su propia hazaña en virtud del juramento hecho a su señor natural. Ya que nunca tocaría con las manos la gloria soñada, al menos esperaba contemplar con sus propios ojos la obtenida por el soberano.

—Don Fernando llegará en cualquier momento —le anunció eufórico el noble tras recibirlo en el salón del castillo, agradablemente caldeado por la lumbre prendida en la gran chimenea de piedra.

—¿Tan pronto? —inquirió Beltrán sorprendido—. Pensé que estaba en Benavente, a más de cien leguas de aquí.

—Y allí estaba, en efecto, cuando le llegó la noticia de vuestra proeza —confirmó don Álvar, evidentemente satisfecho de poder rubricar con su relato la valerosa actuación del monarca—. Según el último mensajero llegado aquí ayer mismo, sus palabras exactas fueron: «Si alguien es mi amigo y mi vasallo, que me siga».

—¿Sin preparación ni planeamiento, sin ejército ni respaldo?

A Beltrán le costaba imaginarse al soberano de Castilla cediendo a los mismos impulsos que le habían llevado a él a cometer graves errores. ¿Y si esa precipitación daba al traste con toda la empresa? Adentrarse en pleno invierno en los caminos embarrados por las lluvias o desafiar las nieves acumuladas en los puertos de montaña constituía una imprudencia evidente, pero sobre todo un acto de coraje encomiable a sus ojos, tanto como a los del hombre encargado de custodiar la marca meridional del reino.

—Sin atender a la aspereza del invierno ni darse descanso ni de día ni de noche —continuó presumiendo el viejo alférez, como si él mismo fuese el protagonista de cuanto narraba—, partió de

inmediato al frente de un centenar de caballeros, acompañados por sus respectivas mesnadas, para adentrarse en una tierra inviable y desierta, desafiando a los ríos que se habían salido de madre y traspasado sus orillas, así como a los caminos llenos de lodo que impedían avanzar.

—Tal vez no consiga llegar —aventuró el joven espía, conocedor de las fuertes lluvias que ese año habían causado terribles inundaciones.

—No temáis por eso —lo tranquilizó Pérez de Castro con una sonrisa paternal—. Aunque parezca imposible, está a punto de hacerlo. Después de detenerse brevemente en León para despedirse de su madre, doña Berenguela, y encomendarle la organización de la intendencia que requerirá esta ambiciosa campaña, pasó por Zamora, Salamanca y Mérida con intención de atravesar el Guadalquivir por Alcolea.

—¡Una cabalgada prodigiosa! —exclamó Beltrán

—Una cabalgada real —convino el leal vasallo de don Fernando, profundamente convencido de la equivalencia de esos términos—. De acuerdo con su voluntad, expresada en los mensajes que nos ha hecho llegar, el asedio de la ciudad comenzará de inmediato. Estableceremos nuestro campamento en la orilla sur del río, sobre las ruinas que se alzan frente al puente romano, y desde allí organizaremos el asalto, salvo que los cordobeses opten por capitular y así eludir el castigo.

Eso era exactamente lo que había esperado el escucha desde que pusiera pie en Córdoba por vez primera, hacía una eternidad. ¿Por qué lo acometió entonces esa oleada de emociones al oír las palabras «asalto» y «castigo»? ¿Era únicamente a causa de Fátima,

o había terminado por sentirse de algún modo parte de la antigua urbe? ¿Le pesaría su destrucción en caso de producirse, por más que fuera la condición ineludible de su recuperación para la cristiandad?

Con el propósito de alejar esos pensamientos perturbadores, Beltrán regresó al presente con una pregunta práctica:

—¿Y qué hay de Ibn Hud? Según lo que llega a mis oídos, los habitantes de la Medina y su gobernador confían en que acuda pronto en su auxilio desde Écija. ¿No habría que derrotarle a él en campo abierto antes de iniciar el asedio?

—Respecto de Ibn Hud, tengo mis propios planes —contestó el Castellano, enigmático.

—¿Los compartiríais conmigo?

Esa petición tan desvergonzada hizo gracia al veterano, quien decidió contra toda lógica complacerla, en parte por gratitud hacia esa pieza clave de la partida, de cuya fidelidad y discreción no albergaba la menor duda, en parte por necesidad de otorgarse el mérito correspondiente. Como bien sabía Beltrán a esas alturas, la vanidad soltaba las lenguas con tanta o más facilidad que la plata.

—¿Los guardaréis para vos?

—Seré una tumba —prometió el espía llevándose la mano izquierda a los labios con gesto elocuente.

Las esperanzas de Pérez de Castro en lo concerniente al caudillo ismaelita estaban depositadas en un personaje llamado Lorenzo Suárez Gallinato, integrado en el ejército del sarraceno junto a sus doscientos mesnaderos. El renegado se había puesto al servicio de los infieles tras ser desterrado de Castilla a causa de sus fechorías, pero anhelaba reconciliarse con su rey a fin de poder regresar a su hogar. Para lograrlo, estaba dispuesto a traicionar a su nuevo señor.

—¿Es de fiar un hombre de lealtad tan mutable? —inquirió el joven, preocupado porque todo el proyecto descansara en ese endeble pilar.

—No lo es, desde luego. Pero traicionará a Ibn Hud porque le conviene hacerlo y porque sabe que el murciano está abocado a la derrota. Lleva años comprando tiempo a base de tributos cada vez más onerosos, que lo han debilitado mientras nos fortalecían. Está acabado y Suárez es consciente de ello o cuando menos lo intuye. Ha asistido desde dentro a su declive imparable.

—¿Qué hará entonces, cambiará de bando en plena batalla?

—Algo mucho mejor; lo engañará. Le hará creer que nuestro número es muy superior al real, a fin de disuadirle de buscar el enfrentamiento, lo que en el fondo está deseando. Hace años que evita a toda costa medirse con nuestras tropas y, además, nos consta que han requerido su socorro urgente los valencianos, ante las acometidas que sufren por parte del rey don Jaime.

—¿Se retirará entonces sin combatir?

—Eso creo. Y, si así lo quiere Dios, Córdoba caerá en nuestras manos sin apenas resistencia.

* * *

Mientras cabalgaba de regreso a la Axarquía, deseoso de compartir con Fátima las gratas nuevas recibidas, Beltrán se dijo a sí mismo que a ella no le sorprenderían, aunque no terminaba de dilucidar si esa clarividencia respecto de lo que estaba por suceder le producía alegría o tristeza. Era inevitable la derrota de los musulmanes, eso lo había anticipado la mujer mucho antes que él. Pero ¿cuál sería el

desenlace último de esa contienda secular? Años atrás, él se habría decantado por una victoria arrolladora de los cristianos, a cualquier precio. Ahora algo en su interior le hacía desear que ese triunfo no se lograra a costa de un baño de sangre. Si estaba en su mano facilitar los planes de don Álvar en tal sentido, lo haría de buen grado.

Antes de despedirse, había conseguido arrancar del Castellano la promesa de ser presentado a don Fernando en cuanto se presentara la ocasión. Cuando el Rey conociera su papel en la conquista de la Axarquía, recompensaría sus servicios con generosidad, o eso al menos esperaba él. Eso le había asegurado a Fátima al involucrarla de lleno en los riesgos inherentes a su condición de espía. No entraba en su cabeza que pudieran dejarlo en la estacada, máxime después de comprobar la afabilidad con que lo trataba el noble castellano. Aun así mientras no escuchara del propio monarca esas palabras de gratitud, no descansaría tranquilo. Dado que solo él, don Tello y el propio alférez estaban en el secreto, no podía descartarse la posibilidad de alguna muerte repentina que diera al traste con todo.



32

¡Que Dios se apiade de los cordobeses!

Real de don Fernando, frente a las murallas de Córdoba.
Mayo del año 1236 de Nuestro Señor

La invitación llegó cuando Beltrán estaba a punto de perder la esperanza. Tras demasiadas semanas de demora injustificada, que a punto estuvieron de agotar su paciencia, don Álvar Pérez de Castro le hizo saber, a través de un emisario, que el Rey lo recibiría en cuanto acabara la cuaresma. Un periodo de ayuno favorecido o agravado, según el punto de vista, a consecuencia del asedio que sufría la ciudad.

Para entonces el hambre había irrumpido en Córdoba sin distinción de credos o bandos y se cebaba con especial crueldad en niños, ancianos y enfermos. El férreo bloqueo establecido por la hueste cristiana en todo su perímetro pretendía vencer la resistencia de los musulmanes atrincherados en la Medina, pero los efectos de

esa tenaza se hacían sentir igualmente en la Axarquía, cuyos moradores estaban doblemente atrapados. Los auxilios procedentes del exterior se destinaban principalmente a los soldados castellanos, y los almacenados en los depósitos de la parte controlada por los musulmanes quedaban fuera de su alcance, lo que los condenaba a ser los primeros en perecer.

El malestar crecía de día en día y con él se multiplicaba el riesgo de una revuelta. Abdel perseguía al hombre que lo había embarcado en esa locura para pedirle explicaciones, necesitado de argumentos con los que aplacar la furia de aquellos a quienes él mismo había arrastrado. Entre tanto, Fátima recorría mercados y bazares en busca de algo que llevar al puchero, prestando suma atención a cuanto se decía en los corrillos a fin de transmitírselo fielmente a su enamorado.

—La gente está al límite —le repetía en los últimos tiempos, cada vez que él encontraba un momento para organizar un fugaz encuentro—. No aguantará mucho más.

—¡¿Y qué quieres que haga yo?!

Beltrán estaba tan abrumado, tan dolido, tan decepcionado e inerme que ella dejaba a un lado sus propias preocupaciones para tratar de distraerlo contándole historias de las Mil y Una Noches o chismes de alcoba oídos en los baños. Apenas quedaba rastro del júbilo con el que no muchos meses atrás le había anunciado la toma del Arrabal. Hasta su cuerpo, ya de por sí enjuto, parecía haber menguado, y no solo por la falta de alimento que sufrían también ella y él, a pesar de su posición privilegiada.

Córdoba era un hervidero de miseria, descontento y miedo, cuya temperatura creciente amenazaba con provocar una verdadera

catástrofe. Beltrán debía encontrar el modo de hacérselo ver al monarca, a fin de que su mano firme evitara el estallido. Con ese propósito en mente se presentó ante don Fernando en la fecha convenida, tras sortear varios puestos de guardia exhibiendo el salvoconducto que le había hecho llegar su mentor.

* * *

El rey de Castilla llevaba escrita en el semblante y el porte su condición regia, incluso despojado de los atributos formales relacionados con ella. De estatura algo más elevada que la habitual, piel clara, cabello rubio al igual que la barba y cuerpo proporcionado, esculpido en el ejercicio cotidiano, todo en él denotaba grandeza.

Cuando el escucha entró en su tienda, custodiada por dos soldados con cara de pocos amigos, lo encontró de pie frente a él, ataviado con una sencilla saya encordada de color claro y buen paño de lana, sin pellote ni cinturón. A su lado se encontraba Pérez de Castro, envejecido de pronto por el contraste con ese monarca robusto, en la plenitud de su madurez, cuyo rostro severo imponía respeto y confianza a la vez, sin que fuera posible explicar el porqué.

Tras ellos, en la penumbra del fondo, se atisbaba la figura de un muchacho adolescente que a simple vista le recordó el espía a sí mismo tiempo atrás, cuando decidió abandonar su hogar a hurtadillas para labrarse un futuro libre de burlas y desprecios. Debía de tratarse, dedujo, del príncipe Alfonso, heredero al trono, que a la sazón contaría catorce o quince años de edad. Él también era alto, aunque mucho más delgado que su padre, y permanecía erguido, en posición un tanto forzada, junto a una mesita baja sobre la cual

descansaba un tablero de ajedrez. Rey e infante debían de estar compartiendo una partida interrumpida por la aparición del barrunte, quien se sintió aún más intimidado de lo que ya estaba al constatar lo inoportuno de su visita.

—Este es el hombre del que os he hablado —hizo las presentaciones don Álvar, señalándole con la mano abierta—. Beltrán Pérez de Cazorla. Ha prestado grandes servicios a la Corona.

—Mi alférez se deshace en elogios hacia vos —dijo a guisa de saludo el soberano, con ademán cortés y una dicción perfecta, testimonio de su excelente crianza—. ¿Qué nuevas nos traéis de la ciudad?

Beltrán se había quedado repentinamente sin voz, acobardado por la situación. Don Fernando se dio cuenta de su incomodidad y, con el afán de infundirle ánimos, le ofreció una copa de vino que su propio hijo sirvió. El contenido de ese encuentro debía quedar entre ellos, lo que desaconsejaba la presencia de criados susceptibles de irse de la lengua.

Reconfortado por el caldo, Beltrán hizo una reverencia tardía, antes de arrancarse a hablar apelando a todo su valor.

—Me temo que no son buenas, mi señor. El descontento crece de día en día en la Axarquía y nos arriesgamos a perder el favor de quienes nos ayudaron a tomarla.

—No restaré mérito a vuestra hazaña —repuso el rey, algo molesto por esa crítica velada—, pero no es a mí a quien deberían dirigir su enojo esas personas, sino a sus propios hermanos atrincherados en la Medina. Ellos son quienes prolongan esta agonía.

—Si pudierais…

—¡Les he ofrecido una capitulación honorable que han rechazado, tras una finta destinada a engañarme! —interrumpió don Fernando, conteniendo a duras penas la cólera—. Podrían haber aceptado mis términos y salir de Córdoba salvas sus personas, con cuantas pertenencias pudieran acarrear, pero han preferido encerrarse tras sus murallas a la espera de un socorro que no llegará. ¿Qué más he de hacer a vuestro juicio?

La reprimenda cayó sobre Beltrán como un jarro de agua helada, que lo dejó nuevamente mudo. Incapaz de replicar y hasta de levantar la cabeza para afrontar la mirada de su señor, percibía de soslayo frente a él al príncipe Alfonso, atento a la conversación, reflexivo, como si quisiera empaparse de cuanto se decía a fin de recordarlo todo con exactitud. Claro que él no pensaba abrir la boca. No habría podido, aunque quisiera. Fue el Castellano quien acudió a rescatarlo, traduciendo en palabras su pensamiento.

—Tal vez deberíamos escuchar lo que Beltrán ha venido a decirnos, alteza. Nadie conoce como él los entresijos de esa plaza, que ha convertido en su hogar sin otro fin que el de proporcionarnos una información valiosa.

—Muy bien —concedió a regañadientes el rey—. Os escuchamos.

—El hambre causa estragos que nublan el juicio de muchos…

—¿Y creéis que no nos alcanza? —volvió a cortarle el monarca, necesitado de volcar en alguien su profunda irritación—. También aquí la sufrimos. Mi madre, la reina, hace cuanto puede desde Toledo para enviarnos suministros, pero no bastan. Y por si fuera poca esa calamidad, las milicias concejiles leonesas amenazan con abandonar el ejército, una vez cumplidos los tres meses de servicio obligatorio, lo cual dejaría gravemente mermada la formación.

La mención de doña Berenguela trajo súbitamente a la memoria de Beltrán el recuerdo de su propia madre, Catalina, tan devota de esa mujer de quien contaba maravillas tras haberle dedicado los años de su juventud. ¿Qué habría sido de ella? ¿Seguiría firme en su puesto a los mandos de la tenencia, a semejanza de la soberana a quien todos consideraban la principal consejera de su hijo y su apoyo más sólido?

La nostalgia se le clavó en el costado como un puñal, causándole dolor físico. No pensaba a menudo en su pasado, porque cuando lo hacía experimentaba un profundo sufrimiento. En esa ocasión, no obstante, la pena se vio atenuada por un legítimo sentimiento de orgullo y se juró a sí mismo que regresaría a Cazorla y relataría a los suyos ese encuentro con el rey de Castilla, por encima del cual solo estaba Dios. No sabía cuándo, no sabía cuánto podría revelar de lo acontecido, ni siquiera sabía quién estaría allí para escuchar su relato, pero estaba seguro de que, algún día, la verdad saldría a la luz. Y ese día su madre se referiría a él con el mismo tono que empleaba al rememorar sus días junto a doña Berenguela.

* * *

Perdido en sus añoranzas, Beltrán había dejado de oír, aunque don Fernando seguía hablando:

—Los hombres están inquietos. Algunos caballeros, enfurecidos por esos vaivenes, hablan ya abiertamente de romper sin contemplaciones y pasar a cuchillo a la población o esclavizarla para apoderarse de sus riquezas, lo que mucho me temo acabará sucediendo más pronto que tarde.

—¡No lo permitáis, os lo suplico!

—¿Acaso estoy ante un renegado? —inquirió el soberano, desconcertado por el tono de ese barrunte infiltrado en Córdoba con el propósito de facilitar su conquista, que ahora parecía vacilar—. Eso causaría tanta decepción como enojo a nuestro querido Pérez de Castro…

—¿Renegado yo? —Aquel dardo le había dolido—. ¿Yo, que os he servido hasta el punto de renunciar a mi nombre, mi condición y mi familia?

—Estoy seguro de que Beltrán no es dudoso en su lealtad —terció con nobleza el Castellano.

—Tampoco yo soy partidario de derramar más sangre de la indispensable —plegó velas don Fernando, cuya habilidad para la negociación con el enemigo hasta conseguir acuerdos altamente ventajosos era conocida y celebrada—. Sabe Dios que preferiría una rendición honrosa antes que un asalto cruento. Pero si me obligan a ello, no me temblará el pulso.

—En la ciudad corren rumores, mi señor —dejó caer el escucha, en referencia a la información recabada por Fátima, a quien por razones obvias no podía mencionar.

—¿Qué clase de rumores? ¡No abuséis de mi paciencia!

—Se dice que, si se ven perdidos, los cordobeses esconderán el oro, la plata y las joyas que poseen donde sea imposible encontrarlos, quemarán las telas de seda y destruirán todo lo que de valor hay en la Medina, empezando por la mezquita aljama, antes de incendiar sus hogares y después darse muerte a sí mismos.

Un silencio denso hizo eco a esas palabras, pronunciadas con la convicción suficiente como para ser creíbles.

—¿Vos dais crédito a esas amenazas? —preguntó don Álvar, adelantándose al rey.

—Creo que, privados de esperanza, serían capaces de hacerlo, sí. También puedo aseguraros que, si no reciben auxilio del exterior, no opondrán resistencia. Se trata de gente pacífica que teme la guerra y os teme a vos, mi señor —clavó sus ojos en el soberano.

Desde su rincón oscuro, el príncipe Alfonso no perdía detalle de cuanto acontecía en la tienda. Se había abstenido de intervenir en la conversación, aunque Beltrán creyó ver un gesto de aprobación por su parte, en forma de asentimiento, cuando se atrevió a añadir, haciendo acopio de valor:

—Salvad a Córdoba, os lo suplico. Cuando recorráis sus calles, conozcáis a sus gentes laboriosas, contempléis sus jardines y palacios o pongáis pie en el templo hoy dedicado a su falso dios, una vez expulsado este de allí, me daréis la razón. Tanta belleza no merece acabar reducida a cenizas.

El alegato, desgranado con fervor, pareció persuadir al monarca, naturalmente inclinado a la moderación tanto en sus costumbres personales como en su modo de entender el gobierno. No en vano había sido instruido por doña Berenguela, cuyo talento para pactar, transigir en lo posible y defender hasta el fin lo irrenunciable había llevado a su hijo a reinar sobre Castilla, unida de nuevo a León, y ampliar el territorio de sus dominios hasta confines nunca vistos desde la invasión musulmana.

Don Fernando era muy parecido a su madre en gustos y habilidades. Amaba la música juglaresca de los trovadores gallegos, exhibía modales corteses y razonaba con corrección. Ella llevaba décadas demostrando su valía militar en la organización de la

intendencia, clave para el éxito de cualquier empresa. Lo había hecho auxiliando a su padre en la campaña culminada en la victoria de las Navas de Tolosa y lo repetía, con eficacia probada, cada vez que don Fernando emprendía una nueva expedición. Madre e hijo eran imbatibles porque permanecían unidos. Ella lo había convertido en un gran guerrero y mejor político, faceta esta última que lo llevó a conceder:

—Mantendré por el momento los términos que ofrecí en su día para la capitulación. Si los cordobeses se rinden, tendrán paso franco hacia al-Ándalus sin ser molestados, con lo que puedan acarrear. Pero la oferta no durará eternamente. Ahora, salid. Quiero terminar la partida interrumpida por vuestra inoportuna aparición.

* * *

Beltrán tomó el camino de regreso con ánimo agridulce. Lejos de recibir los parabienes que esperaba por parte del Rey, este había dudado de su fidelidad hasta el punto de ofenderlo. De no haber sido por Pérez de Castro, su honor habría quedado en entredicho por cumplir con la misión que se le había asignado e informar de lo que sabía y pensaba. Por otra parte, empero, había logrado obtener una prórroga vital, que impediría la catástrofe si era capaz de convencer a su amigo Abdel de lo que les aguardaba en caso de empecinarse y este a su vez convencía a un número suficiente de personas influyentes, capaces de torcer el brazo a los gobernantes reacios a rendir la ciudad. Esa era su tarea inmediata. Una vez cumplida, ya buscaría el modo de recuperar el favor real.

Al atravesar el campamento cristiano para dirigirse hacia la puerta de Martos, por donde accedería a la Axarquía, se fijó en cuánto había crecido el real con respecto a la última vez. El cerco inicial estaba reforzado ahora no solo por las tropas venidas con el soberano, sino por milicias de varios concejos leoneses, además de las mesnadas de los obispos de Cuenca y Baeza, las de varios nobles cuyos pendones no supo identificar y varias compañías de monjes calatravos y santiaguistas, cuya ferocidad en el ataque ya habían experimentado a esas alturas los moradores de varias plazas cercanas, toda vez que entretenían la espera dándose a la conquista de los fértiles valles vecinos. La visión de semejante ejército resultaba aterradora.

Don Fernando anhelaba que se le abrieran las puertas de Córdoba. Lo había expresado con claridad. Mas si estas permanecían cerradas, que Dios se apiadara de los cordobeses. Aún resonaban en los oídos del barrunte las palabras del monarca:

—¡Por Santiago y san Millán que conocerán mi ira!



33

¡Ay de los vencidos!

En Córdoba.
Vigésimo noveno día de junio del año 1236 de Nuestro Señor.
Festividad de san Pedro y san Pablo

Jamás se había visto antes una procesión de penitentes semejante a la que recorrió ese día las calles de Córdoba, camino de la Puerta del Puente por donde saldrían, cabizbajos, hacia un doloroso exilio. Iban gimiendo y gritando por la angustia del espíritu. Dejaban atrás la patria que los había visto nacer, la antaño orgullosa capital del Califato, la urbe que, pese a la decadencia sufrida en las últimas décadas, presumía de seguir albergando la mezquita más hermosa de cuantas habían levantado los creyentes a mayor gloria de Alá.

Los más pudientes habían escondido oro y gemas en sus ropas, con la esperanza de eludir los controles establecidos y emplear esos tesoros en labrarse un futuro luminoso en otro lugar. La mayoría

marchaba sin nada más que la vida, salvada in extremis gracias a la capitulación firmada por sus gobernantes al comprobar que nadie acudiría a socorrerlos. Ante la situación desesperada de los cordobeses, lejos de disponer sus tropas para el combate, Ibn Hud, el caudillo en quien depositaban sus últimas ilusiones, se había desentendido de ellos para ofrecer al Castellano una nueva tregua de seis años.

Pese a lo comprometido de su situación, algunos incautos se atrevieron a desafiar la consigna de llevar únicamente lo que pudieran acarrear y arrastraban mulas o borricos cargados con sus pertenencias. Beltrán se alegró en lo más hondo al descubrir que uno de ellos era el alfaquí que tiempo atrás había osado levantar su bastón con la intención de golpear a Fátima. Así podría ajustarle las cuentas.

La fortuna había vuelto definitivamente la espalda a los seguidores del Profeta.

De acuerdo con los términos de la rendición acordada, la población civil fue autorizada a partir antes de que las tropas castellanas tomaran posesión de la ciudad, como era costumbre afianzada en ambos bandos desde el principio del larguísimo enfrentamiento sostenido entre cristianos y musulmanes por el dominio de España. Únicamente la resistencia empecinada de una plaza conducía a la muerte o esclavitud de los no combatientes, cuyo destino en cualquier caso distaba de ser envidiable. El vencedor se apoderaba de todo. Los vencidos solo podían encomendarse a la caridad de sus hermanos de fe allá donde los acogieran, para iniciar una nueva vida. Y aún debían dar gracias a su dios por haberla

conservado en libertad, toda vez que el cautiverio era, de lejos, la peor de las suertes posibles.

En el transcurso de la última conversación mantenida por el barrunte con su mentor, Álvar Pérez de Castro se había referido precisamente a esa ley no escrita, vigente desde tiempos inmemoriales, al responder con vehemencia a la inquietud de Beltrán respecto de lo que aguardaba a sus amigos cordobeses:

—Antes o después, los que persistan en su creencia errada acabarán en Granada o en África. Nosotros haremos de Andalucía una prolongación de Castilla y repoblaremos la tierra con gentes venidas del norte que traerán aquí nuestra sangre, nuestra fe, nuestra lengua, nuestro modo de vida, nuestros fueros, nuestra indumentaria y nuestras costumbres. Ese y no otro es el propósito de esta lucha. ¿Acaso no lo sabías cuando te enrolaste en mi mesnada?

Beltrán lo sabía, claro que sí. Pero su entusiasmo juvenil se había atemperado en el transcurso de los años al convivir con aquellos a quienes al principio de su misión consideraba enemigos irreconciliables. Ahora veía en ellos personas distintas, con sus cualidades, defectos, habilidades y virtudes; no simplemente infieles. Seguía pensando que veneraban a un falso profeta, pues su propia fe se mantenía inquebrantable, aunque habría deseado convencerlos de su equivocación en lugar de someterlos por la fuerza de las armas. Al menos a algunos de ellos. Otros, como ese ulema impregnado de odio y desprecio hacia las mujeres, eran a sus ojos irrecuperables y merecían todo el sufrimiento que él pudiera infligirles.

La influencia de Fátima en su pensamiento se dejaba notar de un modo que a veces lo turbaba profundamente, dado que ponía en cuestión los principios sobre los que él había construido su existencia. Antes de conocerla y amarla, veía en cualquier musulmán una amenaza. Nada más. Ahora muchos de ellos le inspiraban simpatía o cuando menos compasión, sentimientos a todas luces incompatibles con la tarea que debía llevar a cabo, dado que en aras de ser eficaz estaba obligado a dejar sus emociones al margen. Un soldado de Cristo y del Rey no podía permitirse la menor debilidad. Y luego estaba, por supuesto, la cuestión en absoluto desdeñable de su honor de caballero, indisolublemente ligado al valor de su palabra.

Él había garantizado a Abdel y el resto de los mercaderes implicados en la operación de asalto a la Axarquía, saldada con éxito en gran medida gracias a su ayuda, que sus comercios serían respetados. Les había ofrecido protección a cambio de colaboración. ¿Cómo iba a dejarlos en la estacada ahora? Era cierto que al no producirse un asalto violento sus propiedades se mantenían intactas, pero no lo era menos que corrían el riesgo de ser confiscadas sin más. ¿Dónde quedaría entonces su honra? La mancha derivada de esa traición sería imposible de borrar.

Esos comerciantes solo deseaban poder continuar con sus pacíficas actividades en una Córdoba cristiana, aun intuyendo que se trataba de un anhelo imposible. Beltrán les había prometido un trato especial, sin precisar, no obstante, en qué consistiría esa deferencia. Lo acontecido en el pasado en otras urbes importantes, como Toledo, constituía un buen ejemplo de lo que cabía esperar. Tal vez al principio se les permitiera permanecer en sus hogares, aunque no

tardarían en ser expulsados, al igual que los demás. El barrunte confiaba, no obstante, en que como muestra de gratitud por su contribución a la causa de don Fernando, este les diera tiempo para vender sus bienes inmuebles y partir hacia lo desconocido provistos de un buen capital con el que emprender nuevos negocios. Se había jurado a sí mismo poner el máximo empeño en conseguir al menos eso.

* * *

Ese sábado 29 de junio, festividad de san Pedro y san Pablo, el soberano a quien Beltrán pensaba formular esa petición tenía su mente y su corazón ocupados en otros asuntos. Todo en él era regocijo ante la conquista pacífica de Córdoba, ciudad regia y patricia, símbolo del poder ismaelita en España que ahora pasaba a sus manos. Por eso, antes incluso de hacer su entrada triunfal en ella, mandó colocar en el alminar de la gran mezquita un enorme crucifijo junto al pendón de Castilla, de tal modo que la enseña del Rey Eterno fuera acompañada de su propio estandarte. Nadie mejor que él era capaz de calibrar el formidable impacto de esa imagen, que causó el efecto buscado. Al aparecer ambos emblemas por primera vez en lo alto de esa torre, la más elevada de Córdoba, su visión produjo confusión y llanto inefables a los sarracenos y, por el contrario, profundo gozo a los cristianos. A casi todos, al menos. Algunos, como Beltrán, celebraban felices la victoria, sin dejar de compadecerse por el infortunio de los derrotados.

Con el propósito de sacarse esa incómoda sensación de la cabeza, se dirigió a lugar donde permanecía custodiado el alfaquí, detenido

cerca de su residencia mientras intentaba escapar con un borrico cargado hasta los topes. Junto a él se hallaban varias mujeres y un enjambre de chiquillos de distintas edades, al mayor de los cuales ya le asomaba a las mejillas una pelusa llamada a convertirse pronto en barba.

—¿Te acuerdas de mí? —se dirigió en lengua árabe al juez de la moralidad musulmana, que negó con la cabeza—. Pues yo no te he olvidado —replicó Beltrán, aferrado a su afán de venganza como tabla de salvación ante sus dudas y tribulaciones—. Ni he olvidado la afrenta que infligiste a mi mujer. Ahora vas a pagar por ella.

—¿Quién eres tú, cristiano? —protestó el ulema, en un tono suplicante muy distinto al empleado meses atrás a la salida del escondite que les proporcionaba la alcahueta, cuando a punto había estado de golpear a Fátima con su bastón—. Yo no te conozco. No te he hecho nada.

—Me llamo Beltrán López de Cazorla y ya lo creo que me hiciste algo; algo que no he olvidado. Dime tu nombre, infiel.

—Hixam —murmuró el interpelado, sin atreverse a levantar la vista.

—Ya me conocerás, Hixam —zanjó el barrunte, decidido a dar a esa amenaza un significado terrible. Y sin más explicación, se dirigió a quien parecía ser el mayor de los hijos para ordenarle:

—Saca a tus hermanos de Córdoba y llévate contigo a las esposas de tu padre. Si os quedáis, acabaréis vendidos como esclavos.

—¿Y él? —imploró el chico, aterrado.

—Él no os acompañará, tiene que saldar una deuda. Ahora marchad u os alejaréis de la columna de refugiados. En grupo

estaréis seguros bajo la protección de mi rey. Solos seriáis pasto de bandidos y desertores.

—Pero, señor…

—¡Te he dicho que os vayáis de aquí antes de que me arrepienta!

Obligado a asumir de manera tan abrupta el gobierno de la familia, el joven lanzó una mirada de interrogación a su progenitor, quien le animó con un gesto a obedecer, al tiempo que les dirigía a todos unas últimas palabras:

—Que Alá el Misericordioso os bendiga y os proteja.

—Reza por ti —masculló su captor—. Vas a necesitarlo más que ellos.

Tras encomendar a un soldado la custodia del pollino y demás bienes incautados al sarraceno para que los trasladara al correspondiente depósito, Beltrán escoltó a su prisionero hasta las mazmorras del Alcázar, de donde habían sido liberados poco antes los cautivos cristianos supervivientes a la hambruna provocada por el asedio. Hombres famélicos, reducidos a piel y huesos, muchos de los cuales llevaban años soportando condiciones espantosas en esas lóbregas celdas.

Fue un recorrido corto, efectuado en silencio. El implacable guardián de la ortodoxia mahometana caminaba cabizbajo, musitando suras del Corán, apoyado en el bastón que empleaba sin necesitarlo. El escucha, que tantas veces había pasado por allí sin poder revelar su identidad ni prestar el menor auxilio a los desdichados cuyos lamentos en ocasiones podía oír, saboreaba la victoria recreándose en la idea de que esos calabozos, ocupados durante siglos por sus hermanos de fe, albergarían a partir de ese día a los enemigos de Cristo y del Rey.

En los sótanos del alcázar se apiñaban ahora los miembros de la guarnición que habían opuesto resistencia a los castellanos, los apresados por tratar de burlar las disposiciones reales y demás hombres susceptibles de representar un peligro para los nuevos dueños de la ciudad. Arriba, el palacio estaba siendo acondicionado a toda prisa para acoger a don Fernando, que se alojaría allí mientras permaneciera en Córdoba. Era el edificio más lujoso de la urbe y, por ende, el más adecuado para servir de residencia al monarca. Antes de su llegada, no obstante, era preciso llevar a cabo otro rito indispensable después de cada conquista, destinado a ensalzar al único Dios verdadero y devolverle lo que antaño le había sido arrebatado.

* * *

La purificación de la Gran Mezquita, construida sobre la antigua basílica cristiana de San Vicente, se llevó a cabo esa misma tarde bajo los auspicios del obispo de Osma, Juan de Soria, y el capellán del soberano, Lope de Fitero, llamado a convertirse en el primer prelado de la ciudad y cabeza de la nueva sede episcopal. Beltrán asistió a la ceremonia desde el fondo de una de las naves del templo que había aprendido a admirar, satisfecho de haber contribuido a salvarlo de las llamas. En una medida muy modesta, cierto, dado que el Rey era el primer defensor de conservar una joya como la que le habían descrito quienes habían tenido ocasión de contemplarla por dentro, pero significativa. Él era quien había alertado al soberano de la desesperación de los cordobeses y su determinación de

prenderle fuego si no se les ofrecía una salida aceptable. Le gustaba pensar que esa advertencia había servido de algo.

Con toda la solemnidad requerida por la ocasión y en presencia de una nutrida representación de la tropa, los oficiantes llevaron a cabo los exorcismos necesarios para expulsar del lugar la superstición y herejía mahometanas que lo habían corrompido, ceremonia que requirió abundante agua bendita, así como plegarias coreadas por todos los asistentes.

Mientras los clérigos pronunciaban sus latines, acompañando las palabras de gestos elocuentes comprensibles para cualquiera, Beltrán tenía la mirada fija en las dos lámparas colgadas sobre el mihrab, cuya forma de campana resultaba inconfundible. Esos objetos constituían la prueba más tangible de la humillación infligida en su día por Almanzor al apóstol Santiago. Al arrancar los bronces de su sepulcro, el caudillo amirí había privado de voz al Hijo del Trueno, uno de los doce que acompañaron a Jesucristo y el primero en recibir la corona del martirio, según enseñaba la Iglesia. Mientras permanecieran allí esas luminarias, todo el pueblo cristiano tendría motivos para avergonzarse, por mucho que los rezos y el agua bendita hubiesen obrado el prodigio de convertir en catedral de Santa María lo que antes había sido mezquita y, como tal, cubil diabólico.

* * *

El barrunte salió del edificio con el ánimo turbado y un sabor de boca agridulce. Acababa de asistir a la culminación de aquello por lo que había estado tantos años trabajando, pese a lo cual lo torturaba

la idea de que su hazaña nunca saliera a la luz. Nadie cantaría su gloria. Su esfuerzo, su coraje, sus informes obtenidos a costa de arriesgar el pellejo permanecerían por siempre sepultados en el secreto, mientras la historia ensalzaría el nombre del primer almogávar que puso pie en la muralla de la ciudad. Álvar Colodro sería recordado por los siglos de los siglos. Beltrán López de Cazorla estaba condenado al olvido.

En esas sombrías reflexiones andaba sumido cuando allí mismo, en la explanada del hasta entonces templo pagano, se le acercó un soldado corriendo para decirle que Pérez de Castro lo mandaba llamar.

Se encontraba el Castellano a la sazón en el alcázar, a donde había acudido con el propósito de preparar la solemne entrada del Rey en la ciudad, prevista para el día siguiente, así como el acto formal de entrega de las llaves, símbolo de su posesión, por parte de las autoridades depuestas.

No era esta una cuestión baladí, dado que mostraría a los ojos del mundo que Córdoba, la antigua capital del orgulloso califato andalusí, se hincaba de hinojos a los pies del soberano de Castilla. Por eso era preciso cuidar hasta el más mínimo detalle y asegurarse de que el rey cristiano apareciera ante los presentes rodeado de sus más ilustres vasallos, revestido de dignidad y aureolado de poder mientras el gobernador musulmán se arrodillaba ante él, con la cabeza humillada, para rendirle la espada derrotada y hacerle entrega de la plaza representada en esas llaves. Cada gesto sería juzgado por cuantos contemplaran la escena, fuesen creyentes o infieles. Era responsabilidad del alférez real que todos admiraran la

grandeza de don Fernando, en contraste con la miseria de ese sarraceno vencido.

—¿Deseabais verme, señor? —saludó Beltrán sin entusiasmo.

—Quería deciros que el Rey está complacido con vuestro servicio. Después del turbulento encuentro que mantuvisteis con él, me parecía oportuno comunicároslo.

—Os lo agradezco. Es un consuelo saber que al menos don Fernando y vos conocéis mi humilde contribución a nuestra causa.

—Hoy es un día de celebración, Beltrán —lo reprendió don Álvar, sorprendido ante la actitud del barrunte—. Ignoro lo que os aflige, pero deberíais ser el primero en congratularos.

—Y lo soy, os lo aseguro. Nadie ha puesto mayor empeño que yo en llegar hasta aquí. Perdonad que me pese en el ánimo no poder gritar a los cuatro vientos lo que estuve haciendo durante años.

—Jurasteis guardar el secreto —endureció el tono el guardián de la frontera—. ¿Vais a traicionar vuestra palabra?

—¡Nunca!

—Además, tengo planes para vos que nos obligan a ambos a mantener la máxima reserva…

Beltrán sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿Qué significaban esas palabras? ¿Acaso pretendía el Castellano obligarle a representar de nuevo un papel que aborrecía? No necesitó preguntar, porque fue él mismo quien despejó la duda:

—El soberano tiene sus ojos puestos en Sevilla. Vos conocéis el terreno, habláis a la perfección el árabe, os desenvolvéis con maestría en el campo del comercio…

—¡No! —lo cortó seco el barrunte—. No lo haré.

—Tomaos un tiempo para pensarlo…

—Nada tengo que pensar. Hace mucho que lo tengo decidido. Os dije en su día que ansiaba luchar en el campo de batalla y ese anhelo no ha cambiado. Creo haberme ganado el derecho a verlo cumplido.

—Estaréis donde se os necesite —recobró la dureza en la voz el alférez real—, y sois más útil en tareas de espionaje que en menesteres para los cuales no os dotó la naturaleza.

—Mi respuesta no cambiará, señor —se mantuvo firme Beltrán, a pesar de la angustia que le atenazaba el alma.

La determinación del joven desconcertó a Pérez de Castro, quien había dado por hecho que podría contar con él para futuras misiones. Perderlo suponía un serio revés, que no estaba dispuesto a asumir sin pelear. De ahí que, tras unos instantes de reflexión, volviera a la carga en un último intento de quebrar su obstinación:

—Escuchadme bien, Beltrán. Voy a proponeros un trato. Vos consideraréis seriamente la petición que acabo de haceros y a cambio yo os ofreceré una oportunidad que ningún caballero cristiano osaría rechazar.



34

A hombros de cautivos sarracenos

En Córdoba.
Verano del año 1236 de Nuestro Señor

Álvar Pérez de Castro no había pensado en ningún momento utilizar el argumento que acabó esgrimiendo ante el barrunte con el propósito de quebrar su empecinada negativa a dar su brazo a torcer. Se le ocurrió sobre la marcha, forzado por las circunstancias, hilando el problema urgente que le planteaba ese rechazo imprevisto con una conversación mantenida pocos días antes en la tienda del soberano castellano. Si la suerte estaba de su parte, tal vez lograra matar dos pájaros utilizando una sola flecha.

Al tratar los múltiples asuntos de toda índole relacionados con la conquista de Córdoba, don Fernando había llamado la atención de sus consejeros sobre un episodio acaecido en los albores del milenio, cuando el caudillo amirí Almanzor llegó en una de sus aceifas hasta

Compostela, la redujo a cenizas y tomó como botín las campanas de la basílica levantada sobre el sepulcro del Apóstol, que trasladó a su capital cargadas por cautivos cristianos.

—Me dicen que ahora están colgadas sirviendo de lámparas en la gran mezquita, para vergüenza de nuestro pueblo —añadió el monarca, cuya educación sobresaliente era pareja a una destreza militar extraordinaria y una religiosidad profunda—. Es imperativo recuperarlas y restituírselas al Santo sin tardanza.

—Si todavía se encuentran en ese lugar, señor, me ocuparé de ello personalmente —había respondido su alférez, deseoso de acumular méritos en aras de borrar por completo todo vestigio de rencor derivado de las disputas mantenidas en el pasado con el monarca, que los buenos oficios de la reina madre habían contribuido a solventar.

—Una cosa más, Álvar —añadió el soberano, antes de pasar a otra cosa—. Que sean prisioneros sarracenos quienes las lleven a hombros hasta la iglesia de donde fueron arrancadas. La afrenta sufrida por nuestro Patrón a manos de ese caudillo solo puede ser lavada con un calvario que iguale el padecido en su día por los cristianos condenados a realizar ese viaje infamante.

Don Fernando había expresado su voluntad de forma inequívoca. Las campanas de Santiago debían regresar a su hogar cuanto antes, a fin de desagraviar al discípulo de Jesucristo y repicar acompañando la devoción de los peregrinos. Era por tanto preciso encontrar rápidamente un candidato idóneo para encabezar la expedición y Beltrán era tan bueno como el que más. No solo había demostrado con creces su coraje y lealtad, no solo daría su sangre por llevar a buen término la misión, hambriento como estaba de

gloria, sino que merecía esa recompensa. Se la había ganado a pulso.

Cuando expuso su idea al barrunte, este no daba crédito a sus oídos. Antes de conocer a Fátima, nunca había oído mencionar esa historia ni mucho menos sospechaba que la mezquita custodiara un tesoro tan valioso hurtado a su propietario legítimo. Ahora el mismísimo Álvar Pérez de Castro le proponía hacerse cargo de esos objetos sagrados y asegurarse de que llegaran sanos y salvos hasta Compostela. ¿Cómo iba a decir no?

Al ver que permanecía callado, no porque dudara en aceptar, sino por el desconcierto que le había causado esa petición tan absolutamente inesperada, el alférez real añadió:

—Vos mismo podréis escoger a los cautivos llamados a vengar el ultraje infligido al Apóstol. Se os asignará, por supuesto, una escolta de hombres armados, así como víveres suficientes, dentro de la escasez imperante que nos obliga a extremar la templanza.

El hambre causada por el largo asedio persistía tanto en Córdoba como en el campamento cristiano, donde el racionamiento era estricto. Los campos de los alrededores habían sido yermados por las cabalgadas de castigo, que los habían reducido a polvo. Los graneros estaban vacíos. La reina doña Berenguela seguía enviando puntualmente provisiones desde Toledo, aunque no bastaban para satisfacer tanta necesidad. Hasta que las cosas se tranquilizaran y pudiera recogerse una nueva cosecha, devotos de Dios y de Alá estaban abocados a sufrir la misma carestía. Claro que esa circunstancia no arredraba en absoluto a Beltrán.

—¿Cuándo he de partir?

—Celebro que aceptéis la encomienda, pero os recuerdo la segunda parte del acuerdo… —señaló el aspirante a convertirse en gobernador militar de Córdoba, en referencia al papel de espía en Sevilla que el barrunte había rechazado de plano.

—Os daré mi respuesta cuando regrese —eludió comprometerse Beltrán, rogando al cielo que esa negativa a aceptar el puesto ofrecido no fuese un obstáculo insalvable—, pero hasta entonces tenéis mi palabra de que lo pensaré detenidamente.

—Con eso habré de conformarme entonces —zanjó el Castellano —. Elegid a los porteadores y disponedlo todo para el viaje. Cuanto antes marchéis, antes recuperará nuestro Apóstol su voz.

* * *

Era ya noche cerrada cuando Beltrán llegó a casa de Fátima, aunque la canícula no daba tregua. La joven había permanecido encerrada todo el día, conteniendo a duras penas la angustia a la espera de noticias, sin sospechar ni por lo más remoto que estaba a punto de recibir la que le trajo su hombre, exultante.

—Tendré que alejarme de ti durante un tiempo —lamentó de corazón—. Aunque volveré con la bendición del Santo para hacerte mi esposa a los ojos de Dios.

—Si te vas sin mí —replicó ella en tono amenazador, taladrándolo con su mirada—, no te molestes en volver. Nunca podré perdonarte.

Esas palabras cayeron como un jarro de agua helada sobre la euforia de Beltrán, que contestó desconcertado:

—¿Me pides que rechace el alto honor que se me ofrece? ¿Precisamente tú, que conoces como nadie el significado de esas

campanas hoy convertidas en lámparas y el sufrimiento lacerante al que están unidas?

—Te pido que nos casemos y me lleves contigo. Eso fue lo que me prometiste.

Fátima mantenía la calma a costa de un esfuerzo gigantesco de la voluntad y años de práctica en el arte de ocultar sus emociones. Temía derrumbarse en cualquier momento, pero era consciente de que, si vacilaba ahora, acaso lo perdiera para siempre.

Se había entablado entre ellos un combate en el que no podía rendirse, so pena de ver marchar al único hombre a quien había amado y quedar atrapada entre dos mundos irreconciliables, ninguno de los cuales la aceptaría. Sería a ojos de los musulmanes la barragana del espía cristiano mientras estos verían en ella a la mora que sedujo a un buen soldado para inducirlo al pecado.

—¿Qué será de mí si me dejas aquí sola? —lo desafió, decidida a ganar esa batalla—. ¿Te has parado a pensar en que no me queda un solo amigo y ninguno de los tuyos movería un dedo para ayudarme en tu ausencia?

Lo cierto era que él no lo había pensado, no. Todo había sucedido tan deprisa… Y ella tenía razón. Privarla de su amparo y protección en una ciudad tomada por la soldadesca sería una temeridad, por mucho que encomendara su custodia a alguno de los almogávares con quienes tenía más trato. Ninguno le infundía la confianza suficiente. Ni siquiera el propio Pérez de Castro, cuyas múltiples ocupaciones le impedirían velar por una musulmana de quien ni siquiera había oído hablar. ¿Cómo escapar de ese maldito embrollo?

Llevar a Fátima con él planteaba un sinfín de peligros, parecidos a los inherentes a dejarla atrás, a los que tampoco quería someterla.

El viaje hasta Compostela sería largo y penoso. Tendrían que atravesar vastas extensiones de territorio prácticamente deshabitado, a menudo en disputa entre cristianos y sarracenos, sin la menor garantía de salir con bien de la aventura, máxime considerando que arrastrarían consigo una cuerda de cautivos obligados a llevar a cabo una tarea tan oprobiosa como extenuante. Enemigos enconados susceptibles de revolverse en cualquier momento, a semejanza de las bestias acorraladas. ¿Cómo iba a someter a su amada a semejante experiencia? ¿Quién en su sano juicio lo haría?

—Me lo prometiste —repitió ella en tono de reproche—. Me diste palabra de matrimonio.

—¡Y la cumpliré! —se indignó él—. ¿Acaso lo dudas? Solo te pido tiempo para llevar a cabo una misión que me devolvería el honor perdido durante estos años con tantas mentiras, disfraces, engaños y trabajos viles.

—¿No decías tú que el honor se gana con valor, heroísmo, lealtad y cumplimiento del deber?

—Así es.

—¿Y no has derrochado tú valentía viviendo entre gentes hostiles al servicio de tu Dios y tu Rey? ¿Qué más tienes que demostrar?

—Nada de cuanto he hecho hasta ahora me traerá fama ni gloria. —Esa era la herida abierta que hacía sangrar su orgullo—. Nada será recordado.

—¿Prefieres ser recordado por mí como el hombre que me enamoró para después abandonarme?

El dardo impactó en la diana, no solo porque la quería y deseaba su bien, no solo porque se preocupaba sinceramente por ella, sino

porque la acusación cuestionaba, con razón, su buen nombre de caballero. Solo existía un modo de salvar tanto su honra como la de ella sin renunciar a ese encargo que todo su ser ansiaba ejecutar con éxito. ¿Por qué empeñarse en aplazar lo que el destino había escrito?

—¡Casémonos entonces mañana mismo! —exclamó con entusiasmo, como si acabara de recibir una revelación—. Encontraré un capellán castrense que te bautice y nos despose en la misma ceremonia, sin necesidad de amonestaciones.

—No —respondió ella, rotunda, con una determinación que volvió a dejarlo helado—. De esa manera, no.

—Sé razonable, Fátima. No podemos esperar semanas a que se resuelva esa formalidad.

Una vez más Beltrán la había malinterpretado. Ella no se refería al requisito establecido recientemente por la Iglesia para poder celebrar un matrimonio, sino al casamiento en sí. Era mucho lo que arriesgaba imponiendo una nueva condición, pero aun así se atrevió a intentarlo porque en ese lance se jugaba la salvación de su alma inmortal. Lo percibía con absoluta nitidez. Y, además, confiaba en él.

—Primero me bautizaré y cumpliré mi penitencia. Únicamente después de hacerlo te tomaré por esposo. Hasta entonces, no te atrevas a marcharte dejándome aquí sola…

—¿Qué penitencia? —El tono del barrunte denotaba tanta incomprensión como hartazgo—. ¿De qué me hablas? ¿No acabas de pedirme, o mejor dicho exigirme, que nos casemos?

Viéndolo realmente enfadado, ella suavizó sus formas y se abandonó a la angustia que trataba de ocultar bajo esa capa de dureza fingida. Un desasosiego profundo derivado del miedo, la

culpa, la sensación de estar al borde de un abismo, a punto de caer al vacío.

—Para ti es muy fácil —se le quebró la voz—. Tú sigues fiel a tu religión, alcanzas la gloria que tanto deseas y además me tienes a mí, porque sabes que te amo y haría cualquier cosa que me pidieras. Yo he de abjurar de la creencia en la que he vivido siempre, reconciliarme de un día para otro con el Dios del que renegaron mis abuelos y seguirte sin rechistar…

No pudo continuar, porque el llanto se impuso a la necesidad de explicarse. Esas lágrimas hicieron mella en él antes incluso de que las palabras se abrieran paso hasta su razón, de tal modo que la abrazó con todas sus fuerzas, decidido a poner en suerte cuanto estuviera a su alcance con tal de consolar esa pena.

—Dime qué es lo que quieres, Fátima —se dio por vencido—. Dime cómo puedo complacerte y lo haré.

—Deseo bautizarme y ser instruida en tu fe. —Llevaba tantos años rumiando las verdades contrapuestas sembradas en su espíritu por sus seres más queridos, tanto sufrimiento acumulado, tanto tiempo elaborando esa lista inconfesable de anhelos imposibles, que la desgranó de corrido, quitándose de encima un peso enorme—. Deseo peregrinar a Santiago para postrarme a los pies de ese Apóstol que tiene el poder de perdonar los pecados y suplicarle que libere del infierno a mis padres y a mis abuelos. Deseo conocer el lugar donde nació y vivió Tiago de Compostela, el mártir al que veneraban. Deseo alcanzar allí la certeza absoluta de que el único Dios verdadero es aquel al que adoras tú. Y entonces, solo entonces, con el corazón en paz y la conciencia tranquila, me convertiré en tu esposa para hacerte feliz cada día de nuestras vidas.

* * *

Fue una ceremonia íntima, celebrada discretamente en la tienda del capellán que accedió, jubiloso, a satisfacer la demanda de esa mujer musulmana deseosa de convertirse; la primera a la que bautizaba. Actuaron de padrinos el propio Beltrán y un compañero de armas. Fátima escogió el nombre cristiano de Marina, semejante al de la Santa Virgen, con el deseo de honrarla. Pero antes de recibirlo, junto a las aguas purificadoras, hubo de responder correctamente a las preguntas que el sacerdote formulaba conforme al ritual, con la ayuda del escucha, que actuó de traductor:

—¿Renuncias a Satanás?

—Sí, renuncio.

—¿Y a todas sus obras?

—Sí, renuncio.

—¿Y a todas sus seducciones?

—Sí, renuncio.

—¿Crees en Dios Padre Todo Poderoso?

—Sí, creo.

—¿Crees en Jesucristo, su Hijo Único?

—Sí, creo.

—¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, la resurrección de la carne y la vida perdurable?

—Sí, creo.

Beltrán le había explicado que generalmente eran los padrinos, en edad adulta, quienes contestaban afirmativamente en nombre del neófito recién nacido. En este caso, no obstante, era ella quien

asumía la responsabilidad de hacerlo, plenamente consciente del significado de su compromiso. De ahí que sintiera un escalofrío al evocar el castigo establecido por la ley islámica para los apóstatas. Si por desventura llegaba a ser capturada y se descubría que había renegado de Alá antes de abrazar el politeísmo, sería ejecutada sin remedio. Jamás le perdonarían una ofensa semejante.



35

Elegidos para la infamia

En Córdoba.
Verano del año 1236 de Nuestro Señor

Una vez localizadas las lámparas entre la constelación de luminarias desplegada en las cúpulas de la recién consagrada catedral de Santa María, ambas fueron descolgadas con sumo cuidado y trasladadas a la vasta explanada que se abría frente al templo. Allí, un grupo de carpinteros trabajaba a toda prisa en la fabricación de una plataforma capaz de soportar su peso e idónea para ser llevada a hombros por los ismaelitas condenados a trasladarlas hasta Compostela.

Estaba ya bien entrado el mes de julio y el calor no daba tregua, pese a lo cual la faena avanzaba a buen ritmo. Cada día se acercaba Beltrán a la improvisada cantera en aras de supervisar los progresos

del artilugio, que no tardó en adquirir una forma definida, sorprendente por el ingenio con que había sido concebida.

Se trataba de algo parecido a una silla de manos, con las modificaciones requeridas por el uso que se le iba a dar. Una estructura de unos ocho codos de largo por dos y medio de ancho, hecha de tablones de madera reforzados con hierro y forrados de cuero a fin de incrementar su resistencia. A cada lado llevaba incrustadas tres gruesas argollas metálicas dispuestas a intervalos regulares, donde irían ancladas las trancas que se echarían a la espalda los seis hombres escogidos para sufrir esa infamia. Ojo por ojo, diente por diente, padecerían el mismo tomento que su caudillo Almanzor había infligido antaño a los cristianos obligados a cargar con las campanas arrebatadas al Apóstol.

Aunque rebajadas de bronce merced a la obra de orfebrería llevada a cabo por el herrero Tiago en el proceso de transformación, esas enormes esquilas juntas acumulaban un peso que seguía siendo abrumador. Harían falta hombres fuertes capaces de soportarlo, así como relevos dispuestos para sustituir a los que fueran cayendo. El propósito de esa expedición no era conducir cautivos musulmanes hacia el norte, pero Beltrán se dijo a sí mismo que pondría buen cuidado en seleccionar unos cuantos que le parecieran aptos, pues el que tenía en mente no reunía las condiciones físicas necesarias, si bien merecía con creces ser encadenado a ese yugo.

Otro de los candidatos que él habría colocado allí había escapado por los pelos al castigo gracias a la generosidad y misericordia de Marina, a quien a menudo llamaba todavía Fátima. Se trataba del tío de su prometida, salvado por su intercesión de ese destino cruel del

que nadie le habría librado si Beltrán hubiera tenido conocimiento de la actitud lujuriosa mantenida con su sobrina. Ella jamás le había revelado esos episodios, ni antes ni después de conocer su verdadera identidad, en parte por vergüenza y en parte por temor a su reacción. Cuando, en los primeros días tras la conquista, él le preguntó si deseaba que su pariente se sumara al grupo de porteadores forzosos, ella optó por declinar la oferta.

—¿No deseas que pague por todas las humillaciones a las que te sometió?

—Prefiero perderlo de vista. Me resultaría en extremo penoso compartir con él la peregrinación que nos disponemos a emprender.

—Si es por eso, no creo que durara mucho…

—Déjalos marchar, te lo ruego. A él y a ella. Todavía quedan rezagados saliendo de Córdoba, así tendrán una oportunidad. O que se queden, no me importa.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—La casa de tus abuelos al menos te será devuelta. Me ocuparé de ello.

—Mi casa a partir de ahora estará donde estés tú —respondió Marina, decidida a seguirlo aun cuando él la rechazara—. No pienso separarme de ti.

* * *

Terminada la tarima sobre la que viajarían las lámparas, firmemente sujetas mediante sogas y protegidas por esteras, llegó la hora de elegir a los llamados a cumplir la sentencia dictada por el rey don

Fernando: «Que sean prisioneros sarracenos quienes las lleven a hombros hasta la iglesia de donde fueron arrancadas».

Era tiempo de visitar las mazmorras del alcázar.

El alfaquí a quien buscaba se encontraba en una celda junto con otros hombres, ataviados de manera similar, que Beltrán supuso dedicados a la misma actividad abominable a sus ojos. Ninguno reunía las características necesarias para ser de utilidad, pese a lo cual le señaló a Hixam y a otro, algo más robusto que los demás, al joven soldado que lo acompañaba:

—Sácame a esos dos de ahí y sigamos. Alguien habrá en esta cárcel que sirva a mis propósitos.

—Al fondo de la galería están los antiguos guardianes encargados de custodiar a los nuestros —dijo el muchacho, deseoso de colaborar —. Allí tendréis donde escoger.

—¿Los hay fornidos?

—¡Ya lo creo! Y malvados también. Puedo indicaros cuáles eran los más crueles con nosotros.

—¿Tú estuviste aquí? —se sorprendió el barrunte.

—No mucho tiempo, gracias a Dios, pero estuve. Fue recién empezado el asedio. Me capturó una patrulla cerca de la muralla, saliendo por un portillo que no habíamos descubierto.

—No envidio tu suerte, hermano.

—Yo salí bien parado. —Su apariencia saludable y tono jovial ratificaban sus palabras—. Me liberaron enseguida. Algunos de mis compañeros no llegaron vivos a ese día. Cuando los conocí eran puro hueso y piel lacerada. ¡Ojalá ardan pronto en el infierno sus verdugos!

—Antes de llegar a él conocerán un anticipo en este mundo —le contestó Beltrán con una sonrisa enigmática—. Te lo garantizo.

Reforzado en su determinación por ese testimonio desgarrador, el hombre designado para ejecutar la venganza del Apóstol se encaminó a la celda ocupada por los sayones cuyos suplicios habían causado tanto dolor y muerte. Eran una decena en total, dado que algunos no habían sobrevivido al desquite de sus víctimas. Varios presentaban hematomas por los golpes recibidos y en general ofrecían un aspecto deplorable, sucio, demacrado, propio del espacio hediondo en el que se hacinaban, entre ratas y piojos, ocupando el mismo lugar donde habían estado recluidos los cautivos cristianos confiados a sus garras.

Al llegar ante los barrotes de su calabozo, Beltrán invitó a su guía a designar a los seis que considerara más merecedores de sufrir un castigo ejemplar.

—Me los llevaría a todos —se justificó—, pero andaremos escasos de provisiones. Escoge con tino.

Uno a uno fueron sacados de su encierro los elegidos, con el miedo escrito en los ojos. Tras descartar a un par de ellos por encontrarse demasiado maltrechos para el cometido que habrían de cumplir y sustituirlos por otros mejor preparados para afrontarlo, el barrunte tomó el camino de regreso a la luz, no sin antes ordenar que los seleccionados fueran cargados de grilletes y conducidos hasta el patio de la antigua mezquita.

Convencidos de ir directos al matadero, unos comenzaron a rezar mientras otros trataron en vano de resistirse. Lo que ninguno imaginaba era el destino al que iban a enfrentarse, infinitamente peor que una ejecución rápida. Cuando vieron con sus propios ojos

el artilugio al que iban a ser uncidos y alcanzaron a comprender lo que les tenían preparado esos infieles malnacidos, ya era demasiado tarde para hacerse con un cuchillo y rajarse el cuello con tal de no sufrir semejante humillación.

Antes de abandonar esos sótanos lóbregos, poblados por los espíritus de incontables prisioneros cristianos, Beltrán vio a un preso cuyo rostro le resultó familiar. Estaba de pie, agarrado a los barrotes de la mazmorra en la que permanecía aislado, llamando a gritos a alguien que reparara la injusticia cometida con él. Su rica vestimenta y su barriga denotaban una posición opulenta, en claro contraste con el lugar desde el cual clamaba al cielo por su encierro en un tono autoritario tan impropio de su situación como incompatible con sus circunstancias. Fue la voz, más que la cara, lo que le permitió al barrunte identificar al extraño personaje. Se trataba del cambista que en más de una ocasión había puesto en duda su honor de comerciante al obligarle a demostrar que sus doblas castellanas no habían sido recortadas y contenían el mismo oro que la moneda local. Ahora que estaba a su merced, pagaría cuantas ofensas le había infligido en ese pasado llamado a ser borrado de la memoria.

Tras ordenar a su joven escolta que amarrara al reo junto a los demás, se dispuso a salir a la calle satisfecho con ese regalo de última hora. No conocía las razones por las que había sido encarcelado el tipo ni le interesaban lo más mínimo. Ahora tenía la oportunidad de cobrarse su revancha y no pensaba desaprovecharla. El cambista caminaría hasta Compostela bajo el peso de ese bronce que pronto devolvería su voz al apóstol de Jesucristo, tras consumarse la derrota del falso dios al que había alumbrado.

Su calvario acababa de empezar.

Se marchaba ya, con prisa por dar comienzo al viaje, cuando lo detuvo uno de los soldados castellanos que montaban guardia ante las puertas del Alcázar.

—¿Sois vos el que anda buscando hombres fuertes entre los sarracenos cautivos?

—Yo soy, sí —respondió Beltrán, algo molesto por el descaro de ese guardia al dirigirse a él.

—Pues llevaos a estos dos también —dijo el hombre, acompañando su sugerencia de una risotada—. Se han quedado sin trabajo y se niegan a marcharse.

—¿Eunucos? —inquirió el barrunte, a quien las víctimas de esa amputación producían asco y pena a partes iguales.

—Castrados, sí. Capones —escupió su desprecio el cristiano—. Han debido de pasar toda su vida en el Alcázar y no saben dónde ir. Los echamos de aquí a patadas cada día, pero vuelven, se sientan juntos y esperan a que el tiempo pase.

—¿Han hecho algo malo? ¿Han atacado a alguien?

—¡Quia! Son tan grandes como inofensivos, ya lo veis. Lleváoslos, no sabemos qué hacer con ellos. No dicen ni hacen nada, pero apestan.

Eran fornidos, en efecto, y aparentemente incapaces de rebelarse, si había que creer al soldado. A diferencia de los guardias de la cárcel, no supondrían un problema de seguridad y asumirían su carga con mansedumbre, a semejanza de los bueyes. ¿Por qué no llevarlos también? En total, diez sarracenos robustos. Seis porteadores fijos y otros cuatro de repuesto. Suficientes para cumplir la encomienda del Rey sin mermar en exceso sus despensas ni exigir demasiada escolta.

Era hora de partir.



36

Hacia la gloria o el infierno

En el camino mozárabe de Santiago.
Verano del año 1236 de Nuestro Señor

Salieron de Córdoba a comienzos del mes de agosto por la Puerta de los Gallegos, que había abierto paso a las tropas de don Fernando hacía menos de dos meses.

Antes de traspasar las murallas recorrieron lentamente las callejuelas de la ciudad exhibiendo el valioso trofeo llevado a hombros por prisioneros musulmanes, desde la explanada de la catedral hasta el arco abierto a la antigua calzada romana que embocarían, tras los pasos del Rey, siguiendo su mismo itinerario al menos hasta Zamora, donde se desviarían hacia el oeste.

Ese trazado milenario, recorrido en un suspiro por el soberano de Castilla en una cabalgada vertiginosa emprendida en pleno invierno a fin de culminar con su ejército la tarea empezada por sus bravos

almogávares, había sido durante siglos un auténtico vía crucis regado con la sangre y las lágrimas de incontables cautivos cristianos. Hombres, mujeres y niños acarreados desde sus hogares del norte en largas cuerdas de esclavos destinadas a los mercados donde serían vendidos. Ahora se invertían los papeles.

De acuerdo con la tradición que Marina había recibido de sus mayores y transmitido a Beltrán, por esa puerta habían entrado en el pasado Tiago y sus compañeros de infortunio, conducidos por Almanzor el Victorioso o el Azote de Dios, según el punto de vista. Por esas calles habían paseado las campanas y las puertas arrancadas de la basílica del Apóstol hasta ser depositadas frente a los muros de la entonces gran mezquita, a guisa de tributo al Profeta. En aquellos días la multitud congregada para asistir al desfile había jaleado enfervorecida a su caudillo, que regresaba una vez más triunfante y cargado de botín. Ahora la urbe estaba en silencio, casi vacía. Los pocos vecinos que no habían huido hacia territorio musulmán permanecían en sus casas, temerosos de asomar la nariz, sin el menor deseo de contemplar esa manifestación inequívoca de su declive definitivo.

Sin más vítores que los procedentes de los guerreros castellanos desplegados por aquellos callejones y costanillas, la comitiva embocó la salida, henchidos de orgullo los vencedores, abrumados por la humillación quienes llevaban la derrota a cuestas bajo el sol del verano andaluz.

La encabezaba, a lomos de una yegua torda, un arrogante Beltrán, vestido de gala para la ocasión pese al calor, con saya de lino fino y pellote celeste de seda. Lo flanqueaban dos caballeros de Santiago designados por el Rey para darle escolta, ataviados con el

manto de su orden, inconfundible por la cruz roja en forma de empuñadura de espada bordada en la parte delantera de la capa, a la altura del corazón. Tras ellos arrastraban los pies, ceñidos por gruesos grilletes, los condenados a portar la plataforma sobre la cual iban sujetas las lámparas. Tres hombres a cada lado, sin más alivio que unos trapos enrollados para amortiguar el roce de las trancas de madera basta sobre la piel. Cinco habían sido guardias en las mazmorras del Alcázar. El sexto, situado en primera fila, era Hixam.

El resto de los cautivos marchaba tragando el polvo que levantaban los primeros, amarrados entre sí mediante sogas, de dos en dos. Los custodiaban cuatro jinetes armados escogidos entre los mejores de la hueste real, cuya presencia demostraba la importancia que el monarca otorgaba a esa expedición. Aunque no habrían de atravesar territorio enemigo, sí recorrerían vastas extensiones prácticamente despobladas en las que podrían enfrentarse a bandidos o cualquier otra amenaza. De ahí que hubieran sido desplegados siete buenos guerreros cristianos, contando a Beltrán y los freires, para guardar a una decena de cautivos sarracenos. Una desproporción evidente, cuya explicación radicaba en el altísimo valor de la carga que transportaban.

Cerrando el grupo iba el carro de las provisiones y la impedimenta, donde viajaba Marina en compañía de una sirvienta mora. Lo conducía un viejo soldado tuerto, retirado de la refriega tras muchos años de servicio, que sabía preparar unas gachas o freír tocino y era capaz de herrar a una montura en caso de necesidad. También ejercía de barbero o remendaba un capote, pues la guerra era una escuela que no solo enseñaba a matar. Beltrán le había encomendado velar por su mujer como si se tratara de la suya

propia, en el bien entendido de que le iría en ello la vida. Le disgustaba profundamente verla metida en esa peripecia, rodeada de tipos peligrosos, pero no había tenido más remedio que ceder a sus exigencias. Y a ojos de cuantos integraban ese peculiar cortejo era su legítima esposa. Nadie tenía por qué conocer los pormenores del acuerdo que habían suscrito ellos antes de emprender el viaje.

Tanto para Marina como para el barrunte el hecho de haberse dado palabra de matrimonio significaba que estaban casados a todos los efectos. Esa promesa constituía el más firme de los compromisos, incluso sin haber recibido todavía de un sacerdote el correspondiente sacramento. Sin embargo, ella le había pedido aplazar la consumación de su unión, porque se había propuesto ofrecer al Santo ese sacrificio como penitencia por los pecados de sus antepasados y los suyos propios, al perseverar en una fe errada. No entregaría su virginidad al hombre a quien tanto amaba, aun deseándolo ardientemente, mientras no hubiera completado su peregrinación y obtenido el perdón del Apóstol.

En cuanto a él, esperaba pacientemente a que ella lo recibiera de corazón, desahogando sus ansias frustradas en largas jornadas a caballo que lo dejaban agotado. De ese modo le resultaba algo menos penoso acostarse cada noche junto a ella, bajo el cielo estrellado o dentro del carromato, resistiendo el impulso feroz de hacerle el amor con la pasión que ardía en cada poro de su piel.

* * *

La marcha discurría a un ritmo desesperadamente lento, impuesto por el volumen del fardo que cargaban los condenados. Los

soldados, enervados por la canícula y el tedio, desmontaban a menudo para animarlos a golpes, lo que solo conseguía entorpecer todavía más sus movimientos y provocar caídas de las que les costaba una eternidad levantarse.

Con suerte, en una jornada recorrían un par de leguas, de las ciento sesenta que, según los cálculos más optimistas, los separaban de Compostela. Eso significaba que tardarían ochenta días en alcanzar su destino, en el supuesto improbable de que en ningún momento se detuvieran a descansar o sufrieran algún percance que los retrasara.

Al cabo de una semana Beltrán había aceptado que llegarían aproximadamente para las fiestas de la Natividad del Señor, lo que convertiría esas lámparas restituidas a Santiago en un presente para el Niño Jesús, semejante al puesto a sus pies con la recuperación de Córdoba. Ese pensamiento le brindó cierto consuelo, porque a esas alturas del viaje la que había recibido como una gloriosa encomienda empezaba a parecerle un regalo envenenado.

En aras de matar el aburrimiento, Marina entabló cierta relación con los dos únicos cautivos a quienes Beltrán no le había prohibido tajantemente acercarse: los eunucos, cuya docilidad y mansedumbre había quedado sobradamente acreditada a esas alturas. Se llamaban Hasan y Khalil, aunque esos no debían de ser sus verdaderos nombres, ya que su aspecto evidenciaba su origen norteño. Ambos tenían la tez clara, al igual que el cabello, y los ojos de color azul, lo que permitía suponer que habrían sido capturados siendo niños en el transcurso de una aceifa en territorio castellano y sometidos a la operación de emasculación necesaria para arrebatarles sus atributos sexuales. Una prueba brutal a la que solo unos pocos afortunados

sobrevivían. Hasan, el de mayor edad, no lo recordaba. A Khalil, en cambio, se le había quedado grabado en la memoria ese suplicio atroz.

Al principio se mostraron remisos a hablar con esa dama que dominaba la lengua árabe y se comportaba como cualquiera de las mujeres con las que habían tenido trato en el harén del Alcázar, único hogar que habían conocido. Estaban tan asustados que no se separaban el uno del otro, ni siquiera para hacer sus necesidades al borde del camino, acción que les producía una profunda vergüenza dado que, a falta de pene, debían hacerlo agachados, lo que provocaba las burlas obscenas de sus compañeros y de los guardianes. Hasan, que ya lucía alguna cana y arrugas en el rostro, lampiño y afeminado, actuaba de hermano mayor de Khalil, que rondaría los veinte años y parecía un ángel. Verlos cuidarse de ese modo, defenderse, quererse con tal devoción, no tardó en cautivar a Marina, que los tomó bajo su protección hasta el extremo de convertirse en su principal valedora ante el barrunte, quien acabó igualmente conmovido por lo que ella le contaba después de cada conversación.

Eso fue lo que los salvó.

Cuando al cabo de no poco tiempo adquirieron la suficiente confianza, ella les dejó caer que había nacido musulmana, sin desvelar los detalles de su reciente bautizo. Habría sido demasiado arriesgado. A cambio de ese secreto, Hasan animó a Khalil a compartir con ella el suyo; la pesadilla que le robaba el sueño y atormentaba sus días, devolviéndolo al momento en que había sido arrancado de los brazos de su madre para caer en los del carnicero que lo castró como a un animal.

—¿Cuántos años tenías? —inquirió ella, que conocía la existencia de esos desdichados en los serrallos de Córdoba, sin haberse parado nunca a pensar en lo que suponía sufrir semejante mutilación. El dolor inimaginable, la pérdida de la hombría, los trastornos derivados de semejante brutalidad.

—Dos, tal vez tres —repuso el joven, de facciones perfectas y piel sedosa, sin rastro de vello en la cara—. ¡Ojalá hubiera desaparecido entonces junto al resto de mi familia!

—¡No digas eso! —lo regañó el otro, sin demasiada convicción, porque en el fondo, muy en el fondo, compartía ese pensamiento.

—Es lo que siento.

—Mientras hay vida hay esperanza —terció Marina, profundamente compadecida.

—¿Llamas a esto vida? —sus ojos reflejaban tanta rabia como odio —. El tormento de ese instante va conmigo a todas partes, no me da tregua. La sangre dejó de brotar antes de matarme, pero para entonces ya estaba muerto por dentro.

—Dios es misericordioso —apuntó ella, con el afán de animarlo—. No te rindas.

Khalil la lanzó una mirada llena de impotencia, de tristeza, de derrota.

—Hace mucho que me rendí —confesó—. De no ser por Hasan, me habría arrojado al vacío desde una de las terrazas del palacio, a falta de valor para cortarme las venas. Si sigo adelante es solo por no causarle esa pena, pero no sé cuánto más podré aguantar.

Eran más que hermanos, padre e hijo, esposo y esposa, un único espíritu doliente en dos cuerpos martirizados, deformes, marcados por un mismo estigma. Estaban solos en un mundo hostil donde ya

no había lugar para ellos. Compartían un destino igualmente desolador, una apariencia semejante, incluso un hedor característico, imposible de ocultar, que los delataba a distancia. La «peste» a la que se había referido el soldado castellano al invitar a Beltrán a llevárselos.

Los eunucos desprendían un fuerte olor a orines. Marina lo había notado enseguida, sin atreverse a preguntar el porqué de esa desagradable rareza. Desde su punto de vista de mujer andalusí, acostumbrada a frecuentar los baños con regularidad y practicar una higiene rigurosa, la práctica totalidad de los hombres olía mal, ya fuese a sudor, suciedad, sexo o una repugnante mezcla de todos esos aromas. Pero lo de esas pobres criaturas era distinto y peor. Ellos hedían a urinario.

Un día, al verla torcer involuntariamente el gesto, Hasan dio respuesta a su curiosidad:

—¿Quieres saber por qué herimos así tu olfato? —inquirió, tratando de ocultar su resentimiento—. No es culpa nuestra.

—Por supuesto…

—Tampoco podemos evitarlo —la interrumpió él, a la defensiva—. Ni siquiera en el harén, donde las mujeres molestas por ese hedor nos obligaban a usar perfumes que únicamente lo empeoraban.

—No hace falta que me expliques nada.

—Quiero hacerlo, aunque solo sea porque, a diferencia de la mayoría de la gente, tú nunca nos lo has echado en cara.

Entonces él le reveló que la orina se les escapaba por el orificio abierto en el lugar donde debería haber estado la verga, sin que lo notaran o tuvieran la capacidad de retenerla. Los paños que empleaban para tratar de contenerla estaban siempre empapados, lo

que además les causaba trastornos constantes, tremendamente dolorosos.

—Míranos —la desafió, cediendo por una vez, en ausencia de Khalil, a la necesidad de compadecerse de sí mismo—. Hemos crecido mucho más de lo debido, pese a lo cual nuestro torso es más corto de lo normal, nuestras piernas están torcidas y tenemos vientre, pechos y caderas femeninas. Somos monstruos. En eso nos han convertido.

—Sois hombres, hijos de Dios —se escandalizó ella.

—Solo a medias, hermana. Solo a medias…

* * *

Los días fueron pasando con agobiante lentitud, entre sierras, dehesas, monte y campos abandonados, bajo un sol de justicia que ponía a prueba a cada instante la resistencia de los penados y reducía a ojos vistas las reservas de agua, hasta el punto de imponer un racionamiento severo en los tramos carentes de fuentes o ríos donde rellenar los pellejos. Agotados tiempo atrás los alimentos frescos, se nutrían de gachas de harina cada vez más rancia, garbanzos o guisantes secos y cecina o tocino muy salados, que contribuían a acrecentar la sed hasta convertirla en un tormento compartido, pues eran pocas las diferencias entre guardias y penados. Estos últimos recibían raciones menores y rechazaban comer cerdo, a costa de pasar más hambre e ir perdiendo fuerzas muy deprisa.

Beltrán no había calculado que atravesarían tantas leguas de terreno baldío, entre encinas dispersas aquí y allá que los veían

pasar, impasibles, como habían visto para las guerras, los ejércitos y los siglos. No le habían alertado de ello los caballeros que lo acompañaban, pertenecientes a la orden de Santiago, propietaria de esos dominios. Tampoco ellos tenían modo de saberlo, dado que su conquista era muy reciente, tras largos años de enfrentamientos con los sarracenos, razón por la cual todavía no había sido repoblada.

La situación de la expedición empezaba a ser crítica, hasta el punto de plantearse la posibilidad de enviar un jinete a la ya cercana Mérida en busca de ayuda, cuando una tormenta seca desató un incendio furioso cuyo humo, espeso y gris, cubrió rápidamente el cielo para transformar el día en noche.

Convencidos de ver llegada su hora, los cautivos imploraron el auxilio de los ulemas para que intercedieran por ellos ante Alá, entre gritos aterrorizados y súplicas de que les fueran retirados los grilletes con los que iban a morir abrasados. En cuanto a los cristianos, en ausencia de un sacerdote cada cual buscó su propia forma de ponerse a bien con Dios, en la certeza de que muy pronto comparecerían ante él.

¡Misericordia! Se oía implorar al Creador en lengua árabe y en castellano, a pesar del bufido ensordecedor del fuego, cuyas lenguas se divisaban claramente en la distancia, aproximándose a gran velocidad.

Superado por el pánico, Beltrán se abrazó instintivamente a Marina mientras a su alrededor empezaban a volar las primeras ascuas ardientes, apagadas en el suelo a pisotones por los soldados más decididos. Empeñado en escudarla con su cuerpo del peligro inminente, el barrunte no vio lanzarse al galope a uno de los monjes

guerreros, cuyo corcel se adentró en la oscuridad que se abría ante ellos como llevado por el diablo al corazón del infierno.



37

Caballeros de Santiago

En las cercanías de Mérida.
Verano del año 1236 de Nuestro Señor

El crepitar de las llamas, ya muy cercanas, producía un sonido parecido al de las castañas asadas al reventar. Su calor insoportable levantaba las primeras ampollas en la delicada piel de Marina. El aire se había enrarecido hasta el extremo de hacerse prácticamente irrespirable, incluso a través de los paños humedecidos que, quien más quien menos, se había colocado protegiendo boca y nariz, en un intento desesperado de sobrevivir unos instantes más. Solo quedaba rezar para que el final fuese rápido, a ser posible por asfixia y no consumidos en esa hoguera cuyas fauces ardientes amenazaban con devorarlos mordisco a mordisco.

Al ver caer a su lado una piña prendida, semejante a un proyectil, Beltrán salió de su ensimismamiento y se unió al esfuerzo de los

hombres que, provistos de mantas y ramas, sofocaban los pequeños conatos provocados por el viento. Después de tantísimo esfuerzo para llegar hasta allí, no se rendiría sin luchar, por más que la situación fuese ya desesperada.

Se habían desplomado en el suelo un par de soldados, desmayados a consecuencia del aire viciado, cuando reapareció el caballero de Santiago, tan repentinamente como se había marchado, rasgando con su corcel la cortina de humo denso que sitiaba el improvisado campamento. Venía cubierto de hollín y embozado en su gruesa capa, convertida en escudo frente a las llamas, con el rostro envuelto en un trapo que apenas dejaba ver sus ojos. Desmontó de un salto a la carrera, haciendo gala de una agilidad sorprendente, para dirigirse a Beltrán:

—Hemos de aguantar como sea —exclamó en tono apremiante— y rezar para que se detenga el viento. Todavía podemos salvarnos.

Era Benjamín, el mayor de los dos freires, que hasta entonces se había mostrado incansable, frugal, tan observador como callado, siempre dispuesto a echar una mano en lo que fuera menester y optimista hasta más allá de lo razonable. De ahí que el barrunte reaccionara con sombrío escepticismo a sus palabras.

—Más nos vale rezar para que Dios nos acoja en el cielo.

Entre el ruido ensordecedor causado por el incendio, la dificultad de hablar a través de una mordaza y la falta de resuello debida al sofoco, era difícil entenderse. Aun así, el santiaguista siguió intentándolo.

—Escuchadme, hermano. —Agarró con fuerza a Beltrán, que armado con una rama seguía combatiendo los pequeños conatos de fuego, para obligarle a darse la vuelta y mirarlo—. Hay un río aquí

cerca, muy cerca. Si el viento se calma un poco, detendrá el avance de las llamas.

—¿Y si no?

—¡Rezad os digo! Y no paréis de sofocar el fuego —añadió, enérgico, mientras se despojaba del manto a fin de aplastar con él las chispas prendidas a su alrededor.

La noticia de ese cauce providencial devolvió el ánimo a Beltrán. Aunque era complejo calcular la hora en medio de esa hoguera infernal, no debía de faltar mucho para el anochecer y de noche siempre amainaba el viento. Acaso estuviera en lo cierto Benjamín y les quedara una oportunidad.

Si Dios los tomaba de su mano…

Los segundos se hicieron eternos entre padrenuestros y avemarías, pero el Altísimo escuchó sus plegarias. O Alá, en el caso de los cautivos, cuyos ruegos enloquecidos iban dirigidos a él. Marina se sorprendió a sí misma dirigiendo sus súplicas a uno y otro indistintamente, a medida que el terror a morir abrasada acrecentaba su necesitad de consuelo. Esa vacilación le causó un hondo malestar después, una vez pasado el peligro, aunque no sería la única vez que sucumbiera a esa tentación. Aquello era la demostración de que su fe no era todavía firme y requería del auxilio del Apóstol, cuya intercesión, estaba segura, tenía que haber sido decisiva en el desenlace de esa vivencia atroz. ¿Qué otra explicación cabía a lo sucedido en esas horas?

Nadie dudó de que Dios había obrado un milagro. Merced a Su voluntad, el fuego se paró al llegar al río, cuyas aguas frenaron en seco su insaciable voracidad. Más tarde supieron que se trataba del Guadiana, fuente de abundancia y riqueza para el fértil valle que

bañaba. A ellos les había dado la vida, que valoraban con especial intensidad tras haber sentido en la nuca el aliento ardiente de la muerte. Jesucristo deseaba que su discípulo más querido recuperara sus campanas y, a través de ellas, su voz. El demonio había tratado de impedirlo abriendo las puertas del infierno para que se los tragara, pero la luz había logrado vencer a las tinieblas. Solo quedaba dar gracias al Señor por su infinita bondad y continuar, sin desfallecer, hasta cumplir esa misión sagrada.

* * *

Al día siguiente llovió, porque el cielo había decidido prestar su ayuda hasta el final. Apagadas las últimas llamas, saciada la sed y rellenados los pellejos de agua, los integrantes de la expedición pudieron reanudar la marcha, entre campos ennegrecidos, cadáveres de animales calcinados y troncos de encina humeantes que tardarían en volver a dar sombra, si por ventura rebrotaban. El paisaje desolador acompañaba el ánimo de los porteadores, debilitados por el cansancio y la experiencia sufrida. Sus guardianes en cambio parecían cobrar nuevas fuerzas, convencidos de haber contraído una deuda con el santo que solo podrían saldar depositando sus bronces a los pies de su basílica.

Y así, paso a paso, lágrima a lágrima, golpe a golpe, imprecación a imprecación, llegaron a las puertas de Mérida.

Habían atravesado un territorio recién reconquistado a los sarracenos, cuyo epicentro era esa antigua ciudad, de gran importancia en tiempos de los romanos y también de los musulmanes, a decir de los caballeros pertenecientes a la orden

ahora propietaria y custodia de los vastos dominios que enseñoreaba. Lo contaban ambos, satisfechos y conscientes de la responsabilidad que descansaba sobre sus espaldas.

Unos años antes, las tropas del reino de León, comandadas por el propio soberano Alfonso IX, padre de don Fernando, habían tomado la plaza al asalto tras derrotar a una guarnición andalusí incapaz de conservarla, que aguardó en vano durante semanas los refuerzos procedentes de Córdoba, aniquilados por los leoneses mientras iban de camino. Tras su arrolladora victoria, don Alfonso entregó las tierras y la urbe al arzobispo de Compostela, quien a su vez se la cedió a la Orden de Santiago a cambio de que sus monjes garantizaran su defensa. En esa tarea estaban inmersos un buen número de ellos, que recibieron con grandes muestras de entusiasmo a los componentes de la comitiva integrada por esos cautivos obligados a llevar a hombros las campanas arrancadas al Apóstol en tiempos de Almanzor. Componían una estampa extraordinariamente poderosa, capaz de evocar por sí misma la derrota apabullante del islam y la revancha de los cristianos sobre sus enemigos ancestrales. Aquello para lo cual habían derramado su sangre.

Todas las dehesas y castillos situados más allá del Duero, la Extremadura leonesa, habían sido tomados a los almohades, palmo a palmo, por guerreros pertenecientes las órdenes militares de Santiago, el Temple y Alcántara, así como por las mesnadas del obispo de Plasencia, a costa de un enorme sacrificio. De ahí la satisfacción con la que hablaban de ello Benjamín y su hermano, Ángelos o Ángel, un peregrino venido desde el lejano mar Egeo, que había acabado tomando el hábito del Apóstol. Su modo cantarín de

hablar revelaba su origen extranjero, aunque no mermaba un ápice su ardor en la refriega. Su nombre significaba «coronado de Laurel» o «victorioso», condición de la que presumía ante sus compañeros acantonados en Mérida al escoltar esa demostración del triunfo cosechado por don Fernando en la otrora capital del califato.

Ver a los dos freires desfilar a lomos de sus corceles, con la cruz en forma de empuñadura de espada grabada en el escudo y bordada en el hábito con hilo escarlata, espada al cinto, cabeza alta, cabello muy corto, casi rapado, en contraste con las luengas barbas, símbolo de su arrojo en la batalla, resultaba estremecedor, a pesar del aspecto desaliñado que ofrecían a causa del fuego. Su apariencia imponente reflejaba su bravura y determinación. Bastaba observarlos para comprender por qué constituían, junto con calatravos, templarios o caballeros de Alcántara, las tropas más letales de la cristiandad hispana.

Y eso que iban al paso, sobre sus monturas de brega. Una carga de esos guerreros cabalgando sus bestias de combate habría sembrado el terror en el corazón más templado, pensaba Beltrán para sus adentros mientras los seguía, respetando su ritmo marcial, por las calles de la ciudad que ellos conocían y él no. En su calidad de caudillo de la expedición marchaba justo detrás de los freires y delante de la plataforma donde viajaban las lámparas descolgadas de la mezquita, sobre las espaldas maltrechas de seis esclavos sarracenos.

Concluido el alarde triunfal, cristianos y musulmanes se trasladaron hasta la gigantesca alcazaba levantada por los primeros conquistadores venidos de África, a la que se accedía a través de un puente romano similar al que atravesaba el Guadalquivir en

Córdoba. Los cautivos fueron llevados a las mazmorras, donde serían puestos a buen recaudo hasta que llegara la hora de partir. Sus guardianes se instalaron confortablemente en las dependencias habilitadas por los freires como Casa de la Orden y Encomienda, en el ángulo norte del gigantesco edificio. Un auténtico palacio, a pesar de su austeridad militar, en comparación con las condiciones soportadas durante el camino.

Esa noche el barrunte durmió en el suelo, junto al lecho mullido en el que descansaba Marina después de pasar por la enfermería donde le aplicaron un ungüento de hierbas sobre las quemaduras más feas. Ella le invitó a acompañarla y aprovechar esa comodidad, pero él declinó la oferta con galantería, temeroso de sucumbir al deseo de poseerla mientras dormía. A fin y al cabo era un hombre, en lucha constante con el caballero.

* * *

Recobradas las fuerzas y repuestas las provisiones, el grupo reanudó la marcha al cabo de un par de días, pues a Beltrán le corría prisa depositar su sagrado tributo a los pies del santo patrón. No solo le obligaba a ello el encargo de don Fernando, sino que tenía motivos sobrados para mostrar a Santiago su profunda gratitud.

Durante su breve estancia en Mérida había tenido ocasión de intercambiar algunas palabras más con los monjes que le acompañaban, quienes hasta entonces se habían mostrado muy poco habladores. Rezaban frecuentes padrenuestros, guardaban largos silencios y comían frugalmente, aunque, a decir de ellos mismos, solo ayunaban en cuaresma, pues necesitaban estar bien

nutridos para rendir al máximo en el combate. Por igual motivo dormían con las armas al cinto, en aras de cumplir su juramento de estar siempre alerta ante un ataque. Habían hecho voto solemne de proteger a los peregrinos y con ese fin acompañaban a los encabezados por Beltrán, que no dejaban de serlo aun cuando su viaje fuese muy distinto de los que realizaban habitualmente los pecadores necesitados de perdón.

Cada corazón buscaba en Compostela su propia redención. Su papel era garantizar que alcanzasen su destino. Lo demás estaba en manos del Apóstol y de Dios.

De similar altura y corpulencia, dos toros tan recios como generosos, Benjamín y Ángel habrían podido ser hermanos. El primero era mayor y lo mostraba en el rostro surcado de arrugas, de frente alta, nariz ancha y ojos pequeños, vivos, oscuros como la noche y pese a ello luminosos, chispeantes, a semejanza de dos luceros. Ojos pícaros que le servían para reír en silencio, con una risa cristalina reflejo de su bondad sin doblez. Lo que más destacaba en él, sin embargo, era la voz. Una voz grave, profunda, cuyo timbre transmitía sosiego. El griego se caracterizaba por su mirada apacible y su tranquilidad inalterable, al menos hasta ese momento. Beltrán nunca lo había visto perder la paciencia y se preguntaba si habría algo capaz de sacarlo de sus casillas. No iba a tardar en averiguarlo.

Hijo de judíos conversos, abrazado a la fe de Cristo con sincero ardor, Benjamín había entregado sus mejores años a la lucha por la causa de Dios. En el trascurso de su vida había visto crecer deprisa las riquezas y rentas de la Orden, que a la sazón acumulaba más castillos, tierras y encomiendas de las que podía recordar, repartidas por toda Castilla. Pero tanto Ángel como él rehuían el poder. Lo suyo

era la acción. Cuando pronunciaron sus votos de caballeros, para entrar en la orden únicamente se requería tener espada, caballo, fe y arrojo. Ahora todo había cambiado, no precisamente para bien.

—En los últimos tiempos exigen a los postulantes demostrar hidalguía de sangre mediante cuatro apellidos —confesó el mayor de ellos una mañana, tras desgranar brevemente la historia de su linaje a un Beltrán remiso a pagarle con la misma moneda—. Un requisito que, de haber estado en vigor cuando yo tomé el hábito, me habría privado del placer de esta expedición.

—Eso acabará con el espíritu de nuestra comunidad —auguró el cretense—. Ni nuestro señor Jesucristo ni su discípulo, Santiago, dieron jamás importancia a tales asuntos. Uno era hijo de un carpintero y el otro, un pescador. Ahora los candidatos deben acreditar que ni sus padres ni sus abuelos, tanto maternos como paternos, ejercieron nunca oficios manuales o industriales, sino únicamente los propios de la nobleza.

—O sea, la guerra —tradujo el barrunte, decidido a no revelar su papel de espía disfrazado de vil comerciante.

—Así es —rubricó Benjamín, apesadumbrado—. Ya solo entran en la Orden cristianos viejos por cuyas venas no corra sangre judía, musulmana, de herejes o de conversos. Tampoco se acepta a los descendientes de villanos confesos ni a quienes carezcan de honor o medios materiales para subvenir a sus necesidades.

—Con su pan se coman todas esas restricciones absurdas —concluyó Ángel en sintonía con su compañero, aunque reacio a criticar abiertamente a sus superiores, a quienes había jurado obediencia—. Atengámonos a nuestra misión, que es combatir a los musulmanes y proteger a los peregrinos.

—Creí que ese era el propósito de los hermanos de San Juan de Jerusalén —se extrañó el escucha.

—Y sin duda lo es —replicó Benjamín, algo molesto—, pero no pueden arrogarse esa función en exclusiva. El flujo de peregrinos que acuden a postrarse a los pies del santo no deja de crecer, y todos los brazos son pocos para garantizar su seguridad.

Aquella noche, ante la hoguera y el puchero compartido con el propio Beltrán y Marina, a quien todos creían su mujer, los freires terminaron de desvelar sus últimos y más íntimos secretos. Benjamín contó que era viudo, sin añadir explicación alguna. Ángel tenía una esposa aguardándole en el norte, cerca de Palencia, con la que esperaba reunirse una vez concluida su misión. Estaba acogida junto con sus dos hijas al convento de santa Eufemia de Cozuelos, perteneciente a la Orden, al cuidado de las monjas. Ante la sorpresa evidente de los dos jóvenes, cuyos ojos se abrieron visiblemente manifestando incomprensión, Benjamín se vio en la necesidad de aclarar:

—Nuestra regla nos permite desposarnos, aunque nos obliga a guardar fidelidad conyugal —precisó, socarrón.

—Antes de pedir su mano —añadió a su vez el griego—, obtuve la perentoria licencia de nuestro maestre, el venerable Pedro Arias, quien rindió poco después el alma con honor en la batalla de las Navas de Tolosa.

—Dios lo haya sentado a su derecha en la Gloria —sentenció su hermano, santiguándose con parsimonia.

—Como bien sabe mi compañero, este será mi último viaje. —El tono de Ángel reflejaba alivio y tristeza a partes iguales—. Tengo la firme intención de retirarme a disfrutar de mi familia.

—¿Retirarte tú? —lo desafió el veterano—. ¡Ni en sueños! Ten por seguro que el estandarte de Santiago será el primero que ondee cuando finalmente tomemos Sevilla y no descartes ser tú mismo quien lo lleve con orgullo hasta la torre más alta del alcázar sarraceno.



38

La condena de Hixam

En el camino mozárabe de Santiago, al norte de Cáceres.
Otoño del año 1236 de Nuestro Señor

El primer cautivo en caer no fue Hixam. Él era el más débil, el más quejoso, el que parecía ir a derrumbarse a cada paso bajo el armatoste que cargaba sobre las espaldas, pese a lo cual se aferraba a la vida con rabia y resistía un día tras otro, acaso porque, al ser notablemente más bajo que el resto de los porteadores, se libraba de soportar la mayor parte del peso. El primer cautivo en sucumbir fue, precisamente, el más alto y fuerte, situado a la izquierda del ulema, al otro lado de la plataforma. Se desplomó de golpe una tarde sin previo aviso, arrastrando con él a los demás, y no hubo golpe o amenaza que lograra levantarlo.

Hecho un ovillo en el suelo de forma instintiva, intentando protegerse de la paliza, ardía de fiebre y desprendía una pestilencia

mucho peor que la característica de los eunucos. El hedor acre de los excrementos que le impregnaban la ropa. Olor a muerte. Olor a muerto.

Avisado el carretero para que le echara un vistazo, dado que entendía de dolencias y pócimas, pronunció su diagnóstico desde la distancia con la certeza de quien ha presenciado más de una vez esa escena y conoce por tanto el desenlace:

—Es la enfermedad negra, la mejor aliada de la parca. Ese hombre es un cadáver y probablemente no será el único.

Lo dijo con tal rotundidad que Beltrán estuvo a punto de atravesarlo con su espada a fin de hacerlo callar, porque si cundía el pánico entre su gente ese augurio funesto se cumpliría sin remedio. Fue Marina quien terció entre ambos, como era habitual en ella, empezando por apartarlos del grupo hasta un lugar alejado donde pudieran hablar sin ser oídos.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —inquirió, dirigiéndose amablemente al viejo soldado con quien compartía pescante durante las interminables horas de viaje, mientras la sirvienta llevada con el único fin de proporcionarle compañía femenina languidecía en el interior del carro sin nada que hacer.

—Porque he visto ese flujo de vientre acabar con más soldados que los propios moros y puedo garantizaros que mata rápido. No sé cómo pasa de una persona a otra o por qué condena a la mayoría mientras otros nos salvamos, pero lo hace, podéis creerme.

—Yo también conozco esta peste —admitió el barrunte sombrío—. ¿Existe algún remedio que la cure?

—No, señor.

—¿De dónde viene? —volvió a intervenir la conversa, que jamás había visto mal alguno consumir a un hombre tan deprisa y de forma tan cruel. La víspera, todavía caminaba sin excesiva dificultad, aunque había pedido más permisos de los habituales para apartarse a defecar. Ahora prácticamente agonizaba en el polvo.

—Una vez escuché decir a un barbero que del agua —respondió el carretero con desprecio—, aunque no le presté atención. Una miseria tan asquerosa ha de ser cosa del diablo.

—En tal caso solo nos queda encomendarnos a la misericordia divina —terció Beltrán visiblemente afectado.

—Lo que debemos hacer es salir corriendo —le corrigió el veterano, crecido en su condición de galeno de fortuna.

—¿Abandonarlo sin más? —exclamó Marina.

—O rajarle el cuello si encontráis a alguien dispuesto a acercarse a él lo suficiente. Le daríais un final más cristiano.

—No pienso correr ese riego —afirmó el barrunte, rotundo—. Lo dejaremos aquí y que su dios se apiade de él.

—¿Sin agua ni comida? —Más que una pregunta, era la manera en que ella mostraba su rechazo a esa crueldad.

—Ese desgraciado ya está muerto —volvió a la carga el carretero —. Desperdiciar agua o pan con él sería lo mismo que tirarlos.

—Está decidido —zanjó el jefe de la expedición—. Los eunucos le soltarán los grilletes antes de apartarlo del camino para evitar que los nuestros lo toquen. El otro alfaquí que me llevé del alcázar ocupará su lugar. Hasta entonces, que nadie se aproxime a él.

No hubo quien osara discutir esa orden.

Hasan y Khalil cumplieron la tarea encomendada, sin mostrar demasiada repugnancia ni tampoco temor, acaso por el poco apego

que tenían a la vida unido a la costumbre de convivir con el hedor. Los porteadores caídos se levantaron con esfuerzo, impulsados por los azotes de sus guardianes, y el nuevo compañero de Hixam descubrió lo que suponía cargar sobre el hombro casi desnudo la viga basta que sostenía la plataforma donde viajaban los pesados bronces robados para ser convertidos en lámparas. Dos piezas de incalculable valor que permanecían en su sitio pese al accidente, firmemente sujetas bajo las esteras y una cubierta de lona encerada. Ya se cuidaba Beltrán cada noche de verificar que las ligaduras no se hubieran aflojado. Se habría cortado un brazo antes de permitir que uno de esos objetos sagrados sufriera el menor daño.

Reanudaron la marcha en silencio, unidos por el miedo compartido de ser el siguiente en enfermar. Al cabo de otra semana, empero, nadie más mostraba síntomas de haber contraído el mal, lo que reforzó en todos ellos la creencia de que el Dios cristiano era el vencedor de esa nueva batalla y velaba por que el Apóstol recobrara cuanto antes su voz.

* * *

Cruzaron el Tajo en barcaza, a falta de puente por donde atravesarlo. Se habían desviado de la antigua calzada romana seguida hasta entonces, desaparecida en muchos tramos a falta de manos dispuestas a mantenerla. Los guías de la expedición, Benjamín y Ángel, no conocían ese terreno. Aquellos pagos desiertos no pertenecían a su Orden, eran dominios de realengo. Territorio fronterizo castigado por siglos de guerras, no solo con los sarracenos, sino también entre castellanos y leoneses. Tierra yerma.

Los freires hablaban de una ciudad, Plasencia, fundada por el rey Alfonso, el de las Navas, como guardiana de Castilla en esa posición avanzada, pero no terminaban de avistarla y los viajeros volvían a estar cortos de comida, hasta el punto de verse obligados a racionarla de nuevo. Si había caza por allí, otros la aprovecharían. Ellos solo eran capaces de atrapar alguna liebre en los lazos dispuestos por quienes sabían hacerlo, en las breves paradas consentidas por Beltrán para evitar que los cautivos sucumbieran al cansancio extremo. Nada más. Unos huesos que roer a fin de engañar a las tripas.

Octubre había quedado atrás para dar paso a un noviembre inclemente, con noches heladoras, días húmedos y lluvias que al menos les proporcionaban agua, triste consuelo a su situación.

Jornada tras jornada avanzaban a duras penas entre montes, bosques y zarzales, atravesando un terreno abrupto rodeado de montañas que ondulaba, arriba y abajo, hasta agotar a los costaleros. Con las alpargatas destrozadas y los pies en carne viva, estos suplicaban piedad a los soldados, aunque solo obtenían gritos y vergazos. Únicamente al caer la noche se detenían para descansar. Entonces eran visitados por el carretero, que les aplicaba ungüento en las heridas antes de vendárselas con trapos a fin de permitirles seguir caminando pese al dolor.

* * *

Desde la sustitución del porteador abandonado a su suerte por el ulema que había compartido celda en el alcázar cordobés con Hixam este se mostraba más rebelde y azuzaba al otro a seguir su ejemplo.

Incluso habían llegado a parar en seco la marcha una mañana, cuando el sol estaba en lo más alto, con la pretensión de arrodillarse para entonar sus plegarias. El intento fue rápidamente cortado por sus guardianes a correazos, pero produjo una honda irritación en Beltrán, quien observaba desde el principio a ese prisionero a la espera de verlo doblegarse y suplicar. Hasta ese momento no lo había conseguido, lo que no hacía sino alimentar la inquina que despertaba en él ese infiel, antaño todopoderoso, cuyo bastón había estado a punto de golpear a la mujer que amaba. ¿Por qué no era capaz de someterlo, como había logrado hacía tiempo con todos los demás?

Ninguno de los cautivos se unió al conato de protesta acaudillada por el alfaquí, pues a esas alturas de su calvario solo deseaban sobrevivir, evitar en lo posible la ira de sus guardianes y tener un cuenco de engrudo que llevarse a la boca a la hora del rancho. Si rezaban, lo hacían para sus adentros. Todos excepto Hixam.

El barrunte tenía clavada en el alma la ofensa de ese clérigo cuya arrogancia no menguaba, y ahora se daba cuenta de la grave equivocación cometida al arrastrarlo con él a esa aventura que habría debido ser gozosa. Su mera presencia y su actitud altanera constituían un desafío constante al que deseaba poner fin de una vez por todas, pues le recordaba demasiado a una etapa de su vida que anhelaba sepultar en el olvido. La ocasión de hacerlo se presentó justo en esa época de escasez y desesperanza, cuando el ulema fue sorprendido tratando de robar comida en el carro donde se guardaban las escasas provisiones todavía disponibles.

De cuando en cuando, generalmente al amanecer antes de partir y al acampar llegado el ocaso, los prisioneros eran liberados de sus

ligaduras para que pudieran retirarse a hacer sus necesidades lejos del campamento, bajo la supervisión de un par de soldados. Uno de esos atardeceres, aprovechando la oscuridad, el clérigo eludió la vigilancia y se introdujo a hurtadillas en el carromato, vacío en ese momento, donde hurtó dos puñados de almendras secas y un pedazo de cecina salada que escondió en una especie de hatillo confeccionado con sus andrajos. Mientras trataba de regresar al lugar donde sus compañeros de infortunio descansaban, uno de los guardias lo detuvo.

—¿De dónde vienes tú? ¿Qué llevas ahí?

Era tan flagrante su delito que Hixam ni siquiera intentó inventarse una excusa. En cuanto le dieron el alto supo que estaba condenado y percibió ese castigo como una liberación, tras el tormento sufrido desde la salida de Córdoba. En los pocos minutos que trascurrieron entre la detención y la comparecencia ante el hombre que debía juzgarlo trató de convencerse a sí mismo de que, en el fondo, se había convertido en ladrón con el propósito de alcanzar la muerte sin tener que quitarse la vida. De que aquel era su modo de escapar a esa cárcel de dolor y vejación en la que vivía atrapado desde su captura. Su redención.

Conducido ante su verdugo con las pruebas del robo envueltas en esos paños sucios, guardó silencio. Se preguntaba si lo ahorcarían, como era costumbre entre los infieles, lo decapitarían a espada o lo degollarían sin más. Convencido de estar ante su última noche en este mundo, suplicaba al Profeta una muerte rápida. Ni en sus peores pesadillas habría podido prever la sentencia que acabó pronunciando Beltrán:

—Puesto que estabas dispuesto a robar para llenarte la barriga, yo te daré de comer.

Mientras lo decía, en un tono de voz tenebroso que asustó a la propia Marina, invitada a presenciar el juicio sin intervenir en él, sacó de una bolsa de tela un pedazo de tocino ahumado cuya visión hizo estremecerse al ulema.

—Comerás cerdo o ayunarás. Y seguirás llevando tu carga, no pienses que vas a librarte.

—Ten misericordia —imploró entonces el condenado, viendo flaquear de golpe la determinación con la que se había jurado afrontar ese momento—. Sabes que mi religión me impide tocar siquiera ese animal impuro.

—Deberías haberlo pensado antes de intentar privarnos de lo poco que nos queda.

—Mátame, sidi, te lo ruego —insistió Hixam, dirigiéndose por vez primera a Beltrán en árabe con el término «mi señor» o «mi amo», que jamás había empleado antes y expresaba claramente su disposición a humillarse con tal de eludir ese castigo atroz.

—¿Por qué habría de hacerlo y prescindir de un porteador? —respondió el barrunte sin alterar el semblante pétreo, iluminado por las llamas de la hoguera. Después, haciendo el gesto de levantarse del suelo donde permanecía sentado, a la usanza de los musulmanes, ordenó a sus hombres—: ¡Lleváoslo de aquí y no lo perdáis de vista un instante!

* * *

Esa noche Marina no se atrevió a dirigirle la palabra. No lo reconocía. Era como si el espíritu de la revancha se hubiera apoderado de él, transformando al hombre a quien amaba en un monstruo. ¿Cómo iba a desposar a un ser incapaz de mostrar piedad? Beltrán nunca había estado poseído por el odio. ¿A qué se debía ese cambio? ¿Era aquella su auténtica naturaleza o era el miedo lo que hablaba por su boca? Tenía que ser el miedo, no cabía otra explicación. Miedo a no poder cumplir la misión más importante de su vida, a no llegar a su destino, a fracasar. Un miedo que le roía las entrañas poco a poco, en soledad, al no tener con quien compartirlo. Miedo al miedo. Un enemigo feroz al que no veía el modo de enfrentarse.

Tumbada a su lado, sin tocarlo, fingiendo dormir profundamente, le vino a la memoria el herrero de quien tanto le habían hablado de pequeña. Ese cautivo cristiano condenado a cargar las campanas de Santiago desde Compostela hasta Córdoba, que no solo consiguió llegar y salvar de ese modo la vida, sino que se mantuvo firme en la fe de Jesucristo y murió por ello en la cruz, cuando habría podido renegar de Él para gozar de una plácida existencia rodeado de comodidades. En cierto modo el alfaquí le recordaba a él. Ella no albergaba rencor hacia ese clérigo, comprendía su actitud y lo respetaba, pues percibía que su lealtad al Profeta era tan sincera y tan honda como la de Tiago al Apóstol, aunque su rigor extremo la hubiese situado en su diana.

A diferencia de Beltrán o del propio Hixam, convencidos de poseer la única verdad absoluta, Marina aún dudaba. Y en esa duda encontraba motivos suficientes para abogar por el ulema, por la misma razón que la empujaba a peregrinar a Compostela en busca

de luz y perdón. Su dios era el de la caridad. Su religión, la del amor. Eso le había enseñado su madre y eso buscaba en el credo del que le hablaba su hombre. Si sus hechos no demostraban ser acordes a sus palabras, nada de cuanto decía tendría el menor valor, empezando por sus promesas. Esa posibilidad era tan aterradora que la apartó de su mente de un manotazo real, cuyo impacto despertó al barrunte.

—¿Qué sucede? —inquirió este asustado, dándose la vuelta para mirarla—. ¿Te ocurre algo?

—La conciencia no me deja dormir —respondió ella, incorporándose, antes de añadir a bocajarro—: ¿Crees que Tiago de Compostela aprobaría tu proceder?

Beltrán se sentó a su vez, completamente espabilado, y avivó el fuego junto al cual se habían tumbado un rato antes. No entendía esa pregunta, aunque conocía a Marina lo suficiente para saber que si la formulaba, si abandonaba la moderación habitual en ella, su apoyo discreto e incondicional, para interpelarlo de esa manera directa, era porque algo la turbaba profundamente. Algo que a él se le escapaba.

—Por supuesto que lo aprobaría —contestó convencido, con arreglo a su sencilla lógica—. Le estoy vengando.

—No estoy segura de que venganza fuese lo que él deseaba.

—¿Qué otra cosa iba a desear? —Su confusión iba en aumento, al igual que su irritación—. Lo crucificaron, Marina. Los sarracenos lo martirizaron antes de atarlo a un madero. ¡Por supuesto que querría venganza!

—Tal vez tengas razón —concedió ella, poco dada a discutir un asunto en el que tenía todas las de perder—. Aun así, en su nombre

y en el mío te ruego que muestres clemencia con Hixam.

—¿El hombre que amenazó con golpearte? —exclamó Beltrán incrédulo—. ¿El que no ha dejado de provocarme desde que empezó este viaje?

—El hombre a quien has condenado a cometer un pecado terrible o morir lentamente, sí. ¿Era preciso tentarlo con esa oferta retorcida?

—Era preciso dejar claro que el robo se castiga con la muerte.

—El castigo que le has impuesto es mucho peor que la muerte, lo sabes mejor que nadie.

—¡¿Y a ti qué más te da?!

El barrunte estaba furioso. Que su propia mujer discutiera una decisión tomada precisamente en defensa de su honra le causaba una mezcla de rabia e incomprensión, que se sumaba a la frustración acumulada por múltiples motivos. Bastante solo se sentía ya como para que ella se sumara al bando de sus enemigos. ¿Acaso seguía adorando a Alá en su corazón? ¿Era esa la causa real de su sorprendente petición?

Marina lo taladró con su mirada límpida y despejó toda duda. En ella no había doblez ni cálculo. Al contrario, si algo desprendían esas pupilas era pureza de corazón. La cualidad que lo había conquistado. La que apelaba a lo mejor de él y derrotaba cuanto de vil había en su naturaleza para que se abriera paso el caballero que siempre había querido ser. Marina era su norte y su guía. La voz que debía escuchar por su propio bien y el de la expedición.

¿De qué habría servido atormentar al ulema con una afrenta a las creencias que compartían todos los cautivos? ¿A quién habría beneficiado semejante acto de ensañamiento, suficiente para alentar

una rebelión? El servicio al rey y al Apóstol tenía que prevalecer sobre sus propios fantasmas, sus anhelos de revancha o sus temores. De ahí que a la mañana siguiente dejara a todos desconcertados al desdecirse de su propia sentencia y ordenar con sequedad:

—Quitad los grilletes al ulema y colgadlo de un árbol. Ese es el castigo que aguarda a cualquier ladrón.

Cuando Hixam clavó sus ojos en Beltrán mientras era conducido al lugar de la ejecución, este leyó en ellos gratitud, o acaso lo soñó. El alfaquí rindió el alma deprisa, encomendándose en voz baja a su dios.



39

Negros presagios

En las Hurdes.
Noviembre del año 1236 de Nuestro Señor

El tiempo siguió transcurriendo con desesperante lentitud, pareja al avance de la comitiva que cada vez recorría menos distancia en una jornada.

Los días habían acortado, privándoles de horas de luz cruciales para proseguir la marcha, y los costaleros, famélicos, exhaustos, no daban más de sí, ni siquiera turnándose frecuentemente bajo los varales desgastados por el roce con sus cuerpos. Tras el ahorcamiento del ulema que había dirigido sus oraciones desde el principio, el ánimo de los cautivos se había ensombrecido aún más, hasta el extremo de amenazar el éxito de la expedición.

Era evidente que habían dejado atrás Plasencia sin dar con ella, o acaso la hubieran rodeado por el este o el oeste. Lo único cierto era

que estaban perdidos en medio de parajes cada vez más escarpados, entre picos elevados y bosque cuyo follaje, a la sazón teñido de mil colores, alfombraba el suelo año tras año precisamente por esas fechas, hasta hacer desaparecer por completo la calzada, en el supuesto de que alguna vez hubiese pasado por allí el camino a Compostela.

Cuando el tiempo lo permitía se orientaban con la ayuda del sol y las estrellas, buscando el norte. A menudo, no obstante, las nubes tapaban los astros y los dejaban ciegos, sin más guía que el instinto, escasamente fiable. El otoño se mostraba implacable en esa tierra remota donde la naturaleza, de belleza salvaje, era un enemigo mucho más temible que cualquier guerrero.

A menudo marchaban bajo un cielo tenebroso, cargado de negros presagios, abriendo paso con la espada al triste cortejo compuesto por los cautivos y sus guardias, que de otro modo no habrían podido sortear la tupida maleza. Aquella mañana, además, otros compañeros siniestros se unieron a la expedición desde arriba, decididos a martirizar un poco más a los caminantes: cuatro buitres de gran tamaño, silenciosos e inalcanzables, que sobrevolaron sus cabezas durante horas, como si olfateasen su debilidad y esperaran al primer caído para cebarse con su carne exhausta.

Fueran esos pajarracos de mal agüero los que dirigieron sus pasos, fuera su propia desesperación, lo cierto es que, cuando ya se resignaban a pasar otra noche a la intemperie, dieron por milagro con un sendero que los condujo hasta un lugar habitado. Una villa rodeada por un círculo perfecto de piedra cuyas puertas, protegidas por una torre fortificada, cruzaron con inmenso alivio justo antes de que se cerraran. Habían hallado Granada, la Granada cristiana,

fundada por los musulmanes en época remota y reconquistada hacía medio siglo por el rey Fernando II, según supieron más tarde. Él fue quien la amuralló y le dio ese nombre, como homenaje a los árboles cargados de dicho fruto que crecían en las huertas sembradas intramuros, entre el adarve y las casas, disputando el exiguo espacio disponible a las higueras y los olivos cargados hasta arriba de aceitunas.

La guarnición de la plaza los recibió con asombro ante la valiosa carga que transportaban y les brindó hospitalidad mientras desearan quedarse. Los cautivos fueron conducidos a las mazmorras de la antigua alcazaba, donde comieron hasta hartarse un puré de castañas similar al que alimentaba a los cerdos, que a ellos les supo a gloria. Beltrán, Marina, su criada y los dos freires fueron alojados en sendas viviendas contiguas, las mejores del lugar a pesar de su humildad. Allí pudieron asearse antes de compartir mesa con el gobernador de esa posición antaño avanzada, que ahora languidecía condenada a la irrelevancia. Esa tranquilidad era justo lo que anhelaban los invitados después de tanta fatiga.

Los soldados de la escolta, en cambio, prefirieron otro tipo de «descanso», más acorde a las necesidades que arrastraban desde su partida. En la calle principal del pueblo, enfrente de la residencia donde cenaba su capitán, se alzaba un local atendido por mozas de carnes prietas, dispuestas a ofrecer algo más que vino agrio a cambio de unas monedas. Y ellos llevaban intacta la paga cobrada en Córdoba. El deseo de juerga triunfó sobre el cansancio en cuanto traspasaron el umbral de la taberna, de modo que hubo fiesta, cánticos, abundante licor y retoces lujuriosos hasta el alba. Con suerte, pensó el único de los cuatro que aguantó más o menos

sobrio, les darían tregua el día siguiente y podrían superar la resaca antes de volver al trabajo.

Su ruego mudo se cumplió con exactitud, pues habían llegado un martes y el jueves, con las primeras luces del alba, regresaron al camino. Luces mortecinas que pronto se tornaron sombras, ya que al poco de partir empezó a caer un aguacero que los obligó a buscar refugio bajo un castaño gigantesco. Fue en vano. El cielo había decidido derramarse sobre ellos.

Como no amainaba y ya estaban empapados, Beltrán dio orden de continuar, siguiendo el cauce de un río cuyo margen les brindaba una vía por la que avanzar. Cualquier otra traza de senda había desaparecido bajo el fango. Lo sensato habría sido regresar a Granada, pero el barrunte desoyó cuantas voces le advirtieron del desvarío que cometía y ordenó seguir marchando. Estaba poseído por la urgencia de llegar.

* * *

Durante horas se arrastraron por el barro, viendo a los porteadores resbalar, caer y levantarse a golpes, sin perder de vista un instante esa corriente crecida que serpenteaba y se retorcía chorreando espumas furiosas, haciendo quiebros y requiebros cual culebra descomunal. Llegaron las tinieblas y se detuvieron mientras seguía lloviendo. Únicamente las mujeres se libraban de la mojadura, porque la lona encerada del carromato resistía la embestida. Los demás habían olvidado lo que era estar seco. Si malo había sido el calor, ese infierno de humedad lo superaba con creces.

Volvían a estar perdidos, bajo el chaparrón incesante. Su única referencia era el río que fluía entre montañas trazando curvas pronunciadas cuyo capricho los forzaba a redoblar esfuerzos, oyendo el agua despeñarse por las laderas de los barrancos con un rugido atronador. Los hombres tenían miedo, tanto cristianos como musulmanes. Nunca había visto ninguno nada semejante a eso.

Ante las súplicas de Marina, tan asustada como los demás, Beltrán accedió a detener esa carrera enloquecida hacia ninguna parte. Tres jornadas habían transcurrido desde que abandonaran la villa refundada por don Fernando y ni siquiera sabían si avanzaban hacia el norte o trazaban círculos a la vera de esa serpiente fluvial. Era hora de parar a pensar, a reposar, a secarse.

Escogieron para acampar una suerte de islote formado por un meandro del cauce, en el cual se alzaban viejos muretes de piedra destinados a hacer terrazas donde poder cultivar alguna cosa. Hacía mucho tiempo que nadie labraba esa tierra áspera, aunque en el pasado debía haber dado de comer a alguien. Ahora brindaría cobijo a esa triste caravana.

Muy cerca de allí se distinguía el estruendo de una catarata, alimentada aguas arriba por ese diluvio diabólico en un desnivel del terreno. Un trampolín natural en el que dos de los cautivos vieron su oportunidad de escapar hacia una muerte rápida, preferible al tormento de soportar un día más su carga.

Eran los que en ese momento estaban libres de grilletes, esperando relevar a dos de los porteadores. Iban ligados por el tobillo mediante una soga cuya holgura les permitía caminar y también correr, aunque con dificultad, aprovechando el factor sorpresa. Debían de haberse puesto de acuerdo previamente,

porque, en cuanto los guardias se dieron la vuelta para desatar a sus compañeros, ellos se lanzaron a toda velocidad hacia la cascada, a la que se arrojaron, sin vacilar, unidos por la misma ausencia de esperanza.

Únicamente Benjamín los vio caer, a través de la espesa cortina que el cielo se negaba a descorrer. Contempló el salto, sorprendido, con una mezcla de incredulidad, admiración y lástima por esas almas que acababan de condenarse. Quitarse la vida era un pecado mortal sin remisión posible, pero hacerlo de ese modo requería un valor innegable. Si hubieran sido cristianos, habría rezado por ellos.

Ya solo quedaban seis costaleros para cubrir la distancia restante hasta Compostela, además de los eunucos, que habrían de hacer su parte por mucho que Marina se desviviera por mantenerlos a salvo.

A partir de ese momento Beltrán ordenó extremar la vigilancia y también aliviar las condiciones de los penados, no tanto por misericordia cuanto por temor a perder alguno más y verse obligado a emplear soldados en la tarea que les estaba reservada a ellos. Vengar la afrenta infligida a Santiago por Almanzor implicaba devolverle sus campanas llevándolas hasta su basílica a hombros de cautivos musulmanes. Ese era su deber y no pensaba incumplirlo.

* * *

Aún tardaron un par de semanas en salir de aquel laberinto de roca y lodo, que amenazaba con atraparlos entre sus fauces para siempre. Cuando al fin volvió a salir el sol lograron orientarse y regresar al camino trazado sobre la antigua Vía de la Plata, o lo que

quedaba de él, para avanzar rápidamente sin volver a perder el norte.

Bien entrado ya el mes de noviembre, arreciaba el frío sin que el fuego de las hogueras consiguiera secar las ropas permanentemente húmedas. La comida escaseaba con frecuencia, aunque se abastecían en las poblaciones que encontraban a su paso. El viaje estaba resultando ser mucho más duro de lo previsto. Si no llegaban pronto a Zamora, tendrían que encomendarse a la misericordia del Altísimo.



40

Recuerdos de un viejo hidalgo

En tierras de Zamora.
Noviembre del año 1236 de Nuestro Señor

Aquella tarde, después de acampar, Beltrán se apartó del grupo en busca de soledad, pues necesitaba rumiar tranquilo las muchas inquietudes que le rondaban el alma. Luchando por sobreponerse al abatimiento, levantó la vista al cielo en busca del primer astro de la noche y se encontró con una bandada de pájaros que deshacía la ruta por la que habían llegado los miembros de la expedición hasta allí. Su visión le trajo dolorosamente a la memoria a su fiel escudero, García, morador de esa otra vida cuyo recuerdo procuraba evitar porque solo le traía nostalgia.

—Os veo muy pensativo —interrumpió sus reflexiones Benjamín, quien se había acercado a él sin hacer el menor ruido.

Asintió levemente.

—Observaba el vuelo de las aves —contestó Beltrán una media verdad, reacio a confesar al monje hasta qué punto estaba angustiado.

—¡No me digáis que creéis en esas supercherías! —lo regañó el santiaguista, medio en serio medio en broma, con su socarronería habitual.

—¿Quién sabe? —replicó el joven, ofendido por el tono burlón que había detectado en el comentario—. También yo pensaba que eran cuentos de viejas hasta que la vida me demostró lo contrario.

—No solo son supersticiones prohibidas por nuestra Santa Madre Iglesia —añadió Ángel, que se había incorporado a la conversación con el mismo sigilo que su inseparable hermano—, sino cosa de rústicos impropia de un caballero como vos.

El golpe dio en el clavo e hizo mella en Beltrán, quien plegó velas hasta el punto de intentar justificarse:

—Uno no es dueño de lo que siente su corazón o remueve su cabeza. Tampoco gobernamos nuestra creencias. ¡Ojalá pudiéramos!

—Decís bien —le dio la razón el freire—. No dependen de nuestra voluntad nuestros impulsos, pero sí nuestras acciones. Y las que cuentan son estas. No seréis juzgado por vuestras cavilaciones o deseos, sino por vuestros hechos.

—Vuestro destino no está escrito en esas prácticas paganas, por mucho que se perpetúen transmitidas de padres a hijos —añadió Benjamín, endureciendo la voz—. Depende de vuestra conducta. Está en vuestras manos y las de Dios. Honrad sus mandamientos con rectitud y Él encontrará la manera de premiaros.

No había más que decir.

La oscuridad los obligó a regresar a tientas hasta el carromato dispuesto para albergar al barrunte y quien decía ser su esposa mientras los demás se acomodaban lo mejor posible en torno a la lumbre compartida por cristianos y musulmanes.

Acurrucado junto a Marina, cuyo cuerpo cálido era una tentación cada vez más difícil de vencer, Beltrán se repitió en silencio las palabras de Ángel, en aras de darse ánimos para superar otra noche más: «No seréis juzgado por vuestros deseos, sino por vuestros hechos». Concentrado en pensar en algo que no fuese ella, le vino a la mente el augurio formulado en su día por García: «He visto que conseguirás fortuna y gloria, aunque será por un camino tortuoso».

Tan tortuoso que a esas alturas no era capaz de encontrarlo.

* * *

El día siguiente les trajo una sorpresa tan grata como inesperada. Al alcanzar finalmente las inmediaciones de Zamora, la bien guardada, dieron con un edificio de piedra, superviviente de épocas mejores, rodeado de un murete que custodiaba un pequeño huerto, un corral de gallinas, un establo y lo que parecía ser una cocina, con su horno de asar panzudo sobresaliendo del muro para anunciar pan recién hecho.

¡Al fin un lugar civilizado donde posar sus cuerpos maltrechos!

Pertenecía esa vieja mansión a un hidalgo leonés, increíblemente viejo, que los recibió con los brazos abiertos, poniendo a su disposición sus tierras para que se instalaran allí los cautivos junto con sus guardias mientras Beltrán, Marina y los freires eran bienvenidos en su casa.

Era esta una construcción antigua y un tanto destartalada, de planta cuadrada dividida en dos pisos separados por una techumbre recia. El de abajo, diáfano, estaba presidido por una gran chimenea frente a la cual se habían dispuesto dos escaños mullidos de cojines descoloridos. En el centro, una mesa de gran tamaño, rodeada de sillas, daba testimonio de tiempos pasados en los que debieron de celebrarse allí banquetes multitudinarios. Ahora estaba cubierta de polvo, al igual que el resto del mobiliario, en un estado que dejaba clara la ausencia de un ama pendiente de mantenerla como era debido. A los aposentos de arriba se accedía a través de una escalera empinada situada en una de las esquinas, que trepaba enroscándose de izquierda a derecha por si era preciso bajarlas con la espada desenvainada. Como siempre, se dijo el barrunte para sus adentros con un toque de amargura, esa argucia defensiva estaba pensada para los diestros y excluía a quienes, como él, utilizaban mejor la zurda.

Don Gome, el anfitrión, aseguró ir tras los pasos de Matusalén al haber cumplido nada menos que ochenta años; una edad inaudita de la que alardeó, ufano, atribuyendo el hecho de haberla alcanzado a la longevidad propia de su linaje. En cada generación, aseguró, al menos uno de los varones había visto crecer a hijos, nietos e incluso bisnietos, sin dejar de honrar su deber en el campo del honor. Varios habían conocido al menos a dos reyes, que en su caso eran tres: Fernando II, Alfonso IX y Fernando III. Sus ojos, cegados por un velo blanco, sonreían de orgullo mientras lo relataba, haciendo gala de una lucidez tan extraordinaria como su salud.

Estaban sentados frente a la lumbre, que desprendía un agradable aroma a leña de roble, saboreando un excelente tinto servido en

copas de cristal para celebrar la ocasión. Marina habría deseado retirarse, aunque se quedó atendiendo a los ruegos de Beltrán. Ambos escuchaban atentos las palabras del anciano, encantado de tener compañía después de tanta soledad.

—Basta ya de hablar de mí —exclamó al cabo de un rato, algo achispado por el caldo—. ¿Puedo saber de dónde venís vosotros, qué os ha traído por aquí y cuál es el contenido del voluminoso fardo que cargaban vuestros prisioneros?

Fue el barrunte quien se encargó de dar respuesta a las tres preguntas, refiriendo de forma sucinta la peripecia vivida por la comitiva desde su partida de Córdoba. Mientras lo hacía, don Gome mandó a su criado traer más vino de la bodega, decidido a apurar al máximo el placer de esa velada.

—Y decidme, joven capitán, ¿no habría sido más rápido y desde luego más seguro enviar esas valiosas lámparas por barco?

Beltrán frunció ligeramente el ceño ante semejante desprecio a su labor, pero se rehízo rápido, convencido de que no había en ese comentario voluntad alguna de menoscabar su honra ni el valor de su misión.

—En tal caso, mi señor, la ofensa infligida al Apóstol y a la cristiandad entera por Almanzor no habría sido correspondida con justicia —explicó lo que a sus ojos resultaba evidente—. Fueron esclavos cristianos quienes llevaron sobre sus espaldas las campanas arrebatadas a Santiago por el caudillo sarraceno, desde Compostela hasta Córdoba, y musulmanes esclavizados tenían que ser los que las devolvieran de igual modo a su legítimo propietario. ¿No estáis de acuerdo?

—Visto así…

—El propio rey, don Fernando, ordenó que se hiciera de esa manera —añadió, como prueba de autoridad, por si su argumento anterior no hubiera bastado para convencer al caballero.

—Pero decís que ya no son campanas ¿verdad? —inquirió este, despistado a causa de la mutación sufrida por esos objetos.

—En efecto —aclaró Beltrán, haciendo gala de paciencia por respeto a las canas de su interlocutor—. Uno de los desdichados condenados a cargarlas en el infamante viaje de ida, un herrero llamado Tiago, fue obligado a llevar a cabo esa sacrílega transformación.

—Muchos cristianos cordobeses venerábamos a ese mártir —terció en ese punto Marina, hasta entonces silenciosa, en un castellano vacilante pronunciado incidiendo en las eses. Se esforzaba por aprender rápido practicando con Beltrán y también con el carretero durante las largas horas de viaje.

El viejo hidalgo no prestaba atención. Había cerrado el puño de la mano izquierda para llevárselo al mentón, frotándose con fuerza pulgar e índice, al tiempo que inclinaba ligeramente la cabeza y fruncía los labios, en un gesto que denotaba su empeño por recordar algo. Algo importante, a tenor de sus gestos.

—¿Habéis dicho Tiago?

—Tiago de Compostela, sí —contestó la pareja al unísono, ante la mirada atenta de los freires, que asistían a la conversación sin intervenir en ella.

—El caso es que me resulta familiar —replicó el anciano, molesto por no ser capaz de gobernar su memoria—. No se trata de un nombre común, y sin embargo lo he oído antes, estoy seguro.

—Tal vez su leyenda haya llegado hasta vuestros dominios —aventuró el barrunte.

—No, es otra cosa. —Su tono revelaba una irritación creciente—. Tiago, Tiago ¿dónde estáis?

Como la búsqueda se eternizaba sin que el anfitrión diera con el recuerdo en cuestión, Benjamín le ofreció una salida airosa:

—Tal vez penséis en otra persona llamada igual, a la que no relacionáis con el forjador de quien os hablaba el capitán.

—¡No! —exclamó en ese instante don Gome, elevando la voz cascada por los muchos años y el licor—. ¡Ya lo tengo! Tiago, el padre de Ramiro.

Una vez hallada la respuesta a su propio enigma, ordenó que fuera servida la cena, sin desvelar a sus invitados el misterio cuya resolución había dibujado una sonrisa satisfecha en su rostro venerable. La historia que iba a contarles era breve, apenas un par de retazos sueltos rescatados del desván perteneciente a su difunto abuelo, pero había despertado tal expectativa que le divertía sobremanera la idea de prolongar la intriga.

* * *

Durante un buen rato nadie rompió el silencio. El único criado de la casa, casi tan viejo como su amo, colocó sobre la mesa un paño de gran tamaño que haría las veces de mantel y servilleta con la que limpiarse la grasa de los pollos que se terminaban de asar en el horno. Ese sería el plato fuerte, a falta de tiempo y plata con los que elaborar un menú más sofisticado. Irían precedidos de sopas de ajo y acompañados de verduras del huerto, que junto con los huevos

constituían la dieta habitual del señor, carente de dentadura capaz de masticar otra cosa. Para celebrar la ocasión extraordinaria se había añadido un postre consistente en natillas cremosas. A los viajeros, que llevaban meses ayunando o alimentándose de pan duro y cecina o tocino salados, esos manjares les parecieron un banquete digno de reyes.

Una vez sentados los comensales se les repartieron cuencos, cucharas y cuchillos, sin demasiada ceremonia. Menaje más que suficiente para dar buena cuenta del suculento festín, que comenzaron a devorar tras una breve plegaria destinada a dar gracias a Dios. Entre cucharada y cucharada todos los presentes clavaban sus ojos en el anfitrión, que engullía ruidosamente el caldo hirviente sin decir palabra.

Fue Beltrán quien finalmente se dejó vencer por la curiosidad:

—¿Tendríais la bondad de aclararnos quién era ese Ramiro que habéis mencionado hace un instante? Creo hablar en nombre de todos si os digo que nos habéis dejado con la miel en los labios…

—Poco más que un nombre —respondió don Gome, limpiándose chorretones de sopa de la barba amarillenta—. Alguien de quien me hablaba mi abuelo siendo yo un niño chico.

—De eso hará mucho tiempo —dedujo el escucha.

—¡Mucho! —convino el anciano—. Y también él se remontaba a cuando era un niño, de modo que calculad.

Aquello no contribuía a satisfacer su curiosidad, sino que la incrementaba. ¿Qué debía hacer para obtener una respuesta clara? En ese momento Ángel, siempre prudente y oportuno, acudió en su ayuda tratando de acotar mejor el terreno.

—¿Se trataba por ventura de algún antepasado vuestro? ¿Otro prodigio de longevidad?

—No. Era un vecino. Un caballero villano que se ganó con la espada una tenencia cercana a esta en tiempos del primer rey Fernando.

—¿Y qué tenía él que ver con nuestro Tiago? —insistió Beltrán.

—Si no me engaña la memoria, era su padre, aunque no llegó a conocerlo. A él lo había criado otro hombre. Un normando que le enseñó a luchar como esos diablos del norte. Algo extraordinario entonces y en cualquier tiempo. Por eso lo recuerdo.

—¿Un normando nada menos? —terció Benjamín, escéptico con todo ese relato fantástico.

—Eso contaba mi abuelo —replicó el hidalgo, sin aparente afán de impresionar—. Por aquel entonces todavía hacían incursiones esporádicas en las costas de las Asturias. De allí procedía Ramiro, quien llegó hasta aquí tras las huellas de ese padre a quien se habían llevado cautivo los sarracenos.

El corazón del barrunte se aceleró tanto como el de Marina ante la posibilidad de conocer a algún descendiente de ese ser legendario. Con voz trémula por la emoción, inquirió:

—¿Sigue habitando aquí cerca esa familia?

—¡No! —apagó sus ilusiones don Gome—. Hace mucho que se marcharon al sur. La viuda de ese Ramiro mantuvo la tenencia mientras pudo, pero acabó trasladándose con su nieto a Toledo.

—¿Toledo? —volvió a preguntar Beltrán—. ¿Estáis seguro?

—No podría jurarlo. Tal vez un castillo cercano. En todo caso, la frontera.

El anciano empezaba a cansarse. Era tarde, había bebido mucho y su interés en el personaje que tanto parecía fascinar a sus huéspedes estaba agotado. El de Beltrán, en cambio, bullía. Algo en su interior había empezado a removerse causándole una desazón profunda. Su mente lo había trasladado, de golpe, hasta el salón de su hogar en Cazorla donde don Pedro, el patriarca, les hablaba a sus dos hijos de los orígenes de su linaje elevado a lo más alto por don Alfonso, el Emperador. Raíces que se remontaban más atrás, hasta un caballero de frontera caído heroicamente mientras defendía la fortaleza de Mora de la feroz embestida almorávide. ¿Y si por un guiño del destino…?

—¿Ese castillo al que aludís no sería por ventura el de Mora?

—Pudiera ser —concedió don Gome somnoliento—. Pudiera ser.



41

La sangre de Tiago

En la casa de un hidalgo de Zamora.
Otoño del año 1236 de Nuestro Señor

Esa noche ni Marina ni Beltrán pegaron ojo, a pesar de disponer de un mullido colchón de lana. Tampoco tuvieron que vencer a los demonios de la carne. Tenían otras cosas en mente. De pronto todo cobraba sentido. Todo encajaba en su sitio. Todo hallaba su razón de ser.

—La sangre de Tiago corre por tus venas —afirmó ella, apenas estuvieron solos, dando esa conclusión por cosa probada—. Eso fue lo que me atrajo a ti con esa fuerza irresistible.

—No podemos estar seguros —rebajó él su entusiasmo, a pesar de compartirlo en lo más profundo del alma—. Han pasado más de dos siglos, durante los cuales incontables hombres y mujeres han repoblado los territorios ganados por la cristiandad a los

musulmanes. Lo más seguro es que se trate de una simple coincidencia en los nombres.

—¡Pero si hasta eres zurdo como él! —Estaba tan segura del vínculo que no comprendía las reservas manifestadas por su hombre —. ¿No te das cuenta? Solo así se explica nuestro encuentro y cuanto nos ha sucedido después.

—Yo me habría enamorado de tus ojos en cualquier caso —replicó él, galante, aun sabiendo que ella estaba en lo cierto.

—Pero yo no me habría fijado en ti en ese mercado, no me habría fiado de tus promesas, no te habría ayudado a costa de arriesgar la vida, no me habría bautizado en tu fe.

También él entendía emociones y conductas hasta entonces difíciles de comprender. La fascinación que le habían producido las lámparas forjadas por ese herrero desde el mismo momento en que las vio. La necesidad imperiosa de vengar su tortura y martirio. La impresión de estar en deuda con él. Hasta esa zurdera odiosa de la que tanto había renegado y sin la cual nunca habría llegado a protagonizar esa hazaña llamada a perdurar en la memoria. Beltrán sentía, como ella, que Tiago vivía en él, pese a lo cual sentenció:

—Nunca lo sabremos.

Marina lo besó en los labios, las mejillas y la frente antes de contestar:

—Yo ya lo sé.

* * *

Se despidieron de don Gome dos días después, pues el jefe de la expedición había visto redoblados sus deseos de llegar a Compostela

a tiempo para celebrar allí la Natividad del Señor. El encuentro con el hidalgo y sus sorprendente revelación le habían proporcionado nuevos ánimos, además de información sobre donde adquirir provisiones. En cuanto estas llegaron, procedentes del mercado zamorano, la comitiva reanudó la marcha, decidida a cruzar los puertos antes de que cayeran las primeras nieves.

Al despedir a sus invitados, sabiendo que no volvería a verlos, el anciano, entristecido, hizo una recomendación a Beltrán y los dos freires que lo acompañaban:

—Cumplid vuestra sagrada misión con diligencia, sean cuales sean las dificultades a las que os enfrentéis.

—Eso hemos venido haciendo desde el principio —se defendió el barrunte, hablando en nombre de los tres.

—No lo dudo. Solo lo digo porque percibo que todo aquello por lo que luchamos podría estar en peligro.

—¿Os encontráis bien, don Gome? —terció Marina, preocupada por esa aseveración tan impropia de la naturaleza jovial que había manifestado hasta entonces.

—Si, mujer, tranquila. Es la pena de deciros adiós, unida a mis miedos de viejo. El temor a que, al concluir esta batalla secular que hemos librado contra los infieles, la honra, lealtad, valentía y entrega derrochadas por tantas generaciones de cristianos se tornen codicia, traición, abuso e infamia.

—Todavía no ha concluido la batalla —apuntó Ángel.

—Ni tiene por qué acabar así —remachó el clavo Beltrán, sorprendido por el comentario.

—Dios no lo permita —exclamó a su vez Benjamín, que compartía en buena medida la inquietud expresada por su anfitrión después de

asistir, impotente, al cambio acaecido dentro de su Orden, donde dejaban de valorarse atributos antaño preciados, como el coraje, para favorecer el apellido o la pureza de sangre.

—Os dejamos a vuestros quehaceres, infinitamente agradecidos por vuestra hospitalidad —zanjó el barrunte, impaciente por partir.

—Me devolvéis a mi soledad —constató el anciano con amargura —. Mi esposa falleció hace mucho, mis nietos se hallan en el sur, junto a nuestro rey don Fernando, y mi único hijo, Rodrigo, cayó con honor combatiendo en las Navas de Tolosa. Ahora descansa en la paz de Dios.

Ese epitafio impregnó profundamente el ánimo de los viajeros, que marcharon durante un buen trecho sumidos en oscuros pensamientos.

* * *

Gracias al descanso, la reducción de los castigos y la mejor alimentación, los costaleros habían recuperado la fuerza necesaria para avanzar a buen paso con su pesada carga al hombro. También sus guardianes cabalgaban ligeros, alentados por la proximidad de la meta. Así cruzaron el angosto paso abierto en la última sierra de su recorrido, bajo una lluvia fina, helada. Empapados y ateridos, como les había ocurrido en ese escarpado paraje cercano a Granada, aunque sin perder de vista la calzada trazada a lo largo de los siglos por los incontables peregrinos que los habían precedido en el camino de Santiago.

Al dejar atrás las montañas la temperatura templó, para alivio de todos. Hasta la lluvia cesó. Su felicidad, empero, duró poco. Pronto

se adentraron en un bosque tupido, extrañamente silencioso, que parecía estar encantado. Un lugar que solo los freires recorrían con tranquilidad mientras los demás, musulmanes y cristianos por igual, recelaban, pese a las palabras tranquilizadoras de Benjamín y Ángel, sabedores de que en ese paisaje nada era sobrenatural, aunque lo pareciese: los árboles retorcidos, cubiertos de barbas blanquecinas ásperas al tacto, el suelo alfombrado de una sustancia verdosa blanda, la ausencia de vida animal…

Los dos monjes necesitaron desplegar abundante elocuencia para convencer a sus compañeros de que avanzaran sin temor, asegurándoles que todo cuanto los rodeaba formaba parte de la obra de Dios y era ajeno a encantamientos o brujería. Nada resultaba ser venenoso o peligroso. Nada salvo, precisamente, lo que no se dejaba ver.

Cumplido el recorrido soportable para los costaleros, acamparon temprano, a la vera de un río caudaloso. Una vez perdido el miedo a tocar esas ramas barbudas, los soldados recogieron leña con la que prender una hoguera que durara toda la noche. Comieron en abundancia y se dispusieron a dormir, dejando a un hombre de guardia.

El desdichado no vivió para contemplar el amanecer.

Justo antes del alba, en la hora más oscura, una flecha traicionera se le clavó en la garganta. Había cometido el error de permanecer cerca del fuego, cuya luz lo convirtió en un blanco fácil. Cayó sin proferir un lamento, abandonando a su suerte a los durmientes.

Abatido el vigía, los bandidos se acercaron a sus presas con el sigilo de lobos hambrientos. Eran ocho proscritos, armados de arcos y cuchillos. Acechaban a los peregrinos en ese paraje solitario para

robarles y saciar su lascivia con las mujeres cuando la suerte les ponía alguna al alcance. Habían seguido de lejos a la caravana hasta ese lugar apartado, ideal para una emboscada, salivando de codicia al imaginar los tesoros que escondería el voluminoso fardo llevado a cuestas por los cautivos. ¿Relicarios, cálices y otros ornamentos fundidos en metales preciosos, paños finos tal vez? Fuera lo que fuese, solo podía tratarse de ofrendas destinadas el Santo o productos acarreados a los florecientes mercados de Compostela, lo que significaba ganancias seguras. Su plan era hacerse con ese botín y desaparecer, aunque no tendrían empacho en liquidar a cualquier incauto que osara interponerse en su camino.

Ángel fue el primero en despertar, alertado por el chasquido de una rama. Fiel a su voto santiaguista, dormía con la espada al cinto, siempre alerta. Al percatarse de lo que ocurría, se puso en pie de un salto y dio la voz de alarma.

—¡Nos atacan! ¡A las armas!

Pagó caro ese alarde de coraje, porque la segunda flecha de esas alimañas fue a dar en su brazo izquierdo, salvando por milagro el corazón. Aun herido, se lanzó contra el salteador que le había disparado con tal brío que a punto estuvo de separarle la cabeza del tronco. «Uno menos», se dijo para sus adentros, ignorando por completo el dolor.

A su alrededor se había entablado un combate feroz. Otro de los guardianes había caído víctima de una puñalada letal, dejándoles en una desventaja de cinco contra siete. Beltrán y los dos soldados restantes se batían con fiereza, tratando de impedir que los atacantes se acercaran a la plataforma donde descansaban las lámparas bajo su cubierta de lona. Junto a ella, los condenados a

cargarla contemplaban la escena mudos, entre el miedo a morir degollados por los asaltantes y la esperanza de quedar libres si sus verdugos eran derrotados. A esas alturas de la refriega era imposible aventurar cuál sería el desenlace.

De pronto desgarró el aire un alarido de terror. Lo había proferido la criada mora al ver entrar en su escondite a un tipo enorme, de rostro bestial, con las manos chorreando sangre. Era el cabecilla de la banda. Acababa de rajar la garganta al viejo que había intentado impedirle el paso al carro donde esperaba encontrar las mercancías más valiosas. Sonreía cual fiera salvaje ante la visión de esas mujeres indefensas, que pensaba disfrutar él solo antes de pasárselas a sus secuaces. Sus ojos destilaban maldad. Más de la que Marina hubiera percibido nunca.

Decidida a vender cara la piel, agarró lo primero que encontró, un taburete de tres patas, que trató de convertir en un escudo. Su gesto provocó una carcajada del rufián, quien se lo arrancó de una guantada, profiriendo obscenidades antes de abalanzarse sobre ella y levantarle violentamente la saya al mismo tiempo que pugnaba por despojarse de las bragas. Marina cerró los ojos, resignándose a lo peor. Su sirviente sollozaba, paralizada por el terror. Ninguna de las dos vio llegar a su salvador, quien traspasó con su acero al malhechor de parte a parte antes de que pudiera consumar la violación. Lo despachó al infierno con la verga enhiesta para que purgara entre las llamas eternas su pecado de lujuria junto a todos los demás.

Empapada en el líquido viscoso que manaba del despojo desmadejado ahora a su lado sobre el suelo del carromato, Marina se atrevió a mirar y sus ojos se encontraron con los de Benjamín,

tranquilos y bondadosos, como era habitual en él. La ayudó a levantarse antes de marchar deprisa, pues la lucha continuaba y distaba de estar resuelta.

Beltrán seguía en pie aunque levemente herido, al igual que Ángel, cuya lesión era mucho más grave. Pese a ello, no daba muestras de flaqueza. Entre los dos habían matado a tres de los asaltantes y perdido a otro de los guardias, lo que igualaba el combate. El único soldado restante trataba de impedir que los sarracenos se fugaran, porque se habían hecho con la faca de uno de los bandidos caídos y estaban cortando las ligaduras que los mantenían atados.

Aprovechando la confusión, quien ejerciera de cambista en el zoco de las pieles fue el primero en liberarse y salió corriendo hacia el río. El barrunte corrió tras él. No conocía su nombre, nunca lo había sabido, pero conservaba una memoria clara de la deshonra que le había infligido al poner en duda la ley de su plata castellana. Impulsado por ese rencor, no paró hasta darle alcance y, tras un duro forcejeo, le hundió la cabeza en el agua aguardando pacientemente a que dejara de moverse. Solo entonces aflojó la presión.

Si nadie más había escapado, pensó, tendría que recurrir a un eunuco para ocupar la plaza vacante. En ese momento dramático su mente se concentraba en cumplir con su misión. Solo más tarde conocería el grave peligro que había corrido su mujer y se odiaría a sí mismo por no haberla protegido. Si no hubiera estado pendiente el caballero de Santiago…

—Vuestra esposa está a salvo —lo tranquilizó el monje guerrero cuando se cruzó con él en el terreno donde tenían lugar los últimos

lances de la escaramuza.

Entonces se le reordenaron de golpe las prioridades y el barrunte supo hasta qué punto había errado en su proceder.

A la luz del nuevo día el combate declinó. Los bandoleros se dieron cuenta de que habían perdido a su jefe y optaron por la retirada, dejando atrás a sus muertos. Al abrigo del bosque, uno de ellos, el de mejor puntería, arrojó una última saeta que fue a clavarse en la carne ya lacerada de Ángel, aunque iba dirigida a Benjamín. La recibió en su lugar el griego abrazándose a su hermano a fin de servirle de adarga, en un acto de amor supremo. De suprema lealtad.



42

La voz del hijo del trueno

En las proximidades de Compostela.
Diciembre del año 1236 de Nuestro Señor

Ángel salió de esa espesura maldita llevado por su compañero y por Beltrán en una parihuela improvisada, fabricada empleando ramas, mantas y soga.

Previamente Marina le había lavado con vinagre las heridas, una en el brazo y otra más preocupante en el costado, antes de cosérselas a puntadas prietas, muy juntas, destinadas a impedir que se desangrara. No era posible hacer más. Solo quedaba rezar para que su cuerpo venciera a la temida infección que emponzoñaba la carne para causarle una muerte lenta.

Los cortes del barrunte eran más superficiales, pese a lo cual también precisaron ser remendados por su mujer. Mientras ella

llevaba a cabo esa labor delicada, concentrada en la tarea, él le habló desde el corazón, sinceramente avergonzado.

—¿Podrás perdonarme por dejarte sola cuando más me necesitabas?

—Voy a casarme con un caballero cristiano —contestó ella, resignada, con un halo de tristeza en la voz—. Tendré que aceptar que tu deber ocupe siempre el primer lugar.

Beltrán se quedó callado, no respondió, pero se juró a sí mismo hallar el modo de honrar su nombre y su condición sin sacrificar la felicidad de la que pronto sería su esposa.

* * *

El encontronazo con los salteadores había dejado a la expedición muy mermada. Caídos el carretero y tres de los hombres de escolta, Marina tuvo que tomar las riendas de la tartana, a la que se amarraron las monturas del barrunte y Bejamín, quienes siguieron a pie, portando las angarillas donde viajaba el otro monje, la mayor parte del tiempo inconsciente. Detrás iban los cautivos con las lámparas a cuestas. Hasan, el más fuerte de los eunucos, había ocupado un lugar destacado en la primera fila de porteadores, acompañado por Khalil, que no se separaba de él aunque no llevara carga. Los custodiaba, a caballo, el único soldado superviviente.

Tras una marcha agotadora, de lentitud exasperante, el Señor escuchó sus plegarias y los condujo hasta el lugar exacto que demandaba su situación: un hospital de peregrinos. Una de las múltiples casas de reposo y curación fundadas por alguna congregación piadosa, en este caso foránea, con el propósito de

atender a los penitentes que enfermaban o se accidentaban en su camino a Santiago. Una bendición de Dios.

Los frailes que atendían ese sanatorio en concreto procedían de la lejana Lombardía, aunque habían abandonado su hogar sin intención de regresar a él. Su vocación los llamaba a cuidar amorosamente de cuantos necesitados llamaban a su puerta, ya fuera en los cuerpos maltrechos o en las almas perdidas, a menudo torturadas por la desesperación y la culpa. Habían puesto su humilde recinto bajo la protección de santa María Magdalena, primera discípula de Jesucristo, a quien el Salvador incluyó entre sus elegidos a pesar de sus muchos pecados o acaso, precisamente, con el fin de demostrar al mundo que todos tenían remisión; que Su perdón no conocía límites.

Situada a unas veinte leguas de la ciudad del Apóstol, la hospedería contaba con instalaciones modestas pero limpias. La cocina siempre disponía de un puchero de caldo caliente y en la enfermería no faltaban yerbas, ungüentos, jarabes y pócimas varias, además del instrumental necesario para recomponer huesos rotos, remendar desgarros o realizar sangrías. Allí instalaron a Ángel en uno de los camastros alineados en la gran sala caldeada por varios braseros. El hermano boticario se ocuparía de favorecer su pronta recuperación, que dio por segura después de ponderar el excelente trabajo realizado por Marina.

Esa noche Benjamín permaneció en vela a su lado, ignorando la petición de que se fuera a descansar tranquilo pues su compañero no estaría solo. A pesar de saberlo en buenas manos, se resistía a marcharse. Sentía que le debía la vida y cometería una traición si ahora lo privaba de su amparo. Por otro lado, no obstante, había

jurado al Rey dar escolta a esas lámparas hasta la basílica del Santo. ¿Cómo iba a dejar a medias esa misión sagrada, ahora que estaban tan cerca de alcanzar la meta? Con todos los soldados caídos, salvo uno, su presencia resultaba ser esencial para conseguirlo. No podía abandonar. Los votos formulados hacía una eternidad le obligaban a continuar, aunque una fuerte voz interior le gritara que debía quedarse.

—Regresaré lo antes posible, ¿me oís? —dijo al oído del griego, que permanecía inmóvil, tumbado sobre el jergón, en una suerte de duermevela—. Esperadme aquí sin moveros.

Ángel esbozó algo parecido a una sonrisa, dando a entender a su viejo compañero de armas y oraciones que tomaba nota de su promesa.

—Estaré de vuelta antes de que os deis cuenta e iremos juntos a Palencia para que abracéis a esas tres mujeres de las que no os cansáis de hablar —insistió en tono jovial—. Después cabalgaremos hasta Sevilla y colocaremos el pendón de Santiago en la torre más alta del alcázar.

El herido abrió los ojos e intentó incorporarse, en vano. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, respondió en un susurro:

—Eso acabó para mí.

—¡No os deis por vencido, amigo!

—No más lucha. —La voz de Ángel había adquirido una sorprendente firmeza—. No más guerra.

—Que así sea, entontes, si en verdad es lo que deseáis —zanjó Benjamín, sin renunciar a intentar convencerlo en cuanto estuviera mejor—. Ahora pensad solo en recuperaros. Yo volveré. Tenéis mi palabra.

Mientras tenía lugar esa conversación, Beltrán había despachado a su único jinete a Compostela con órdenes de comunicar la inminente llegada de la comitiva portadora de las campanas robadas al Apóstol por Almanzor. Deseaba ardientemente hacer una entrada triunfal en la ciudad, que diera sentido a todo el sufrimiento padecido desde su salida de Córdoba y les valiera, cuando menos, un lugar destacado en la historia.

* * *

La urbe levantada en torno al sepulcro de Santiago había crecido hasta convertirse en una de las más prósperas del reino. También albergaba la principal archidiócesis, titular del privilegio de acuñar moneda, compartido únicamente con el soberano de Castilla. Hasta allí peregrinaban desde hacía cuatro centurias reyes, magnates, prelados y frailes, trovadores, mercaderes, pecadores, pícaros y santos para postrarse a los pies del discípulo de Cristo y engrandecer a su iglesia con óbolos, donativos y ofrendas. A ese flujo constante de oro y plata se sumaban, además, los impuestos recaudados sobre la intensa actividad comercial desarrollada en la ciudad merced a ese trasiego de gentes. Posaderos, cereros, pañeros, cambiadores, plateros o azabacheros medraban al calor de los muchos visitantes que transitaban por sus calles, recorridas igualmente a diario por una legión de religiosos, frailes y monjas, pertenecientes a diversas órdenes o afectos al clero secular.

Compostela era un imán capaz de atraer riqueza, arte y cultura de todo el mundo conocido, además de un centro espiritual único en la península. El final de un camino bendito que durante siglos había

mantenido a la cristiandad hispana ligada al resto de Europa, viva y esperanzada, cuando el islam todopoderoso amenazaba con aniquilarla. Ahora las tornas habían cambiado y eran ellos, los musulmanes, quienes conocían el sabor amargo de la derrota.

Alertado por el mensajero del fabuloso presente que estaba a punto de recibir, el arzobispo Bernardo, segundo portador de ese nombre, dispuso lo necesario para que una auténtica multitud saliera a celebrar con el boato debido un acontecimiento de tal magnitud. Algo que ninguno de sus predecesores había tenido la oportunidad de disfrutar. Porque de eso se trataba; de paladear esa victoria como el más exquisito manjar. No en vano lo que regresaba era la voz del Apóstol, vencedor en el largo combate contra aquel a quien llamaban Alá.

Abría la marcha, a caballo, Beltrán, ataviado con su mejor saya y una garnacha color verde forrada de piel. Lo flanqueaba Benjamín, envuelto en su manto blanco bordado con la cruz de Santiago. Tras ellos iban los cautivos, descalzos, llevando a hombros la plataforma donde viajaban las dos lámparas descolgadas de la mezquita cordobesa, expuestas a la vista una vez retiradas la lona y las esteras que las habían cubierto hasta entonces. Su forma cónica, inconfundible, permitía identificarlas como objetos labrados a partir de sendas campanas, lo que provocaba gritos de entusiasmo de cuantas personas contemplaban el desfile, cerrado por el carromato que conducía Marina, sentada en el pescante junto a su sirvienta mora. Khalil viajaba dentro, por imposición del barrunte, quien le había prohibido romper el perfecto equilibrio de la formación colocándose junto al otro eunuco.

La muchedumbre congregada para darles la bienvenida había alfombrado el suelo de flores y jaleaba con grandes muestras de júbilo el paso de los costaleros, precedidos por sus custodios. A Beltrán le sorprendió que no les insultaran y ni siquiera les abuchearan, tal como había previsto. Era lo que había sucedido en muchos de los lugares por los que habían transitado: tierras de frontera acostumbradas a padecer incursiones sarracenas. A diferencia de esas localidades situadas más al sur, en Compostela no habían tenido roce alguno con los ismaelitas desde los tiempos del caudillo amirí, motivo por el cual no habían desarrollado esa aversión natural al enemigo secular. Al-Ándalus quedaba muy lejos de allí. Sus habitantes carecían de motivos para albergar rencores contra los moros, más allá de reprocharles profesar una religión errada.

Galicia, como las Asturias, siempre había sido cristiana.

Avanzaron lentamente, con la solemnidad requerida por la ocasión, al son de timbales, gaitas y trompetas desplegadas a lo largo de todo el recorrido. Una vez cruzada la puerta abierta en la muralla mandada construir por el obispo Cresconio tras el incendio de la ciudad a manos de Almanzor, aún les llevó un buen rato alcanzar la plaza del Obradoiro a la que se asomaba, majestuosa, la catedral en cuyo interior descansaban las reliquias del Apóstol. Al hallarse finalmente a sus pies y comprender la magnitud de la proeza llevada a cabo, Beltrán no pudo evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas barbudas lavando todo el dolor, todos los miedos, todas las penalidades y fatigas sufridas a lo largo de ese camino endiablado que ahora, al fin terminado, le parecía, como al principio, una senda hacia la gloria.

Era el vigésimo cuarto día del mes de diciembre de 1236, víspera de la Natividad del Señor.

Con la ayuda del Altísimo, había cumplido su misión.

* * *

La visión del templo dejó a Beltrán y Marina sin aliento. Jamás habían contemplado nada parecido. Ni siquiera la gran mezquita era comparable a ese monumento, sin parangón en Castilla. Frente a ellos se alzaba un inmenso edificio de piedra grisácea, protegido en uno de sus lados por un muro almenado del que sobresalía una torre, más alta que las demás, en cuyo vértice debía encontrarse el campanario al que irían a parar las lámparas una vez devueltas a su estado original.

—Decid a mi señor don Fernando —les aseguró el arzobispo al tomar posesión formal de los sagrados objetos— que haré fundir de nuevo esos bronces por el mejor campanero del reino. Él mismo podrá venir a comprobar su sonido cuando nos haga el honor de visitarnos.

Benjamín, que había permanecido callado hasta ese momento, sumido en la preocupación por Ángel, respondió con un augurio solemne formulado a pleno pulmón:

—Por los siglos de los siglos llegará a los confines del mundo la voz del Hijo del Trueno llamando a los peregrinos.

—Que así sea, hermano —zanjó don Bernardo, revestido de oro y pompa, disimulando su malestar por perder protagonismo en beneficio de ese freire desharrapado—. Que así sea.

Concluida la ceremonia, la multitud empezó a dispersarse y apareció en la explanada un carro tirado por bueyes al que fueron trasladadas las lámparas con sumo cuidado, sobre un lecho mullido de paja fresca. Bajo la supervisión de artesano experto, vigilado a su vez estrechamente por la Iglesia, serían conducidas al taller donde se llevara a cabo el proceso inverso al que había realizado en su día Tiago. Volverían a su ser.

También fueron sacados de allí los cautivos, que acabarían sus días al servicio de la diócesis, empleados en las tareas más duras. Únicamente escaparon a ese destino los dos eunucos, por quienes intercedió el barrunte ante las súplicas de su mujer.

Marina se había encariñado con esos dos hombres hasta el extremo de prometerles un hogar donde descansar de todas las vejaciones sufridas a lo largo de su existencia. Un refugio en el que hallar paz. Se lo brindarían los frailes del hospital a cuya protección se había acogido el griego, habituados a lidiar con toda clase de padecimientos humanos. Según les habían confesado durante su breve estancia, estaban necesitados de ayuda para tratar a sus enfermos, por lo que recibirían de buen grado la de esos desdichados deseosos de dar sentido a sus días.

Los emasculados viajarían de regreso a la hospedería de la Magdalena en compañía de Benjamín, quien estaba decidido a honrar sin tardanza la promesa hecha a su compañero. Antes, no obstante, el freire expresó su deseo de recibir la bendición del Apóstol en el interior de la basílica donde eran venerados sus huesos. Beltrán y Marina fueron tras él.

* * *

La entrada al recinto sagrado se hacía a través de una puerta coronada por un arco triple, cuya decoración mostraba claramente al peregrino que aquella era la antesala del temido juicio final. Quien cruzara ese umbral sinceramente arrepentido, en busca de perdón, alcanzaría los goces de la salvación. Para los pecadores irredentos el destino sería una eternidad de sufrimiento y tormentos entre las garras de los demonios esculpidos con brutal realismo. Ese pórtico era un libro abierto cuya lectura no precisaba de educación alguna. Lo comprendía el campesino iletrado exactamente igual que el escriba.

Benjamín no le prestó demasiada atención, pues lo conocía de sobra. El barrunte y su mujer, en cambio, se quedaron extasiados, admirando la historia relatada al detalle en esa piedra de vivos colores, tallada con tal maestría que las figuras labradas en ella podrían haber bajado de sus pedestales y echar a andar ante sus ojos.

Presidía el arco central un Cristo en Majestad rodeado de los cuatro evangelistas, tal como explicó Beltrán a Marina, quien dado lo reciente de su conversión carecía todavía de conocimientos religiosos suficientes para identificarlos por sus símbolos. En torno a ellos se movían patriarcas del Antiguo Testamento, ancianos, niños, músicos, artesanos y demás personajes pertenecientes a la vida cotidiana tanto como a las sagradas Escrituras, además de por supuesto el Apóstol, coronado de gloria. Una visión celestial tan poderosa que bastaba verla una vez para llevarla por siempre en la retina.

Tras empaparse de ese mensaje divino los recién llegados accedieron finalmente al templo, cogidos de la mano. Merced a la

intercesión del freire dieron con un sacerdote dispuesto a escuchar a Marina en presencia de Beltrán, quien volvió a ejercer de intérprete de su mujer como ya hiciera en Córdoba con motivo de su bautismo.

Fue una confesión larga, a corazón abierto, que no dejó en el tintero nada de cuanto pesaba en el alma de la penitente. Complacido por la conversión lograda por el barrunte y la implacable penitencia cumplida por ambos con esa peregrinación extenuante, endurecida por la abstinencia carnal autoimpuesta, el confesor otorgó la absolución, conminando a la pareja a contraer matrimonio cuanto antes en aras de conjurar las tentaciones de la lujuria, siempre al acecho.

Salieron aliviados, reconfortados y felices, tras quitarse de encima la losa que habían cargado sobre sus conciencias a semejanza de los cautivos portadores de las campanas. Por fin eran libres de casarse y empezar una vida juntos.

—Hagámoslo mañana mismo, aquí, en Compostela —propuso Marina radiante.

Beltrán vaciló un momento, antes de responder:

—Si hemos esperado hasta ahora, podemos hacerlo un poco más. Quisiera que mi familia nos diera su bendición.

—¿Tu familia? —inquirió ella sorprendida—. Nunca me has hablado de ella.

—Lo haré durante el viaje de vuelta, que será en barco a fin de acortar el tiempo. Hace años que no sé nada de ellos, pero ahora, cuando se desvanecen las razones por las que abandoné mi hogar sin despedirme, siento la necesidad de regresar a él para presentarte a mis padres antes de convertirte en mi esposa.

* * *

Decir adiós a Benjamín fue más duro de lo que había pensado el escucha. Poco a poco, sin pretenderlo, se había creado entre ellos un vínculo profundo de lealtad y confianza, difícil de romper. Les consoló a los dos la idea de volver a verse algún día, por más que en el fondo supieran que ese reencuentro sería improbable, por no decir imposible. Les quedaría, eso sí, el honor de haber cabalgado juntos al servicio del Rey y del apóstol Santiago, superando todos los obstáculos que la providencia había puesto en su camino para engrandecer con ello su honra además de probar su coraje. Ninguno de los dos podía aspirar a más.

Tras ver partir al caballero, Marina y Beltrán callejearon por la ciudad, repleta de peregrinos acudidos a celebrar allí la fiesta de la Natividad. A su reclamo habían llegado también los juglares, siempre presentes allá donde había festejos, y los menesterosos atraídos por el reparto de comida que llevaban a cabo en esa fecha la diócesis y los conventos. A unos y otros preguntó Beltrán por un herrero llamado Tiago, capturado siglos atrás por Almanzor, pero nadie había oído hablar de él y la mayoría tampoco sabía nada de ese caudillo moro.

El nombre que sonaba en todos los corrillos era el del rey don Fernando, de quien se decía que había estado gravemente enfermo en Toledo, hasta el extremo de hacer temer por su vida. Los más enterados añadían que, una vez recuperado, había viajado a Burgos para asistir a las exequias del alférez real, Lope Díaz de Haro, hijo del célebre Diego, apodado Cabeza Brava, a cuyos restos se daría

sepultura en Nájera. De la generación que había luchado en las Navas de Tolosa apenas quedaba nadie con vida.

¿Habría corrido la misma suerte don Pedro López de Cazorla?

Impulsado por ese temor, percibido con extraordinaria intensidad tras largos años de ceguera, Beltrán decidió partir sin tardanza, con la esperanza de poder abrazar a su padre, aunque solo fuera una vez más.



43

Recompensas

En Córdoba.
Primavera del año 1237 de Nuestro Señor

Liberada de la culpa gracias a la absolución recibida en la ciudad del Apóstol, que era también la de Tiago, Marina se entregó a Beltrán con toda la pasión contenida en esos meses interminables. Cumplida su penitencia nada le impedía ceder al deseo tanto tiempo subyugado, que su hombre había embridado igual que ella en un gesto de amor sin reservas. A la espera de recibir el sacramento del matrimonio, se sabían esposo y esposa, unidos por lazos tan firmes como el otorgado por la Iglesia, o acaso más. Los lazos del respeto, el deseo, la amistad y la confianza. La palabra dada, convertida en compromiso ineludible. El vínculo sagrado de la lealtad recíproca, demostrada una y otra vez a lo largo de los años.

Durante la travesía, iniciada en la costa asturiana, apenas salieron del habitáculo que les servía de camarote: un cubil acondicionado en la bodega del barco mediante cuatro cortinas sucias, sin apenas espacio para nada salvo un colchón tirado en el suelo. En aras de acercarse lo más rápidamente posible a su destino, habían recurrido nuevamente al medio de transporte empleado en el pasado por Beltrán y embarcado en una nave comercial que bordearía la costa atlántica antes de remontar el Guadalquivir hasta Sevilla, donde se las arreglarían para hacerse pasar por musulmanes. Allí buscarían una embarcación pequeña que los trasladara a Córdoba, sorteando la vigilancia de los guardias almohades. Dada su familiaridad con las costumbres andalusíes, su dominio de la lengua árabe y la posesión de oro suficiente para pagar generosamente el viaje, sería pan comido. Nada que les preocupara en esas horas dichosas.

De día, aprovechaban la ausencia de los marineros para consagrarse a toda clase de juegos amorosos, descubiertos en pareja sin más guía que el afán de explorar sus cuerpos hambrientos, acariciarse, besarse, recorrerse hasta el último rincón en busca de nuevas sensaciones y colmarse el uno al otro de mil maneras distintas. De noche se abrazaban para dormir muy juntos, ahítos de placer. Hablaban solo lo imprescindible, una vez descubierto el lenguaje de la piel.

Cuando tocaron puerto en la antigua capital del califato, convertida en valiosa pieza cobrada por las tropas del rey de Castilla, Marina llevaba dos lunas sin sangrar. No era mucho lo que conocía de esos misterios, pero sí lo suficiente para deducir que una criatura alentaba en su vientre. Una noticia demasiado hermosa para hurtársela a Beltrán.

—¿Qué me dirías si te anunciase que vamos a tener un hijo?

Se encontraban en la vasta explanada situada frente al muelle, al otro lado de la muralla, con el puente romano a sus espaldas, ante la antigua mezquita convertida en catedral y muy cerca del alcázar que don Fernando se había reservado para sí en concepto de botín, junto a lo más rico y emblemático de la urbe. A saber, el palacio con sus huertas, la Córdoba Vieja que albergaba las ruinas de Medina Azahara y la fértil Arruzafa en cuyo suelo crecían viñas, frutales y buena parte del olivar.

Cuando Marina lanzó la buena nueva, el barrunte estaba distraído. Su mente se había evadido momentáneamente al rememorar los días de su primera llegada a ese lugar, asustado, perdido, carcomido por el gusano de la soledad y aferrado al orgullo como a un clavo ardiente para evitar la tentación de dar media vuelta y regresar por donde había venido. Al oír la palabra «hijo» en boca de su mujer despertó de golpe, sobresaltado:

—¿Vamos a tener un hijo? —inquirió, con una mezcla de entusiasmo y estupor—. ¿Estás segura?

—Creo que sí, aunque no tengo madre ni abuela a quien preguntar. —Un velo de amargura le cubrió la voz.

—¡Eso es maravilloso! —la rescató Beltrán de esa tristeza, tomándola en sus brazos para alzarla y dar vueltas de alegría con ella en la soleada mañana cordobesa—. ¿Cuándo?

—Si mis cálculos son certeros, para comienzos del otoño. Pero, como digo, apenas sé nada de estas cosas.

—Mi madre te acogerá como a la hija que nunca tuvo. —Mientras lo decía, elevó una plegaria al cielo suplicando que estuviese viva—. Le hará inmensamente feliz que le demos un nieto. Hemos de

apresurarnos en llegar a Cazorla. Hay mucho que contar, mucho que compartir y más aún que recuperar.

Antes, no obstante, era preciso resolver su situación en el ejército del soberano. Un trámite desagradable, que había procurado apartar de sus pensamientos hasta entonces, porque lo que iba a comunicar a Alvar Pérez de Castro no iba a ser del agrado del Castellano y tenerle de enemigo podía resultar peligroso.

* * *

En los días previos a su partida hacia Compostela, Beltrán se había comprometido con el noble a retomar sus tareas de barrunte una vez cumplida su misión o cuando menos a considerarlo seriamente. Ahora estaba seguro de no querer ese papel.

Si no le daban otra salida, se enrolaría en la tropa como simple soldado, a riesgo de dejar viuda a Marina antes incluso de desposarla. Pero no volvería a hacerse pasar por alguien ajeno a su persona que a sus ojos, además, encarnaba una condición vil. No lo haría, por mucho que se lo pidieran y él hubiese aprendido a desempeñar con maestría la función de mercader, aparejada a la de escucha. Nunca más traicionaría su auténtica naturaleza: la de un caballero cristiano dispuesto a morir por la fe y por su rey.

Al nombrar a Pérez de Castro gobernador militar de la ciudad, don Fernando le había asignado la responsabilidad de defender las tierras ganadas en Córdoba y alrededores. Mantenía por tanto su cargo de adelantado en la frontera sur, escenario de enfrentamientos frecuentes con los sarracenos, pero compartía dicha función con el otro gran caudillo en quien el monarca depositaba toda su

confianza: Alfonso Téllez de Meneses. Ambos estaban bregados en la lucha, tras una vida entera al servicio de la cristiandad, y disponían de mesnadas bien entrenadas y equipadas con lo necesario gracias al envío constante de armas, caballos, alimentos y otros pertrechos organizado por la reina doña Berenguela desde el corazón de Castilla. De no haber sido por su destreza en la gestión de la intendencia, la campaña cordobesa habría cosechado probablemente un fracaso. Merced a su buen hacer se había saldado con una victoria llamada a figurar en letras de oro en los anales de la historia.

La conquista de la codiciada urbe representaba un éxito solo comparable al alcanzado por Alfonso VI al recuperar Toledo, capital del reino visigodo de España, pero no se había conseguido sin sacrificio. La salud del soberano había quedado minada a consecuencia del largo asedio, las penurias padecidas y los encontronazos con el enemigo. Lo mismo había sucedido con la del Castellano, quebrantada por los achaques y los años. El alférez real mantenía, eso sí, el ánimo intacto, decidido a cumplir con su deber hasta exhalar el último aliento.

Córdoba era en esos días un hervidero de gente variopinta, acudida desde todos los confines del Reino al reclamo de las voces que hablaban de fabulosos tesoros. La realidad, sin embargo, era muy distinta. Los combates, las talas y los saqueos por parte de ambos bandos habían vaciado los graneros y arruinado los cultivos, hasta el extremo de convocar al fantasma de la hambruna. Un panorama desalentador para quienes buscaban hacer fortuna deprisa.

Tras el éxodo voluntario de la mayoría de los musulmanes, acaecido a pesar de que las capitulaciones ofrecidas por don Fernando les permitían quedarse y conservar sus propiedades, eran muchos los cristianos que llegaban desde el norte, pero pocos los que permanecían para hacerse cargo de las tierras, huertos y molinos necesitados de brega. En ausencia de manos dispuestas a trabajar duro, la tarea de repoblar esos campos baldíos se antojaba harto difícil, lo cual obraba, sin él saberlo, en favor de Beltrán.

* * *

Pérez de Castro recibió a su barrunte en las dependencias que ocupaba en el alcázar, de donde iba y venía al albur de los lances guerreros que tenían lugar en el sur o la inspección de las guarniciones sujetas a su mando en la marca. Tras escuchar de sus labios el relato pormenorizado de su largo camino a Santiago y el feliz desenlace de la misión, observó con claridad cómo el joven soldado se removía incómodo en su escaño, antes de armarse de valor para afirmar:

—Hasta aquí he llegado, señor.

—¿Qué queréis decir? —inquirió don Álvar, quien conocía perfectamente la respuesta.

—Que deseo regresar a mi casa, reencontrarme con mi familia y recuperar mi nombre.

—¿Habéis olvidado la importancia que tienen hombres como vos en esta guerra? — El tono era severo, aunque la mirada irradiaba comprensión.

—Creo haber cumplido mi parte —contraatacó Beltrán, decidido a llevar su decisión hasta las últimas consecuencias—. Además, voy a casarme y deseo formar un hogar.

—¡¿Con esa muchacha musulmana que os ayudó en la Axarquía?! —Más que una pregunta, era una muestra de incredulidad.

—Ahora es cristiana —la defendió galantemente su hombre—. Recibió el bautismo aquí, de manos de nuestro capellán, y vino conmigo a Compostela, donde también obtuvo el perdón del santo Apóstol.

—Siendo así…

—¿Puedo obtener vuestra licencia honorable antes de marchar? —La conversación estaba adquiriendo tintes incómodos, que era mejor zanjar cuanto antes so pena de acabar en un enfrenamiento irreparable.

—Vais a obtener mucho más que eso. —Por vez primera una sonrisa asomó a los labios del viejo guerrero.

—No os comprendo…

Beltrán temía tanto la reacción del Castellano a su negativa a retomar sus labores de espía que no había osado reclamar la recompensa prometida en su día a cambio de sus servicios. La esperanza de ese reconocimiento lo había mantenido a flote en los peores momentos, pero ahora, llegada la hora de recibir el pago acordado, prefería marcharse con honor y las manos vacías antes de verse obligado a volver a disfrazarse. Don Álvar Pérez de Castro, no obstante, tenía buena memoria y una sola palabra. De ahí que respondiera al instante:

—Habéis servido bien al rey, Beltrán López de Cazorla, sin reclamar cosa alguna. Merecéis algo más que nuestra gratitud. Un

premio acorde a vuestra contribución, que el soberano me ha autorizado a ofreceros en su nombre.

El escucha guardó silencio, recelando de que ese anuncio ocultara gato encerrado. Si pretendían atraerlo con promesas para que se prestara a espiar para ellos en Sevilla, pinchaban en hueso. Su decisión estaba tomada y era firme. El Castellano, no obstante, desvaneció enseguida sus temores:

—Recibiréis de don Fernando un donadío consistente en una finca grande, huerto, viñas y tierras de labranza, que habréis de poner en cultivo cuanto antes. Las rentas que obtengáis de ellas os proporcionarán un excelente pasar, tenedlo por seguro.

Semejante anuncio dejó al joven sin palabras. Era mucho más de lo que se había atrevido a esperar. Un privilegio únicamente compartido con los miembros de la familia real, algunos nobles, altos funcionarios de la corte, la orden de Santiago y grandes magnates de la Iglesia, encabezados por el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, además de los almogávares cuya actuación había sido decisiva en la toma y defensa de la Axarquía. Estaba a punto de expresar su sentido agradecimiento cuando Pérez de Castro echó un jarro de agua fría sobre ese entusiasmo.

—Hay una condición, no obstante.

—Si se trata de repetir el trabajo hecho en Córdoba…

—No es eso. Me refiero al secreto que jurasteis guardar cuando aceptasteis enrolaros en mi hueste en calidad de escucha.

—Nunca se lo he revelado a nadie…, salvo a Marina, mi prometida.

—Y así ha de seguir siendo.

—Pero, señor —imploró Beltrán, anhelando el momento de relatar a su padre su heroica actuación—, ¿qué mal habría en que compartiera con los míos hechos pasados sin vuelta atrás?

—La historia —respondió el alférez— ha de contarse del modo que más conviene a los intereses del soberano y de la cristiandad. Eso deja sin lugar en ella a los escuchas, por injusto que resulte. No necesito recordaros que empeñasteis en ello vuestra palabra.

—Y por eso la cumpliré —se plegó el barrunte decepcionado—. No antepondré el orgullo al honor.

Esa respuesta de caballero hizo el efecto deseado, porque el Castellano se avino a suavizar los términos implacables del compromiso exigido:

—Las crónicas no hablarán de vos, aceptadlo. Nadie sabrá jamás de vuestra existencia y mucho menos se conocerán los pormenores de vuestra actuación. Pero si la honra os demanda desvelar a los de vuestra sangre la verdad de lo sucedido estos años, tenéis mi permiso para hacerlo, siempre que el relato no traspase los muros de vuestra tenencia.

—Así será, señor. Lo juro.

Esa libertad para limpiar su nombre, concedida por el hombre a quien admiraba profundamente desde que era un niño, le supo a Beltrán mejor incluso que el generoso legado recibido de su rey.

Ahora estaba preparado para regresar a casa.



44

Tierra vieja, nueva vida

En el camino de Cazorla.
Verano del año 1236 de Nuestro Señor

A la espera de tomar posesión de sus dominios, Beltrán recibió de Pérez de Castro una bolsa de dírhems de plata procedentes del botín real, al igual que las fincas cuya propiedad se le había asignado. A esa considerable suma se añadió otra similar, obtenida con la venta de la casa familiar de Marina a sus tíos, quienes invirtieron en ella buena parte de los ahorros escondidos hasta ese momento. Habían optado por quedarse en Córdoba y esperaban acabar sus días en el lugar que los había visto nacer. Además, tampoco les dio alternativa el esposo de Fátima, la sobrina renegada que los había cubierto de vergüenza. Ese cristiano feroz les había dejado muy claro que, en caso de marchar al exilio, lo harían exclusivamente con

lo puesto. Mejor emplear el oro oculto en asegurarse la vejez allí que partir sin rumbo con las manos vacías.

Empleando parte del capital obtenido, los futuros padres adquirieron sendas monturas, una buena mula de carga, algo de ropa y regalos para la familia que esperaban hallar en Cazorla: un hermoso cuchillo con empuñadora de plata para don Pedro, seda de la mejor calidad, suficiente para que doña Catalina se hiciera coser un brial de manga ancha, y una espada sarracena capturada al enemigo que haría las delicias de Fadrique. También se acordaron del caballero don Alonso, a quien compraron un bonito tablero de ajedrez, de ébano y marfil, perfecto para disputar largas partidas a su viejo amigo.

Una vez completado el equipaje y acopiadas provisiones suficientes, partieron hacia el este, en dirección a Martos, donde el barrunte deseaba saludar a don Tello y referirle sus aventuras antes de continuar viaje a la tenencia de su padre. Eran menos de cuarenta leguas en total. Casi un paseo en comparación con el agotador periplo a Compostela, si bien el estado de Marina imponía trayectos cortos y descansos frecuentes. Afortunadamente para ella, no faltaban posadas en el camino, bien protegido por las patrullas pertenecientes a las guarniciones existentes en esa región fronteriza.

* * *

Empezaba a castigar seriamente la canícula cuando arribaron a Baeza, después de dejar atrás el castillo en el que había sido reclutado años antes Beltrán tras abandonar su hogar como un vulgar ladrón. Allí se despidió del primer hombre que había confiado

en él, en una visita gozosa que ambos disfrutaron de lo lindo, regando sus respectivos recuerdos con lo más selecto de la bodega. Fue un adiós jubiloso, trufado de buenos deseos, que no pudo prolongarse en exceso porque el joven tenía prisa por continuar viaje hacia su hogar.

Bayyasa, por su nombre árabe, lengua en la que hablaban habitualmente el barrunte y Marina, cuyo castellano era todavía vacilante, había sido la capital de una pequeña taifa surgida de la derrota almohade en las Navas de Tolosa. Desde hacía menos de una década estaba en poder del soberano de Castilla, quien había mandado reparar sus murallas y levantar la primera iglesia, bajo la advocación de la Santa Cruz. Ese bastión fortificado, acometido en vano durante años por las tropas cristianas hasta lograr su conquista, era un laberinto de callejuelas estrechas, a la sazón prácticamente vacío. Sus habitantes musulmanes habían emigrado mayoritariamente hacia Granada y apenas habían sido sustituidos por repobladores venidos del norte, lo que ofrecía una imagen en cierto modo desoladora, aunque no exenta de belleza, máxime para alguien como Beltrán, vinculado a la localidad por viejos lazos de sangre.

Baeza no era un lugar cualquiera. El hijo de don Pedro había oído hablar con frecuencia en su infancia de la vasta propiedad que llegó a administrar allí su bisabuelo, Lope, en época del Emperador, hasta que la feroz acometida de los africanos lo expulsó de sus tierras obligándole a buscar refugio en Toledo. Recorrer sus calles y plazas en calidad de vencedor, aureolado además de gloria personal, le producía una satisfacción profunda; una sensación de revancha póstuma alcanzada en nombre de sus antepasados, tanto más

placentera cuanto que lo hacía en compañía de la mujer amada, mahometana conversa a la verdadera fe. ¿Qué más podía pedir?

Marina había abandonado Córdoba sin mirar atrás. Sin lamentos ni añoranzas, confiada en el amor de Beltrán y la vida que les aguardaba juntos. Con el correr de los días, no obstante, le resultaba cada vez más difícil ocultar el cansancio que acusaba. Su vientre se había abultado de manera visible, las piernas le pesaban, tenía sueño a todas horas y el calor la sofocaba. Esa noche, mientras cenaban en la antigua fonda gestionada ahora por un matrimonio cristiano, muy parecida al local en el que se había alojado el escucha en Córdoba, le confesó:

—¡Cuánto desearía un hammam donde poder bañarme, depilarme, ungirme el cabello con aceites perfumados y desprenderme de esta fatiga que se me pega a los huesos como el polvo a la ropa!

Lo decía acariciando su prominente barriga, sin un ápice de reproche en la voz, aunque él comprendió que la había arrastrado demasiado lejos haciendo caso omiso de su preñez.

—Mandaré que lleven a nuestra alcoba una tinaja, agua caliente y jabón. No será lo mismo, pero es cuanto ofrece el local, me temo.

Ella le miró con esos ojos suyos oscuros, cargados de ternura, esbozando una sonrisa de disculpa ante la posibilidad de haberlo incomodado con su petición. Y en ese gesto espontáneo, reflejo de su entrega a él, Beltrán, la percibió desvalida, necesitada de protección. Se acordó de la promesa que le había hecho tras el incidente sufrido con los malhechores en aquel bosque cercano a Compostela, cuando estuvo a punto de perderla, y se sintió realmente mal por haberla puesto nuevamente en peligro, guiado

por su egoísmo. Marina le había todo cuanto poseía, su cuerpo, su alma y su futuro; había seguido sus pasos por todo el reino sin vacilar, y ahora llevaba en las entrañas un hijo suyo, cuyos movimientos se notaban ya claramente a través de la piel de su vientre, tensa como la de un tambor. ¿Por qué había esperado tanto para hacer lo que deseaba y le exigía el honor?

—¡Cásate conmigo! —exclamó.

—Sabes que lo haré en cuanto lleguemos —replicó ella, divertida por esa repentina petición que ya daba por aceptada.

—No. —Su tono era firme, apremiante—. Desposémonos aquí, mañana mismo, sin esperar.

—¿Por qué tanta prisa? —Marina seguía sin comprender esa necesidad repentina.

—Porque te quiero —susurró él mientras la estrechaba en sus brazos como si quisiera fundirse en un solo ser con ella.

Cuando al fin la soltó, a regañadientes, ella estalló en una carcajada cristalina, cuyo sonido evocaba el de un manantial de aguas puras al brotar de la montaña. Rio de felicidad hasta derramar lágrimas que resbalaron por sus mejillas morenas. Era un llanto claro de niña pequeña, liberador de emociones contenidas desde los años de una infancia oscurecida por la impostura y la pérdida. Una catarata de alegría.

Desconcertado por esa reacción, Beltrán preguntó, intrigado:

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Es que tengo los ojos llenos de risa —contestó ella, a modo de explicación.

Una risa límpida, burbujeante, capaz de sanar la pena más negra o aliviar cualquier dolor, pensó él. La risa de un ángel caído del cielo.

De toda una legión de ángeles venidos a colmar su espíritu y llenar sus días de luz.

* * *

Esa misma noche, tras consumir en el baño varias cántaras de agua tibia y enfundarse una camisa nueva de lino fino, Marina se sintió con fuerzas para arrancar una promesa solemne al que iba a convertirse en su esposo, ahora también a los ojos de Dios:

—Júrame que jamás tendrás otra mujer —imploró, con una mezcla de coquetería y súplica, dando al fin cauce a un temor que llevaba clavado en el pecho.

—¿A qué viene eso? —se escandalizó él—. ¿Acaso te he dado motivos para dudar de mi fidelidad?

—En el mundo del que yo vengo eso es lo normal —reculó ella, consciente de haberlo ofendido—. Los hombres compran tantas esposas como pueden alimentar.

—Yo soy cristiano, Marina —repuso Beltrán, endureciendo la voz—. Y un caballero. Jamás te infligiría una humillación semejante.

—Lo sé, perdóname, es que no termino de creer que vaya a cumplirse este sueño

—¿No ves cuánto te quiero? ¿Tan ciega estás?

—¿Comerás conmigo? —insistió ella, a guisa de respuesta.

—¿A qué viene todo esto? —Beltrán no alcanzaba a entender la causa de esos miedos infundados—. Comeré contigo, dormiré contigo, rezaré contigo, viviré contigo. ¿Por qué me preguntas por lo obvio?

—Necesito asegurarme de que el matrimonio que me propones no es igual al que yo conozco.

—Eso quedó atrás, Marina —replicó él con dulzura, atisbando a ver al fin lo que escondía ese interrogatorio—. Esto es Castilla. Vas a ser mi esposa a los ojos de Dios y de los hombres. Te amaré y respetaré cada día de mi vida, hasta el último. Y amaré, cuidaré y protegeré a los hijos que me des. Ese compromiso asumo contigo ante nuestro Señor todopoderoso.

* * *

Se unieron en matrimonio en la Iglesia de la Santa Cruz, una obra de tres naves y fábrica de piedra cuyos muros recién construidos todavía destilaban humedad. Carecían de ornamentos, pues únicamente el ábside había sido enlucido con frescos que representaban escenas de la vida de Jesús. Por lo demás, todo era sobriedad. Un contraste radical con el esplendor colorido de la mezquita cordobesa o la magnificencia de la catedral dedicada al apóstol Santiago, perfecto para acoger la celebración de ese acto íntimo.

Los casó un joven sacerdote castrense, similar al que había bautizado a Marina, en una ceremonia sencilla en la que actuaron como testigos dos soldados de la guarnición escogidos al azar. Aquello era únicamente cosa suya y del Altísimo. Nadie más importaba. Solo el sentimiento que los guiaba y la bendición indispensable para sacralizar su unión.

En el interior de ese templo austero, desnudo y silencioso se respiraba una profunda paz que permitía percibir con asombrosa

claridad la presencia de Dios. Un dios de amor y esperanza al que Marina rogó que su hijo naciera sano para poder criarlo junto a Beltrán, mientras este le suplicaba llegar a tiempo a Cazorla y encontrar a sus padres con vida a fin de pedirles perdón.

* * *

Caía la tarde cuando los recién casados cruzaron el portón exterior de la tenencia familiar para dirigirse hacia el edificio rodeado de plantas y arbustos donde una figura femenina regaba una maceta de jazmines cuyo aroma penetrante retrotrajo a Beltrán de golpe a su infancia. Pese a que los años le pesaban en la espalda y su cabello, antaño cobrizo, se había tornado completamente blanco, reconoció al instante a doña Catalina y la llamó por su nombre, profundamente emocionado:

—¡Madre!

El grito sobresaltó a la dama, que alzó la vista sorprendida de que la voz de Fadrique sonara de un modo tan raro. Lo que vio entonces estuvo a punto de hacerla caer al suelo, porque solo podía tratarse de un fantasma. Su hijo pequeño llevaba una eternidad muerto y enterrado, aunque no hubiese sido posible darle sepultura. Ella lo había llorado cada día durante años. Lo seguía llorando cada vez que su recuerdo la asaltaba sin previo aviso. Y ahora aparecía de pronto, convertido en un hombre, junto a una mujer encinta que cabalgaba a su lado. ¿Qué clase de broma cruel era esa?

—Madre —repitió Beltrán, bajando de un salto del caballo para correr a abrazarla—. Soy yo. He regresado y os traigo una hija y un nieto.

Doña Catalina se zafó del abrazo con brusquedad para observar a ese intruso que osaba hacerse pasar por el fruto de sus entrañas. Debía tratarse de un impostor, no cabía duda. Y sin embargo esos ojos despiertos eran sus ojos, el rostro afilado también era idéntico al de su vástago, ahora cubierto de barba oscura, el cuerpo larguirucho que había apartado de ella violentamente le recordaba demasiado al del muchacho desaparecido de la casa una noche aciaga de verano, largo tiempo atrás, sin dejar rastro.

—Madre —repitió Beltrán por tercera vez, hincado de hinojos a sus pies, con la voz rota—, no me rechacéis. Sé que obré mal y no merezco vuestro perdón, pero soy vuestro hijo. Soy yo. ¿Tanto he cambiado que no me reconocéis?

—¿Beltrán? —musitó entonces la dueña, luchando por ahuyentar la duda que le atenazaba el alma—. ¿En verdad eres tú? ¿No me engaña el corazón?

En lugar de responder, él se puso en pie, sin atreverse a tocarla. Percibió con intensidad su aroma, idéntico al que él llevaba grabado en la memoria. Su cuerpo en cambio parecía haber encogido. Estaba más delgada y ligera, más menuda, más arrugada, pero conservaba el porte del que siempre había hecho gala, la elegancia natural de una gran señora. Incluso ataviada con ropa ajada demasiado grande y cubierta por un sombrero de paja semejante al empleado por los campesinos, del que escapaban varios mechones canosos, era una dama de los pies a la cabeza. Y olía a heno y a flores, tal como recordaba Beltrán.

Esta vez fue Catalina quien se echó en brazos de su hijo, sin terminar de creerse el milagro de ese regreso. Así, muy juntos, permanecieron los dos un buen rato ante la mirada atenta de

Marina, testigo silencioso del reencuentro, hasta que él rompió el hechizo para formular la pregunta que le quemaba en los labios:

—¿Está padre…?

—Tu padre sigue con nosotros, sí —confirmó ella feliz—. Al poco de marcharte tú sufrió un ataque que lo dejó sin habla, pero conserva la mente lúcida y sigue cazando en compañía de su fiel Umar y de don Alonso, que nos visita con frecuencia. Él nunca te ha creído muerto. Nunca ha perdido la esperanza de volver a verte. Eso le ha mantenido con vida, a pesar del golpe sufrido.

La noticia de esa apoplejía cayó como una puñalada en la conciencia de Beltrán, abrumado por la culpa. Suya era la responsabilidad de esa desgracia, que nunca podría reparar. ¿Cómo iba a presentarse ante don Pedro con esa carga? La respuesta vino de su madre, quien en los últimos minutos parecía haberse quitado una década de encima:

—¡Cuánto va a alegrarse de tenerte en casa, hijo! —exclamó, exultante—. Vas a hacerle el mayor regalo que pueda recibir un padre.

Reconfortado por esas palabras, Beltrán vio en ellas la oportunidad de introducir en la conversación a su mujer, que aguardaba prudentemente a cierta distancia el momento oportuno para ser presentada a su suegra. Esta la acogió con todo el amor y la ternura que le había anticipado su esposo, interesándose por su estado de buena esperanza como si siempre hubiese formado parte de la familia. Su acento le resultó un tanto extraño, aunque no era el momento de poner peros a la elección de ese hijo pródigo. Lo importante era que había regresado y la iba a hacer abuela. Nada podía oscurecer la dicha de ese momento.

* * *

Esa noche hubo fiesta grande en la tenencia. Se escanciaron los mejores vinos para acompañar una cena digna de reyes, durante la cual Beltrán relató los pormenores de su misión al servicio de don Fernando, sin omitir nada ni tampoco incidir en su labor como barrunte, de la que no estaba especialmente orgulloso. Puso el acento, en cambio, en el alto honor alcanzado al encabezar, por orden del soberano, la expedición enviada a devolver las campanas expoliadas por Almanzor en Compostela, a fin de que el apóstol Santiago recuperara su voz.

Hasta cerca del amanecer el pequeño de la casa contó su peripecia de los últimos años, con alguna intervención esporádica de Marina, quien se retiró a descansar cuando aún andaba la historia por la mitad. Tras advertirles de que cuanto iban a oír habría de permanecer secreto, Beltrán desgranó ante los suyos todo lo sucedido en Córdoba desde su llegada a la ciudad, su participación en la conquista de la Axarquía y la recompensa obtenida del rey. Lo hizo con evidente satisfacción, aunque sin altanería, consciente del dolor causado a los suyos con esa fuga impulsiva, de la que no se arrepentía aunque lamentara sinceramente las consecuencias sufridas por los suyos.

Mientras hablaba, en los ojos de su padre no leyó pena o decepción, como había sucedido siempre, sino admiración y orgullo. En los de su madre brillaba el amor de siempre, sin el velo habitual de preocupación. Y los de Fadrique no reflejaban desprecio, sino envidia. Un observador generoso habrá visto también respeto, pero don Alonso no estaba presente para hacer esa interpretación. Umar

se mantuvo todo el tiempo inexpresivo, sin que fuese posible adivinar si se alegraba de lo sucedido o guardaba todavía algún rencor. En cuanto al propio Beltrán, se sorprendió a sí mismo al descubrir que todas esa aprobación le resultaba sumamente grata, pese a no necesitarla. La fortaleza que siempre había buscado en otros se encontraba ahora en su interior.

Terminada la velada, don Pedro pidió recado de escribir, pues deseaba decir algo antes de retirarse. No podía hablar, aunque la educación recibida en Toledo le permitía expresarse de ese otro modo cuando la necesidad resultaba apremiante, cosa infrecuente. Esa noche era especial. Todos pensaban que querría dirigirse a Beltrán, pero cuanto deseaba transmitirle a él había quedado plasmado en su mirada y la fuerza con la que lo había abrazado al verlo aparecer de pronto, dando sentido a la fe que lo había mantenido vivo, esperando su regreso.

Lo que el patriarca deseaba proclamar solemnemente era otra cosa, que quedó plasmada con letra pulcra en el pergamino:

La era de al-Ándalus ha llegado a su fin.

* * *

Cuando Marina se puso de parto seguían en Cazorla. La torre no ofrecía grandes comodidades y menos aún intimidad, pero era preferible a la soledad de lo desconocido en las inmediaciones de Córdoba, donde estarían desamparados por mucho que Beltrán fuese el dueño del lugar. En la tenencia estaban en casa, rodeados de gente querida que velaba por su bienestar.

El embarazo había transcurrido sin incidentes, si bien hacia el final ella se sentía tan pesada que apenas podía caminar. Su voluminosa barriga suscitaba todo tipo de comentarios contradictorios por parte de las mujeres que visitaban la casa. Había quien auguraba un varón, apelando a la forma redondeada del vientre, y quien en cambio aseguraba que sería una hermosa niña, porque a su madre mostraba un cutis especialmente radiante. Marina, que había aprovechado esos meses para perfeccionar su castellano hasta llegar a hablarlo con fluidez, solo deseaba que el alumbramiento fuese rápido y su hijo naciese sano.

Ante los primeros dolores, doña Catalina mandó a buscar a la partera, que vivía con su marido en una de las viviendas situadas a los pies del castillo. Esta acudió presurosa, sin más equipo que un delantal no demasiado limpio y la experiencia acumulada a lo largo de los años. Tras explorar a la parturienta, que trataba de controlar lo mejor posible las acometidas de dolor, dictaminó que la cosa iría para largo y sería preciso tomárselo con calma.

El tiempo pareció detenerse entre plegarias elevadas al cielo desde todos los rincones de la casa y nervios crecientes por parte de Beltrán, quien recorría el piso superior de la torre a grandes zancadas, sufriendo por los lamentos que procedían de la estancia habilitada para ellos junto a la de sus padres. Iban en aumento desde la mañana, hasta el extremo de dejar escapar algún grito ahogado mientras a él lo devoraban la inquietud y la impotencia.

Cayó la tarde y todo seguía igual. Marina gemía, desesperada, notando que se le escapaban las fuerzas y, con ellas, la posibilidad de dar a luz a esa criatura. Rogaba que se la sacaran del vientre a fin de que sobreviviese, aunque ella pereciese en el trance. No le

importaba. Únicamente pensaba en el niño que pugnaba inútilmente por salir de su cuerpo. Al dolor creciente se sumaba un terrible sentimiento de culpa, porque a decir de la comadrona el problema era que ella tenía las caderas estrechas.

—Tus huesos están cerrados y no lo dejan pasar —repetía sin piedad, probablemente con el empeño de eludir su responsabilidad si las cosas terminaban mal.

—¡¿Qué puedo hacer?! —inquiría ella, angustiada, entre oleada y oleada de tortura, semejante a una sierra dentada partiéndola por la mitad.

Así fueron pasando las horas más largas de su vida, hasta que, en un momento dado, a punto de perder el sentido, oyó a esa mujer despiadada ordenarle sin miramientos:

—Cuando yo te lo diga, empuja con toda tu alma. Será la última oportunidad.

Marina empleó la poca energía que conservaba en acompasar su respiración a las feroces embestidas que la sacudían por dentro y, al oír a la partera decir «¡ahora!», empujó violentamente hasta el extremo de sentir cómo se le rompían algunas venas del cuello, causándole verdugones que tardarían en desaparecer. El rostro horrorizado de su suegra, presente en el alumbramiento, le confirmó que algo grave debía de haber sucedido, pero ella no era capaz de experimentar otro dolor que no fuera el procedente de sus entrañas. Un suplicio que desapareció de inmediato en cuanto vio asomar la cabeza de un ser pequeño y arrugado que al instante inundó de amor su corazón. Era un varón.

Riendo de felicidad, como aquella vez en Baeza, pidió que se lo acercaran, deseosa de verle la carita, pero la comadre no lo soltaba

y el gesto de doña Catalina no auguraba nada bueno.

—¿Qué ocurre? ¡Decidme algo! —suplicó alarmada.

Nadie le contestó, aunque no hizo falta. Ella misma cayó en la cuenta de que su hijo no lloraba, lo que, aun sin saber nada de partos, no podía ser normal.

—Dejad que lo coja —volvió a implorar al tiempo que una nueva acometida la desgarraba por dentro, cuando todo parecía haber acabado.

Marina se guardó para ella esa nueva copa de hiel, desesperada por escuchar el llanto de su pequeño. Nadie reparaba en ella. Su suegra parecía paralizada, observando los movimientos de la comadrona, quien había agarrado al recién nacido por los pies y lo sostenía boca abajo, golpeando su espaldita con inusitada violencia.

—¡Deteneos! —chilló Marina iracunda—. Le hacéis daño.

Lejos de obedecer, la mujer siguió palmeando el cuerpecito del bebé, que a esas alturas estaba amoratado, sin obtener respuesta. Entonces cambió de táctica y lo envolvió en un paño previamente calentado, antes de empezar a restregarlo enérgicamente, como si estuviera lavando un trapo sucio. Pese al espanto de la madre aquella maniobra funcionó, porque desde dentro del extraño paquete se oyó una suerte de maullido, similar al de un gato. Anunciaba a las presentes que la muerte había sido vencida.

Justo en ese momento Marina sofocó un grito, en este caso de sorpresa, al ver surgir de entre sus piernas otra criatura pelona, tan frágil como la primera, que vino al mundo sin avisar.

—Otro —atinó a decir, con un hilo de voz, a las dos mujeres concentradas en la tarea de sacar adelante a su hermano.

—Será la placenta —sentenció la partera con suficiencia, sin molestarse en mirar.

Un llanto agudo, sorprendentemente elevado, la sacó de su error.

La recién nacida era una niña decidida a hacerse escuchar. Una hembra de tez clara, pelusa dorada y rasgos perfectos, por la que su madre sintió al instante el mismo amor infinito que le había inspirado el varón. Un amor absoluto, pleno e incondicional. Una emoción cuya intensidad jamás habría creído posible. La certeza de que viviría para hacer felices a esos hijos y moriría por ellos una y mil veces con tal de evitarles cualquier mal.

* * *

Clareaba el alba de un nuevo día cuando doña Catalina descorrió las cortinas custodias de ese templo prohibido a los hombres para entregar a su hijo el tesoro de esos dos vástagos, limpios y recién fajados.

—Tu esposa ha sido muy valiente —proclamó, tras contemplar el valor que había demostrado ella en ese difícil trance—. Y no te ha dado uno, sino dos hijos sanos. Debes estarle muy agradecido.

Beltrán contempló un instante a sus retoños y se abrió paso hasta el lecho donde descansaba Marina, una vez aseada y cambiada, con las señales del terrible parto dibujadas en el rostro. Tras él fue su madre, que dejó a los niños en el regazo de su nuera para que disfrutara de ellos cuanto pudiera antes de caer rendida. Estaba demacrada y cubierta de hematomas, pero a su esposo le pareció más hermosa que nunca. Con ternura la besó en la frente, al tiempo que susurraba:

—¡Gracias!

—Quisiera llamar al niño Tiago, si a ti te parece bien —propuso ella, extenuada por el esfuerzo, con el afán de obtener el permiso de su marido antes de entregarse al sueño.

—Tiago será si es lo que quieres —contestó él, que habría accedido a cualquier ruego con tal de hacerla feliz—. Y la niña, Catalina. ¿Qué me dices?

Una sonrisa cansada le hizo saber que estaba de acuerdo.

Aguardaron una semana antes de bautizar a los mellizos, en aras de dar tiempo a Marina para recuperarse. No era costumbre que la madre asistiera a esa ceremonia, celebrada con prontitud para lavar cuanto antes a los niños del pecado original, pero ella había expresado su voluntad de estar presente, a lo que Beltrán consintió, con el firme apoyo de doña Catalina.

Ante la pila, en presencia de sus padres, mientras aguardaban al sacerdote, Beltrán alzó con ambas manos a su varón, que mantenía los ojos muy abiertos como si tuviera prisa por descubrir el colorido del mundo, y exclamó, henchido de orgullo:

—Otro guerrero para la cristiandad.

Marina se había sentado en un banco para calmar el apetito de su pequeña, cuya voz resonaba con vigor inusitado cada vez que reclamaba alimento. Mientras la acercaba a su seno desnudo, guiando suavemente su boquita hasta el pezón rebosante de leche, replicó a su marido:

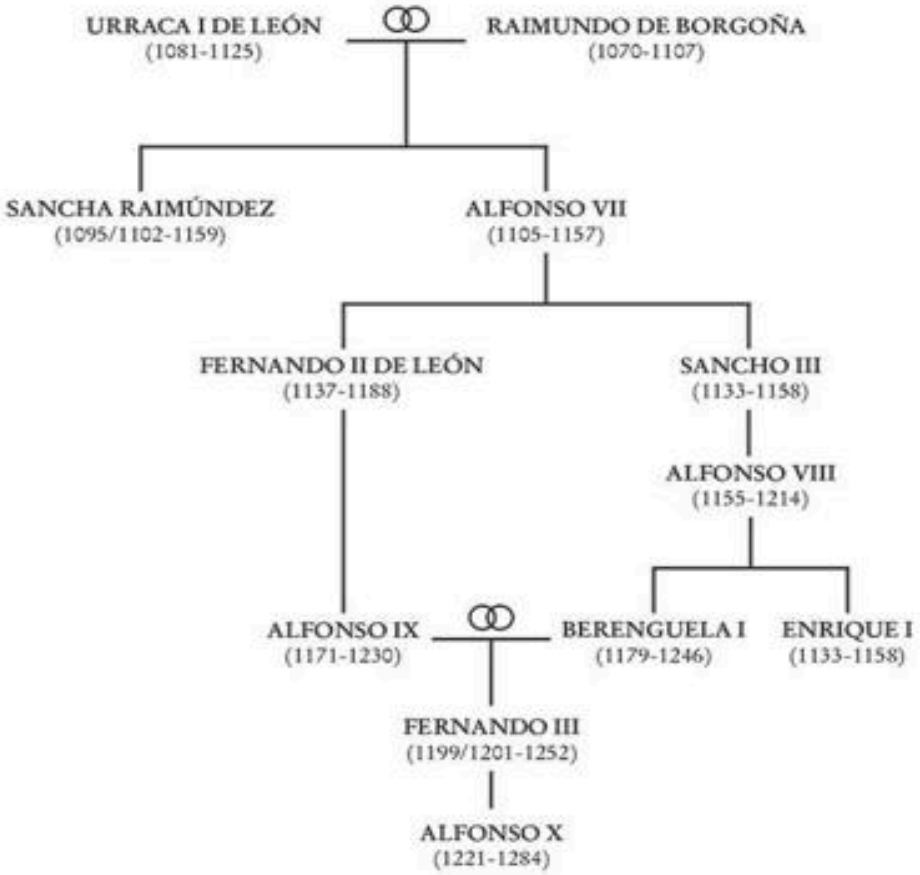
—Otra mujer fecunda y fuerte cuyos hijos repoblarán la tierra de nuestros ancestros.

—Tierra libre al fin —sentenció él, dirigiendo a su esposa una mirada esperanzada.

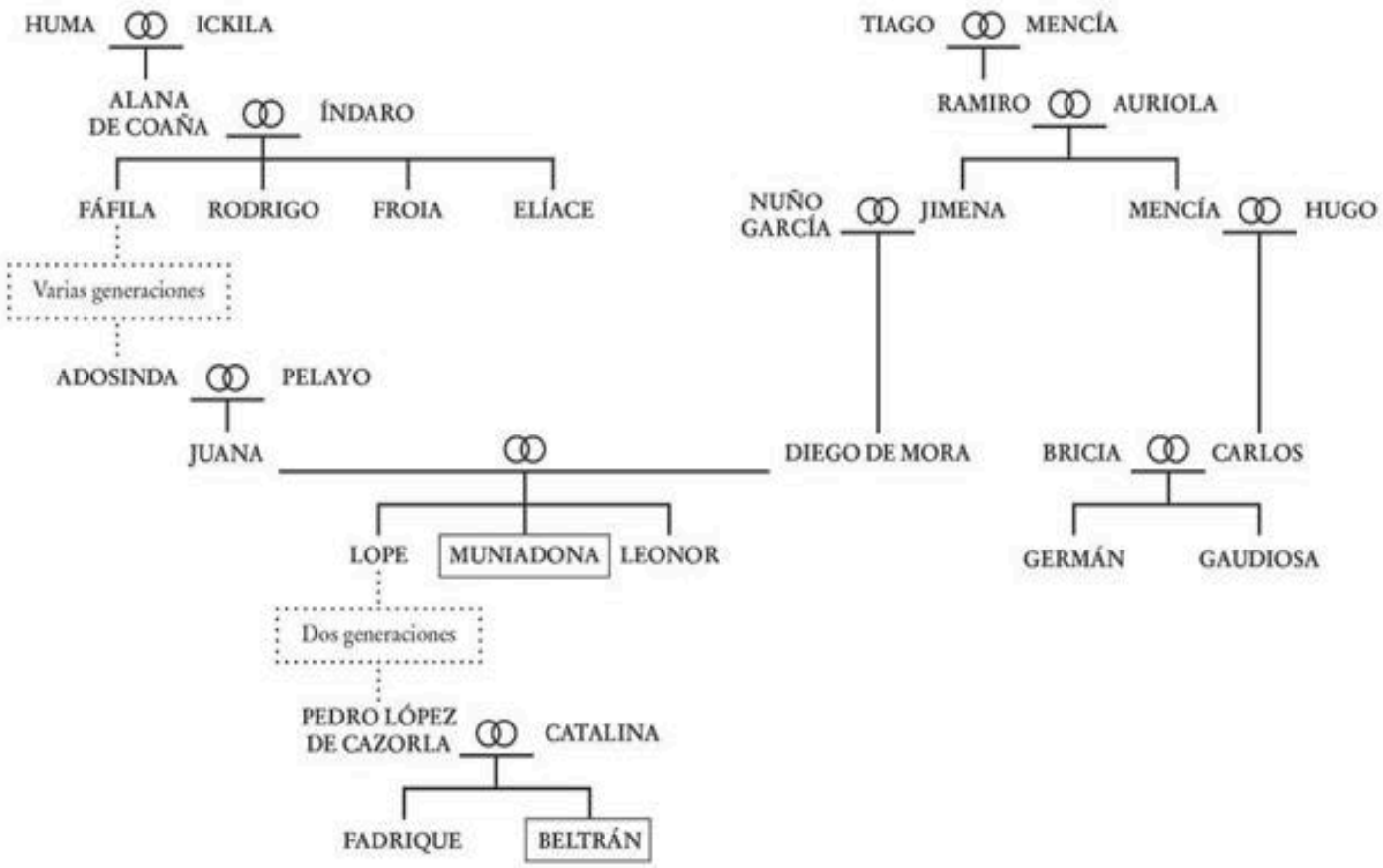
—Tierra yermada, bañada en sangre, a la que ellos, estoy segura, sabrán devolver la vida.

ANEXOS

Genealogía de Fernando III



La estirpe de Huma
(Genealogía del ciclo de la Reconquista)



Personajes históricos

Alfonso IX de León (15 de agosto de 1171-24 de septiembre de 1230). Hijo de Fernando II de León y sobrino de Alfonso VIII de Castilla. Rey de León desde 1188. Convocó las primeras Cortes con representación ciudadana en Europa. Participó en la Reconquista y unificó definitivamente León con Castilla a través de su hijo Fernando III.

Alfonso VIII (11 de noviembre de 1155-6 de octubre de 1214). Rey de Castilla desde 1158. Hijo de Sancho III. Protagonista clave de la Reconquista, lideró la coalición cristiana vencedora en la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Impulsó el poder castellano frente a al-Ándalus.

Al-Mamún (Muhammad ibn Yūsuf al-Maʾmūn) (¿?-1232). Califa almohade entre 1227 y 1232. Enfrentado a rivales internos, cruzó el Estrecho para intervenir en la península y trató de afianzar su autoridad mediante una alianza con Fernando III de Castilla, a quien entregó varias plazas andalusíes como parte de acuerdos políticos y militares. Su gobierno, marcado por la guerra civil y la pérdida de prestigio del califato, aceleró el colapso del dominio almohade.

Álvaro Pérez de Castro, el Castellano (¿?-1240). Noble de la poderosa casa de Castro y uno de los principales caudillos militares de Fernando III el Santo en la frontera andaluza durante la década de 1230. Destacó como jefe de operaciones en el Alto Guadalquivir, con base en plazas estratégicas como Martos y Andújar, desempeñando un papel clave en las campañas que condujeron a la conquista de Córdoba en 1236, combinando acción militar, control territorial y negociación política.

Aurembraix de Urgel (1196-1231). Condesa de Urgel. Su carrera política estuvo marcada por la pérdida inicial de su condado y por su posterior recuperación gracias al apoyo del rey Jaime I de Aragón, combinando estrategias jurídicas, matrimoniales y de alianza feudal, lo que la convierte en un caso destacado del ejercicio del poder femenino en el contexto político del siglo XIII.

Beatriz de Suabia (1205-1235). Hija del Rey de Romanos Felipe, duque de Suabia, y de la princesa bizantina Irene Ángelo. Era, por tanto, nieta de los emperadores Federico I e Isaac II. Casada en 1219 con Fernando de III de Castilla, se convirtió en su reina consorte. Su linaje motivó que, años más tarde, su hijo heredero, Alfonso X el Sabio, se postulara como emperador del Sacro Imperio.

Berenguela la Grande (1180-1246). Hija de Alfonso VIII y de Leonor de Plantagenet. Se convirtió en reina de Castilla en 1217, tras la prematura muerte de su hermano, Enrique I. Casada con Alfonso IX de León, su matrimonio fue disuelto por el papa. Destacó por su habilidad política y su papel decisivo en la entronización de su hijo

Fernando III. Defendió los derechos de Fernando al trono de su padre Alfonso IX y, gracias al Pacto de Benavente, firmado con Teresa de Portugal, logró que fuera reconocido como rey de León cuando ya lo era de Castilla, logrando así la unión definitiva de ambos reinos.

Diego López de Haro (1152-1214). Conocido como el Bueno, fue uno de los más poderosos nobles de Castilla y señor de Vizcaya, destacando como magnate militar y político durante los reinados de Alfonso VIII y Alfonso IX. Participó en las principales campañas de la Reconquista de su tiempo y tuvo un papel decisivo en la batalla de las Navas de Tolosa (1212), contribuyendo de forma clave a la victoria cristiana. Su carrera estuvo marcada por una compleja relación con la Corona, alternando períodos de favor real y enfrentamiento, reflejo del enorme poder que acumuló la alta nobleza castellana.

Diego Pérez de Vargas (¿?). Conocido por el sobrenombre de Machuca, fue un caballero castellano cuya figura se asocia a la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Según la tradición cronística, al quedar inutilizada su espada continuó luchando con un arma improvisada, hecho que le valió su apelativo y lo convirtió en un ejemplo paradigmático de la caballería medieval castellana.

Fernando III de Castilla (1199-1252). Rey de Castilla y León. Hijo de Alfonso IX de León y de Berenguela de Castilla. Protagonista fundamental de la Reconquista, conquistó Córdoba, Jaén y Sevilla. Fue canonizado como santo por la Iglesia católica.

Ibn Hud (1195-1238). Caudillo musulmán andalusí que lideró una revuelta contra los almohades. Gobernó gran parte de al-Ándalus oriental y central. Su poder se debilitó frente al avance cristiano y la expansión nazarí.

Leonor de Plantagenet (1160-1214). Esposa de Alfonso VIII. Hija de Enrique II de Inglaterra y Leonor de Aquitania. Reina consorte de Castilla. Apoyó fundaciones religiosas y culturales, especialmente el monasterio de Las Huelgas (Burgos), que se convirtió en un importante centro espiritual y dinástico.

Miramamolín (Muhammad al-Nāsir) (1181-1213). Califa almohade desde 1199. Su nombre castellanizado («Miramamolín») viene de la expresión Amir al-Mu'minin, que significa Comendador de los Creyentes. Gobernó un vasto imperio en el norte de África y Al-Ándalus. Fue derrotado por los reyes cristianos en la batalla de las Navas de Tolosa. Murió en Marrakech, asesinado por sus cortesanos.

Pedro II de Aragón (1178-1213). Rey de Aragón y conde de Barcelona desde 1196. Participó en la batalla de las Navas de Tolosa. Murió en la batalla de Muret defendiendo a sus vasallos occitanos en el contexto de los enfrentamientos contra los herejes cátaros.

Ramón de Bonifaz (¿?-1248). Noble burgalés y marino castellano, célebre por su papel decisivo en la conquista de Sevilla al servicio de Fernando III el Santo. Al frente de la flota castellana, organizada con medios mercantes y apoyo de marinos del Cantábrico, protagonizó en 1248 la audaz ruptura del puente de barcas sobre el Guadalquivir.

Considerado el primer gran almirante de Castilla, Bonifaz encarna el nacimiento del poder naval castellano.

Rodrigo Jiménez de Rada (c. 1170-1247). Arzobispo de Toledo y destacado intelectual medieval. Consejero de Alfonso VIII y Fernando III, participó activamente en la batalla de las Navas de Tolosa. Recibió por parte del papa Inocencio III el encargo de impulsar una cruzada ibérica contra los almohades. Fue autor de importantes crónicas históricas de España.

Ruy Pérez de Avilés (¿?). Fue un miembro de la nobleza del ámbito astur-leonés documentado en la Plena Edad Media, cuya trayectoria se inscribe en el marco de la aristocracia local que ejercía funciones militares, administrativas y jurisdiccionales al servicio del reino de León. Las fuentes conservadas ofrecen información limitada sobre su vida.

Sancho VII de Navarra (1154-1234). Rey de Navarra, conocido como el Fuerte. Destacó por su papel decisivo en la batalla de las Navas de Tolosa, rompiendo las cadenas del campamento almohade. Fortaleció la independencia navarra. Al morir sin hijos legítimos, la corona fue heredada por su sobrino, Teobaldo de Champaña. Sancho fue, por lo tanto, el último rey navarro de la dinastía Jimena.

Teresa de Portugal (1176-1250). Hija de Sancho I de Portugal, fue la esposa de Alfonso IX de León. Dicho matrimonio fue anulado por el papa alegando consanguinidad. Tuvo tres hijos: Fernando, que murió joven, y las infantas Sancha y Dulce, a quienes su padre el rey

Alfonso señaló como herederas del trono, pero cuya voluntad nunca se llegó a ejecutar. Teresa fue beatificada por el papa Clemente XI en 1705.

Agradecimientos

Esta novela no habría visto la luz sin el impulso y la confianza de mi editor, Alberto Marcos, que me acompaña desde hace años en la tarea de novelar esos ocho siglos de la historia de España que conocemos como la Reconquista. ¡Seguimos hasta Granada, amigo!

Mi agradecimiento más profundo al profesor José Calvo Poyato, maestro, amigo y cicerone, que me llevó a recorrer las calles de la Axarquía, evocando cómo eran en el siglo XIII, y me sugirió dónde situar el centro de reunión clandestino de la pequeña comunidad mozárabe mencionada en la novela.

Gracias también, de corazón, a Benja, Elena y Ángel, siempre dispuestos a descubrir conmigo los escenarios donde transcurren las novelas, disfrutando con alegría de historia, arqueología, gastronomía y senderismo, además de risas, copas y alguna partida de tute.

Gracias a mis padres, hijos, nietos y al resto de mi familia, por haberme inculcado la pasión por la literatura y la historia y por servirme de inspiración para perfilar a los personajes.

Y gracias, por supuesto, a vosotros, queridos lectores, que le dais sentido a tanto trabajo al elegir viajar conmigo en esa máquina del tiempo que es una novela histórica. Espero haber conseguido que disfrutarais de la travesía.


Oviedo
Santiago de Compostela
Río Miño
León
Burgos
Reino de Navarra
Reino de Aragón
Río Ebro
Barcelona
Zamora
Río Duero
Reino de Portugal
Reino de León y Castilla
Plasencia
Toledo
Río Tajo
Alarcos
Cáceres
Las Navas de Tolosa
Mérida
Imperio Almohade
Córdoba
Granada
PENÍNSULA IBÉRICA
-1235 d.C-

Tras el éxito de *La Temeraria*, Isabel San Sebastián continúa su ambiciosa Saga de la Reconquista con la victoria cristiana en las Navas de Tolosa y el rescate de las campanas de la catedral de Santiago.



Siglo XIII, reino de Castilla. El joven Beltrán López de Cazorla, hijo de un héroe de las Navas de Tolosa y de una antigua dama de la reina Berenguela, intenta desesperadamente emular las hazañas de su padre aunque fracasa una y otra vez por su torpeza con las armas. Empeñado en demostrar su valía como guerrero, se embarcará en una peligrosa aventura que lo llevará a in ltrarse en Córdoba en calidad de espía y a protagonizar un viaje trepidante para devolver

las campanas robadas al Apóstol por Almanzor, esta vez a hombros de cautivos sarracenos.

Con una narración apasionante de la famosa batalla de las Navas de Tolosa y la conquista de la antigua capital del califato, Isabel San Sebastián retoma la leyenda recogida en *Las campanas de Santiago* y continúa con su épica serie de novelas dedicadas a relatar ocho siglos decisivos en la historia de España.

Isabel San Sebastián (Chile, 1959) es una periodista con una larga carrera en prensa, radio y televisión, actividades que ha dejado atrás para dedicarse a sus nietos y a su pasión: escribir. Autora de diversos ensayos y de una columna semanal que conserva en *ABC* bajo el título genérico de El Contrapunto, ha publicado en La Esfera de los Libros *La visigoda* (2007; Premio Ciudad de Cartagena), *Astur* (2008) e *Imperator* (2010). Sus últimas novelas, *Un reino lejano* (2012), *La mujer del diplomático* (2014), *Lo último que verán tus ojos* (2016), *La peregrina* (2018), *Las campanas de Santiago* (2020), *La dueña* (2022) y *La Temeraria* (2024) las ha editado Plaza & Janés. Todas ellas han gozado de gran éxito y la han llevado a superar el medio millón de ejemplares vendidos.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Isabel San Sebastián
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: José Luis Paniagua

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03856-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La venganza del apóstol
Nota de la autora
1. La mano nefasta
2. Más duelen las heridas del alma
3. Un combate desigual
4. Por el honor perdido en Alarcos
5. Calatrava
6. El pecado del rey
7. La larga marcha
8. Miedo
9. La batalla del desquite
10. Lágrimas
11. Leyendas, hazañas, castigos
12. Elogio de la clerecía
13. Berenguela, reina y madre
14. Una encrucijada endiablada
15. Aves de incierto agüero
16. Una proposición innoble
17. Un disfraz, una misión, un juramento
18. Hacia lo desconocido
19. Ruy Pérez de Avilés
20. *Mare ignotum, mare tenebrosum*
21. Sevilla, capital de al-Ándalus
22. Un descubrimiento aterrador
23. Punzadas de nostalgia
24. La alcahueta
25. Primera muerte, primer amor
26. Un secreto inconfesable
27. Tiago de Compostela
28. Misterios de la mezquita

29. La confesión
30. Asalto a la axarquía
31. La cabalgada del rey
32. ¡Que Dios se apiade de los cordobeses!
33. ¡Ay de los vencidos!
34. A hombros de cautivos sarracenos
35. Elegidos para la infamia
36. Hacia la gloria o el infierno
37. Caballeros de Santiago
38. La condena de Hixam
39. Negros presagios
40. Recuerdos de un viejo hidalgo
41. La sangre de Tiago
42. La voz del hijo del trueno
43. Recompensas
44. Tierra vieja, nueva vida
Anexos
    Genealogía de Fernando III
    La estirpe de Huma
    Personajes históricos
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Isabel San Sebastián
Créditos